

TOM CLANCY:

Tom Clancy y Steve Pieczenik

NET FORCE

LA RED DEL MAL

Net Force se enfrenta a un peligroso
enemigo capaz de alterar la paz

Lectulandia

La aparición de una bandera británica en las pantallas de los ordenadores del mundo entero no es más que un presagio del peligro que se avecina. El ciberespacio se sume en el caos: varios expertos en informática sufren ataques de apoplejía mientras persiguen el mortífero *hacker* en la realidad virtual. Uno de los afectados es Jay Gridley, miembro de Net Force. De repente, los agentes de dicha organización descubren que el peligroso individuo a quien deben localizar es capaz de descifrar todos los códigos informáticos del mundo y de enfrentar, así, a unas naciones con otras.

Lectulandia

Tom Clancy & Steve Pieczenik

Tom Clancy: Net force. La red del mal

Net force - 3

ePub r1.0

Titivillus 24.04.15

Título original: *Tom Clancy's Net Force. Night Moves*

Tom Clancy & Steve Pieczenik, 1999

Traducción: Enric Tremps

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Aniversario

Año segundo de la era epublibre

Más libros, más libres

AGRADECIMIENTOS

Nos gustaría dar las gracias a Steve Perry por sus creativas ideas y su valiosa contribución a la preparación del manuscrito; a Martin H. Greenberg, Larry Segriff, Denise Little y John Helfers, así como a los señores Robert Youdelman, Richard Heller y Tom Mallon; a Mitchell Rubenstein y Laurie Silvers de BIG Entertainment, y a la maravillosa gente de Penguin Putnam Inc., como Phyllis Grann, David Shanks y Tom Colgan; a nuestros productores de la miniserie de la ABC, Gil Cates y Dennis Doty; al brillante guionista y director Rob Lieberman, y a toda la buena gente de la ABC. Y, como siempre, a Robert Gottlieb, de la agencia William Morris, nuestro agente y amigo, pues sin él este libro no existiría, así como a Jerry Katzman, vicepresidente de la Agencia William Morris. Pero, sobre todo, a ustedes, los lectores, quienes determinan si nuestro esfuerzo ha merecido la pena.

*La
historia de
la espada
es la
historia de
la
humanidad.*

Richard
Burton

*Ponerse
las gafas
de la
ciencia
con la
esperanza
de
encontrar
la
respuesta
a todo lo
que se
mire es un
signo de
ceguera
interna.*

J. Frank
Dobie

PRÓLOGO

*Viernes, 1 de abril de 2011, 2.15 horas
A las afueras de Sahiwal, Pakistán*

En plena noche, la temperatura seguía siendo del orden de los treinta y dos grados. La humedad era tan alta que el sudor no se evaporaba y empapaba los uniformes negros de los hombres. Tan sólo era abril y ya se habían superado las máximas para dicha época en el Punjab, con casi cuarenta y seis grados centígrados, y la misma previsión para mañana.

Tres hombres con ropa negra de camuflaje empapada en sudor descansaban a la sombra más oscura de una hilera de pequeños matorrales, a unas decenas de metros de la vía del ferrocarril.

A lo lejos, el silbido del tren anunció que estaba en camino.

—No tardará en llegar —dijo Bhattacharya.

Bhattacharya estaba tan gordo que los demás a veces lo llamaban Ganesa, por alusión al dios elefante, aunque nunca se lo decían a la cara. A pesar de su corpulencia, se irritaba con facilidad, se movía con rapidez y, cuando lo hacía, se convertía en un rival formidable. Dos años atrás, Bhattacharya era coronel. Pero entonces, en una recepción al aire libre en Panipat, apuñaló a otro coronel que le había insultado y sólo la afortunada presencia de un médico salvó al gordo de una acusación de asesinato. A consecuencia de su acto fue detenido, degradado y se le ofreció la alternativa de ir a la cárcel o ser trasladado a la Unidad Especial.

Al igual que otras organizaciones secretas parecidas, la Unidad Especial no existía oficialmente. Ninguno de sus hombres llevaba equipo militar ni armas reglamentarias. Sus rifles de asalto eran AK excedentes chinos; sus pistolas, alemanas, y sus cuchillos, japoneses. Su equipo de comunicaciones procedía de Nueva Zelanda, sus botas de Indonesia y su ropa de Australia. Ninguno de ellos llevaba encima nada que pudiera identificarlo oficialmente, ni mucho menos como soldado indio. Nadie debía permitir que lo capturaran durante una operación. Si dicha perspectiva llegaba a ser probable, se esperaba que se suicidara con su arma de fuego o con su cuchillo. Sin embargo, este acto no era tan heroico como podría parecer, pues cualquiera que se negara a cumplir con su obligación moría de todos modos en poco tiempo, porque antes de emprender cualquier misión, todos tomaban un veneno de acción retardada. Si regresaban de la misión, se les administraba el antídoto y lo único que padecían era algo parecido a los síntomas de una gripe durante unos días. Si por cualquier razón alguien no regresaba, sufriría una agonía lenta y dolorosa, comparada con la cual el suicidio era incluso una alternativa agradable. Llegado el caso, la salida rápida era preferible.

Cuando en India había algún trabajo sucio que hacer, la Unidad Especial se encargaba de ello. La mayor parte de los países disponían de unidades parecidas, aunque casi todos ellos lo negaran rotundamente.

Esta misión era tan sucia como cualquier otra. Penetrar subrepticamente en Pakistán para llevar a cabo una operación encubierta era un asunto arriesgado en el mejor de los casos. Los pakistanís eran muy susceptibles y, dada la situación política actual, era fácilmente comprensible.

Tumbado junto a Ganesa se encontraba Rahman, de unos cuarenta años, oriundo de Nueva Delhi, que no pertenecía a ninguna casta en particular. Rahman era alto y delgado, el polo opuesto de Bhattacharya. Estaba muy familiarizado con aquella zona de Pakistán, pues había servido en las fuerzas de seguridad indias de protección de la frontera, enfrentadas a los Rangers pakistanís al otro lado de la verja, en el puesto de Wagah. Allí, todas las noches, ambos bandos se ofrecían mutuamente un espectáculo de agresión estilizada, marcado por la bajada de sus respectivas banderas y el toque ceremonial de cornetas. La gente acudía desde muy lejos para presenciar el simulacro de batalla y animaba a ambos bandos, como si de un partido de fútbol se tratara.

El tercer hombre era Harbhajan Singh, a quien, naturalmente, llamaban «el Sij». Aunque Singh era un nombre ciertamente común para un sij, a él se lo habían otorgado especialmente en honor a un soldado que había alcanzado *lamoksha* (iluminación), mientras patrullaba por la frontera china en la década de los sesenta, cerca de Nathu-La. Lo único que encontraron de Singh fueron sus gafas de nieve, su casco y su rifle. Todavía en la actualidad, el fantasma de Singh patrullaba por la zona y los chinos lo veían a menudo de pie en la cima de una montaña, o caminando por la superficie de un río. Durante mucho tiempo el ejército se había negado a dar crédito a la historia, hasta que un general de visita en la zona no mostró el debido respeto por el fantasma, e inmediatamente fue castigado por su actitud, cuando se estrelló el helicóptero en el que regresaba y falleció en el accidente. A partir de ese momento, los nuevos comandantes de la región se habían preocupado de mandar su coche personal a la zona una vez al año, para trasladar a Singh a la estación de ferrocarril, con el fin de que pudiera disfrutar de su permiso anual. Además, reservaban también un asiento en el tren para el fantasma. Debía de ser interesante para los conductores de ambos vehículos, aunque ninguno de ellos aseguró haber visto a Singh en su coche ni tampoco en el tren.

Todo ello era fascinante, pero no contribuía a aliviar la incomodidad de Singh bajo su barba y su turbante, con el calor de la noche tropical. Aunque su bisabuelo había vivido en Lahore, pocos kilómetros al norte de donde se encontraba ahora, Singh había pasado gran parte de su vida en Madras, en la bahía de Bengala, y si bien en dicha ciudad hacía calor durante todo el año, por lo menos se gozaba del alivio de las brisas marinas. Había vivido también varios años en Calcuta, donde hacía más calor que en Madras, pero ni siquiera Calcuta era un horno como el Punjab, que según se decía era el lugar más caluroso del planeta.

—Ahí está —anunció Bhattacharya—. ¿Veis la luz?

Singh y Rahman asintieron. A lo largo de la vía, los demás «mercenarios» se preparaban para el asalto. Eran sesenta en total y aunque algunos de ellos seguramente morirían en el ataque, sólo sus camaradas los echarían de menos. Uno no se alistaba en la Unidad Especial a no ser que estuviera solo en el mundo: sin esposa, ni familia, ni ninguna clase de vínculos. Todos eran prescindibles.

Sonó de nuevo el silbato del tren que se acercaba.

Singh agarró su imitación de un AK-47 y se llenó los pulmones con el fétido y cálido aire de la noche. No era muy buen sij, no lo había sido desde hacía muchos años, pero sintió el deseo de repetir varias veces el nombre de Dios; no había nada de malo en ello.

Apareció el tren en el horizonte. Lo que el maquinista no podía ver eran unas planchas, soldadas hábilmente a los raíles, que harían descarrilar el tren hacia la izquierda.

El tren especial de Multan a Lahore estaba a punto de hacer una parada imprevista y muy violenta.

Singh contuvo la respiración cuando el tren llegó a la altura de las planchas. Se oyó un fuerte ruido y el rechinar quejumbroso del metal. La máquina se salió de los raíles y siguió hacia adelante, levantando grandes montones de tierra. Aumentó el ruido metálico cuando la máquina cayó de costado y siguió resbalando.

Los cinco o seis vagones siguientes se salieron también de la vía y se vinieron abajo como si de un tren de juguete se tratara. El ruido se hizo más intenso y se formaron enormes columnas de humo y polvo.

Singh estaba ya de pie, corriendo hacia el tren. Algunos de los vagones permanecieron en la vía y exactamente delante de él había un furgón con las puertas cerradas. Estas se abrieron y saltaron al suelo cinco Rangers pakistanís.

Singh disparó una ráfaga moviendo el arma de un lado para otro. Junto a él sonaron también las metralletas de Ganesa y de Rahman, y los pakistanís se desplomaron por el impacto de las balas.

Lo siento, pakís, mejor suerte la próxima vez.

Se oyeron más disparos; los fogonazos de las armas y las explosiones de las granadas iluminaban la noche. Brillaban fuentes blancas fosforescentes y destellos encarnados. Todo era muy pintoresco.

Había tantos soldados defendiendo como atacando, pero la Unidad Especial tenía de su parte el elemento sorpresa y el tren accidentado. A los pocos minutos, todo había terminado. Algunos heridos gemían, pero pronto los silenciaron los disparos. Singh, Bhattacharya y Rahman entraron en el furgón; estaba vacío. Colocaron los explosivos y activaron los detonadores.

—¡Vamos! —ordenó Rahman—. ¡Rápido!

Los tres se reunieron con el resto de la unidad que huía. Disponían sólo de unos segundos para ponerse a salvo. Nadie dispondría del tiempo necesario para encontrar

y desactivar los explosivos, si quedaba alguien vivo que se lo propusiera.

Sonó un disparo a su izquierda. Singh se volvió hacia donde había visto el fogonazo, lo roció con tres ráfagas de su AK y oyó un gemido: uno de los pakistanís que se hacía el muerto; ahora, realmente difunto.

Pero el último disparo pakistaní había dado en el blanco. Bhattacharya se desplomó.

Singh se detuvo, aunque Rahman siguió corriendo.

El gordo había recibido un disparo en el pecho, alto y ligeramente descentrado, y su camuflaje estaba ya empapado de sangre oscura y pegajosa.

—Estoy acabado —dijo el gordo mirando a Singh—. Ayúdame, Sij.

—De acuerdo —asintió Singh.

Apuntó a la frente de Bhattacharya con su rifle de asalto y apretó el gatillo. El cuerpo de su compañero se estremeció y luego quedó inmóvil.

No había tiempo para quedarse a rezar. Singh echó a correr.

A los pocos segundos, la luz y el ruido rompieron lo que quedaba de aquella noche cálida y bochornosa. Cualquiera que hubiera mirado podría haber visto la explosión del tren en varios kilómetros a la redonda.

Y ésta se sintió, aunque de otro modo, alrededor del mundo entero.

PRIMERA PARTE
NUNCA SE PONE EL SOL EN EL IMPERIO
BRITÁNICO

UNO

Viernes, 1 de abril

Hampton Court, Inglaterra

El palacio, cuyo primer ocupante real había sido Enrique VIII en el siglo XVI, era enorme. Tan sólo los edificios de piedra ocupaban más de veinticuatro mil metros cuadrados, con diez veces más de jardines cercados a su alrededor. Las salas eran en su mayoría grandes, con techos elevados, ventanas altas, y en un par de ellas había chimeneas suficientemente grandes para entrar por ellas de pie sin golpearse la cabeza. La mayoría estaban vacías, salvo por gigantescos tapices y lámparas de araña barrocas. En algunas habitaciones había enormes camas con dosel, o sillas y escritorios. También había galerías de arte, de cuyas paredes colgaban cuadros enmohecidos por el tiempo. Gran parte de la sección donde se encontraban ahora, la de los aposentos reales, había sido pasto de un incendio repentino ocurrido alrededor de 1985; posteriormente fue restaurada para recuperar su aspecto del siglo XVIII.

Alex Michaels miraba atónito a su alrededor. Era difícil imaginar que alguien hubiera vivido realmente en semejante lugar. La entrada al palacio les había costado quince euros por persona, después de llegar en metro desde Londres. Habían cruzado el Támesis por el puente de Hampton Court, hasta la entrada principal. Michaels había hecho diversos viajes a lo largo de los años, sobre todo después de convertirse en comandante de Net Force, la unidad especial del FBI, pero nunca había estado hasta ahora en Inglaterra. Él y Toni habían decidido tomarse unas pequeñas vacaciones durante la semana que se les había concedido para asistir a la conferencia internacional sobre delitos informáticos. Necesitaban un poco de tiempo libre, después de que su vida personal se tambaleó ligeramente durante las últimas semanas.

De modo que allí estaban, en la enorme residencia de reyes y reinas. Pero a pesar de su enorme extensión, el palacio de Hampton Court no era suficientemente grande para contener el enojo que bullía en el interior de Toni Fiorella. Michaels temía que estallara de un momento a otro, y que lo convirtiera a él y a la sala en la que se encontraran en un rescoldo carbonizado. No estaban casados, pero parecía que su luna de miel estaba tocando a su fin, muy a pesar de Michaels.

Quince euros era mucho dinero para poder simplemente deambular por un castillo enmohecido durante un par de horas. De no haber sido por la calculadora incorporada al *virgil* electrónico que llevaba sujeto al cinturón, no habría sido capaz de calcular lo que eso significaba en dinero real. Multiplicar decimales no era su pasatiempo favorito.

Le señaló a Toni el generador de un rayo de seguridad, incorporado al bastidor del

que colgaban unos cordones de terciopelo, supuestamente para evitar que los turistas se sentaran en las antiguas sillas.

—Si interrumpes ese rayo, apuesto a que sonará una alarma.

Toni no respondió.

Dios mío, ¿qué habré hecho ahora?

—¿Estás bien?

—Perfectamente.

Michaels se llenó los pulmones de aire y lo soltó silenciosamente mientras caminaban. Un individuo, ataviado como si perteneciera a la corte de Enrique VIII, bajo el cuadro de una fea pareja y dos perros mucho más atractivos, explicaba a un grupo de turistas el significado del retrato. El individuo engalanado hablaba con lo que a Michaels le habían descrito como un acento elegante, sin comerse una sola hache, propio de la clase alta.

Antes de que él y Toni se convirtieran en amantes, Michaels había estado casado y posteriormente divorciado. Las mujeres tenían una forma de decir que estaban «perfectamente», en un tono brusco y seco, que significaba todo lo contrario. Había aprendido a no insistir, a no ser que quisiera oír cuál era realmente el problema, a un nivel de decibelios comparable al de escuchar un concierto de *heavy metal* frente a los altavoces. ¿Le chillaría Toni en el gran salón? ¿O esperaría a que se encontraran en las salas Tudor, donde el cardenal Wolsey se había consagrado a sus estudios? En aquel momento, si Michaels hubiera osado tocarla, estaba casi seguro de que se habría quemado. Estaba furiosa y Michaels tenía la seguridad casi absoluta de que era con él.

¿Por qué no era sencilla la vida? ¿Dos personas se quieren, se juntan y viven felices para siempre?

¿No sería probablemente eso lo que pensó Ana Bolena cuando se unió a aquel gordo?, preguntó la voz de su conciencia.

Le ordenó a la voz que se callara.

Toni esperó a salir del edificio para decir su primera palabra. Empezaron a pasear por el césped húmedo y frío de los jardines del Norte y el impecable laberinto de setos. Él observaba de reojo su caminar atlético, su bonita cara y su hermoso cuerpo. Había sido su ayudante desde que pertenecía a Net Force y era muy buena en su trabajo. También era casi doce años más joven que él, inteligente, fuerte, una buena chica italiana del Bronx, adepta a una arte marcial indonesia llamada *pentjak silat*. Ella se la enseñaba y él iba mejorando, pero si la empujaba demasiado fuerte y ella estaba realmente enojada, era perfectamente capaz de darle una paliza sin esforzarse lo más mínimo. Era una sensación curiosa el hecho de saber que la mujer a la que amabas podía dejarte para el arrastre si se lo proponía.

Cuando empezó a hablar, lo hizo en un tono tranquilo, sosegado, sin ira aparente.

—¿Por qué mandaste a Marshall a la reunión de la OCIC en Kabul?

Michaels respiró hondo otra vez. ¿Por qué no la había mandado a ella? Porque

Afganistán no era el lugar indicado para Toni. Era un país atrasado, donde las mujeres eran ciudadanos de cuarta categoría, después de los hombres, los niños y los caballos, donde eran frecuentes los atentados contra los extranjeros, especialmente los norteamericanos. No quería ponerla en peligro, pero no podía reconocerlo abiertamente. En su lugar dijo:

—Marshall quería ir. No pensé que te interesara.

—No estaba particularmente interesada —respondió Toni.

—Bien, pues asunto resuelto. No tuviste que ir. Perfecto, ¿no te parece?

Pero no se iba a resolver con tanta facilidad.

—Me correspondía. Debería haber ido yo.

—Pero acabas de decirme que no te apetecía.

Toni dejó de andar y lo miró fijamente. Era hermosa, incluso cuando estaba enojada con él. Puede que todavía más cuando estaba furiosa.

—Ésa no es la cuestión. Me correspondía y deberías haberme mandado a mí, aunque no me apeteciera. ¿Por qué no lo hiciste?

A pesar de que su memoria era bastante buena, requisito indispensable para la prevaricación, en el fondo a Michaels no se le daba muy bien mentir. Evidentemente podía decirle a alguien que llevaba un bonito peinado cuando no era cierto, o sonreír y asentir ante un superior sin mencionar su mal gusto para vestir, pero más allá de las mentiras veniales destinadas a no herir la susceptibilidad de otras personas, no sentía realmente ningún interés por los juegos de engaño. Había intentado en vano escabullirse, pero ella le había pillado y no estaba dispuesto a mentir para salir del atolladero. Meneó la cabeza y optó por la sinceridad.

—Porque no quería mandarte a un lugar donde podías correr peligro.

—Eso suponía —dijo Toni, echando de nuevo a andar. Michaels la siguió.

—Escúchame, Toni, yo te quiero. ¿Tan malo es querer evitar que corras peligro?

—No para un amante; no sería feliz si no lo quisieras. Pero para un colega del servicio secreto, sí, es malo. Sabes que puedo cuidar de mí misma.

—Sí —respondió Michaels.

Lo sabía, lo había comprobado varias veces. Estaba más capacitada que él para cuidar de sí misma en situaciones violentas, pero aun así no era Superwoman.

—Quiero que me trates como a uno de los muchachos.

—Eso sería difícil —sonrió Michaels—. No puedo pensar en ti de ese modo, y si lo hiciera, no me interesarías. Me gustan las chicas. Tú en particular.

Toni le brindó una pequeña sonrisa, fugaz, que indicaba que no estaba realmente furiosa con él.

—Me refiero en la oficina. Me gusta mucho que me trates como a una mujer en nuestro tiempo libre.

—Comprendo.

—¿En serio? Es realmente imprescindible que lo entiendas.

Quiero que me cojas de la mano cuando caminamos a la luz de la luna, pero no en

el trabajo. Debes separar tu vida personal de tu vida profesional, Alex.

—Bien, lo haré. Cuando vuelva a ser tu turno, irás a donde sea.

Ahora le brindó una sonrisa más generosa.

—Bien. ¿Crees que podemos tomar chocolate en algún lugar?

Ambos se rieron y Michaels experimentó una gran sensación de alivio. Ninguno de los dos había estado antes en Inglaterra y algo de lo que se habían percatado era de que había máquinas de chocolate y de caramelos en todas partes: en los grandes almacenes, en las estaciones de ferrocarril, e incluso en los bares. Ambos temían que engordarían quince kilos y se les llenaría la cara de granos antes de regresar a Estados Unidos.

Su *virgil* tocó los primeros compases de *Fanfarria para el hombre común*, de Aaron Copland. Recibía una llamada. Cogió el aparato que llevaba sujeto al cinturón y comprobó que era el número del despacho de la directora del FBI.

—Es linda —dijo Toni, refiriéndose a la música, al tiempo que movía el dedo como si dirigiera una orquesta.

—Jay debe de haber entrado a hurtadillas en mi despacho y cambiado mi timbre de llamada. Es mejor que el anterior, que era *Malo hasta los huesos*, de George Thorogood.

—¡Ta, ta, ta, ta! —cantó Toni.

—Todo el mundo con quien trabajo tiene un sentido retorcido del humor —dijo antes de contestar la llamada—: Habla Alex Michaels.

—Por favor, no se retire, le paso a la directora —respondió la secretaria.

Toni lo miró y él colocó la mano sobre el auricular.

—Es la jefa.

—Ojalá Walt Carver no hubiera sufrido aquel síncope —dijo Toni.

—Creo que él se alegra de haberlo sufrido. Le brindó un buen pretexto para jubilarse e ir de pesca. Sólo ha transcurrido un mes; deberíamos darle una oportunidad...

—Comandante, habla Melissa Allison. Lamento interrumpir sus vacaciones, pero ha ocurrido algo que es necesario que sepa.

El rostro de Allison apareció en la pantalla de cristal líquido del *virgil* y Michaels lo levantó, después de activar el modo visual, con lo que apareció también el suyo en una esquina de la pantalla.

Allison, de cuarenta y seis años, era una pelirroja delgada con una frialdad casi excesiva en su voz y su actitud. Era abogada sin experiencia en el campo, nombrada por motivos políticos, pero poseía un conocimiento enciclopédico de los lugares donde estaban sepultados docenas de cuerpos políticos. Se rumoreaba que ciertos altos cargos del Congreso habían logrado persuadir al presidente para que le ofreciera la dirección del FBI que Walt Carver había dejado vacante a raíz de su leve síncope, con el fin de que guardara silencio sobre ciertas cuestiones que era preferible no divulgar. Michaels no había tenido que tratar todavía con ella, salvo en un par de

reuniones y algunos mensajes.

—Adelante.

—Hace unas horas, una fuerza militar no identificada ha atacado un tren pakistaní cerca de la frontera india, ha matado a una docena de guardias y ha hecho volar el tren. El cargamento eran componentes electrónicos altamente secretos, destinados al programa nuclear pakistaní.

—Tenía entendido que existía un tratado de no proliferación entre Pakistán e India.

—Así es, pero ninguno de ellos lo respeta. El gobierno pakistaní está convencido de que la fuerza terrorista de ataque era una unidad especial del ejército indio.

—¿Tienen alguna prueba?

—No las suficientes para declarar una guerra. Todavía no, pero las buscan con denuedo.

Michaels observó la diminuta imagen del rostro de la directora.

—Con el debido respeto, señora, ¿qué tiene eso que ver con nosotros? ¿No es ése un asunto del que deberían ocuparse los espías?

—Lo están haciendo, pero si tanto ellos como los pakistanís están en lo cierto, nadie podía haber tenido en modo alguno conocimiento de la existencia de dicho tren, ni de lo que éste transportaba. Los terroristas dispusieron de mucho tiempo para preparar la emboscada y los pakistanís aseguran que eso era imposible.

—Evidentemente se equivocan —repuso Michaels.

—El enlace con la CIA afirma que sólo cuatro personas estaban al corriente del envío y de la ruta. Las cajas no llevaban ningún distintivo y tanto los obreros que las cargaron, como el personal del tren que las transportaba, desconocían su contenido.

—¿Pudo tratarse de una coincidencia? ¿Es posible que atacaran ese tren por casualidad?

—Durante las veinticuatro horas anteriores, pasaron diecinueve trenes por el lugar donde éste fue destruido. Sólo uno de ellos transportaba algo de importancia estratégica.

—Entonces alguien se fue de la lengua.

—Los pakistanís dicen que no. Nadie tuvo la oportunidad de hacerlo. Desde el momento en que se inició la operación, tres de los cuatro que lo sabían permanecieron juntos y el cuarto, que resulta ser el jefe de su policía secreta, no descodificó el mensaje informático en el que se le informaba del envío hasta una hora después del ataque. Algún tipo de fallo informático le había bloqueado el ordenador. Aunque hubiera querido comunicárselo a alguien, no dispuso de tiempo suficiente.

—Entonces alguien interceptó el mensaje y descifró el código —dijo Michaels.

—Ésa es la razón por la que nos concierne este asunto —declaró la directora—. El problema estriba en que el código de seguridad, consistente en factores de centenares de cifras, era supuestamente invulnerable. Según la CIA, un SuperCray trabajando día y noche tardaría un millón de años en descifrarlo.

Estupendo, pensó Michaels.

—Me ocuparé de que mi personal lo investigue —respondió.

—Bien. Manténgame informada.

Desapareció su imagen y se interrumpió la conexión.

Toni, que había estado escuchando, meneó la cabeza.

—Imposible —dijo.

—Exactamente. Lo difícil lo hacemos inmediatamente. Lo imposible tarda un poco más. Vamos a ver el laberinto.

—¿No vas a llamar a Jay?

—Eso puede esperar unos minutos.

DOS

Viernes, 1 de abril
Londres, Inglaterra

El camarero dejó un *gin-tonic* sobre la mesa, junto al sillón acolchado donde lord Geoffrey Goswell leía el *Times*. Los mercados japoneses descendían en picado, los norteamericanos se mantenían estables y los valores futuros del oro ascendían.

El pronóstico meteorológico londinense auguraba lluvia para el día siguiente. Nada de que preocuparse.

Goswell levantó la vista. Vio que el sirviente esperaba por si quería algo más y le saludó militarmente con la cabeza.

—Gracias, Paddington.

—Milord.

El camarero se retiró silenciosamente. El viejo Paddington era un buen hombre. Distribuía el periódico y servía bebidas en el club desde hacía... ¿cuánto? ¿Treinta, treinta y cinco años? Era educado, eficiente, consciente de cuál era su lugar y nunca importunaba. Ojalá todos los sirvientes tuvieran la mitad de sus modales. Paddington era un hombre a quien convenía recordar en Navidad, para darle una buena propina.

A poca distancia sobre la alfombra oriental ovalada, oscura y desgastada, *sir* Harold Bellworth carraspeó y expulsó la olorosa bocanada de un habano, mientras leía un periodicucho como el *Sun*, el *New York Times*, o algo por el estilo. Bajó un poco el periódico y miró a Goswell.

—Me parece increíble lo que ha dicho hoy el presidente norteamericano. No comprendo por qué toleran allí esa clase de sandeces. Si lo hiciera el primer ministro, con toda razón lo echarían de una patada en el trasero.

Bellworth, de ochenta y dos años, era de la promoción del cuarenta y siete y, por consiguiente, ocho años mayor que Goswell.

Goswell miró al anciano y le sonrió educadamente.

—Bueno, son norteamericanos, ¿no es cierto?

—Sí, claro.

He ahí una respuesta común, con la que se contestaba nítidamente a muchísimas preguntas. Existía la conducta británica y luego... todas las demás. Bueno, son norteamericanos, ¿no es cierto? O franceses, o alemanes, o, maldita sea, españoles. ¿Qué otra cosa puede esperarse de los extranjeros, salvo una conducta inapropiada?

Harry levantó el periódico y siguió leyendo.

Goswell miró el gran reloj redondo situado sobre la biblioteca. Eran ya las cinco y media, por lo que supuso que debería ordenarle a Paddington que llamara a Stephens. El desplazamiento a «The Yews» sería lento, especialmente en un viernes por la

tarde, cuando toda la plebe abandonaba la ciudad para pasar sus dos días semanales de descanso. Normalmente se quedaría en Portman House, en la ciudad, hasta el sábado, para trasladarse entonces tranquilamente a su propiedad de Sussex, pero ese científico amigo suyo, Peter Bascomb-Coombs, llegaría para cenar a las nueve y media, y por tanto no tenía otra alternativa. Dado el estado del tráfico, Goswell tendría suerte de llegar a la hora prevista. Dobló el periódico, lo colocó junto a su *gin-tonic*, levantó la copa y tomó un buen trago. Luego volvió a dejar la copa sobre la mesa.

Al cabo de un momento, sin que fuera necesario llamarlo, apareció Paddington.

—¿Milord?

—Sí, ¿le importaría decirle a Stephens que traiga el coche?

—Por supuesto, milord. ¿Un poco de té y bocadillos para el viaje?

—No, cenaré cuando lleguemos al campo. Y agitó una mano para que se retirara.

Paddington se fue en busca del chofer. Goswell se puso en pie, sacó el reloj del bolsillo de su chaleco y comparó la hora con la del reloj de pared del club.

Harry levantó de nuevo la cabeza del periódico.

—¿Te marchas?

—Sí, debo reunirme con mi científico en la casa de campo.

—Científicos —exclamó Harry, con el mismo tono que si dijera «ladrones» o «prostitutas», mientras meneaba la cabeza—. Bueno, hasta luego, entonces. Por cierto, ¿ya has talado ese maldito tejo de detrás del invernadero?

—Claro que no. De un momento a otro, espero que sirvas de abono para sus raíces.

Harry soltó una ronca carcajada, propia de un fumador.

—Bailaré sobre tu tumba, joven presuntuoso. Y también me calentaré las manos con la leña de ese maldito tejo, cuando arda en mi chimenea.

Ambos sonrieron. Era una vieja broma. A menudo se plantaban tejos en los cementerios, y puesto que allí solían crecer más que en otros lugares, se creía que los minerales de los cuerpos en descomposición eran buenos para sus raíces. El gran tejo de detrás del invernadero de la propiedad de Goswell medía por lo menos veinticinco metros y probablemente tenía unos cuatrocientos años. Hacía mucho tiempo que amenazaba con darle de comer a Harry.

Miró su reloj. Adelantaba aproximadamente un minuto, pero no le importaba. Era un Waltham de oro, no de gran valor, pero había pertenecido a su tío Patrick, muerto durante los bombardeos alemanes y lo había heredado de pequeño. Tenía mejores relojes de gran precisión, Rolex, Cartier y un par de relojes suizos hechos a mano, que costaban tanto como un coche nuevo. El Waltham era un reloj sencillo. No mostraba la fecha, ni las noticias de la Bolsa, ni podía llevarse uno al oído y utilizarlo como teléfono. No era más que un reloj y eso le gustaba.

Guardó de nuevo el Waltham en el bolsillo de su chaleco y se dirigió a la salida. Cuando llegara a la calle, Stephens lo estaría esperando con su Bentley de 1954.

También prefería el Bentley al Rolls. Era esencialmente el mismo automóvil, aunque sin la ostentosa rejilla, y la ostentación no era propia de un caballero.

Escucharía las noticias de la BBC mientras salían de la ciudad. A ver si esos bárbaros en India y Pakistán habían empezado a dispararse los unos a los otros, a raíz de ese pequeño... pasatiempo que había organizado. Sería maravilloso que se destruyeran mutuamente para volver a la época del Raj y tuviera que intervenir el imperio, para imponer de nuevo la civilización.

¿No sería eso justicia?

Viernes, 1 de abril

En algún lugar del Raj británico, India

Jay Gridley navegaba por la red, como el dueño absoluto de cuanto contemplaba.

Se encontraba ahora en un escenario de la realidad virtual que había diseñado especialmente para investigar lo que Alex Michaels le había encomendado. En el mundo real estaba sentado frente a su ordenador, en el cuartel general de Net Force, en Quantico, Virginia, con los ojos y las orejas cubiertos por sensores de entrada, y electrodos en las manos y en el pecho, de modo que sus movimientos más mínimos se convirtieran en impulsos de control. Pero en la realidad virtual Jay llevaba un salacot, un pantalón corto de color caqui, camisa almidonada también caqui, calcetines hasta las rodillas, unas sólidas botas de campaña y un revólver Webley Mark III del calibre treinta y ocho sujeto a la cintura. Estaba sentado en una silla con dosel, sobre el lomo de un elefante indio, en compañía del raja de la región. Sobre sus cabezas, el sol de la tarde lo abrasaba todo a su alcance, envolviendo por un igual a los hombres, las bestias y la vegetación con su sofocante calor. Los precedían indígenas de piel canela con taparrabos, que golpeaban platos metálicos con palos, agitaban latas con piedras en su interior y cantaban a gritos para ahuyentar al tigre que pudiera ocultarse entre las altas hierbas que les llegaban a la altura del pecho.

Jay sonrió, consciente de que aquel ambiente no era políticamente correcto, pero sin que le importara. Era improbable que se encontrara con algún conocido en aquel escenario y, además, ¿no era él medio tailandés? En otra época, alguno de sus bisabuelos o tíos abuelos habría estado ahí abajo entre la hierba, en lo que entonces era Siam, haciendo ruido y rogando a diversos dioses que el tigre huyera en dirección contraria. Dadas las circunstancias, era preferible estar a la sombra del dosel sobre el lomo de un elefante de tres metros de altura, con un rifle Nitro *Express* de doble acción junto a él, que en el suelo golpeando un plato con un palo. Con la ventaja adicional de un niño sobre la grupa del elefante, agitando un abanico sujeto a un largo palo, que les proporcionaba a él y al raja una agradable brisa, aunque cálida.

Eso era desplazarse en primera clase: la única forma de viajar.

Lo que Jay en realidad buscaba era información, pero utilizar el teclado o dar

órdenes verbales al código binario no era tan divertido como acosar a un tigre de Bengala devorador de seres humanos.

Evidentemente, todavía no habían visto al gran tigre, a pesar del mucho tiempo que hacía que duraba el barullo.

—Lo siento, *sahib* —se disculpó el raja.

Pero no era culpa suya. No podían ahuyentar al tigre si no estaba ahí.

Sin embargo, salieron otros animales menores de sus madrigueras. Jay vio gacelas, jabalíes, toda clase de serpientes, incluidas un par de cobras de dos metros y medio de longitud, e incluso un joven tigre, pero no el gran felino que esperaba encontrar. El tigre había aparecido y había vuelto a desaparecer, sin dejar ningún rastro aparente, después de aniquilar a su presa. En este caso, la presa en la realidad virtual era una cabra encerrada en una jaula de acero inoxidable y titanio, con barrotes tan gruesos como los muslos de un culturista. Un tiranosaurio no podría haber roto los barrotes, aunque por dientes tuviera diamantes. La cabra, en realidad, un fichero codificado con la hora, lugar y otros particulares de un transporte por ferrocarril en Pakistán aquel mismo día, debía ser a prueba de monstruos. Sin embargo, algo había abierto los barrotes como si fueran fideos, había entrado en la jaula y relegado la cabra a la historia.

Al principio a Jay le había costado creerlo. Estaba seguro de que alguien había logrado hacerse con una copia de la clave de una sola utilización, que era lo habitual para esa clase de codificaciones, pero después de examinar la jaula —el código matemático— comprobó que la habían forzado sin la ayuda de ninguna llave. No era el código de ningún adolescente, acostumbrado a ocultar a sus padres un fichero pornográfico, sino un buen sistema de codificación militar, que si bien no indescifrable a la larga, alguien lo había logrado en menos de un día.

Y eso, evidentemente, era imposible. Ningún ordenador de la tierra podía hacerlo. Una docena de ordenadores SuperCray trabajando en red podrían lograrlo, tal vez, en unos diez mil años, pero alguien había descifrado el mensaje a las pocas horas de haberlo mandado y eso era sencillamente imposible. Y punto. Fin de la historia. Otro ejemplo...

Jay se quitó el salacot y se secó el sudor de la frente con el antebrazo. Hacía calor en el Punjab, y aunque estaba a la sombra, la silla del elefante no tenía aire acondicionado. Podría haberlo incluido, evidentemente, ¿pero qué sentido tenía eso? Cualquiera podía crear un escenario espurio, lleno de anacronismos, pero los artistas debían conservar cierta pureza. O por lo menos lo hacían de vez en cuando para demostrar que todavía eran capaces de ello.

¿Cómo podía haberse llevado a cabo esa intrusión? Era imposible... por lo menos según todos los conocimientos físicos que tenía a su alcance.

Le recordaba una vieja historia, durante su primera época en la aeronáutica. Algunos ingenieros habían efectuado estudios sobre los abejorros. Basándose en la superficie de sus alas, el peso y la forma del insecto, y la cantidad de músculo y

fuerza de que disponía, después de innumerables cálculos llegaron a la conclusión de que era completamente imposible que volara.

Bueno, otra metedura de pata.

Debió de ser terriblemente frustrante contemplar un papel lleno de cálculos matemáticos exactos sobre flujo, elevación y resistencia, que *demostraban* que los abejorros no podían volar y luego verlos levantarse de flor en flor, ajenos a la certeza humana de que no eran capaces de hacerlo.

Era inevitable llegar a la conclusión de que los investigadores habían olvidado algo. Volvieron a sus lápices y reglas de cálculo, realizaron más observaciones, llenaron docenas de hojas de papel con sus cálculos y por fin dedujeron cómo funcionaba la sinergia del vuelo de un abejorro.

Si uno dispone ya de la respuesta, debe ser capaz por lo menos de deducir la pregunta. Los abejorros volaban desde hacía millones de años, ajenos a que alguien pudiera creer lo contrario, y ése era un factor que había que tener en cuenta.

Ahora tenía el caso de un fichero invulnerable, que había sido forzado como una cáscara de huevo en manos de un gigante. ¿Qué era lo que había dicho Sherlock Holmes? «Después de eliminar lo imposible, lo que quede, por improbable que sea, debe ser la verdad».

Ese allanamiento no podía haberse realizado mediante ningún método que Jay Gridley conociera y, modestia aparte, era tan bueno como cualquiera en lo concerniente a picardía informática. Pero puesto que se había realizado, debía de haber un nuevo tigre ahí, entre la maleza. Lo único que tenía que hacer era imaginar su aspecto, encontrarlo y capturarlo... sin ser devorado.

Sonrió de nuevo. Eso introducía una nueva faceta en la sabiduría de la caza. ¿La receta del estofado de conejo? Primero hay que cazar el conejo.

Viernes, 1 de abril

Stonewall Flat, Nevada

Mikhayl Ruzhyó contemplaba el sol del desierto con los ojos entrecerrados. Aunque originalmente de piel bastante blanca, se había bronceado desde que estaba aquí y ahora tenía el color del cuero de una buena cartuchera, con surcos en el rostro y venas abultadas en sus brazos desnudos. Los días no eran tan calurosos aquí en Nevada como lo serían en un par de meses y las noches eran todavía frescas, pero hacía suficiente calor para estar al aire libre. Se encontraba frente a la pequeña caravana Airstream que había comprado y remolcado hasta la parcela de veinte mil metros cuadrados de arena y arbustos, que también había adquirido, disfrutando del viento cálido que lo acariciaba. Estaba más o menos solo. Únicamente en otra de las parcelas de veinte mil metros cuadrados, a un par de kilómetros de distancia, había una estructura abovedada de plástico verde, con lo que parecía papel de aluminio,

llena de paquetes de comida deshidratada, como la utilizada por montañeros y alpinistas. Ruzhyó había forzado el sencillo candado con el que estaba cerrada y la había inspeccionado a las pocas horas de localizarla. Cada dos meses aparecía un viejo con una gran camioneta GMC, descargaba más paquetes de comida deshidratada, los almacenaba bajo la bóveda, la cerraba de nuevo y se marchaba. Ruzhyó se preguntaba por qué llevaría el viejo aquella mercancía. ¿La almacenaba en previsión de una catástrofe futura? ¿Le preocupaba que hubiese una guerra? ¿Una plaga? ¿O formaba parte de algún proyecto comercial?

A veces era difícil determinar la motivación de los norteamericanos. En Chechenia, de donde procedía, o incluso en Rusia, nunca había visto a ningún viejo almacenando aquella clase de comida. Claro que tal vez nadie creía que mereciera la pena hacerlo, o quizá no podían obtenerla.

Ruzhyó se encogió de hombros. No importaba. La bóveda era el único edificio cercano y la siguiente estructura más allá era una cabaña, junto a un riachuelo seco la mayor parte del año, a casi cinco kilómetros de distancia. La cabaña pertenecía a una iglesia metodista y la habían utilizado robustos excursionistas, pero sólo tres veces desde que vivía allí y nunca durante más de dos noches. Ninguno de los excursionistas se había acercado lo suficiente para hablarle.

Agradecía la soledad. Desde que se había retirado del trabajo sucio, había tenido pocas oportunidades de hablar con la gente y mucho menos de matar a alguien. Tenía dinero guardado que podía retirar cuando lo necesitara, utilizando una tarjeta informática. Aproximadamente una vez a la semana conducía casi dos horas hasta la ciudad y compraba sus suministros en uno de los grandes supermercados, donde era completamente anónimo; no charlaba con las dependientas de la caja. Llenaba de gasolina el depósito del coche y regresaba a su casa. Pasaba junto al valle de la Muerte al oeste y abandonaba la autopista para seguir por un camino sin asfaltar, hasta su caravana. La ciudad más cercana, si cabía denominarla ciudad, era Scotty's Junction. Un polígono de tiro militar dominaba el terreno hacia el este.

Ruzhyó había comprado su coche al contado, un Dodge SUV, usado pero no demasiado viejo, y lo mismo había hecho con la caravana, ambos a través de anuncios en un periódico de Las Vegas. Había comprado el terreno con uno de los nombres falsos que utilizaba y, para evitar sospechas, había pagado un buen depósito al contado y el resto en plazos mensuales, que se pagaban automáticamente de su cuenta el primer día de cada mes. Difícilmente podía ser más discreto.

La caravana disponía de un generador y baterías, incluso de aire acondicionado, aunque raramente lo utilizaba. Le encantaba el calor.

No podía decir que se sintiera feliz, no lo había sido desde que un cáncer le había arrebatado a Anna, ni esperaba volver a serlo, pero reconocía que se sentía satisfecho. Su vida era sencilla y sus necesidades escasas. El mayor proyecto en su agenda consistía en construir un muro de piedra a lo largo del perímetro de su propiedad. Tal vez tardara diez años, pero eso no importaba. Por lo menos se había sentido

satisfecho, hasta hoy.

Al examinar el terreno rocoso, las colinas polvorientas y calinosas en la lejanía, supo que algo iba mal. No había ningún indicio visible que le indicara cuál era el problema. Ningún helicóptero había sobrevolado su propiedad, ni vislumbraba nubes de polvo que delataran la presencia de vehículos, que circularan a campo traviesa. Levantó sus potentes prismáticos y examinó lentamente su entorno. Su parcela estaba ligeramente elevada respecto al terreno circundante y tenía buena vista. Veía la bóveda del viejo desde la parte delantera de la caravana. Miró: nada.

Subió unos metros por la cuesta de detrás de la caravana, desde donde alcanzaba a ver el tejado de la cabaña de los metodistas y el lecho seco del río. Ninguna actividad.

Bajó los prismáticos. No se veía nada, no tenía por qué preocuparse, pero en sus entrañas sentía que algo iba mal. Se dirigió a la caravana. Guardaba armas en una caja plana, escondida bajo el suelo del dormitorio. Tal vez había llegado el momento de sacarlas y tenerlas a mano.

No, decidió. Todavía no. No había nada contra lo que disparar. Tal vez su sensación era equívoca; puede que le doliera simplemente la barriga por una mala digestión, o debido a algún parásito.

Se brindó a sí mismo una forzada sonrisa. No había sobrevivido tanto tiempo prestando atención a semejantes razonamientos. En su mejor época, había actuado como una cucaracha que viera de pronto una luz en la noche: primero correr y preocuparse después. Eso lo había mantenido vivo, cuando muchos otros en su profesión habían fallecido. Había aprendido a confiar en ello a lo largo de los años. No, algo iba mal. Fuera lo que fuese, se manifestaría tarde o temprano, y entonces se ocuparía de ello.

Entró en la caravana.

TRES

*Sábado, 2 de abril
Las Vegas, Nevada*

Al coronel John Howard, comandante en jefe del brazo militar de Net Force, le esperaban dos sorpresas en el aeropuerto, cuando se apeó de uno de los viejos Lears reacondicionados que utilizaban para viajes cortos dentro del país. La primera fue que el Departamento de Operaciones de Satélites Tácticos del ejército estadounidense, a veces denominado «gran mirador», había identificado definitivamente al objetivo como al hombre que buscaba Net Force.

No era para asombrarse, puesto que Net Force ya lo sospechaba, o de lo contrario no habrían solicitado la confirmación del ejército. No obstante, más valía estar seguro.

Sin embargo, la segunda sorpresa le produjo un sobresalto inesperado: Howard estaba a punto de obtener un ascenso.

El rango militar era algo extraño en Net Force. Oficialmente, todos los oficiales y soldados bajo su mando eran miembros «destacados» de la Guardia Nacional, independientemente del cuerpo al que hubieran pertenecido con anterioridad. Esa era sólo una organización nominal, el lugar donde los encuadraban los chupatintas y los «ratones informáticos», independiente en un sentido real de la Guardia Nacional o del ejército estadounidense. Estaba relacionado en gran parte con el uso de unidades militares en situaciones civiles, generalmente no autorizado a nivel nacional, pero también con alguna extraña normativa de las recientes revisiones contributivas. Él no lo comprendía, su jefe no parecía entenderlo, ni su contable tampoco, pero ahí estaba.

Debido a ello, los rangos en Net Force estaban más o menos congelados. Como comandante en jefe, estaba autorizado a ascender a los soldados, pero sólo al rango de suboficiales. Howard sabía que podría haberse quedado en el ejército regular e, incluso en tiempo de paz, jubilarse con uno o dos grados por encima del que ya ocupaba. El hecho de ser afroamericano le favorecía, dada la existencia todavía de suficientes blancos liberales con complejo de culpabilidad, para inclinar de vez en cuando la balanza a su favor. No esperaba superar el rango de coronel cuando se retiró para unirse a Net Force, aunque el sueldo y, sobre todo, las oportunidades de entrar en acción eran mejores. Su jefe directo era un civil, de modo que en cuanto a categoría de mando, él era esencialmente el oficial en jefe.

Julio Fernández, su ayudante primordial desde que estaba en Net Force y desde mucho tiempo antes, le dio la noticia con evidente regocijo.

—¿Puede repetirlo, sargento? —preguntó Howard.

Fernández le sonrió, a la sombra de una marquesina adosada a un hangar privado.

—¿Qué es lo que no ha comprendido, mi general?

—Permítame que se lo pregunte de otro modo, y sea breve, aquí empieza a hacer ya mucho calor: ¿de qué diablos está hablando?

Caminaron juntos hacia el hangar y Fernández soltó una carcajada.

—Bien, señor, se dice que dentro de treinta días, a partir del 1 de abril, le ofrecerán al coronel el rango de general de brigada, superior al de coronel e inferior al de general de división, en esta unidad espuria de la Guardia Nacional a la que me ha arrastrado.

—¿A punta de pistola?

—Si mal no recuerdo, señor.

Howard sonrió.

—Vamos, Julio, ¿de qué está hablando? No he oído rumores sobre ningún ascenso —dijo, procurando disimular su entusiasmo.

A Fernández le gustaba bromear, pero nunca lo haría sobre algo tan importante como eso. Howard siempre había querido ser general, evidentemente, pero había abandonado dicha esperanza al retirarse del ejército regular.

—Eso es porque usted no está comprometido con la chica más hermosa y más inteligente del mundo occidental y probablemente también del oriental, John. Una mujer capaz de hacer que un ordenador cante, baile y dé saltos mortales, sin forzar siquiera el meñique. He visto personalmente la orden y no cabe duda de que es oficial.

—¿Y no se supone que la teniente Winthrop no debe husmear en ciertas áreas? —dijo Howard, a pesar de la subida repentina de adrenalina.

Fernández abrió y levantó las manos, como para indicar que se daba por vencido.

—¿Qué puedo hacer yo al respecto? Soy sólo un sargento, ella es mi superior. Lo que yo sé sobre ordenadores cabría en su oreja y le sobraría espacio para el dedo. Además, ¿qué sentido tendría formar parte del mejor equipo de informáticos del mundo, si uno no pudiera meterse donde se le antoje? Es verdad. Lo felicito, John.

—Gracias, pero lo creeré cuando lo vea.

Sintió que se le levantaba el ánimo. *General* Howard, no sonaba nada mal.

Fernández le leyó la mente y soltó una carcajada. Howard se repuso, moderó su emoción y aplacó su ego.

—¿Cómo está Joanna?

—Tan embarazada como una sala de partos abarrotada. No cumple hasta setiembre y le aseguro que no creo que yo sea capaz de sobrevivir a la experiencia. En un momento dado, soy su ángel y le parece bien todo lo que haga, pero luego de pronto se pone furiosa porque *respiro* demasiado fuerte. Come salsa de tomate con el puré de patatas y le echa sal al helado. Orina cuarenta y nueve veces diarias.

Howard se rió.

—Lo tiene bien merecido. ¿Cuándo piensa convertirla en una mujer honrada?

—El 1 de junio, según me han informado. Ella preferiría esperar un año, al

parecer es lo que se tarda en organizar una boda, aunque para mí eso no tiene sentido. De lo contrario, quiere casarse antes de que nazca el niño y no quiere parecer una vaca, de modo que debe ser entonces. No depende de mí, no soy más que el novio.

—Así son las bodas y los embarazos, Julio.

—Pero se me permite elegir al padrino. ¿Le interesa el cargo?

Howard asintió.

—¿Bromea? No me perdería las nupcias del infame sargento Julio Fernández ni por todo el oro del mundo. ¿Se conoce ya el sexo del bebé?

—Niño —sonrió Fernández.

—¿Han elegido algún nombre?

—Cinco nombres: Julio García Edmund Howard Fernández.

Howard dejó de andar y miró a su amigo.

—Me siento honrado.

—No ha sido idea mía, culpe a Joanna. También hemos incluido a un par de abuelos. Yo lo habría llamado simplemente Bud. También le toca ser padrino... otra de sus locuras.

Howard sonrió. Iba a ser padrino de boda de su amigo, tendría un ahijado que llevaría uno de sus nombres y lo ascenderían a general en la versión de Net Force del ejército. Aquello no sucedía todos los días.

—Lamento aguar la fiesta, ¿pero qué hay de nuestro fugitivo?

—Ningún problema en ese sentido, señor. Vive en una caravana en mitad de la nada, solo, sin ni siquiera un perro. Su proyecto más ambicioso parece consistir en la construcción de un muro de piedra a lo largo del perímetro de su propiedad. Mantiene una discreción absoluta, no alterna ni habla con nadie, que sepamos. Se limita a amontonar piedras. Cuesta creer que se trate de un aniquilador especializado, exmiembro del *Spetsnaz*, con cuarenta y cuatro asesinatos confirmados en su haber.

—Si creemos a Vladimir Plekhanov y los psiquiatras del equipo de interrogación aseguran que podemos creerlo, el hombre que se hace llamar Mikhayl Ruzhyó es alguien cuya pericia no se limita a amontonar piedras en el desierto. Queremos hacer esto de un modo ordenado, con tacto, con el fin de capturarlo con la suficiente delicadeza para que siga vivo y pueda responder a algunas preguntas.

—Ningún problema, eso es pan comido. Pero creía que ahora los rusos eran nuestros amigos...

—Muy ocurrente, sargento. Sabe tan bien como yo que, cuanto más sepamos sobre nuestros amigos, mejor para nosotros.

—Amén.

—Bien, veamos lo que el «gran mirador» tiene para nosotros.

—El puesto de mando está en el rincón más fresco que he encontrado, general.

—Dejemos lo de la promoción hasta que lo vea por escrito, sargento —sonrió.

—¿Algo gracioso, señor?

—Sólo que lo imaginaba de teniente.

—¡Imposible!

—Si fuera general, tendrían que escucharme...

La cara de preocupación de Fernández no tenía precio.

Sábado, 2 de abril

«The Yews», Sussex, Inglaterra

El comandante Terrance Arthur Peel, Tap para sus amigos, se encontraba junto al invernadero de lord Goswell, detrás del edificio principal, observando un desvencijado Volvo negro que se acercaba. Los tres perros del encargado de seguridad de la finca, dos pastores escoceses y un pastor alemán, empezaron a ladrar.

A Peel le gustaban los perros. Prefería un perro en su tienda en la selva, al más avanzado sistema de alarma que se fabricara. El animal le advertía a uno cuando alguien se acercaba y, si estaba bien entrenado, distinguía a los amigos de los enemigos. Además, le arrancaría el pescuezo al enemigo si se lo ordenaba. Al contrario de las personas, los perros eran fieles.

El Volvo se detuvo, chirrió la puerta derecha al abrirse y de él salió un hombre alto y delgado de unos cincuenta años, cabello canoso, más étnico de lo que su nombre indicaba; Peter Bascomb-Coombs tenía la nariz ligeramente aguileña. Peel lo sabía, había comprobado personalmente su historial.

Bascomb-Coombs llevaba un lujoso traje de color vainilla, aunque mal ajustado, camisa de seda amarilla, corbata azul y zapatos de piel de color gris claro italianos, hechos a mano. Sin duda, ninguna de dichas prendas era barata. Sólo los zapatos debían de haberle costado entre trescientas y cuatrocientas libras. Su señoría no escatimaba en lo que pagaba a sus empleados predilectos y Bascomb-Coombs era uno de ellos, con o sin raíces judías.

Tampoco importaban los antecedentes étnicos del científico. No afectaban en absoluto a su cerebro y fuera lo que fuese Bascomb-Coombs por otra parte, era un hombre sumamente inteligente. Era brillante, genial y estaba tan por delante de los demás en su campo, que era como un Einstein o un Hawkins, único en su género, salvo que era incapaz de cumplir los compromisos de su agenda. Se lo esperaba para cenar la noche anterior y simplemente se había confundido de día. Y aunque la cita hubiera sido para hoy, llegaba con media hora de retraso.

El estereotipo del profesor despistado estaba basado ciertamente en la realidad, si se tomaba a Bascomb-Coombs como ejemplo. El propio Goswell había hecho caso omiso del desaire; uno debía aguantar ese tipo de cosas. ¿Qué se podía esperar de la clase obrera, genios o no? Goswell no estaba completamente loco, salvo en lo concerniente al imperio, y sin duda tenía suficiente sentido común para saber que Bascomb-Coombs era demasiado valioso para prescindir de él por haber confundido la fecha de una cena.

Peel sonrió y se ajustó su SIG negra de nueve milímetros en la pistolera Gáleo, sobre su cadera derecha. Era un individuo suficientemente corpulento para que la chaqueta deportiva de lino blanco, de Saville Row, que llevaba puesta disimulara perfectamente la pistola. Metro ochenta y ocho, unos noventa kilos y todavía en forma para luchar. Evidentemente, su señoría no tendría a un maleante con uniforme de camuflaje y una metralleta en las manos, amenazando a sus invitados. Peel, aunque retirado del servicio de su majestad bajo sospecha, era presentable. Buen regimiento, escuelas respetables, todavía en forma a los cuarenta y cinco, y capaz de elegir el tenedor correcto en una cena de gala si era necesario. Era un hombre educado y civilizado, capaz de hablar con los ricos y los famosos sin parecer que estaba fuera de lugar. Ahora podría ser coronel de no haber sido por aquel... desagradable incidente en Irlanda del Norte durante su último período de servicio. Maldito país y malditos salvajes sus habitantes.

Sonó el pequeño comunicador que llevaba en el bolsillo de su chaqueta. Debía de ser Hawking, desde el portal, para confirmar la llegada del Volvo a la casa y asegurarse de que no habían aparecido terroristas en el maletero del coche que hubieran aniquilado a Peel.

—Aquí G-1. ¿Ha llegado el paquete?

—Afirmativo, G-1. Luz verde en la casa.

—Recibido. Aquí también todo en orden.

Peel consultó su reloj, un cronómetro analógico de las fuerzas especiales, con la esfera negra e incrustaciones de tritio que brillaban en la oscuridad, que le habían regalado sus hombres en su jubilación. A ninguno de ellos le alegró que se marchara. El resto del equipo de seguridad debería informar aproximadamente... ahora...

—R-1. Aquí no hay actividad alguna.

—R-2. Aquí hay un par de vacas del gordo rumiando, por lo demás despejado.

—Rover-3. Perímetro despejado desde la verja cuatro a la verja siete.

—Puerta-2. Aquí todo está más tranquilo que en la maldita Navidad.

Peel contestó a cada uno de los vigilantes de las puertas y a los guardias ambulantes cuando llamaron. Disponía de diez hombres, todos exmilitares, distribuidos por los alrededores. Desde un punto de vista realista, eso no bastaba para repeler un tiroteo, pero la mayoría de los enemigos de su señoría no eran la clase de gente que asaltaría «The Yews» para atacarlo. Lo más probable sería que le espetaran con bonos o transacciones hostiles.

Sonrió. Naturalmente, su señoría tenía enemigos que no sabían que estaban en su lista, a los que de vez en cuando era preciso... *atender*, evidentemente de un modo circunspecto. Y ésa era la razón por la que Tap Peel estaba al servicio de su señoría. El padre de Peel y lord Goswell habían sido compañeros de estudios en Oxford, evidentemente, y el padre de Peel había logrado que lo nombraran caballero antes de morir. Ese tipo de cosas sólo se comentaban en familia o, por lo menos, entre amigos íntimos.

Parecía que se acercaba lluvia por el norte; eso era lo que se esperaba hoy en Londres. Un poco de lluvia tampoco perjudicaría aquí la vegetación, pero molestaría al personal de vigilancia. Bueno, así era la vida de un soldado. Cuando uno se alistaba, aceptaba la lluvia y el sereno, el frío y el calor, y no había vuelta de hoja. Dios sabía que él mismo había aguantado bastantes chaparrones, con el agua filtrándosele por el cuello, maldiciendo a los oficiales que lo habían destinado adondequiera que se encontrara.

Sonrió. Era una vida estupenda la del soldado. Lástima que hoy en día aquello fuera lo más parecido a la misma. Bueno, a no ser que estuviera dispuesto a desplazarse a alguna república del Tercer Mundo y ofrecerse como mercenario. Ni soñarlo. En la época de su abuelo, ser mercenario era una profesión más o menos honorable, pero actualmente, cualquier imbécil sin ninguna formación militar podía contestar un anuncio en una revista norteamericana y acabar procurando salvar el pellejo en alguna jungla africana. No, gracias. Los guerreros británicos pertenecían sin duda a una categoría curiosa, pero ciertamente eran mucho mejores soldados que los que se encontraban anunciándose en una maldita revista.

Consideró que debía entrar en el edificio. No tardaría en servirse la cena y tomarían antes unas copas. Bascomb-Coombs era uno de esos que sólo toman vino blanco, y su señoría no se sentía cómodo con las personas que no beben, de modo que Peel sería sociable y lo acompañaría con un buen *whisky*.

Su señoría detestaba beber solo. Tomaría un *whisky* corto, sólo un par de dedos, para mantener la mente clara.

Sonrió de nuevo. Sin duda había tenido misiones peores.

CUATRO

Sábado, 2 de abril
Washington, D. C.

Los campeonatos nacionales de selección de lanzamiento de bumerán se celebraban en el nuevo estadio del Instituto Clinton y Tyrone Howard estaba encantado de estar presente, por no hablar de cuánto le emocionaba ser uno de los *participantes*. Claro que se trataba sólo de la división juvenil y que intervenía en una sola prueba, la de máxima duración en vuelo, pero estaba maravillado. Hacía sólo unos seis meses que practicaba seriamente el lanzamiento.

Junto a Tyrone, su mejor amigo, Jimmy Joe, escudriñaba a través de sus gruesas gafas a los demás participantes, que hacían ejercicios de calentamiento.

—Oye, ¿no es eso peligroso? ¿Qué pasa si te da en el coco? Esto no es la realidad virtual, es el mundo real.

Jimmy Joe se dedicaba plenamente a la realidad virtual, al igual que Tyrone hasta hacía sólo unos meses, aunque ahora consideraba que tal vez no se desenvolvía del todo mal en esas actividades... al aire libre. No obstante, había tardado una semana en convencer a su amigo de que abandonara el ordenador y asistiera a una competición real.

—Lo único que ocurre es que te caes y despiertas con un chichón en la cabeza. También se te podría fundir *undriver* REM y freírte el cerebro, palurdo.

—Sí, claro, podría ocurrir. ¿Después de superar un triple sistema de seguridad y con medio miliamperio de *vamp*? Con eso no se freiría ni un huevo de hormiga. No es lo mismo que recibir un porrazo en la cabeza con uno de esos palos —replicó Jimmy Joe, meneando la cabeza.

Echó un vistazo al sol. Tenía que protegerse de sus rayos por la mañana, al caminar hasta la parada del autobús, y tardaba dos semanas en pasar de transparente a blanco. Hacía un buen contraste con Tyrone, que tenía un bonito color achocolatado aunque no tomara nunca el sol. Sin embargo, últimamente había pasado bastante tiempo al aire libre. Era cierto que antes vivía pegado al ordenador y además era un buen informático, hasta que su relación con Bella lo arrojó de la realidad virtual al mundo real. No cabe duda de que lo dejó destrozado el hecho de que ella lo abandonara. El decimotercer año de su vida había sido realmente duro.

—Bien, me has convencido —dijo al rato Jimmy Joe al comprobar que Tyrone no respondía—. Explícame las reglas del juego. ¿Qué se hace con ese palo torcido?

Tyrone sonrió.

—Bien, hay dos clases básicas de bumerán. Uno es un palo que regresa cuando lo arrojas. Puede que haga muchas piruetas de ida y vuelta, o no, según el modelo. Hay

toda una gama que va desde el modelo básico, que parece una rodaja de plátano, hasta los semejantes a helicópteros, con seis u ocho hojas.

»La segunda clase está basada en los palos de guerra aborígenes y no regresan; siguen volando hasta que se caen, o golpean a alguien en la cabeza. Un bumerán de guerra puede ir más lejos que cualquier otra cosa del mismo peso que puedas arrojar. Vuelan debido a la precisión giroscópica que causa el empuje asimétrico. La rotación combinada con el movimiento lineal provocan el empuje.

—¡Interrupción de la última transmisión de datos! Explícamelo en cristiano.

—Vuela porque se convierte en una ala al girar; regresa porque el ángulo del ala es diferente en distintos lugares.

Pasó corriendo un pastor alemán, que perseguía un *frisbee* Jackarang de silicona dura.

Tyrone se quitó la mochila y sacó su Wedderburn básico.

—¿Ves cómo el interior de esta hoja tiene el borde ladeado? Pero en este lado el borde ladeado es el posterior. Cuando gira contra el viento, el empuje es diferente en cada rotación, de modo que empieza a curvarse. Se arroja con la derecha, así... —dijo Tyrone, mostrándole cómo se agarraba, con la parte cóncava hacia adelante y el extremo levantado—, luego se pone plano y se ladea hacia la izquierda.

Jimmy Joe examinó el bumerán y lo sopesó.

—Podría escribir un programa, introducir factores como peso, revoluciones por minuto, velocidad, aerodinámica y todo lo demás, y lograr que funcionara exactamente igual en la realidad virtual.

—Bien venido al pasado. Todos los lanzadores que se lo toman en serio disponen de sus propios escenarios desde antes de Cristo. Yo tengo copias exactas para cada uno de mis pájaros. Pero el programa no es más que un mapa, *esto* es la realidad.

Abrió la mochila para mostrarle a su amigo otros bumeranes. Tenía tres clásicos y tres de máxima duración de vuelo, sumamente finos y ligeros, con hojas de lino impregnadas de colofonia en forma de ele, diseñados para permanecer en el aire el máximo tiempo posible. Su favorito era un Möller modelo Indian Ocean, un Paxolin estándar con el que había llegado a ser bastante bueno.

—Utilizaré éste en la prueba —agregó, mostrándole el Möller.

—No parece tan difícil como DinoWarz.

—No seas palurdo, el tiempo real analógico es diferente del digital. Aquí se trata de memoria muscular, evaluar la velocidad del viento, la temperatura y otras cosas por el estilo.

Jimmy Joe no estaba impresionado.

—Podría incluir todo eso en mi programa. En una sesión.

—Sí, pero no serías capaz de salir ahí, arrojar esto y hacer que funcionara.

El perro volvió con el *frisbee* en la boca y lo dejó caer a los pies de su dueño, un individuo alto de pelo verde.

—¡Buena chica, *Cady*! —dijo el del pelo verde—. ¿Otra vez?

El perro ladró y empezó a dar saltos.

—¿Y tú en qué prueba participas?

—La de máxima duración de vuelo. Lo arrojas, gira hacia arriba y alrededor, y un juez lo cronometra. Debes cogerlo cuando regresa, o de lo contrario no cuenta, y debe llegar a un círculo de cincuenta metros. La mejor marca actual está un poco por encima de los cuatro minutos.

—¡Y una porra! ¿Cuatro minutos girando en el aire? ¿Sin motor? No me tomes el pelo.

—Eso es sólo la marca oficial. Algunos han logrado que permanezca en el aire casi dieciocho minutos, extraoficialmente.

—No me digas. Parece imposible.

—No te miento.

Tyrone levantó el Möller.

—Mi mejor tiempo con éste está un poco por encima de los dos minutos. Si hoy lo logro, probablemente ingresaré en el equipo nacional juvenil.

—Eso sería fantástico.

Tyrone sonrió. Sí, todo marchaba a la perfección. Lástima que su padre no estuviera allí para verlo. Su papá lo había ayudado mucho al principio, tenía incluso un viejo bumerán que había encontrado en casa de su abuela. Evidentemente, su padre ahora ya no estaba a su altura, pero eso no importaba. No lo hacía mal, para ser un padre.

Se activó la megafonía. Tocaba la prueba de Tyrone.

De pronto se le secó la garganta y tragó saliva. El entrenamiento era una cosa, pero la competición era otra. Aquélla era la primera en la que participaba y de pronto sintió la necesidad ineludible de orinar, aunque lo había hecho hacía sólo diez minutos.

A pesar de su exagerada palidez, Jimmy Joe parecía imbuirse del espíritu de la situación.

—¿Entonces cuándo vas a lanzar?

—Soy el decimoctavo. Hay unos treinta y tantos lanzadores en mi categoría. Algunos han venido del otro extremo del país para tomar parte en esta competición y los hay que son realmente buenos.

—¿Vas a mirar a los demás?

—Por supuesto. Tal vez aprenda algo. Además, quiero saber el tiempo que debo superar.

—¿Te ayuda saber que alguien ha conseguido, por ejemplo, tres minutos?

—Tanto como conocer las puntuaciones máximas en Dino-Warz.

—Comprendo.

Se celebraban al mismo tiempo otras pruebas: distancia, precisión, australiana; y Tyrone y Jimmy Joe se dedicaron a contemplarlas a la sombra del toldo de uno de los tenderetes.

El primero en lanzar fue un chico alto y delgado, con la cabeza afeitada. Utilizaba una hoja triple de color rojo brillante, no la mejor para esa prueba, y Tyrone pulsó el botón de su cronómetro. Cuarenta y dos segundos. Nada.

El siguiente era un muchacho bajo y robusto, con un bumerán verde en forma de ele, que parecía un Bailey MTA Classic, o tal vez un Girvin Hang 'Em High. Aunque también podría tratarse de una imitación, no era fácil saberlo a esa distancia.

Tyrone cronometró el vuelo: un minuto y doce segundos. Ese no ganaría, estaba seguro. Soplaban un viento suave del nordeste, de modo que no sería necesario pegar monedas ni alerones a las hojas de su bumerán, para evitar el empuje hacia abajo.

El tercer competidor era una chica, tan oscura como Tyrone, probablemente de su misma edad, y utilizaba un Möller del mismo modelo que el suyo. Dio un par de pasos, se inclinó y lanzó.

El bumerán ascendió muy alto y pareció permanecer suspendido una eternidad, girando, revoloteando y volviendo sobre sus pasos. Fue un lanzamiento hermoso y un vuelo ejemplar. Tyrone dejó de observar el bumerán para contemplar a la muchacha, que alternaba la mirada entre el artefacto volador y el cronómetro, y sonreía.

Era comprensible que lo hiciera. Cuando el bumerán concluyó su perezoso viaje y descendió, la negrita tenía dos minutos y cuarenta y ocho segundos en su haber. No sería fácil superarla.

Vieron otros ocho lanzadores, ninguno de los cuales se acercó a menos de treinta segundos de la tercera chica y entonces le tocó el turno al propio Tyrone. Su boca era un desierto, tenía el estómago revuelto y respiraba con excesiva rapidez. No debería darle miedo, lo hacía todos los días cuando el tiempo lo permitía, arrojaba su bumerán docenas de veces. Pero no ante centenares de espectadores y hoy disponía de un solo lanzamiento.

Debo superar sólo los dos minutos —pensó cuando se acercaba al círculo de lanzamiento—. *Con dos minutos no ganaré, pero tampoco seré el último y no me sentiré como un imbécil. Dos minutos, ¿vale?*

Se sacó un poco de polvo mágico comercial del bolsillo y lo frotó entre el índice, el corazón y el pulgar, dejándolo caer para comprobar la dirección del viento. Las diminutas partículas brillaban al descender y le indicaron que el viento había cambiado ligeramente de dirección hacia el norte, pero seguía siendo esencialmente del nordeste. Dejó caer el resto del polvo, sujetó el cronómetro con la mano izquierda y agarró decididamente el Möller con la derecha. Respiró hondo tres veces, expulsando lentamente el aire, miró al juez junto al círculo de lanzamiento y asintió. Si salía del círculo, quedaría descalificado. El juez también asintió y levantó su propio cronómetro.

Adelante, Tyrone.

Volvió a respirar hondo, dio un paso al frente, se inclinó, dobló la muñeca y le dio tanto impulso como creyó que el bumerán era capaz de aguantar. Procuró que no se inclinara a la derecha y lo colocó tan cerca de un ángulo de cuarenta y cinco grados

como pudo.

Pulsó el botón de su cronómetro.

Transcurridos dos minutos y cuarenta y un segundos, su bumerán se rindió. Lo recuperó con ambas manos y fin de la historia.

Tyrone sonrió. Quedaban todavía una docena de participantes por lanzar, pero había superado su propia marca personal con más de treinta segundos y se había colocado en el segundo puesto. Independientemente de lo que sucediera, se sentía satisfecho de su lanzamiento.

Cuando Tyrone regresó junto a donde Jimmy Joe esperaba, se le acercó la negrita que iba en primer lugar. Tenía un aspecto atlético, musculoso, con una camiseta, pantalón de ciclista y botas de fútbol, un poco corriente. Ni de lejos era tan espectacular como lo había sido Bella. Y todavía lo *era*.

—Bonito lanzamiento —dijo la chica—. Si te hubieras inclinado un poco más a la izquierda, habrías conseguido otros diez o doce segundos de vuelo y me habrías vencido.

—¿Tú crees?

—Desde luego. El Möller puede alcanzar los seis minutos, o eso dicen. Yo he logrado los tres minutos y cincuenta y un segundos en los entrenamientos. Por cierto, me llamo Nadine Harris.

—Tyrone Howard.

—¿De dónde eres, Ty?

—De aquí, de Washington.

—¿En serio? Yo también. Acabamos de trasladarnos de Boston. Voy al Instituto Eisenhower. O lo haré a partir de la próxima semana.

—¿Bromeas? —preguntó Tyrone, mirándola fijamente.

—No. ¿Lo conoces?

—Soy alumno de ese instituto.

—¡Asombroso! ¿Cuántas probabilidades hay de que eso suceda? ¡Tal vez algún rato podamos lanzar juntos! En mi última escuela no había nadie más que lanzara.

—Recibido. Estupendo. Permíteme que te dé mi dirección electrónica.

Cuando Tyrone llegó junto a Jimmy Joe, éste tenía la mirada fija en el suelo.

—¿Has perdido algo, niño blanco?

—Sólo buscaba un buen palo.

—¿Un buen palo?

—Sí, chiquillo, para ti. Para mantener a distancia las mujeres.

Gesticuló en dirección a la chica, que se retiraba, fingiendo que la ahuyentaba con un palo imaginario.

—¡Cierra el pico, bocazas, no es más que una competidora!

—Sí, ya lo veo.

—Pasas demasiado tiempo encerrado, JJ. Vive la vida.

—¿Para qué? La tuya es mucho más divertida.

Tyrone agitó la mano como para darle un cachete, pero su amigo la esquivó. Se movía con bastante rapidez para ser un niño repelente.

Luego, cuando acabaron de lanzar los juveniles, Tyrone observó el marcador informatizado que habían instalado para ver los resultados. Extraoficialmente, ya sabía que era tercero. Un muchacho de Puerto Rico se había colocado entre él y Nadine, con tres miserables segundos de ventaja sobre Tyrone. No obstante, haber quedado tercero en una competición nacional de treinta y cuatro participantes y con una nueva posición de referencia no estaba nada mal. Había ingresado en el equipo nacional.

El marcador empezó a parpadear y luego se quedó en blanco. Al cabo de un segundo apareció la imagen de algún tipo de bandera, que ondeaba en una brisa virtual.

Tyrone miró a su amigo.

—Se les ha introducido un *hacker*. ¿Por qué no te ofreces para solucionarlo?

—¿Tú crees? —preguntó Jimmy Joe, con brillo en la mirada. Tyrone se echó a reír.

Sábado, 2 de abril
Las Vegas, Nevada

—Tenemos un problema, coronel —anunció Fernández.

Estaban en el campo de operaciones, cargando los camiones para entrar en el desierto. Una docena de soldados, hombres y mujeres, preparaban el equipo para iniciar la marcha.

—Todavía no hemos establecido el primer contacto con el enemigo, sargento. ¿No será la policía local?

Unas veces llamaban a las autoridades locales y otras no, según la situación. En este caso no había policía suficientemente cerca del emplazamiento del objetivo para preocuparse y la oficina del *sheriff* del condado de Clark no tenía por qué saberlo, puesto que se encontraba muy lejos de su jurisdicción.

Fernández se encogió de hombros.

—Es el ordenador. Mire.

Howard se acercó al ordenador de campaña, frente al que un técnico llamado Jeter blasfemaba entre dientes.

—Parece la bandera británica —dijo Howard.

—Sí, señor —respondió Jeter—. Lo es. Debería ser la señal del «gran mirador», con una imagen tridimensional del emplazamiento del objetivo —agregó, mientras golpeaba el monitor con una mano—. Esto es lo que pasa cuando se compran los equipos electrónicos al por mayor a los neocelandeses... Usted perdona, señor.

Howard sonrió.

—Confío en que lo resolverá antes de iniciar la marcha.

—Sí, señor.

Howard desvió la mirada, respiró hondo y soltó lentamente el aire de sus pulmones. Consultó su reloj. Se preguntó cómo le habría ido a Tyrone la competición de bumerán. Tuvo la tentación de llamarlo, pero sabía que no debía hacerlo. Por muy protegido que estuviera su comunicador, no era sensato delatar su posición en una situación táctica, ni era aconsejable acostumbrarse a hacerlo. Llamaría a su hijo cuando hubieran capturado y neutralizado a su objetivo. Tyrone era un buen chico, pero también un adolescente. Se le empezaba a complicar la vida y empeoraría en adelante. ¿Cómo podía evitar eso un padre? Lo cierto es que no podía y eso le dolía. Los días en que papá lo sabía todo y tenía todas las respuestas formaban parte del pasado. Nunca había pensado mucho en ello, pero ahora era innegable: su hijo crecía, cambiaba, y si quería seguir en contacto con él, también él debía cambiar. Eso le producía una extraña sensación.

—Ya está resuelto —anunció Jeter—. Hemos recuperado la señal.

Deja de preocuparte por el crecimiento de tu hijo, John, y concéntrate en lo que tienes entre manos.

—Bien. Adelante.

CINCO

Sábado, 2 de abril
Londres, Inglaterra

Toni Fiorella subía por la estrecha y crujiente escalera de una casa de cuatro plantas. El lugar que buscaba se encontraba en el primer piso, sobre una pequeña tienda de electrodomésticos en una zona llamada Clapham, entre un restaurante indio en un edificio de ladrillo rojo y una tienda de beneficencia con las ventanas tapiadas con tableros de contrachapado. Tanto los edificios como el barrio estaban bastante descuidados. Tal vez no tanto como los peores barrios del Bronx, pero no era un lugar adonde uno iría a pasear con su abuela una vez entrada la noche... A no ser que la abuela fuera traficante de drogas y fuera armada.

Al acercarse, Toni olió el sudor viejo y nuevo.

La gruesa puerta de madera no estaba cerrada con llave.

En el interior había quince o dieciséis hombres y cinco mujeres, todos con pantalón oscuro de chándal, zapatillas deportivas y camisetas blancas. En la espalda de las camisetas había un emblema negro y una versión más reducida del mismo sobre el pecho izquierdo: una daga javanesa de hoja serpenteada llamada *Kris*, en un ángulo de unos treinta grados, con las palabras «*Pentjak Silat*» encima y debajo.

Las veintitantas personas practicaban *djurus*.

Toni sonrió. Las posturas no eran las mismas que las suyas, puesto que aquella versión del arte marcial indonesio no era Serak sino una variante de Tjikalong, un estilo javanés occidental, pero se parecían lo suficiente para reconocer los *djurus*, las formas, como las *katas* de kárate.

La escuela en sí no era particularmente impresionante, y estaba lejos de parecerse a los gimnasios del FBI en su país. El techo era alto, tenía tal vez unos cinco metros. El suelo era de madera oscura, vieja y desgastada, pero limpia. Dobladas en un rincón de la gran sala había unas colchonetas raídas de espuma dura de color azul, también muy desgastadas, además de un par de pesados sacos de boxeo con varias capas de cinta adhesiva. Sobre una puerta de color castaño, un letrero indicaba que conducía al baño, o al retrete, como lo llamaban aquí. A lo largo de la pared trasera, a unos tres metros de altura, había unos tubos de agua, calefacción o lo que fuera, pintados alternativamente de color rojo, blanco y azul. Alrededor de una columna en medio de la sala había lo que parecía un viejo colchón, sujeto con media docena de pulpos rojos y azules. Una doble hilera de tubos fluorescentes adornaba el techo. En una de las ventanas zumbaba un extractor, que lanzaba el olor a sudor al aire de la noche.

Era un gimnasio simple, sin adornos.

Un hombre alto vestido como los estudiantes circulaba por la sala, observaba las

formas, corregía las posturas y felicitaba a los alumnos cuando se lo merecían. No era suficientemente musculoso para ser un culturista, pero tenía la espalda ancha y las caderas estrechas. Su pelo era canoso, con algo de castaño. Usaba gafas estilo aviador. A primera vista parecía tener unos treinta y cinco años, pero Toni supuso que pasaba de los cincuenta, a juzgar por sus manos y las arrugas en las comisuras de sus ojos.

—Hola —dijo con un pronunciado acento británico—. ¿Puedo ayudarla?

—Hola, soy Toni Fiorella. Lo he llamado por teléfono.

—Ah, claro, la visitante de Norteamérica. ¡Bienvenida! Me llamo Carl Stewart y éstos son mis alumnos —dijo mientras gesticulaba en dirección al grupo—. Estamos a punto de terminar los *djurus*.

—No deje que los interrumpa. Me quedaré aquí a observar, si no le importa.

—Por supuesto.

—Gracias, gurú.

Toni se situó junto a las colchonetas.

—Bien —dijo Stewart, dirigiéndose a la clase—, ¿alguna pregunta sobre los *djurus*?

Se levantaron varias manos. Stewart respondió a varias preguntas sobre diversos movimientos a partir de las formas. Era paciente, no condescendiente y demostraba las posiciones correctas.

Sus movimientos eran suaves, equilibrados, precisos. En *silat*, la precisión en los *djurus* no correspondía necesariamente a habilidad en la lucha, pero se podía aprender mucho sobre una persona observando cómo se movía.

Carl Stewart se movía como los mejores que Toni había visto. Y había visto bastantes luchadores a lo largo de los años.

Interesante.

Durante la siguiente media hora aproximadamente, Stewart les mostró las aplicaciones de las formas para la autodefensa y luego agrupó a los estudiantes por parejas, para que practicasen. No utilizaban cinturones indicadores de rango, al igual que en la mayoría de los estilos de *silat*, pero a los pocos minutos era evidente quiénes eran los alumnos más avanzados y quiénes los principiantes.

Ése era su defecto, Toni lo sabía. Había recibido abundante formación avanzada de su gurú, como los indonesios llamaban a sus maestros, pero no había pasado mucho tiempo en grupo como alumna ni como maestra. Su gurú siempre le había dicho que debía enseñar para obtener el máximo beneficio del *silat*. Apenas había empezado a hacerlo.

Después de unos treinta minutos, Stewart colocó a los alumnos avanzados por parejas, para una serie de combates parcialmente controlados. Uno atacaba y el otro se defendía. Permitía que los atacantes utilizaran todas sus fuerzas en los puñetazos y las patadas, pero sólo al pecho o a los muslos, donde un golpe que el defensor no lograra bloquear sería sólo doloroso, pero no grave.

Toni observaba a la pareja de alumnos que se enfrentaban en aquel momento. El defensor era un individuo delgado de largo pelo negro y el atacante un pelirrojo bajo y robusto. El delgado se giró de modo que el atacante estuviera a su derecha, con las piernas separadas, la mano izquierda levantada a la altura de la cara y la derecha baja, para protegerse la entrepierna.

El pelirrojo se tocó el puño derecho para indicar que ésa sería su arma de ataque. Estaban a una distancia de unos dos metros y ambos giraban lentamente en círculo.

El pelirrojo lanzó un puñetazo al centro del pecho del delgado. El delgado giró ligeramente sobre sí mismo, bloqueó el golpe, contraatacó con el reverso del puño derecho, seguido de una llave y un *sapu*, un barrido, que derribó al pelirrojo. No estaba mal.

El pelirrojo se levantó, saludó al delgado con el puño en la palma de la mano y cambiaron de papel.

El delgado golpeó. El pelirrojo se agachó para esquivar el puñetazo, apoyó su hombro derecho en la barriga del delgado, dio un paso arrastrando el talón, *biset*, y arrojó al delgado al suelo.

No estaba nada mal. Toni supuso que aquéllos debían de ser los dos alumnos más avanzados.

Stewart les indicó que se retiraran y miró a Toni.

—Hoy nos acompaña una practicante de *silat* norteamericana —dijo a la clase—. Tal vez esté dispuesta a mostrarnos cómo funciona su estilo.

Toni sonrió. Más o menos se lo esperaba. Llevaba vaqueros, zapatillas deportivas y un jersey de algodón de manga corta, por lo que podía moverse con facilidad.

—Por supuesto —respondió.

—Joseph, si no te importa —dijo Stewart, moviendo la cabeza en dirección al pelirrojo—. Joseph es mi alumno más veterano —agregó.

Toni asintió antes de saludar primero a Stewart y luego al pelirrojo con una ligera inclinación de la cabeza y el puño en la palma de la mano. A continuación dejó caer las manos, relajadas.

El pelirrojo se desplazó hacia su izquierda. Toni dio un paso cruzado atrás y se volvió para seguirlo. El pelirrojo lanzó un puñetazo de derecha, con la izquierda lista para un barrido si lo bloqueaba.

Toni se dejó caer al suelo, alcanzó al pelirrojo en la barriga con un corto puntapié de izquierda, dobló su pierna derecha tras la rodilla derecha del contrincante y golpeó de nuevo con la izquierda.

El pelirrojo se desplomó cuando Toni se levantaba y fingía golpearle la cabeza con el talón.

El pelirrojo esperó para comprobar si había concluido el ataque y cuando Toni retrocedió, se levantó con una gran sonrisa.

—¡Bonito movimiento! —exclamó.

Stewart también sonreía. Su movimiento había sido llamativo, pero había

funcionado contra su mejor alumno y debería estar impresionado.

—Muy bien, señorita Fiorella.

—Llámeme Toni, gurú, se lo ruego.

—¿Sería mucho pedirle que nos hiciera una demostración de *kembangan*?

Toni asintió. Por supuesto. *Kembangan* era la «danza de las flores», y al contrario de las formas o *katas* en la mayoría de las artes marciales, era una expresión espontánea del arte del practicante de *silat*, nada previsto de antemano. Un experto no repetía nunca los mismos movimientos. Al contrario de *buah*, la danza de la máxima velocidad y plena potencia, *kembangan* suavizaba los movimientos, utilizando las manos abiertas más que los puños, y los convertía en una danza apta para exhibiciones, bodas y recepciones.

Para ver lo bueno que era realmente un practicante de *silat* no había más que observarlo haciendo un *kembangan*. En los viejos tiempos, cuando una pelea era inminente pero los contrincantes no querían lastimarse gravemente ni matarse, a veces se ofrecían mutuamente un *kembangan* en lugar del combate. Los expertos podían reconocer quién había ganado la pelea por la pericia que demostraban en la danza y no era necesario llegar a las manos. El vencido *enkembangan* se disculpaba o reparaba lo que fuera necesario y asunto concluido. No habría sido honroso proseguir contra un rival menos capacitado, e insensato retar a alguien evidentemente mucho más hábil. Claro que los mejores bailarines introducían a veces deliberadamente pequeños errores en su actuación para inducir a su rival a que los subestimara. En las competiciones de *kembangan*, sólo cuando los participantes consideraban que su pericia era semejante, pasaban a pelear.

Toni respiró hondo y soltó suavemente el aire de sus pulmones. Hizo una reverencia completa al gurú, respiró una segunda vez, luego una tercera y empezó.

Uno tenía días malos y días buenos. Hoy Toni tenía un buen día, notaba la energía que fluía en su interior y se sentía capaz de hacer una buena danza sin cometer errores importantes. A media actuación dio deliberadamente un traspié, que la ladeó ligeramente antes de recuperar el equilibrio.

No sería correcto poner en ridículo al gurú de una escuela que visitaba con una actuación perfecta. Podría quedar mal frente a sus alumnos y eso sería una falta de cortesía.

Un minuto era suficiente. Toni concluyó su danza e hizo una nueva reverencia. Había sido estupenda, lo sabía, una de sus mejores. Su propia gurú se habría sentido orgullosa de ella.

La clase irrumpió en una ovación espontánea.

Toni se ruborizó, avergonzada.

Stewart le sonrió.

—Hermoso. Un *kembangan* excepcional. Gracias... gurú.

Toni inclinó ligeramente la cabeza. Había reconocido su pericia llamándola «maestra». Y ahora sentía curiosidad. Era un poco atrevido, pero dijo:

—Me encantaría ver su *kembangan*, gurú.

Se hizo un silencio en la sala. No era exactamente un reto, pero casi: yo te he mostrado el mío, ahora muéstrame tú el tuyo.

—Por supuesto —respondió Stewart con una radiante sonrisa.

Le brindó una reverencia formal, diferente de la suya pero con la misma intención, se limpió los pulmones y la mente, y empezó. Habrían quedado atrás sus mejores tiempos. A los cincuenta estaría en declive, pasada ya su mejor forma física. Era la naturaleza de la fisiología humana. Tendría más conocimientos, pero su cuerpo empezaría a rezagarse y a perder terreno de forma regular, aunque lenta. Su propia gurú había sido asombrosa, pero era ya una anciana cuando Toni empezó y había lugares a los que ya no podía llegar. Stewart parecía estar todavía en buena forma, ciertamente mejor que la mayoría de los hombres de su edad, pero a estas alturas habría perdido un par de pasos. Toni pensó que debería haber cometido un par de errores más en su danza.

Cuando Stewart realizó la primera serie de movimientos, Toni se percató de que estaba equivocada.

Si uno toca relativamente bien la guitarra y ve una cinta de Segovia ensayando, se le saltan las lágrimas porque comprende que nunca será tan bueno como él.

Stewart era el equivalente de Segovia en las artes marciales.

Toni lo observaba fascinada. Se movía como si no tuviera esqueleto, como una gota de aceite caliente sobre una superficie de cristal impecablemente limpia, con suavidad, sin esfuerzo y con una agilidad asombrosa. Nunca había visto a nadie interpretar el *kembangan* con tanta perfección.

Aproximadamente en el mismo momento de la danza en que lo había hecho Toni, Stewart dio un traspie. Pisó con el pie ligeramente ladeado y tuvo que modificar su posición para recuperar el equilibrio.

Toni no se lo tragó ni por un instante. Aquel hombre, que por edad podría ser su padre, no cometería un error semejante. Se lo había ofrecido como regalo, para no dejarla en ridículo.

Toni estaba maravillada. Si llegaran a las manos, Stewart la vencería. Era el rival perfecto, al que todo el entrenamiento de su gurú iba encaminado: más fuerte y corpulento, probablemente más rápido y con una técnica superior a la suya. Los practicantes de *silat* no se entrenaban para vencer a rivales de menor capacidad, sino que se esforzaban por aprender a vencer a los que eran igualmente buenos o mejores. Si uno lograba resistir en dichas circunstancias, había captado la esencia del sistema indonesio.

Si luchara con Stewart, él ganaría, a Toni no le cabía la menor duda de ello.

En el momento en que lo comprendió, Toni sintió el deseo de hacerlo, de ponerlo a prueba, de ponerse a sí misma a prueba y aprender de la experiencia.

Stewart concluyó su danza e hizo una reverencia. Los alumnos enloquecieron con vítores y aplausos, pero él levantó la mano para imponer silencio. Luego saludó a

Toni con una ligera inclinación de la cabeza.

—Voy a estar aquí aproximadamente una semana —dijo Toni—. Sería un honor para mí, gurú, si me permitiera asistir a sus clases.

—El honor será mío —respondió.

¿De veras?

Sábado, 2 de abril

En algún lugar del Raj británico, India

Jay Gridley utilizaba un gran machete plateado para abrirse paso entre la densa vegetación de la jungla. Suponía un gran esfuerzo cortar la maraña, y el calor y el bochorno lo envolvían en una niebla miasmática que lo mantenía empapado en sudor. La empuñadura del machete le producía ampollas en la mano y las ramas y lianas que cortaba eran de una frescura... empalagosa, un mundo selvático.

No era cómodo abrirse camino en la selva, pero tampoco había forma de convertir aquel escenario en un tranquilo paseo. Independientemente de lo que creara, el trabajo no sería fácil. Si elaboraba un pajar, la aguja que buscaba sería microscópica; si creaba una playa, tendría que encontrar una *mancha* apenas perceptible en un grano determinado de arena. Era difícil y punto. No había más que decir. No obstante, se acercaba.

Una gruesa serpiente pitón albina tomaba el sol sobre una gran rama a su izquierda, suficientemente alejada del camino para no suponer un peligro. Gridley sonrió. Era el perro que no ladraba de noche el que le había indicado el camino que debía seguir. El informático que había descifrado el código en Pakistán era incuestionablemente mejor que cualquiera a los que Gridley se había enfrentado. Mejor que el sureño reaccionario de Georgia, mejor que el ruso loco y, aunque detestara reconocerlo, mejor que él. Ese individuo era un maestro, debía de serlo para hacer lo que había hecho y desaparecer sin dejar rastro.

Bueno, no exactamente. El tigre había dejado un «también», un rastro de omisión, que era un concepto imposible de transmitir a alguien que no estuviera íntimamente relacionado con la realidad virtual y sumamente difícil de comprender para alguien que lo estuviera. Era como intentar encontrarle sentido a la física subatómica; era contraintuitivo. El tigre que había devorado la cabra había seguido esa dirección porque no había huellas y... porque nadie podía haber ido por ese camino.

Gridley cortó una rama, de hojas verdes oscuras en forma de corazón, del tamaño de un plato. La rama se desplomó. El peso del rifle que llevaba al hombro era agobiante y la pistolera del revólver Webley se le clavaba en la cadera. Aquí no había sendero alguno, pero estaba seguro de que era el camino que había seguido el tigre. Cortó otra rama y la arrojó a un lado...

Estaba en lo cierto. Había ido por ese camino.

Llegó apenas a vislumbrarlo cuando saltó. Un destello negro y anaranjado, enormes dientes, una garra que parecía de dragón.

Entonces el tigre golpeó la cabeza de Jay Gridley con su monstruosa garra, el mundo se tiñó de color rojo y... desapareció.

SEIS

Domingo, 3 de abril
Londres, Inglaterra

Alex Michaels despertó de una pesadilla, al son de la fanfarria de Aaron Copland que interpretaba su *virgil*. Se incorporó en la cama y miró fijamente el aparato, en su cargador de batería sobre la mesilla de noche. Lo que resultaba divertido por la tarde no lo era tanto a las dos de la madrugada, aunque lo despertara de una pesadilla sobre su exesposa. Toni se movió junto a él.

Michaels se levantó, cogió el *virgil*, paró la musiquilla y se dirigió al cuarto de baño. Encendió la luz, cerró la puerta y activó el circuito telefónico. Después de mirarse al espejo, dejó apagado el modo visual. Desnudo, con arrugas de sueño en la cara y el pelo revuelto, no era su mejor imagen.

La llamada era del despacho de Allison.

—Habla Alex Michaels.

—No se retire, por favor, le paso a la directora. Claro, no faltaría más. Lo despertaba en plena noche ¿y no podía molestarse en llamar personalmente? Se puso casi inmediatamente.

—Michaels, aquí tenemos un problema. Uno de sus hombres, un tal... ¿Jason Gridley?... ha sufrido algún tipo de derrame cerebral. Está en el hospital.

—¿Cómo?

—En el cambio de turno lo encontraron frente a su ordenador.

—¿Un derrame cerebral? ¿Pero... cómo? ¡Es un muchacho! No hay antecedentes de apoplejía en su familia.

—Deberá preguntárselo a los médicos —respondió antes de hacer una pausa—. Tengo entendido que Gridley es su mejor especialista en escenarios de la realidad virtual.

—Efectivamente.

Cielos, ¿un derrame cerebral? ¿Jay? No lograba asimilarlo. Jay tenía poco más de veinte años.

—¿Podría tener esto algo que ver con la investigación que llevamos a cabo sobre el asunto de Pakistán?

¿De qué estaba hablando?

—No, imposible. El ordenador no puede dañar a nadie en modo de realidad virtual, aunque los sensores trabajen a potencia máxima, no hay suficiente tensión. ¿Cómo se le ocurre preguntar eso?

—Porque un informático del servicio de inteligencia británico y otro japonés también han sufrido ataques parecidos al de Gridley en las últimas horas.

—No es posible, me refiero a que no es posible que los causaran sus ordenadores.

—No obstante, comandante, parece una asombrosa coincidencia que haya sucedido. Y tengo entendido, extraoficialmente, que esos dos informáticos también investigaban el asunto de Pakistán.

—Dios mío.

—Tal vez quiera abreviar sus vacaciones.

—Sí, tiene razón. Reservaré plaza en el primer avión disponible.

—Bien. Manténgame informada.

Michaels contempló su reflejo en el espejo.

—¿Alex?

Abrió la puerta. Toni, adormecida y encantadoramente desnuda, estaba frente a la puerta del baño.

—¿Con quién hablabas?

—La jefa.

Y a continuación le dio la mala noticia sobre Jay.

Domingo, 3 de abril

Las Vegas, Nevada

—¡Hijo de puta! —exclamó Fernández.

—¿Debo tomarlo como algo personal, sargento? —Sonrió Howard, pero con una expresión tensa y forzada.

Comprendía perfectamente la frustración de su amigo, él también estaba harto.

El ordenador táctico no funcionaba. Había vuelto a operar normalmente después de mostrar en un par de ocasiones la bandera británica, pero luego había perdido la señal del satélite y no había logrado recuperarla. Después de manipular sus aparatos, los técnicos habían llegado a la conclusión de que el fallo no estaba en su sistema, sino en los equipos de administración informática. Howard habló con el oficial de guardia, pero no sirvió de nada. El comandante Phillips fue correcto pero seco: había algún fallo en su sistema y, con el permiso del coronel, estaba muy ocupado intentando resolverlo. ¿Le importaría que le devolviera alguien la llamada cuanto antes?

Eso había sucedido hacía varias horas y no tenían todavía acceso a la señal.

Howard miró a Fernández después de consultar su reloj.

—Bien, asunto resuelto. Abandonamos. Ordéneles que se retiren.

Como era de suponer, la decisión no fue del agrado de su primer hombre de acción.

—Coronel, no necesitamos la señal del «gran mirador». Ese individuo está en mitad del desierto. Podemos verlo con nuestros propios ojos.

—Negativo, sargento, ésas no son nuestras normas.

—Señor, los soldados han capturado territorios a lo largo de los milenios sin la cobertura de los satélites. Se trata de un solo individuo en una *caravana*. ¡Disponemos de dos escuadrones y suficiente material para llenar un furgón! ¿Tan difícil puede ser?

—Vamos, Julio, usted conoce las reglas. Aquí no disponemos de ningún margen para atajos de emergencia. Como bien ha dicho, se trata de un solo individuo. Hace meses que está ahí, no es consciente de nuestra presencia, ni sabe que todas las carreteras de acceso están cubiertas. No va a ninguna parte, y aunque quisiera hacerlo, no podría. La situación no puede ser más clara.

Fernández farfulló algo entre dientes.

—¿Cómo ha dicho, sargento?

—Sandeces, señor. Si veinte soldados somos incapaces de capturar a un hombre sin la ayuda del satélite, deberíamos devolver nuestros uniformes y jubilarnos. Ir a sentarnos a la orilla de un lago, ahogar gusanos y esperar la muerte, señor.

Howard sonrió, ahora sinceramente.

—Le comprendo, Julio, pero éstas son nuestras normas para esta operación. Tarde o temprano, los técnicos de acceso remoto repararán su sistema. Dígales a los soldados que se tomen la noche libre. Pueden ir a los casinos, a ver algún espectáculo, a disfrutar de las luces de Las Vegas. Que estén de regreso a las seis de la mañana y empezaremos de nuevo.

Fernández se encogió de hombros. Siempre era agradable disponer inesperadamente de tiempo libre y, después de todo, aquello era Las Vegas. Un hombre con un poco de dinero en el bolsillo podía meterse en toda clase de líos sin esforzarse demasiado.

—Bien, señor, ya que lo plantea de ese modo, supongo que tendremos que sufrir durante la espera.

—Y no olvide, sargento, que usted ahora es prácticamente un hombre casado.

—Sí, señor, naturalmente. Casi estoy casado pero no *muerto*. Todavía puedo mirar.

Intercambiaron una sonrisa.

Howard se dirigió a un motel cercano, donde Net Force había reservado habitaciones para todos sus hombres. Todavía le parecía extraño no alojarse en una tienda bajo las estrellas, sino en un motel con aire acondicionado. Era más sensato, evidentemente. Un campamento militar en cualquier lugar llamaría más la atención que si ocultaban sus vehículos y se alojaban en un lugar discreto.

Se proponía llamar a su casa para hablar con su esposa y su hijo, tomar una ducha para quitarse el polvo y el sudor, y tal vez encontrar un buen restaurante para cenar. Había buena comida en Las Vegas, especialmente en algunos de los casinos, y además era barata. Puesto que calculaban que le sacarían a uno el dinero en las máquinas tragaperras o en las mesas de juego, tentaban a los clientes con la comida para brindarles más oportunidades. Además, uno podía jugar a la quina mientras

comía. En la mayoría de los lugares servían desayuno, almuerzo o cena, comida a cualquier hora del día o de la noche. Cuando uno entraba en el paraíso del juego, el tiempo se detenía. Tampoco había muchos relojes para recordarle a uno que debía regresar a su casa.

Hacía varios años que no estaba allí, pero Howard no creía que hubiera cambiado mucho. Uno podía dejar a los hijos menores en guarderías diurnas gratuitas, o soltarlos en el parque de Warner Bros o en el Hard Rock, e ir a despilfarrar el dinero de la matrícula. Diversión para toda la familia y muy diferente de los viejos tiempos, cuando lo dirigía todo la mafia.

El motel era discreto y también barato, ya que así organizaba las cosas Net Force, como la mayoría de las demás instituciones gubernamentales. No era preciso que los funcionarios se hospedaran en los mejores hoteles a costa de los contribuyentes; eso daba mala impresión, especialmente en tiempo de elecciones.

Había una máquina tragaperras estilo antiguo junto a un dispensador de Coca-Cola, Howard la miró y meneó la cabeza. No era jugador. Bueno, de vez en cuando compraba un cupón de lotería, o apostaba cinco dólares a las quinielas de fútbol o de baloncesto. Era seguidor de los Orioles y puede que incluso apostara un poco por ellos, pero no estaba atrapado por la fiebre del juego. La suerte favorecía siempre a la casa, y desde su punto de vista, había que considerar el juego como una diversión. Si uno quería jugar en los casinos, cogía unos cuantos dólares y se los gastaba, como si pagara una cena o la entrada de un espectáculo. Cuando habían desaparecido, lo abandonaba y asunto concluido. No era cuestión de sacar más dinero del bolsillo para recuperar lo perdido, y si estaba ganando cuando llegaba la hora de marcharse, regresaba a su casa y guardaba el dinero en el banco.

Su padre se lo había enseñado. Cuando uno participa en el juego de otro, perderá en la mayoría de los casos. Mejor gastarse el dinero donde obtenga algún beneficio.

La habitación de Howard era pequeña, limpia, y la presión del agua en la ducha no tan escasa como temía. Después de asearse, deshizo su petate, se puso un pantalón caqui, una camisa de manga corta, unos calcetines limpios y sus viejos mocasines. Siempre era prudente llevar ropa de paisano cuando se trabajaba cerca de una ciudad. Uno era soldado y al minuto siguiente era un civil. Con la diversidad de cortes de pelo que había hoy en día, pasaba completamente inadvertido.

Llamaría a su casa, charlaría con la familia, e iría a por algo de comer. ¿Y luego qué? Tal vez volvería a su habitación y leería. Después de todo, debía levantarse temprano, y aunque ya había superado la infección bacteriana de hacía algún tiempo, que le provocaba cansancio y sensación de vejez, los días en que podía estar de juerga durante toda la noche y luego ir directamente al trabajo como si nada formaban parte del pasado. Si quería levantarse y estar listo para rodar a las seis de la mañana, debía acostarse a una hora razonable.

Se sonrió a sí mismo en el espejo. Puede que Fernández tuviera razón, tal vez debería retirarse e ir a ahogar gusanos a la orilla de un lago.

No, todavía no.

Domingo, 3 de abril
Quantico, Virginia

Cuando Jay Gridley despertó, sintió pánico por unos momentos. ¿Dónde estaba?

Tenía una sonda intravenosa en la mano izquierda, un tubo desde el pene hasta una bolsa sujeta al lado de la cama y sensores inalámbricos pegados al pecho y a la cabeza. Había un brazalete en su brazo izquierdo, y llevaba una de esas batas cortas, abierta por la espalda.

Comprendió que se trataba de un hospital, y algo debía de haberle sucedido para estar allí. ¿Un accidente?

No podía recordarlo. Empezó a examinarse más detenidamente los brazos y las piernas para comprobar si faltaba algo o estaba herido. No, todo estaba ahí y no sentía ningún dolor...

Una morena alta de pelo corto, con una bata verde, apareció junto a la cama. Cogió la muñeca derecha de Jay y miró su reloj. Tenía unos treinta años y era muy atractiva. Lo miró y le dirigió una sonrisa.

—Hola.

No sentía sus dedos en la muñeca. En realidad, no tenía sensibilidad alguna en el brazo derecho. Era como si no le perteneciera. Como si el brazo que sujetaba fuera el de otra persona. ¿Qué...?

—Está en la sala de neurología del hospital de la base —dijo la chica—. Ha tenido un accidente encefalovascular. Un derrame cerebral. Me llamo Rowena. Soy la enfermera de guardia en esta planta. ¿Me entiende?

¿Un derrame cerebral? ¿Cómo ha podido ocurrir?

—La entiendo —respondió.

Pero lo que brotó de sus labios fue un horrible murmullo que sonaba como «endendo».

Su incipiente pánico se convirtió en auténtico terror.

La enfermera colocó la mano sobre la parte izquierda de su pecho. Percibió el tacto.

—Tranquilo. Su doctora está en camino y se lo explicará todo, pero no se preocupe. Padece una parálisis temporal del costado derecho. Se recuperará. Lo que le ha sucedido no es grave. Los medicamentos que le administramos resolverán el problema. Tardará unos días, tal vez un par de semanas, ¿comprende? Pero se recuperará.

Gridley sintió que su pánico amainaba un poco. Se recuperaría. Se aferró a esa idea, procurando no soltarla. Se recuperaría.

A no ser que te lo diga para que no te desespere, dijo su voz interior.

Otra mujer entró en la habitación, baja, robusta, con el pelo teñido de rubio. Llevaba también un traje de faena verde y tenía un ordenador portátil en las manos.

—Soy la doctora West —dijo sin preámbulo alguno—. En algún momento de ayer por la tarde, usted sufrió un ataque encefalovascular, un derrame cerebral. El escáner tomográfico y el magnetoencefalograma no han revelado la presencia de coágulos ni hemorragias importantes y la causa es idiopática, lo cual significa que la desconocemos. Sus constantes vitales son normales, la presión sanguínea, la respiración y el pulso son correctos y la composición química de su sangre está dentro de los límites normales. Salvo por su ataque encefalovascular, todo está perfecto. En nuestra opinión, padece una hemiplejía o parálisis temporal, de la que esperamos que se recupere plenamente. ¿Me ha comprendido?

Gridley asintió, sin querer oír su propia voz.

—Bien. Permanecerá aquí un día o dos y luego lo mandaremos a su casa. Esta tarde empezará la rehabilitación. Vendrá alguien para mostrarle los ejercicios —señaló la doctora, al tiempo que consultaba su reloj—. Ahora tengo prisa. Volveré luego con un grupo de estudiantes. Recibirá muchas visitas del personal para extraerle sangre y hacerle reconocimientos. Procure descansar.

La doctora West le entregó el ordenador portátil a Rowena y se marchó. ¿Descansar?

Sí, claro. ¿Había estallado parte de su cerebro y se suponía que debía *descansar*? En absoluto. Eso no iba a suceder. Tampoco quería permanecer allí tumbado, dándole vueltas a la cabeza, ¿pero qué otra alternativa tenía? Estaba conectado a sondas, sensores y no iría a ninguna parte.

Dios mío. ¿Cómo ha podido suceder?

SIETE

Domingo, 3 de abril

«The Yews», Sussex, Inglaterra

Applewhite llegó con la bandeja de Goswell y la dejó sobre la mesa. El pitón de la tetera humeaba; el aire en el jardín era fresco, pero seco y vigorizante.

—Gracias, Applewhite —dijo Goswell.

El mayordomo le sirvió una taza de té, con un terrón de azúcar y unas gotas de limón.

—¿Más bollos, señor?

—Creo que no. Un teléfono, tenga la bondad.

—Por supuesto, milord.

Applewhite se sacó un teléfono móvil del bolsillo de la chaqueta, incluso antes de que Goswell tomara el primer sorbo de té. El lord movió la cabeza. La tecnología, una arma de doble filo, sin lugar a dudas, pero que afortunadamente le había sido muy útil en las finanzas y en otros campos.

—¿Y cómo decía que se llama nuestro científico?

—Peter Bascomb-Coombs, milord.

—Ah, sí, claro.

Goswell repitió el nombre junto al teléfono y se lo llevó a la oreja. Sonó tres veces.

—Sí, ¿qué ocurre?

Parecía irritado. Bueno, naturalmente esa clase de individuos siempre lo parecían.

—Habla Geoffrey Goswell.

—Ah, lord Goswell —respondió, por supuesto, cambiando inmediatamente de tono—. ¿Qué puedo hacer por usted?

—No mucho, hijo. Sólo lo llamo para ver cómo progresa ese... pequeño asunto del que hablamos recientemente durante la cena.

—Sí, claro, sigue su curso, milord. Han surgido un par de pequeños contratiempos, pero ya me he ocupado de ellos y pronto habremos recuperado el tiempo perdido.

Era cauteloso ese científico. Aunque Peel le había asegurado que tanto su teléfono móvil como el del científico estaban debidamente protegidos, a prueba de intervenciones, Goswell detestaba hablar de cosas de esa naturaleza fuera de los confines de su propia casa.

Asintió, antes de percatarse de que su interlocutor no podía verlo, porque no había ninguna cámara ni artilugio complementario conectados a su móvil.

—Bien. ¿Y esos curiosos de los que me habló?

—Ya no sienten curiosidad, milord. Ahora tienen otras cosas en que ocupar su mente.

—Muy bien. Voy a colgar.

Apareció Applewhite, cogió el teléfono y se lo guardó de nuevo.

—¿Algo más, milord?

—Sí, procure localizar a Peel. Me gustaría hablar con él, si está disponible.

—Inmediatamente, milord.

Applewhite fue en busca del comandante. Eso, por lo menos, le permitiría a Goswell tomarse el té antes de que se enfriara.

Por el rabillo del ojo, Goswell detectó algo que se movía. Volvió la cabeza para mirar directamente y vio un conejo en el parterre de flores que roía algo verde. ¡Qué osadía! ¡Estaba a menos de quince metros! Evidentemente, esos malditos conejos nunca salían cuando tenía la escopeta a mano; eran suficientemente inteligentes para comprender que no era sensato. Su visión no era tan buena como en otra época, pero todavía podía alcanzar a un conejo ladrón a quince metros de distancia con un solo disparo de su escopeta de caza Purdey, faltaría más. Pensó en llamar a Applewhite para decirle que le trajera la escopeta, con el fin de aniquilar a ese osado conejo, pero finalmente decidió no hacerlo. Era una mañana demasiado agradable para estropearla con el ruido de un disparo, por mucha satisfacción que le produjera enseñarle buenos modales a ese bicho. Era preferible que el vigilante soltara a los perros. Raramente capturaban esos animales algún conejo, pero se divertían persiguiéndolos y luego solían mantenerse alejados durante algún tiempo.

Tomó un sorbo de té. Cuando se acercaba Peel, el conejo decidió retirarse. Tal vez sabía de algún modo que Peel era un tirador excelente con la pistola que siempre llevaba consigo, y que sería insensato quedarse.

—Milord.

—Buenos días, comandante. Siéntese y tome un poco de té.

—Gracias, milord.

Peel se sentó. Era un buen tipo, clavado a su padre, el viejo Ricky. Se sirvió una taza de té, solo y sin azúcar.

—He estado pensando en nuestro científico.

—Bascomb-Coombs —dijo Peel.

—Exactamente. He estado pensando que tal vez deberíamos vigilarlo de cerca, si comprende a lo que me refiero. Es bastante valioso, pero con toda la información que guarda en su cabeza, no querríamos que hubiera ningún malentendido entre nosotros, ¿no le parece?

—No creo que un malentendido sea probable, milord.

—No, claro que no. Pero hay que ser diligente y precavido, ¿no cree?

—Lo comprendo perfectamente. A decir verdad, me he anticipado a sus deseos en este sentido y he puesto al señor Bascomb-Coombs bajo vigilancia.

—¿En serio? Estupendo. Es usted un buen chico, Peel.

—Gracias, milord. Agradezco la confianza que deposita en mí.

Goswell sonrió y tomó un sorbo de té. Era bueno tener hombres como Peel a su alrededor, hombres que sabían lo que debían hacer sin tener que llevarlos de la mano. Hombres de buena cuna que no lo dejarían a uno en ridículo con meteduras de pata en público o acciones precipitadas. Con más hombres como él, el imperio nunca habría caído tan bajo.

—Si llegara a existir la perspectiva de que el señor Bascomb-Coombs se convirtiera en un problema, milord, evidentemente estamos preparados para ocuparnos de él de un modo... *expeditivo*.

—Muy bien, estupendo. Coma un bollo.

Peel sonrió e inclinó ligeramente la cabeza. Era maravilloso tener a alguien como él. Lástima lo de aquel asunto de Irlanda. No obstante, lo que perdió el regimiento lo ganó Goswell. Ya le encantaría disponer de una docena de hombres como Peel. No era fácil conseguir buenos ayudantes hoy en día.

—Excelentes bollos, milord.

—Le diré a Applewhite que transmita sus palabras a la cocinera.

Así era como se suponía que debía desayunar un caballero. En un día soleado de primavera en su casa de campo, con té y unos buenos bollos, acompañado de personas respetables. Sí, señor.

Domingo, 3 de abril

Londres, Inglaterra

Toni y Alex estaban sentados en un pequeño restaurante cerca de su hotel, tomando café con su desayuno.

—Tenemos un vuelo que sale de Heathrow a las doce del mediodía —dijo Toni—. No he conseguido reservas en el Concorde, ni en un vuelo directo, de modo que deberemos cambiar de avión en Kennedy para llegar en un pequeño aparato a Dulles.

Alex tomó un sorbo de café.

—Podrías quedarte aquí. No tienes por qué sacrificar tus vacaciones.

—¿Quedarme aquí sola? ¿Cómo me iba a divertir?

—Bueno, esa clase de *silat* que descubriste parece interesante.

—Dos horas por la noche. Si tú te vas, me voy contigo. Me necesitarás en la oficina.

Alex meneó los huevos con el tenedor, sin mostrar mucho interés por comérselos.

—Demasiado cocidos —señaló—. Si los hubieran frito un poco más, servirían como disco para jugar al hockey.

—Lamento lo de Jay —dijo Toni.

—La doctora dice que se recuperará. Probablemente sin secuelas.

—Aun así...

—No puedo creer que el ataque lo provocara algo sucedido en la realidad virtual
—dijo Alex con la mirada fija en los huevos que tenía en el plato.

—Ya has visto los informes de los ingleses y los japoneses. Lo mismo les ha sucedido a sus técnicos y ambos husmeaban en la misma zona que Jay.

—Sigue pareciendo imposible.

—También lo parece descifrar el código del tren pakistaní. Quienquiera que lo haya hecho nos lleva muchísima ventaja. Sabe muchas cosas que nosotros desconocemos.

—Es una idea muy reconfortante.

Toni lo miró. Alex tenía un aspecto sumamente lúgubre.

—¿Te preocupa algo más, Alex?

Hurgó por última vez los huevos en el plato y soltó el tenedor.

—Bueno, sí, pero no quería preocuparte.

—Adelante, preocúpame. ¿De qué se trata?

—Esta mañana he recibido una citación por fax electrónico de los abogados de mi exesposa.

—¿Y...?

—Megan solicita la patria potestad incondicional de Susan.

—¡Oh, no!

—¡Oh, sí! Tal vez no debería haberle pegado a su nuevo novio.

—Me dijiste que se lo proponía, incluso antes de que eso sucediera.

—Sí, pero probablemente eso no mejoró la situación. O el hecho de que la amenazara con acusarla de adulterio si volvía a acostarse con él cuando Susie estuviera en la casa.

—Estabas enojado.

—Sí, pero también fui un estúpido. No es una mala mujer, pero sabe cómo ponerme furioso.

—No la justifiques. Es una zorra.

Alex sonrió.

—Lamentablemente, esa zorra es la madre de mi única hija y pretende arrebátarmela, para que ese maestro barbudo sea su padre en mi lugar.

—¿Qué ha dicho tu abogado?

—Lo que siempre dicen los abogados: que no me preocupe, que él se ocupará de todo y Megan no ganará el caso.

Toni extendió el brazo sobre la mesa y le cogió la mano.

—Se arreglará. Tú eres muy buena persona, cualquier juez se dará cuenta de ello.

Alex sonrió de nuevo, volvió la mano y estrechó la de Toni.

—Gracias. Te quiero.

—Por eso estoy aquí.

Toni quería a Alex desde hacía mucho tiempo, y aunque a veces era desesperante por su forma de ocultar sus emociones y por intentar protegerla de las realidades, en

un sentido amplio de la vida, eso eran problemas insignificantes. A la larga los resolverían. Estaba segura de ello.

Domingo, 3 de abril
Las Vegas, Nevada

A pesar de su intención de acostarse temprano, la madrugada sorprendió a John Howard en el aparcamiento del hotel y casino Luxor, contemplando el firmamento. Se había limitado a dar un largo paseo a medianoche. Entre los coches soplaba un viento fresco y seco, que agitaba el polvo. El aparcamiento estaba rodeado de palmeras y otras plantas, no oriundas de la zona. Los veranos de Nevada eran suficientemente calurosos para convencer a los árboles de que podían desarrollarse, siempre y cuando los regaran, pero las palmeras parecían un poco incómodas al borde del hormigón, agitándose en la brisa, como si supieran que no pertenecían a aquel lugar.

Del ápice de la gigantesca pirámide negra que era el Luxor, un ceñido círculo de focos se fundía en un solo haz luminoso, en dirección al firmamento. El calor del rayo estilo láser era tan intenso que absorbía el aire y el polvo y los proyectaba hacia el cielo en un manantial de fotones. La noche debía limitarse a contemplar Las Vegas desde la lejanía; la ciudad no permitía que en ella penetrara la oscuridad.

Howard observaba el rayo en ebullición. Una mariposa que se acercara demasiado a la columna luminosa quedaría inmediatamente abrasada y proyectada a medio camino de la luna.

Había algo increíblemente decadente en toda la ciudad de Las Vegas y el Luxor era un buen ejemplo de ello: más de cuatro mil habitaciones, por lo menos media docena de restaurantes temáticos, un casino que nunca cerraba, una piscina de dimensiones olímpicas y una travesía en barco al Mundo de los Muertos en su propio atrio. Era el Antiguo Egipto al estilo de Walt Disney y por un dólar uno podía tirar del brazo de una divinidad egipcia para probar su suerte. Hagan juego, damas y caballeros, hagan juego...

Después de entrar y contemplarlo todo, estaba atónito, pero también abrumado. Frente a esa descomunal estructura, con su gigantesco obelisco en la entrada mucho mayor que el de Cleopatra y una esfinge en mucho mejor estado que la gran esfinge egipcia, Howard se percató de lo rico que era realmente Estados Unidos. Una nación que se permitiera construir lugares como ése, destinado al ocio y la diversión de millones de personas que podían visitarlo y gastar allí su dinero... bueno, decía mucho acerca de dicho país. Difícilmente podía culparse a los propietarios, cuyo objetivo era el de separar a los primos de su dinero. Habían hecho una gran obra, pero por atractiva y ostentosa que fuera, tenía también algo de... repelente.

Las Vegas apelaba al instinto de diversión de la gente, al vivir al día, a la

mentalidad del trotamundos, de gozar hoy sin pensar en el mañana. Pero también apelaba al lado oscuro, al desesperado, al avaricioso, al adicto. Era todo lo que en Norteamérica era de plástico, neón, barato y chapucero. Pero también divertido.

Howard se rió y empezó a caminar en dirección a su propio motel. *Con la edad empiezas a convertirte en un filósofo, ¿eh, John? Antes de darte cuenta estarás sentado en una habitación oscura contemplándote el ombligo.*

Se rió de nuevo. *Bueno, tal vez no todavía.*

Domingo, 3 de abril

Stonewall Flat, Nevada

Ruzhyó despertó de un sueño movido, en un estado de alerta inmediato como había aprendido a hacerlo años atrás en el *Spetsnaz*. Escuchó, pero no oyó nada extraordinario. A los pocos minutos se levantó, fue al baño, se dirigió a la puerta de la caravana y la abrió. Desnudo, escudriñó el desierto.

La noche era clara, e innumerables estrellas brillaban en el firmamento. Soplaba una brisa que agitaba los matorrales y la arena, pero por lo demás no había movimiento alguno. Ningún indicio de vida.

Se frotó la barbilla. Hacía varios días que no se afeitaba y tal vez había llegado el momento de hacerlo.

Al cabo de un minuto cerró la puerta. Algo iba mal. El peligro acechaba. Aunque no podía verlo ni oírlo, sabía que estaba allí.

Suspiró. Había llegado el momento de sacar las armas y prepararse. Había también otras cosas por comprobar, preparaciones que había hecho al principio de su llegada. Si por fin había llegado el momento de su muerte, no lo lamentaría, pero si perdía la batalla, lo haría con sus mejores esfuerzos por ganar. A pesar de que últimamente su destreza estaba oxidada por falta de uso, era lo único que le quedaba. Pondría todo su empeño en ello.

Regresó al baño. Se lavarían la cara y se afeitaría, luego se vestiría y haría sus preparativos para la guerra.

OCHO

Domingo, 3 de abril
Londres, Inglaterra

—Tal vez sería una buena idea que llamara a sus líneas aéreas, señor —dijo el recepcionista cuando Alex y Toni pagaban la cuenta para coger un taxi al aeropuerto.

—¿En serio?

—Sí, señor. Acabamos de enterarnos de que hay algún problema con los horarios de los vuelos en Heathrow. Y me temo que también en Gatwick.

El recepcionista resultó ser un experto de la descripción mesurada y comedida. Michaels intentó en vano comunicarse repetidamente con British Airways. Una grabación le informó de que todas las líneas estaban ocupadas y que, por favor, lo intentara más tarde.

De pronto Toni lo cogió del brazo y tiró de él hacia un televisor, en el bar del hotel. La BBC había interrumpido su programación habitual para transmitir un avance informativo: al parecer, casi todos los sistemas informáticos de los principales aeropuertos del mundo se habían vuelto locos. El fallo afectaba no sólo a los ordenadores de reservas y venta de billetes, sino también a los sistemas de control de vuelo, autonavegación y aterrizaje. Una rápida comprobación había revelado la existencia de problemas en Los Ángeles, Nueva York, Dallas/Fort Worth, Denver, Sydney, Auckland, Jakarta, Nueva Delhi, Hong Kong, Moscú, París y Londres. En pocos minutos había quedado paralizado el tráfico aéreo en las principales terminales del mundo entero. El personal intentaba desenvolverse, pero sin ordenadores su labor era casi imposible. En muchos lugares era imposible conseguir un billete, y aunque uno lo lograra, probablemente no habría ningún avión donde embarcar, en el supuesto de que pudiera encontrar la puerta apropiada, e incluso si lograba llegar al avión, de momento el aparato no iría a ninguna parte.

Por lo visto, aquél no era un día para volar.

—Cielos —exclamó Michaels.

—No cabe duda de que es un buen lío. ¿Y sabes lo que te digo?

—Sí —respondió Michaels con amargura—. De algún modo nosotros tendremos que resolverlo.

Sabía que no debería haberlo dicho, que el dios aburrido protector de los imbéciles estaba siempre atento a comentarios semejantes. No tardó en llegar la respuesta.

—¿Comandante Michaels?

Michaels se encontró frente a una mujer alta de ojos verdes, de unos treinta años. Tenía el pelo corto, rubio grisáceo, y vestía un traje oscuro clásico, con la falda hasta

casi las rodillas y unos zapatos planos, cómodos y prácticos. Cuando se le acercó, tuvo la sensación de que era una gimnasta. O tal vez una bailarina. Muy atractiva...

—Sí.

—Me llamo Angela Cooper, pertenezco al MI-6 —dijo al tiempo que sacaba una cartera con una tarjeta de identidad holográfica y se la mostraba—. ¿Tendrían usted y la señorita Fiorella la bondad de acompañarme? Al ministro Wood y al director general Hamilton les encantaría hablar con ustedes.

—Se supone que debemos coger un avión —repuso Michaels.

Cooper señaló el televisor con la cabeza y sonrió ligeramente.

—Me temo que eso es improbable en un futuro próximo, señor. Y si vamos a resolver el problema, apreciaríamos su ayuda. Hemos obtenido la autorización de su directora.

Michaels miró a Toni, que levantó las cejas como para decir «qué remedio».

Bueno, ¿por qué no? Probablemente sería preferible a esperar en una sala abarrotada del aeropuerto. Además, había oído hablar mucho del edificio del MI-6, por lo menos sería interesante verlo.

Había algo en Angela Cooper que irritaba a Toni. Mientras los conducía por las calles de Londres en un gran Dodge con el volante a la derecha, en dirección a Vauxhall Crossing, Toni intentó identificarlo. La mujer era atractiva, educada y de buenos modales. Probablemente tenía su misma edad, año más, año menos, y si era agente del MI-6, casi con toda seguridad tenían mucho en común. Aparentemente no había ninguna razón para que no le gustara la señorita Cooper. Puede que fuera una cuestión química, o tal vez la expresión en el rostro de Alex cuando se le acercó. Esa mirada inmediatamente disimulada de interés masculino. Alex decía que estaba enamorado de ella y Toni lo creía, pero a veces no era fácil comprender a los hombres. De no haber estado ella presente, ¿cómo habría reaccionado Alex ante aquella rubia, alta, de pelo grisáceo? ¿Habría coqueteado con ella? ¿Habría ido más allá?

No le gustaba sentirse celosa. No había ninguna razón para suponer que Alex le fuera infiel, ni siquiera de pensamiento, pero no podía evitar lo que sentía. Nadie había dicho jamás que el amor fuera lógico. Y si alguien lo decía, mentía.

—Ésta es la calle del puente de Vauxhall —dijo Cooper—. Desde aquí no hay más que cruzar el Támesis. Verán nuestro edificio a la izquierda, allí. Está junto a la estación del metro —agregó mientras señalaba y Toni se incorporó en su asiento trasero para mirar.

El edificio del MI-6, de aspecto inusual, era impresionante para Londres. La piedra parecía de color crema, con muchas ventanas y también mucho verde, que Toni supuso que era cristal.

—Creía que la seguridad interna era responsabilidad del MI-5 y que el MI-6 se

ocupaba de asuntos en el extranjero —dijo Alex, sentado delante junto a Cooper.

—¿Como el FBI y la CIA? —preguntó Cooper—. Bueno, en cierto modo, así es. Pero hay algunas competencias compartidas. A lo largo de los últimos años, el MI-5 ha canalizado muchos de sus recursos a Irlanda del Norte, así como a luchar contra el crimen organizado y los grandes fraudes. La opinión general en la central es que esta amenaza informática es probablemente extranjera y eso nos autoriza a investigarla. A fin de cuentas, estamos todos en el mismo bando.

Alex sonrió.

—Esto no se parece mucho al FBI y la CIA.

Cooper también le sonrió, con una dentadura impecable.

—Sí, claro, nosotros también tenemos nuestras diferencias entre departamentos. Y el MI-5, que nosotros llamamos SS, o Servicio de Seguridad, se molesta si nos inmiscuimos demasiado en su territorio. Pero nuestros ministros están bastante preocupados por este asunto y el SIS, o Servicio de Inteligencia Secreto, como nos denominamos en el MI-6, ayuda un poco. La verdad es que nuestro sistema informático es mejor que el del Servicio Secreto, de modo que estamos más capacitados. Aunque sospecho que en este sentido estamos más atrasados que ustedes en Estados Unidos. Hemos recibido muy buenos informes de su organización. Ustedes son una continuación de la CITAC, ¿no es cierto? ¿InfraGard?

Se refería al Centro de Asesoramiento de Investigaciones Informáticas y Amenazas a la Infraestructura que el FBI había fundado a mitad de los noventa para luchar contra los delitos informáticos.

—No exactamente —respondió Alex—, aunque existe en efecto cierta conexión. Está claro que ha hecho sus deberes.

Cooper sonrió de nuevo, otra descarga de alto voltaje, dientes parejos, destello de blancura.

A Toni definitivamente no le gustaba aquella mujer, no cabía la menor duda, y si Alex no dejaba de sonreír como un imbécil cada vez que la señorita Cooper decía algo, iba a tener problemas.

Está claro que ha hecho sus deberes. Sí. No faltaría más.

Domingo, 3 de abril

Stonewall Flat, Nevada

Ruzhyó prefería las pistolas de pequeño calibre, como las que se había acostumbrado a usar en el *Spetsnaz*. En realidad, esas armas eran tan eficaces como las de mayor calibre que preferían los norteamericanos, si uno disparaba en el lugar adecuado. Una bala del veintidós en un ojo era como mínimo tan eficaz como una del trescientos cincuenta y siete en el pecho, y era mucho más fácil disparar la pistola de pequeño calibre, casi sin retroceso, con poco ruido, escaso fogonazo y de mucha precisión si el

cañón era largo.

A los norteamericanos generalmente se les enseñaba a disparar al centro de la masa y dada la debilidad relativa de las pistolas, un mayor calibre suponía una ventaja, aunque en este sentido podían haber aprendido de los israelíes o del *Spetsnaz*. Con suficiente práctica, acertar la cabeza se convertía en algo natural.

Cuando Ruzhyó decidió instalarse en el desierto, se compró dos armas, ambas usadas. La primera era una pistola de competición, una Browning modelo IMSA Silhouette, basada en el diseño Buck Mark. Era una semiautomática, con capacidad para diez balas en el cargador y una mira Tasco ProPoint sobre el cañón de nueve pulgadas. La mira era electrónica. Generaba un diminuto punto rojo, libre de paralaje, en el campo de visión. Era fácil de utilizar: se introducía una bala en la recámara, se activaba la mira, se situaba el punto en el objetivo, y si se apretaba cuidadosamente el gatillo, la bala daba en el blanco. A diez metros acertaba un centavo con la Browning. A cien metros, con la pistola debidamente apoyada, Ruzhyó podía alcanzar un objetivo del tamaño de una mano a lo largo de un día entero. Durante sus entrenamientos había acertado un objetivo de tamaño humano a casi trescientos metros, después de apuntar y calcular la caída y el desplazamiento de la bala. Incluso un proyectil tan pequeño como el que disparaba la Browning desconcertaría a la víctima si la alcanzaba de lleno a esa distancia. No era la mejor arma para largas distancias, aunque, en teoría, la munición que utilizaba, CCI Minimag, tenía un alcance de dos kilómetros y medio. Evidentemente era preferible un rifle, pero la pistola podía ocultarse bajo la chaqueta si era necesario, e incluso acertar una cabeza humana a distancias a las que la mayoría de las pistolas reglamentarias resultaban inútiles.

La segunda arma en su pequeño arsenal era una escopeta Savage de repetición del calibre doce, modelo 69, serie E. Esa escopeta, comprada también en el mercado semiclandestino, en otra ciudad que la pistola, no era tan buena como las más caras con cerrojo deslizante de doble vía. Al disponer de un solo conector con la bomba, que era menos eficaz si se encallaba, tenía capacidad para cinco cartuchos en la cámara, entre los que prefería los de perdigones número cuatro, y aunque era el modelo de cañón corto que los norteamericanos denominaban escopeta de disturbios, se acercaba lo suficiente a lo que quería cuando salía de inspección.

Podía haberse comprado un buen rifle de caza con su correspondiente mira para aumentar su alcance. Pero si alguien pretendía asesinarlo desde una distancia de quinientos metros con su propio rifle de gran potencia, tenía mejores sistemas de ocuparse de la situación que entablar un duelo de francotiradores a larga distancia. Había rodeado la caravana a las distancias desde las que un buen tirador podría alcanzarlo y sólo había unos pocos lugares con visión directa de su casa. Los había señalado, e instalado en los mismos ciertas defensas. Evidentemente podían alcanzarlo cuando estuviera fuera de la caravana, pero uno no podía cubrir todas las posibilidades.

La noche anterior había limpiado y engrasado ambas armas, antes de cargarlas de nuevo. Había preparado también cuatro cargadores de repuesto con munición del veintidós y diez cartuchos del doce en un cinturón, que podía abrocharse a la cintura. Si se veía obligado a utilizar la escopeta para defenderse, la lucha se desarrollaría a corta distancia y probablemente no tendría oportunidad de recargarla, pero nunca se sabía con certeza. En dicha situación, seguramente sería cuestión de vender su vida lo más cara posible. Tal vez perdiera, pero si podía remediarlo, el vencedor no saldría ileso.

Había hecho cuanto estaba a su alcance. Podría haber intentado huir, pero probablemente ya era demasiado tarde. Lo que fuera a suceder sucedería y estaba preparado para ello. Ahora no le quedaba más que esperar.

Esperar era lo suyo. Dormiría un poco; puede que durante algún tiempo no tuviera oportunidad de hacerlo... o tal vez nunca.

Se trasladó a su cama, colocó la escopeta y la pistola en el suelo cerca de él, y junto a las armas un pequeño transistor. Se acostó. Respiró hondo varias veces, se relajó lo mejor que pudo y a los pocos minutos se quedó dormido.

Soñó con Anna.

NUEVE

Domingo, 3 de abril
Las Vegas, Nevada

—¿Cuánto falta? —preguntó Howard.

—Unos veinte minutos —respondió Fernández.

—Baje un par de puntos el aire acondicionado; no hace tanto calor.

—Pero no querrá que allí el calor lo supere, John —respondió Fernández—. Al mediodía la temperatura será probablemente de unos treinta y dos grados y ya sabe cómo absorben el calor estos vehículos.

—Si esto funciona como está previsto, a las doce estaremos a bordo de un avión de regreso a Washington.

—Nunca está de más ser precavido —repuso el sargento.

Howard meneó la cabeza. El y Fernández estaban solos en el vehículo de mando, un Humvee Special color arena.

—Transmisión automática, dirección asistida, aire acondicionado, ¿y a usted le preocupa anticiparse al calor? Se está ablandando con la edad, Julio.

—¿Tal vez la próxima vez el general preferiría desplazarse en su coche de caballos? Estoy seguro de que la vieja *Nelly* sería más de su agrado.

—Bueno, por lo menos no se quejaría del calor.

—Y podría azotarla con su látigo si lo hiciera. Uno de los muchos que guarda en su armario, estoy seguro.

Howard sonrió.

—Bien, oigámoslo de nuevo.

Fernández levantó fugazmente la mirada al cielo.

—Sí, señor. Disponemos de tres equipos dobles, es decir, tres equipos de dos personas cada uno, que vigilan apostados ahí arriba, en el barranco de Cow Skull. Si el ruso asoma la cabeza a la puerta, y eso es lo que deseamos, podemos alcanzarlo como Davy Crockett a una ardilla. Dispondremos de la imagen del «gran mirador» a partir de las ocho de la mañana y de un helicóptero de la Guardia Nacional en estado de alerta en Nellis por si lo necesitamos, pero no será necesario. Tenemos dos escuadrones de soldados aburridos listos para el combate, en vehículos situados delante y detrás, y a un individuo del *Spetsnaz* destrozado, en una caravana Airstream en mitad de la nada, que no puede huir ni esconderse.

—De acuerdo —asintió Howard.

Fernández detectó un deje de preocupación en su voz.

—¿Qué ocurre, John? Usted y yo podríamos capturar a ese desgraciado por nuestra cuenta, y usted podría quedarse en el coche. Es sólo un hombre, por bueno

que sea.

—Probablemente eso es lo que pensaron los alemanes del sargento York —repuso Howard.

—Maldita sea. Se preocupa demasiado —dijo Fernández mientras bajaba un par de puntos el aire acondicionado—. Tal vez se le ha congelado el cerebro. ¿Cómo le ha ido a Tyrone con eso del bumerán?

No era la forma más sutil de cambiar de tema con que se había encontrado, pero probablemente Julio tenía razón, no debería preocuparse por ese individuo del desierto. No tenían más que seguir el plan previsto, alcanzar su objetivo, que sería decepcionante, llevarse a ese individuo y dejar que los psiquiatras hicieran su trabajo.

—Ha quedado tercero.

—¿En serio? Está muy bien para ser la primera vez, ¿no es cierto?

—Sí, efectivamente. Ha mejorado su marca personal y eso lo ha hecho sentirse más orgulloso que su puesto en la clasificación.

—Es lógico. Usted no está tan mal como padre, para su edad. Tal vez deberé hacerle algunas preguntas cuando cambie mi situación en ese campo.

Howard sonrió. Imaginó la reacción de Julio y Joanna, la primera vez que su hijo tuviera fiebre, o escupiera algo verde, o tuviera un cólico. Él había llamado varias veces a su madre por la noche, presa del pánico, cuando Tyrone era un recién nacido.

—¿Algo divertido, John?

—Desde luego. Usted, a las dos de la madrugada, con un bebé llorando. Voy a pedirle a Joanna que lo filme en vídeo.

Howard respiró hondo y soltó lentamente el aire de los pulmones. Era el nerviosismo normal de una operación, que siempre sentía antes de entrar en acción. Tal vez sería diferente si tuviera experiencia en el campo de batalla en una auténtica guerra. Estaba seguro de que debía de serlo.

*Domingo, 3 de abril
Quantico, Virginia*

Jay Gridley estaba sentado en una silla de ruedas motorizada, contemplando a dos individuos que jugaban al pimpón. Ya no se estilaba la idea de pasar semanas en el hospital si a uno le sucedía algo. Había individuos a los que habían operado *anoche* del corazón y hoy circulaban ya por los pasillos, empujando las perchas de sus sondas intravenosas. Al parecer, moverse era preferible a permanecer acostado, para evitar las secuelas de los problemas importantes. Por lo menos, algunos de ellos.

Sus padres estaban en camino. Llegarían esa misma tarde y él no estaba realmente ilusionado por su visita. Estarían afligidos y querrían cuidar de él y...

¿En qué estaba pensando?

Otra ola de terror se apoderó de él, y volvió a cubrirle de una pegajosa capa de

sudor. Sí, la parte física era preocupante, pero decían que se resolvería con el tratamiento y que dentro de unas semanas se habría recuperado, volvería a ser el mismo de siempre, caminaría, hablaría y saltaría a la pata coja, pero su mente no parecía funcionar como era debido. Sus ideas tendían a formar un baturrillo, una mezcolanza, y luego desaparecían por completo de su mente.

Eso lo aterrizzaba. Podía conectarse a la realidad virtual con un brazo y una pierna heridos, maldita sea, incluso sin brazos ni piernas, pero si su cerebro no... si su cerebro no...

¿No, qué?

Estaba asustado y en aquel momento no sabía siquiera por qué, pero entonces lo recordó. Su mente. Su cerebro. Sus pensamientos no seguían su curso. Era como intentar hacer cálculos cuando uno se estaba quedando dormido. No podía concentrarse, no lograba mantener el tren en sus raíles, no podía... ¡no alcanzaba a sujetarlos!

Necesitaba acercarse a un equipo de realidad virtual y conectarse. Precisaba comprobar si todavía podía hacer lo más importante en el mundo. No era sólo su trabajo, sino que también era su vida. Para él era inimaginable no tener acceso a los ordenadores.

Hizo una seña a una de las enfermeras que circulaban por la sala. No intentó hablar, eso también lo aterrizzaba todavía, pero hizo un gesto con ambas manos para referirse a la realidad virtual: los índices sobre los ojos y los pulgares en las orejas.

La enfermera asintió.

—Por supuesto. Al fondo a la izquierda. Venga, yo lo llevaré.

Jay gesticuló para indicar que no la necesitaba y llevó su buena mano a la palanca de la silla. Encontraría por sí mismo el ordenador. Se conectaría y vería lo que podía hacer... Si es que podía hacer algo.

Domingo, 3 de abril

«The Yews», Sussex, Inglaterra

El comandante Peel se acomodó en su silla frente a su escritorio, en el despacho que le había facilitado su señoría en lo que antes había sido la casa del capataz. Hacía unos trescientos años, durante la reforma, se había construido la casa, convertida luego en oficina, como capilla católica. En aquella época, cuando la Iglesia anglicana adquiría apogeo, podía costarle a uno la cabeza practicar el catolicismo en algunas partes del país y los fieles ricos construyeron capillas en sus mansiones, donde practicaban su culto en secreto con unos pocos escogidos. Siempre y cuando fueran circunspectos y el señor de la mansión suficientemente rico y poderoso, las autoridades locales hacían la vista gorda.

El hecho de que el rey quisiera divorciarse, no era razón suficiente para

abandonar de pronto las creencias y los rituales de muchas generaciones.

La ventana sobre el escritorio de Peel no era de cristales de colores, pero incrustado en el hormigón que cubría la pared había un triple símbolo de cristal que representaba la Trinidad y el escritorio propiamente dicho se encontraba donde antes había estado el altar.

Peel miraba un vídeo en la pantalla de su ordenador y escuchaba el informe del teniente Wilson, uno de sus mejores hombres. Wilson dirigía el equipo que vigilaba a Bascomb-Coombs.

—¿Está seguro de que no sabe que lo observamos?

—Completamente, señor. Puede que sea más listo que una sala llena de catedráticos de Oxford, pero no se desenvuelve muy bien en el mundo real. No hemos intervenido en absoluto en el *hardware* ni en los programas de su ordenador, protegidos por medidas de seguridad a las que preferimos no acercarnos, pero hemos instalado cámaras por todas partes en su casa y su despacho. Hay unidades en el techo sobre los bancos de trabajo en su laboratorio y en su casa, enfocadas al teclado y al monitor. Puede que disponga de la mejor seguridad del mundo en su sistema, pero lo único que debemos hacer es ver lo que teclea o escuchar sus órdenes verbales. Y también grabamos todo lo que ve en su pantalla.

—¿Y ese asunto de los aeropuertos es ilocalizable?

—Sí, señor. Todo lo que ese individuo hace en la red es ilocalizable. Ha elaborado algún método para sobrecargar los cascos de la realidad virtual, no tenemos la menor idea de cómo lo ha hecho, y ha mandado ya a varios fisgones al hospital, con alguna especie de ataques de apoplejía.

—¿En serio?

—Sí, señor. Ha surgido algo ligeramente preocupante. Parece que el MI-6 se ha puesto en contacto con el jefe de Net Force, la unidad de delitos informáticos del FBI. Está aquí en Londres, trabajando con ellos.

—¿Ya? ¡Qué rapidez!

—Al parecer estaba en la ciudad para asistir a un congreso o algo parecido.

—Eso hay que vigilarlo. Manténgame informado.

—Sí, señor.

—¿Algo más?

—Nada concerniente al proyecto. Pero hay un pequeño asunto que tal vez le resulte interesante. ¿Se acuerda de Plekhanov?

—¿El ruso que iba a apoderarse de Asia? Claro que lo recuerdo.

Habían obtenido muchos beneficios facilitando un poco de entrenamiento para uno de los grupos de Plekhanov.

—Después de su captura, quedaron algunos cabos sueltos —prosiguió Wilson—, el más notable de los cuales era Ruzhyó, el agente del *Spetsnaz* encargado de las aniquilaciones.

—Ah, sí. Un individuo muy peligroso. Escapó, ¿no es cierto?

—Al parecer sólo temporalmente, según lo que ha descubierto Bascomb-Coombs. Parece que están a punto de capturar al señor Ruzhyó, en algún lugar del oeste norteamericano.

—Peor para él.

—Creí que le interesaría saberlo, señor.

—Sí, bueno, cuénteme todo lo que vaya surgiendo.

Después de colgar, Peel miró por la vieja ventana. Era interesante cómo se sucedían los acontecimientos. Aunque no era el regimiento, tenía sus momentos buenos, sin lugar a dudas.

Domingo, 3 de abril

Stonewall Flat, Nevada

—¿Todo listo?

—Sí, señor —respondió Fernández—. Los tiradores en posición, los soldados de tierra en sus puestos. El lugar está rodeado y el equipo de ataque se dirige ahora a la caravana. A campo traviesa, por si ha minado el camino —sonrió Fernández, para indicar que lo último era una broma.

Los dos hombres, en sus trajes SIPE modificados, estaban junto al Hummer, aparcado en la carretera principal y única que conducía al Airstream de Ruzhyó. Howard tenía la visera levantada y observaba el objetivo con unos prismáticos de campaña Leupold de diez aumentos, recubiertos de silicona, que movía lentamente de un lado para otro.

—Ni rastro de él. No debe de ser madrugador.

—Peor para él —dijo Fernández—. Nuestros muchachos estarán allí en un minuto, habrá unos cuantos fogonazos, un poco de gas emético y el señor asesino despertará medio ciego, vomitando la cena de anoche y cubierto de heces. Debería haberme permitido que dirigiera el equipo, es absurdo que ambos nos perdamos lo más divertido.

—Usted está a punto de convertirse en un hombre casado con un hijo, Julio, y si cree que voy a darle explicaciones a Joanna en caso de que tuviera algún percance, olvídelo. Será mejor que se acostumbre a sentarse junto a una mesa.

—Todavía falta mucho para eso.

—Menos de lo que usted cree, sargento.

Miró la caravana. Todo bien hasta el momento.

Ruzhyó estaba ya despierto cuando oyó el ruido del vehículo que se acercaba. Se levantó, se puso el cinturón con los cartuchos de repuesto, cogió la escopeta y se la colgó al hombro por la correa de nailon. Después de recoger la pistola y la unidad de

control por radio, se acercó a la ventana situada encima del fregadero. Dejó la Browning sobre un estante, se sujetó el control al cinturón y miró a través del cristal.

Un vehículo pardusco, bajo y de formas rectangulares, subía por la cuesta hacia la caravana a una buena velocidad, a unos diez metros del camino y paralelo al mismo. Había una nube de polvo pálido detrás del vehículo.

¿Un asalto militar? ¿Que se mantenía alejado del camino para evitar las minas? Inteligente. Si eran militares, probablemente llevarían armadura ligera y sus armas no le serían de gran utilidad, a no ser que disparara con mucha precisión. Era un detalle que debía tener en cuenta.

Respiró hondo un par de veces, soltó el aire, cogió un vaso, se sirvió un poco de agua, se enjuagó la boca y escupió en el fregadero. Dejó el vaso, se colocó la pistola en el cinturón y se dirigió a la puerta.

Estaba a punto de recibir invitados y había llegado el momento de colocar el felpudo de bienvenida.

Cogió la unidad de control remoto de su cinturón. El aparato tenía cuatro botones, cada uno de los cuales controlaba una señal aumentada por un amplificador, oculto en la antena parabólica sobre la caravana.

Suspiró y pulsó el primer botón.

—¿Qué coño es eso? —exclamó Howard.

Del suelo apareció un muro circular gris alrededor de la caravana, que se elevaba por el aire todavía fresco de la mañana. La oscura nube gris ocultó la caravana en cuestión de segundos.

—Tiene humo —dijo innecesariamente Fernández por el micrófono del LOSIR incorporado a su casco—. Reducid la velocidad.

—Mierda —exclamó el jefe del equipo de ataque.

Howard los oía por sus propios auriculares, pero bajó la visera de su casco y conectó el visor infrarrojo.

Sin embargo, no sirvió de mucho: la fuente del humo generaba también un poco de calor, e impedía la visibilidad.

Conectó la señal del «gran mirador», pero en la imagen ampliada del satélite no se veía nada dentro del círculo de humo, salvo la caravana.

—Sigue en el interior —dijo Howard—. De momento. Prosigan con precaución.

—Recibido —respondió el jefe del equipo de asalto.

Ruzhyó miró por la ventana de encima de la puerta. Las bombas de humo habían ocultado la caravana. Dentro de pocos segundos dejarían de humear y se convertirían en bengalas blancas y calientes, que en principio confundirían cualquier sensor que lo observara.

Miró el segundo botón. Asintió para sus adentros. Hacía tiempo que no mataba a nadie, pero este ataque era evidentemente de origen militar y los hombres y mujeres ocultos en las posiciones de tiro debían de ser soldados, dispuestos a matarlo si se lo ordenaban. Conocían los riesgos del combate. Y si no los conocían, estaban a punto de descubrirlos.

Escondidas en nueve lugares, donde un francotirador podría ocultarse para disparar contra la caravana, había veintisiete unidades antipersonal enterradas en recipientes de cartón y cubiertas de una fina capa de tierra y arena. Eran variantes de la antigua Bouncing Betty, en las que una pequeña carga de gas comprimido levantaba la unidad antipersonal, del tamaño de un paquete de cigarrillos, entre metro y medio y dos metros del suelo, donde estallaba otra carga de mayor potencia, que dispersaba a su alrededor un puñado de devastadoras bolas de acero. Alcanzarían a quien se encontrara en un radio de pocos metros, y le causarían la muerte o heridas graves si no llevaba armadura. E incluso si la llevaba, algunos de los perdigones podrían encontrar una rendija o una parte desprotegida y provocar heridas graves o mortales.

Pulsó el botón.

El LOSIR de Howard cobró vida con gritos asustados y chillidos, acompañados del ruido de pequeñas explosiones, primero por los auriculares y al cabo de uno o dos segundos retumbando por el aire.

—¡Informen!

—¡Aquí ha estallado una mina, coronel, Spalding ha sido alcanzado y está sangrando!

—¡Una explosión en S2, señor, estamos cubiertos de polvo, no hay heridos!

—¡Reader ha caído, su cara está hecha un asco!

—John, mire.

Howard miró hacia el humo y vio unas brillantes luces blancas entre la humareda. ¿Qué diablos estaba sucediendo?

Cuando el fuego de las primeras bombas de humo alcanzó sus botes de magnesio y se convirtieron en bengalas, Ruzhyó abrió la puerta de la caravana y salió al exterior. Sólo tenía que trasladarse quince metros, pero debía estar en posición antes de que su señal térmica fuera la única en la zona, por si disponían de vigilancia aérea o por satélite.

Se apresuró.

El foso estaba disimulado por un tablero de madera contrachapada, cubierto de material absorbente y reflectores térmicos. Había adherido tierra y matorrales a la parte superior del tablero, y cuando estaba en posición, era prácticamente invisible y

bastante sólido para caminar sobre él mismo. El foso medía sólo un metro de anchura por dos de longitud, pero no tenía previsto permanecer allí mucho tiempo.

En el agujero estrujó una bengala química fría, que le facilitó suficiente luz para conectar el monitor de televisión a pilas. Una cámara sobre la caravana, también oculta en la antena parabólica, y otra en el vertedero detrás de la misma, facilitaban una imagen borrosa y con mucho grano, pero útil, de la caravana y su entorno, incluido su Dodge SUV.

El coche estaba cargado con el resto de lo necesario para que funcionara su plan.

Dentro de unos segundos, el humo se dispersaría.

—El humo se dispersa —oyó Howard por su LOSIR.

—Prosigan con suma cautela —respondió Howard.

—¿Todavía lo quiere vivo?

Howard apretó los dientes. Hasta el momento tenía ya cuatro heridos y, según el médico, dos de ellos debían ser trasladados inmediatamente al hospital. El helicóptero de la Guardia Nacional ya estaba en camino.

—Sí. Vivo, a ser posible. Pero tomen las precauciones necesarias. No quiero ningún otro herido, ¿entendido? Si se ven obligados a disparar, háganlo.

—Sí, señor.

Ahora, pensó Ruzhyó. Pulsó el tercero de los cuatro botones en su unidad de control.

—¡Por fin! —exclamó Fernández.

Howard miró. Un vehículo salió zumbando de la humareda por el camino: el coche de Ruzhyó.

—¡Intenta huir!

Retumbaron las ráfagas de metralleta. Howard levantó los prismáticos para observar el vehículo que huía. Vio los agujeros donde impactaban las balas. ¡Qué imbécil! ¿Creía que podía limitarse a subir al coche y marcharse?

Ruzhyó pulsó el último botón.

Antes de que Howard pudiera enfocar sus prismáticos para mirar al conductor, el vehículo voló por los aires. El suelo tembló allí donde se encontraban y los alcanzó un ruido que parecía el fin del mundo. Una bola de fuego se elevó en el interior de una nube en forma de hongo, como una bomba atómica en miniatura. No era el

depósito de combustible lo que estallaba: el coche estaba cargado de explosivos.

—¡Joder! —exclamó Fernández—. ¿Qué diablos llevaba ahí?

Cuando se dispersó un poco el humo, no quedaba ni rastro del coche, salvo parte del chasis y dos neumáticos humeantes. Otros residuos ardían desparramados por centenares de metros a la redonda.

Howard miraba fijamente. ¡Dios mío! ¡Qué desastre!

—Parece que tenía razón en preocuparse, coronel. Reconozco que estaba equivocado.

Howard se limitó a menear la cabeza.

DIEZ

Domingo, 3 de abril
Lhasa, Tibet

Jay Gridley estaba sentado en el suelo con las piernas cruzadas, envuelto en una túnica de color naranja, con el aire fresco a su alrededor impregnado de un intenso olor a incienso de pachulí. La delgada esterilla de juncos sobre la que descansaba no impedía que le subiera por la espalda el frío que irradiaban las losas, y también sentía frío en su cabeza afeitada. Por una ventana abierta veía una capa de nieve de tres metros de grosor, que lo cubría todo de un blanco frío y vigorizante. Al fondo sonaba un cántico sin palabras, un zumbido grave acompasado, y centenares de velas iluminaban la enorme cámara.

En la parte delantera de la sala, sentado en la posición del loto sobre una pequeña plataforma de madera, apenas unos centímetros por encima del nivel de los demás monjes, estaba el prior, Sojan Rinpoche. Era también calvo, tenía unos setenta años y unos surcos sonrientes que nunca desaparecían de su rostro. Después de escuchar al gurú durante unos minutos, Gridley comprendió por qué: no dejaba de sonreír.

Ahora el anciano hablaba de alguna divinidad budista:

—... en sánscrito se llama Yamantaka. En China lo denominan Yen-an-te-chia. En Tibet lo conocemos como Gshin-rji-gshed. Para todos es el Conquistador de la Muerte, uno de los Ocho Terribles, el *drag-shed*, Guardián de la Fe y patrón de los *Dge-lugs-pa*.

»Es terrible contemplar esta manifestación de *bodhisattva Mañjusri*. Tiempo ha, durante una descomunal batalla en Tibet, Gshin-rji-gshed adoptó esta forma para enfrentarse y derrotar a Yama, Dios de la Muerte. Tiene nueve cabezas, treinta y cuatro brazos y dieciséis pies. Es la Personificación del Horror, el Terror Poderoso, el Pisoteador de Demonios.

»Es —el anciano sonrió— alguien con quien uno no quiere meterse.

Gridley reflexionó sobre la última frase. Le pareció curiosa, en boca de un santón tibetano.

Suspiró. Este era el escenario del anciano, si es que realmente era un anciano y no alguien que se hiciera pasar por él, y no le interesaba demasiado. Era excesivamente austero. Y ahora que estaba allí, no comprendía exactamente por qué había ido. ¿Qué era lo que esperaba encontrar?

La enfermera, ella era quien le había dicho que buscara a ese individuo, después de quitarse el casco de realidad virtual y arrojarlo al suelo, porque no lograba concentrarse. Sí, todavía podía utilizar la realidad virtual, pero sólo como usuario de una forma pasiva. Era incapaz de crearla, de manipularla. Empezaba bien, pero al

cabo de uno o dos minutos empezaba a divagar y perdía la imagen.

Un informático incapaz de manipular el ordenador. Un especialista en la realidad virtual que no lograba desenvolverse en la misma. Estaba acabado. Su vida había terminado.

Pero la enfermera, que era budista o algo parecido, le había dado la dirección de ese individuo en la red y le había dicho que consultara con él. Había ayudado a otros, dijo.

Gridley no tenía nada que perder y siguió su consejo. Pero no veía cómo Gshin-rji-etcétera podía ayudarlo.

Como si leyera su mente, el anciano dio una palmada y todos los monjes, salvo Gridley, desaparecieron. La sala a su alrededor giró y se transformó, y se encontró sentado en un cómodo sillón frente al gurú, sentado también en otro sillón. En lugar de la túnica naranja, Jay llevaba un pantalón, jersey y botas de motociclista, y el anciano unos vaqueros y una camisa de faena. El tibetano, con las piernas cruzadas por los tobillos y unas zapatillas Nike en los pies, exhibía de nuevo una radiante sonrisa. Parecía un amable abuelo que estaba de visita.

—¿Mejor? —preguntó.

Gridley parpadeó.

—Bueno, sí, supongo.

—Mucha gente quiere la imagen del monasterio. Hace que se sientan como si hubieran encontrado la verdad. Hoy en día, lamentablemente, ese Tibet existe sólo en las películas.

Miró a Jay directamente a los ojos.

—Tienes un problema.

—Sí.

—Tu aura está fragmentada.

Cielos, ¿auras? Ha llegado el momento de retirarse...

—Es decir, parece tener cierta dificultad en concentrarte. ¿Drogas? ¿Algún problema médico? ¿Un tumor? ¿Un derrame cerebral?

¿Cómo diablos podía saberlo? ¡Nada de ello se manifestaba en la realidad virtual!

—Pues...

—Tómate tu tiempo. Si quieres marcharte y volver luego, me parece bien.

Jay meneó la cabeza.

—No eres como ningún gurú del que haya oído hablar.

—¿Prefieres volver al monasterio?

—No, es sólo que...

—Expectativas —dijo el anciano—. Son mortales. Tú tenías una idea, unas expectativas sobre cómo se suponía que yo debía ser y cuando aparezco haciendo algo que no encaja en las mismas, genera confusión. Y tú ya estás bastante confuso, ¿no es cierto?

—Sí, desde luego.

—Bien, nos ocuparemos de ello. Lo primero es lo primero. ¿Cómo quieres que te llame?

—¿Mi nombre en la red o mi nombre real?

—No importa, sólo un nombre al que respondas.

—Jay.

—Bien. Llámame Saji. Has venido en busca de claridad, ¿no es cierto?

—Pues... no estoy seguro.

Saji se rió.

—Lo que quieres decir es que no has venido por todas esas pamplinas budistas, demonios, *dharma* y todo lo demás. Pero quieres claridad.

—Sí.

—Bueno, ser budista no lo impide. En realidad, ayuda. Pero también nos ocuparemos de esto más adelante. Lo primero es lo primero. ¿Cuál es la naturaleza de tu dolencia?

—Dicen que sufrí algún tipo de derrame cerebral.

—Bien, podemos ocuparnos de eso.

—Me alegro de que puedas.

—Yo no, Jay, *nosotros* —repuso mientras se daba unos golpecitos en la sien con un dedo—. Hay muchas redundancias incorporadas en nuestros cerebros. Si se produce un cortocircuito en un punto determinado, es perfectamente posible desviar la señal hacia otra parte donde el circuito esté en mejores condiciones. Puede que ni eso sea necesario, ya lo veremos. Voy a hacerte unas preguntas, tú responde lo que quieras.

—De acuerdo.

—¿Cuánto son ochenta y siete menos trece?

Mierda, ¿aritmética?

—Sí, aritmética. Para empezar —sonrió.

Jay suspiró. Cuando uno está en el fondo, sólo puede ascender.

—Setenta y cuatro —respondió.

—¿Y quién es el presidente de Estados Unidos...?

Domingo, 3 de abril

Stonewall Flat, Nevada

—¿Qué tenemos, Julio?

—No mucho, señor. Hemos encontrado trozos ensangrentados de hueso chamuscado, algo que parece pelo quemado y un par de dientes. Lo que llevara en ese coche lo ha destrozado. Dudo que lleguen a encontrar todos sus restos.

Howard suspiró. Tenía razón. No le hacía ninguna ilusión redactar el informe.

—Bien. Acaben en la caravana, deje dos hombres para vigilar el lugar y

mandaremos a los chicos del laboratorio. Recójalo todo y marchémonos.

—Sí, señor.

Howard miró el cráter donde había estallado el coche del objetivo. Este no era el plan, pero por lo menos habían acabado con él. Ese hombre había sido un asesino profesional. Además de todo lo que pudiera haber hecho, el estado de Reader era crítico y otros tres estaban suficientemente malheridos para tener que ser trasladados al hospital. El objetivo merecía ser interrogado y encarcelado durante mil años, pero tendrían que contentarse con lo sucedido. Una justicia rápida y violenta, que no le impediría a Howard conciliar el sueño.

Dio media vuelta para dirigirse al Humvee. Menos mal que a Julio se le había ocurrido dejar conectado el aire acondicionado. Hacía calor e iba en aumento.

Maldita sea, detestaba aquello.

En su madriguera, Ruzhyó intentaba dormir. Hacía calor y estaba agotado, pero no lograba relajarse lo suficiente para conciliar el sueño. Había considerado la posibilidad de preparar la caravana para que estallara como el coche, pero finalmente decidió no hacerlo. Tal vez alguien podría utilizarla. Para ser lo que era, le había resultado útil como vivienda. Pero lo más importante era que quien se quedara para vigilar el lugar indudablemente la utilizaría para protegerse del sol, o incluso entraría en la misma para aprovechar el aire acondicionado.

Desde el interior no había ninguna ventana que diera directamente al escondite de Ruzhyó; se había asegurado de ello.

Ahora ya habrían encontrado los restos de lo que había dejado para ellos en un recipiente de plástico esterilizado y empaquetado al vacío: basura de una barbería, varios huesos enteros, carne cruda y sangre mezclada con un anticoagulante, elaborado con veneno para ratas, todo de cerdo. Y el último toque, un cráneo humano del esqueleto de un instituto de biología, robado, envuelto con el cuero cabelludo del cerdo y relleno con el cerebro del gorrino. Eso no engañaría ni por un instante a un patólogo, pero alguien que hubiera presenciado la explosión que había destrozado el coche podría creer que los fragmentos de hueso, la sangre y el cerebro eran humanos. Y podrían creerlo el tiempo suficiente para que él pudiera escapar.

No había ninguna certeza, pero era una posibilidad.

Las cámaras mostraban hombres que subían a sus vehículos y se retiraban. Dejarían a alguien de vigilancia, probablemente no más de dos o tres soldados. Haría calor, se quitarían los cascos, o probablemente parte de su armadura, o entrarían en la caravana. Cuando lo hicieran, él estaría a punto. Habrían inspeccionado la caravana en busca de explosivos y, al no encontrar ninguno, se sentirían seguros.

Con la pistola suelta en la mano, Ruzhyó volvió a intentar dormir un poco, aunque sólo fueran unos minutos. Estaba tan cansado...

Domingo, 3 de abril
Londres, Inglaterra

Por dentro, el cuartel general del MI-6 tenía el mismo aspecto que cualquier edificio de oficinas moderno. Michaels no estaba seguro de lo que se esperaba, especialmente teniendo en cuenta que la central de Net Force tenía también el aspecto típico de los edificios de las grandes empresas, pero de algún modo se figuraba encontrarse con James Bond, o Q, o alguien parecido, circulando por los pasillos de camino a cumplir con una misión para su majestad.

Se sentaron en un cómodo sofá, en el despacho del director general, Matthew Hamilton. Además de Hamilton y Michaels, estaban presentes Angela Cooper y el ministro del Parlamento Clifton Wood. Toni había salido para llamar a la directora del FBI.

—Sería de interés mutuo resolver este asunto cuanto antes —decía el ministro.

—Estoy de acuerdo —respondió Michaels—, aunque no comprendo cómo podemos realmente ayudarlos aquí. Ustedes disponen de su propio personal.

Wood y Hamilton intercambiaron miradas fugaces. Hamilton se aclaró la garganta y tomó la iniciativa:

—Sí, claro, pero el caso es que hay ciertas dificultades. Tanto el MI-5 como el MI-6 quieren ocuparse de este asunto y suele haber cierta... rivalidad profesional.

Cooper miró a Michaels con una pequeña sonrisa. ¿De modo que las diferencias eran insignificantes?

—En nuestra opinión, una fuerza unida bajo la dirección de Net Force podría acelerar las cosas. Ni Seguridad ni el Servicio de Inteligencia están dispuestos a sacrificar su autonomía, pero con un tercer aliado...

Dejó que sus palabras se perdieran en la lejanía, levantó las cejas y abrió las manos.

Michaels asintió. La política, evidentemente. Que aquí también pesaba más de lo que parecía a nivel superficial, si estaban dispuestos a incluir un servicio extranjero para mitigar la situación. No imaginaba que el FBI y la CIA permitieran la intervención del Servicio de Inteligencia británico para dirigir una operación compartida. No, aquí había *mucho* más de lo que se decía.

Se abrió la puerta y Toni entró de nuevo en la sala, al tiempo que se sujetaba el *virgil* al cinturón. Miró a Michaels y asintió levemente.

De modo que la directora los había comprometido.

Michaels también movió ligeramente la cabeza, antes de dirigirse a Hamilton.

—Evidentemente, estaremos encantados de ayudarlos en todo lo que podamos.

Los tres británicos sonrieron.

A Michaels le habría gustado que le apeteciera sonreír. Lo que deseaba era regresar a su casa: Jay estaba en el hospital, tenía problemas legales con su exesposa y a saber todo lo demás que habría ocurrido en su ausencia.

Sonó su *virgil*. Michaels frunció el entrecejo. Estaba programado para rechazar todas las llamadas, salvo las prioritarias. Desabrochó el aparato de su cinturón y lo miró. Una llamada del coronel Howard.

—Caballeros, ¿tendrán la bondad de disculparme un momento?

El ministro y el director del MI-6 asintieron con una sonrisa. Michaels salió al pasillo. Tal vez fueran buenas noticias.

ONCE

Lunes, 4 de abril
Washington, D. C.

Tyrone Howard se dirigía a su taquilla, vigilando que no apareciera Ensayo, el terror de los pasillos. Desde que Bella lo había dejado plantado, el vínculo parcial de Tyrone con *Quebrantahuesos* LeMott, el atlético novio de Bella en el instituto, había pasado a ser incierto. Ensayo sabía que sus posibilidades de vencer a Quebrantahuesos eran nulas y, por consiguiente, durante el tiempo que duró su amistad con Bella, Tyrone gozó de cierta inmunidad respecto a ese matón descerebrado. Ensayo, cuyo mote estaba inspirado en Brontosaurio, era más aficionado a pegar que a mirar y puesto que las posibilidades de Tyrone contra él eran también inexistentes, valía la pena ser cauteloso.

Llegó a su taquilla sin haberlo visto. Tal vez lo habían expulsado de la escuela por fumar de nuevo. Eso sería agradable.

Guardaba su bolsa en la taquilla, sin prestar atención a su entorno, cuando oyó una voz que decía:

—¡Hola, Tyrone!

Volvió la cabeza y vio a Nadine Harris, la chica del bumerán.

—Hola, Nadine.

Se acercó entre la numerosa gente que circulaba, con movimientos elegantes, como una nadadora en el agua.

—Tú también tienes horario de mañana. Estupendo.

—Sí. ¿Quién es tu tutor?

—Peterson —respondió Nadine.

—No está mal. Yo lo tuve de Medio Ambiente I. ¿Qué programa tienes?

—Inglés II, Mates III, Biociencia I, Medio Ambiente II, Educación Física III, Historia II.

—Un trimestre bastante duro —repuso Tyrone.

Nadine se encogió de hombros.

—No es tan difícil. Obtuve resultados altos en las pruebas, porque mi última escuela estaba un poco más avanzada. ¿Y tú?

—Inglés II, Mates III, Medio Ambiente III, Informática IV y HM I.

—¡Caramba, Ty y tú dices que mi programa es duro! ¿Informática IV? Creía que no se podía llegar a ese nivel hasta los cursos superiores. ¿Y HM? ¿No es eso Historia Militar?

Ahora fue Tyrone quien se encogió de hombros.

—Mi padre es militar. Se me ocurrió explorar el tema. Me ha enseñado algunas

cosas interesantes. Él solía lanzar y hay una parte de la asignatura que trata de lanzamiento de palos.

—¡No me digas! ¡Caray! ¿Un *papá* que lanza? ¿Es bueno?

—En realidad... no mucho. Lo hacía de niño, tenía un par de bumeranes de madera contrachapada. Pero sabe mucho sobre batallas y cosas por el estilo, y sobre cómo los aborígenes solían utilizar sus palos en las batallas.

—Estupendo —exclamó Nadine.

Mientras hablaban, Tyrone tuvo una extraña sensación, como si alguien lo estuviera... observando. Miró a su alrededor, con cuidado para que no fuera demasiado evidente. Puede que estuviera por ahí Ensayo y se hubiera fijado en él.

Belladonna Wright se acercaba por el pasillo, con dos de sus amigas y la mirada fija en Tyrone.

A Tyrone se le encogieron los hombros, sintió un sofoco en la cara y se le revolviéron las tripas. Quería echar a correr y esconderse bajo una piedra.

Bella estaba tan hermosa como siempre, puede que más, y acudió a su mente el recuerdo de estar sentado junto a ella en la cama, besándola, acariciando su cuerpo...

No sigas por ese camino, Tyrone. Se notará. Será embarazoso elevado al cubo.

Pero ya era demasiado tarde. Dejó bajar su cartera, hasta colocársela delante de la entrepierna.

—¿Estás bien, Tyrone? —preguntó Nadine—. Parece que acabes de tragarte un bicho o algo parecido.

—No, quiero decir, sí, estoy bien. Es sólo que acabo de recordar algo que debería haber hecho. Una tarea... En casa.

¡Una excusa muy pobre, Tyrone, propia de un retrasado mental!

Bella pasó frente a él como un acorazado con sus dos destructores de escolta, con una belleza que quitaba el aliento. No lo miró.

Nadine debió de captar algo en el rostro de Tyrone, porque volvió la cabeza para mirarla.

—Caramba. ¿Quién es *ésa*?

—Belladonna Wright —respondió Tyrone, procurando evitar que su voz se convirtiera en un chillido y casi lo logró.

—Una división fuera de mi alcance —dijo Nadine—. Papel pintado para matar.

—¿Papel pintado?

—Sí, ya sabes, no tiene más que estar ahí colgado y exhibirse. Apuesto a que la invitan a todas partes sólo para admirarla. ¿La conoces?

—En realidad, no —respondió Tyrone.

Creía conocerla, pero indudablemente se había equivocado. Se había deshecho de él como de un calcetín usado.

—Las que son hermosas lo consiguen gratis. Cuando eres como yo, hay que esforzarse.

—¡Cómo! ¿Como tú? No eres fea ni nada por el estilo.

Nadine se encogió ligeramente de hombros y desvió la mirada.

—Me colocas junto a ésa —repuso, moviendo la cabeza en dirección a Bella— y desaparezco.

Tyrone no dijo nada, pero tuvo que reconocer que era cierto.

—Espero que no sea también inteligente. Sería el colmo: guapa y encima lista.

Tyrone sabía que eso no debía preocuparla. Bella no era completamente estúpida, pero tampoco la copa más brillante del aparador. Sin embargo, no quiso decirlo. Incluso después de lo que le había hecho, parecía... de algún modo desleal. Además, si llegaba a oídos de Quebrantahuesos que Tyrone hablaba mal de Bella, podría traerle graves consecuencias. Puede que la rondaran media docena de individuos, pero Quebrantahuesos era definitivamente uno de ellos. Tyrone estaba al corriente. Y por algo lo llamaban Quebrantahuesos.

—Oye, debo marcharme —dijo Nadine—. Deja el buzón abierto, ¿vale? En algún momento nos reuniremos para ir juntos a lanzar.

—Sí —respondió Tyrone—. Debemos hacerlo.

La observó cuando se alejaba. Tenía un caminar musculoso, atlético y elegante, pero indudablemente no estaba a la altura de Bella en cuanto al cuerpo.

Bien, Bella había pasado a la historia desde su punto de vista, hecho resuelto y consumado, y no buscaba a nadie para reemplazarla. Tal vez él y Nadine se reunirían para lanzar el bumerán, no tenía ningún inconveniente en eso; era buena y tal vez podría aprender de ella. No estaría mal tener a alguien con quien practicar los lanzamientos, aunque su aspecto fuera bastante corriente. Tenía brazos y sabía hacer volar el bumerán, eso era lo que importaba. No pretendía besarla.

Lunes, 4 de abril

Quantico, Virginia

—Coronel —dijo Julio.

Howard levantó la cabeza de la imagen holográfica sobre su escritorio, del difícil informe que intentaba redactar. No había forma de darle buen aspecto a lo sucedido en Nevada. El único consuelo era no haber perdido a ninguno de sus hombres. Reader necesitaría abundante cirugía plástica en la cara, pero se recuperaría. Cuando oyó la primera explosión estaba agachada de espaldas a la carga, pero volvió la cabeza para mirar. La visera le cubría la cara, pero debido al ángulo y a la lamentable sincronización, un par de perdigones se infiltraron por debajo de la misma. Si hubiera tenido la cabeza inclinada uno o dos centímetros más, el Lexan habría parado la metralla. No obstante, había tenido suerte de que los perdigones no penetraran en su cráneo más de lo que lo habían hecho. Ningún daño cerebral...

—Lamento tener que comunicárselo, John, pero tenemos un verdadero problema.

—¿Peor que ayer?

—Sí, señor, eso me temo.

—Estupendo. Escúpalo.

—Lindholm y Hobbs han muerto, ambos de disparos a la cabeza a corta distancia, con balas de pequeño calibre.

—¿Qué?

—Su vehículo ha desaparecido. Tenemos equipos en el aire, ayudantes del *sheriff* y policía estatal en tierra, pero hasta ahora no se ha encontrado nada.

Howard lo miró fijamente. ¿Cómo podía ser?

—Los forenses dicen que los dientes y los fragmentos de cráneo que trajimos eran humanos, pero pertenecían a alguien que murió hace mucho tiempo. La sangre y los demás huesos, así como el trozo de cerebro, pertenecen a un miembro de la familia *Suidae* de paquidermos domésticos: un cerdo.

Howard recibió inmediatamente el fuerte impacto de lo que eso significaba.

—Está vivo. No estaba en el coche.

—Sí, señor, eso es lo único que tiene sentido. Debió de esconderse en algún lugar, esperó a que nuestros hombres bajaran la guardia, los eliminó y les robó el vehículo. Tenemos una unidad registrando la zona.

—Mierda —exclamó Howard.

—Pienso exactamente lo mismo. Subestimamos enormemente a ese individuo, John. Logró engañarnos.

—No a *nosotros*, Julio. A mí. Ahí acaba la responsabilidad.

Fernández bajó la mirada al suelo. Sabía que era cierto.

Howard levantó la mirada al cielo. Era terrible. En los años que había dirigido el brazo militar de Net Force, habían herido a varios de sus hombres en tiroteos, pero nunca habían matado a ninguno. Y ahora, debido a su metedura de pata, acababa de perder a dos soldados. ¡Dios mío!

Y lo peor del caso era que el culpable había escapado.

¿Qué haría ahora?

Lunes, 4 de abril

Londres, Inglaterra

—¿Seguro que no quieres ir? —preguntó Toni.

—Realmente me gustaría —respondió Alex—, pero debo examinar toda esta basura —agregó, señalando su ordenador portátil sobre la mesilla de noche.

—Puedo quedarme y echarle una mano.

—Te lo agradezco, pero no puedes leer en mi lugar, aprovecha para tomarte un descanso ahora que puedes hacerlo. Haz ejercicio, libera un poco la tensión. Cuando regreses te sentirás mejor y podrás reemplazarme. Esa clase es importante para ti. Lo vi en tu cara cuando volviste. Vete. Diviértete.

Toni asintió. Sabía que tenía razón. Realmente quería asistir a la clase de *silat* y Alex estaba en lo cierto, su mente funcionaba mejor después de hacer ejercicio.

—De acuerdo —concedió—. Volveré dentro de unas tres horas.

Alex se acercó y la besó suavemente en los labios, antes de sonreír.

—No tengas prisa. No pienso ir a ninguna parte.

El desplazamiento en taxi por Londres hasta la academia de Clapham fue en sí una aventura, y cuando Toni llegó a su destino, empezaba a oscurecer. Pero había llegado con quince minutos de antelación, tiempo suficiente para cambiarse y hacer estiramientos antes de empezar la clase.

Ocho o diez alumnos hacían *djurus* y practicaban por parejas, como ejercicio de calentamiento. Toni se fue al baño, se puso unos pantalones de chándal, zapatillas de lucha libre, un sujetador deportivo y una camiseta. Se reunió con los demás alumnos y empezó a hacer estiramientos de piernas. Todavía era capaz de abrirse completamente de piernas, de frente y de costado, pero tardaba más en calentar los músculos que cuando tenía quince años. La flexibilidad de las piernas era útil, no tanto en el *Bukti*, pero sí definitivamente en *Serak*. El giro básico requería un descenso, de una postura alta a otra baja al volverse y cuanto más baja mejor. La tensión en los tendones de la corva era contraproducente.

Llegó el gurú Stewart, vestido ya para el trabajo.

—Me alegra ver que ha venido, gurú —dijo, dirigiéndose a Toni—. Estoy seguro de que tenemos mucho que enseñarnos el uno al otro.

Toni sonrió.

—No sé cuánto puedo enseñarle yo, gurú, pero estoy segura de que tengo mucho que aprender.

Stewart le devolvió la sonrisa y Toni experimentó una pequeña sensación de triunfo por haberle arrancado una sonrisa.

Stewart se dirigió al frente de la sala y dio media vuelta.

—Bien. ¿Empezamos?

Toni sintió un flujo de energía cuando se alineaba para empezar. Hasta ahora, toda su enseñanza había tenido lugar en privado. Nunca había participado realmente en ninguna clase, de principio a fin. Le emocionaba la oportunidad de hacerlo.

Michaels examinaba las proyecciones holográficas de los archivos en su pequeña pantalla, relacionados con las investigaciones británicas del ataque del *hacker*. Era un trabajo tedioso, agravado por la ortografía británica. Corregía mentalmente las palabras que escribían de otro modo y eso reducía la velocidad de su lectura.

Su *virgil* anunció una llamada entrante.

—Telecomunicación de Angela Cooper —dijo la voz sintética del aparato, con la que Alex había reemplazado la fanfarria de Jay, cuando supo que había ingresado en el hospital.

—Conexión —ordenó Michaels.

—¿Comandante Michaels? Habla Angela Cooper. Tengo cierto material reservado para agregarlo a su lista. ¿Puedo llevárselo?

—Por supuesto. Estaré aquí toda la noche.

—No tardaré. Estoy en el vestíbulo.

—Suba —sonrió Alex.

A los dos minutos llamó a la puerta. Michaels la abrió y comprobó que Cooper no sólo sabía vestirse con elegancia, sino también de modo informal. Llevaba unos vaqueros azules muy ceñidos, unas botas Doc Martin de color granate y una blusa negra de cuello redondo. Tenía un ordenador portátil en las manos, pero si iba armada, Alex no alcanzaba a imaginar dónde podía ocultar una *toser* o una pistola con ese atuendo. Muy atractiva.

—Comandante.

—Adelante.

Entró y le ofreció el ordenador portátil.

—No hay mucho de nuevo, sólo un par de cosas que hemos obtenido de los pakistanís y puede que le interese verlas.

—¿Cómo sigue el embrollo aéreo? —preguntó Michaels después de coger el ordenador.

—Mejor. La mayoría de los ordenadores afectados están de nuevo en funcionamiento. Todavía es preferible no volar a Río esta noche, a no ser que el piloto sea excelente, pero ha mejorado la situación. Han perdido un reactor de transporte en el aeropuerto internacional de Auckland, con tres muertos, pero hasta ahora ningún otro accidente con víctimas.

Michaels asintió.

La agente del MI-6 miró a su alrededor.

—Bonito cuarto. ¿Está por aquí la señorita Fiorella?

—No, ha ido a una clase de artes marciales.

—Ah. Recuérdeme que no debo enemistarme con ella. Bueno, debo marcharme, no quiero interrumpir su trabajo. Nos encanta tenerlo a bordo, señor.

—Llámeme Alex, por favor. Eso de *comandante* y *señor* es para la oficina.

—De acuerdo. Entonces debes llamarme Angela —respondió, mientras consultaba su reloj.

—¿Tienes una cita emocionante?

—¿Cómo? —Parpadeó—. Ah, no. Sólo pensaba en si tenía tiempo de comer algo antes de ir a casa de mi hermana. He quedado en cuidar de mi sobrina esta noche. Tiene ocho años.

Michaels sonrió de nuevo.

—Casi la misma edad que mi hija.

—No sabía que estuvieras casado.

—En realidad, divorciado.

—Lo siento.

—No lo sientas. Fue un alivio. Salvo por Susan, que es mi hija, todos estamos mejor así.

—Comprendo. Yo también estuve casada brevemente. Una experiencia terrible durante los últimos tiempos. Afortunadamente sin hijos, aunque me encantan los niños. Por suerte para mí, mi hermana ha hecho todo el trabajo. Ser la tía Angie que trae regalos y mimaba a la niña es mucho más divertido. ¿Cómo es la comida aquí en el hotel, es aceptable?

—Sirven un buen rosbif y unos buenos bocadillos de carne, queso y *choucroute* en el bar —respondió, con la mirada en los dos ordenadores portátiles—. Tampoco a mí me vendría mal comer algo. ¿Te importa que te acompañe?

—Al contrario, te lo ruego.

Angela le sonrió y Michaels se sintió momentáneamente incómodo. Toni se había ausentado y ahora él iba a cenar con la hermosa señorita Cooper.

Bueno, no era como si se dispusiera a devorarla a ella. Sólo iban a comer un bocadillo juntos, eso era todo. ¿Acaso un hombre no tenía derecho a comer?

Claro. Por supuesto.

Recogió el segundo ordenador. No se sentía cómodo dejándolos en la habitación, aunque ambos estaban protegidos por una contraseña. Dados algunos malvados a los que Net Force se había enfrentado, dicha protección no parecía muy fiable.

Angela se dirigió a la puerta, la abrió y le sonrió. A Alex le pareció una cálida sonrisa.

Sólo un bocadillo, nada más. Tenía a Toni, la mujer a la que amaba, y eso era todo lo que necesitaba, muchas gracias.

DOCE

Martes, 5 de abril
Londres, Inglaterra

Peel entró en una cafetería de Oxford Street, que abría a horas inusuales, para poder almorzar a medianoche si a uno le apetecía. Comparado con el rancho militar de campaña, cualquier cosa con pan relativamente fresco resultaba apetitosa y le gustaba la ensalada de huevo que preparaban.

Llevó su bocadillo, un paquete de patatas fritas y una lata de coca-cola a una de las pequeñas mesas redondas, junto a la ventana. Las chicas eran bonitas y al parecer volvían a estar de moda los zapatos de plataforma. Algunas de las adolescentes que pasaban frente a la ventana de la cafetería llevaban zapatos con suelas de por lo menos doce centímetros. Era asombroso lo que hacía la gente en nombre de la moda.

A Peel le gustaba el sexo, pero no le apetecía pasar mucho tiempo con las mujeres cuando había terminado. Ni, para el caso, antes de empezar. Siempre había chicas de la noche en los lugares donde los soldados pasaban el tiempo libre y si uno tomaba las debidas precauciones contra enfermedades, podía disfrutar de tanto contacto femenino como le permitiera su bolsillo. Con su trabajo actual podía permitirse tanto como fuera capaz de aguantar, lo cual se traducía en sesiones de aproximadamente una hora, una o dos veces por semana. Chicas diferentes en cada ocasión, de diversos servicios a domicilio, para no establecer ninguna pauta que algún enemigo pudiera averiguar. El hombre que pensaba demasiado con su pequeña cabeza podía perder la grande.

Cuando empezaba a comer la segunda mitad de su bocadillo, con ideas vagamente eróticas en la cabeza, tuvo una sorpresa desagradable. Junto a él apareció Peter Bascomb-Coombs.

—¿Le importa que me siente con usted, comandante? —preguntó, con una sonrisa.

Sin esperar la respuesta, el científico se sentó en uno de los taburetes de plástico con respaldo cromado.

—¿Está bueno? —agregó, gesticulando en dirección al bocadillo.

He ahí una lamentable coincidencia. ¿Qué hacía allí Bascomb-Coombs? No había estado nunca en ese lugar desde que lo vigilaban, hacía ya varias semanas. Bien, de acuerdo, lo consideraría una casualidad...

—No, no estoy aquí por casualidad, amigo —dijo el científico, como si le hubiera leído la mente—. He venido para verlo a usted.

—¿En serio? ¿Para qué? —Logró preguntar Peel.

Dejó el resto del bocadillo en el plato, de pronto sin apetito, y se secó los labios

con una servilleta. Su sentido del peligro despertó: ¿cómo podía saber ese individuo que él estaba aquí?

—Para hablar de provecho mutuo —respondió Bascomb-Coombs.

—Me temo que no lo sigo.

—Vamos, Peel. ¿Se ha dejado usted realmente engañar por mi papel de científico distraído? Sospecho que no. Del mismo modo en que yo he sido consciente de que me vigilan desde el primer momento.

—Profesor, me temo que no sé de qué está usted...

—Dejémonos de evasivas, ¿de acuerdo? ¿Cuánto?

—¿Usted perdona?

Peel procuraba ganar tiempo, mientras intentaba encontrarle sentido a aquella inesperada aparición omnisciente. Definitivamente, era una situación desagradable.

—Para que ingrese en mi *equipo*, comandante. Ambos sabemos que Goswell está como un cencerro, con su descabellado plan de recuperar los días gloriosos del imperio. Realmente piensa que enfrentando a los tercermundistas en Asia y provocando a los norteamericanos, a los chinos y a los rusos, Gran Bretaña volverá a ser de algún modo reina de los mares. ¿No creerá usted eso?

Peel no era estúpido. Los cimientos de su trabajo acababan de desplazarse, bajo el impacto de un formidable terremoto inesperado y las cosas, de momento, habían cambiado. Era un hombre pragmático; lo mejor sería ver adonde conducía aquello.

—No, claro que no —respondió.

Bascomb-Coombs le brindó una radiante sonrisa.

—Suponía que usted era demasiado listo para tragárselo. Verá usted, su señoría me tiene catalogado en un pequeño y nítido cajón, el sabio palurdo, el joven genio que olvida abrocharse la bragueta después de ir al baño, y es preciso que siga creyéndolo. Actualmente, él controla mi proyecto, pero no tardaré en remediarlo. Tarde o temprano, su equipo de vigilancia podría cruzarse en mi camino, de modo que me ha parecido preferible tratar directamente con usted. Sus hombres son leales, ¿no es cierto?

—Lo son —respondió Peel.

—Bien, bien. Entonces, la única cuestión es: ¿qué es necesario para que usted le siga diciendo a Goswell lo retrasado que soy cuando me separo de mi ordenador? No precisaré que se mantenga mucho tiempo el engaño, pero la sincronización es crítica en este momento.

Peel era un oficial del ejército, había estado en combates. Había momentos en los que uno podía permitirse el lujo de sentarse a reflexionar, planear los ataques y las defensas, pero había ocasiones en las que debía apuntar y disparar con rapidez, y reflexionar después. Tomó una decisión inmediata.

—Una parte de su operación —respondió.

El científico le brindó otra sonrisa de alto voltaje.

—Ah, es usted más listo de lo que imaginaba. Ni siquiera sabe en qué consiste mi

operación.

Ya que estamos en el baile, bailemos.

—Eso no importa, ¿no le parece? —repuso Peel—. Goswell me paga un buen salario, pero mi clase de trabajo tiene un tiempo limitado. No puedo decir que me apetezca la perspectiva de una pequeña jubilación en una casita de Franham o Dorking en veinte años, para pasar el resto de mis días cultivando el jardín y podando los rosales. Eso es lo que Goswell me facilitará. Supongo que usted puede mejorar la oferta, si trabajo para usted.

—Desde luego, comandante Peel. Puedo mejorarla, y mucho. Puedo darle suficiente dinero para construir un*aciudad* de casitas, una diferente para todos los días de su vida. Y un ejército de sirvientes para que poden sus rosales.

—¡Lo escucho atentamente! —dijo Peel—. Siga, se lo ruego.

Martes, 5 de abril

Jackson, Mississippi

Ruzhyó estaba sentado en una cama de un Holiday Inn, mirando las noticias por televisión. No había nada sobre él, ni acerca de la muerte de dos soldados en el desierto de Nevada. Como era de esperar. La organización responsable del ataque contra su caravana haría todo lo posible para ocultar el fracaso, por lo menos al público. En este sentido, los norteamericanos se parecían bastante a los rusos. Lo que el público no sabía no podía causar ningún problema. Habría una búsqueda, naturalmente, y querrían capturarlo vivo para que pudiera sufrir por lo que había hecho. Habían ido a por él porque sabían quién era. ¿No habría sido preferible matar al comandante de Net Force cuando tuvo la oportunidad de hacerlo?

No, habría sido poco profesional en aquel momento. Plekhanov había sido capturado y eliminar al hombre que lo había hecho no habría tenido ningún propósito. En cualquier caso, el muerto habría sido pronto reemplazado y el interés de su organización habría sido mucho mayor por capturar al asesino de uno de los suyos, que a un sicario del ruso, que tal vez ni siquiera se habría quedado en Estados Unidos.

De modo que se había puesto una vez más en movimiento, un paso por delante de sus enemigos, que indudablemente le seguían la pista. Se sentía cansado.

Pero también sentía una satisfacción un tanto lúgubre. Sus viejas habilidades no estaban completamente atrofiadas. Cuando era necesario, todavía conservaba su pericia. No era tan bueno como lo había sido hacía cinco o incluso dos años, pero cuando daba el máximo de sí mismo, pocos eran los que estaban a su altura. A pesar del deterioro, era mejor que la mayoría. No era presunción por su parte, sino la pura realidad.

Suspiró. Le quedaban varias identidades y dinero escondido en diversos lugares,

tanto al contado como electrónico. ¿Qué haría ahora?

Tal vez regresar a su casa, a Chechenia, para ver una vez más la vieja finca antes de morir.

Lo había pensado, pero nunca lo había hecho. El desierto norteamericano parecía más apropiado para él. Pero se acercaba el fin, lo intuía. Aunque un lugar era tan bueno como cualquier otro cuando llegara la muerte, tal vez era más apropiado enfrentarse a ella en el lugar donde Anna había fallecido. Y si no importaba, ¿no era la finca un lugar tan bueno como cualquier otro?

Su casa. Regresaría a su casa. Y si allí lo encontraban, así acabaría todo.

Martes, 5 de abril

La superficie de la luna

—¿La luna? —preguntó Jay—. ¿Me has llevado a la luna?

Saji se rió, lo que no dejaba de tener mérito, porque allí no había atmósfera para respirar, ni para transportar el sonido. O no la habría en el mundo real.

—No hay lugares mucho más tranquilos que éste —repuso Saji—. Necesito que no te distraiga ninguna aportación sensorial. ¿Preferirías una cueva oscura? ¿O una cámara de aislamiento?

—No. Supongo que no importa —dijo Jay, moviendo la cabeza.

—Exactamente. Busca un lugar cómodo donde sentarte y empezaremos.

Jay meneó nuevamente la cabeza. *¿Un lugar cómodo en la superficie de la luna? Sí, claro.*

Pero caminó por la superficie grisácea, donde con cada paso levantaba una polvareda al aire, bueno, al aire no, claro, hasta llegar a una protuberancia rocosa de forma asombrosamente parecida a una silla. Se sentó.

Saji había desaparecido, pero había dejado tras de sí una sonrisa de gato de Cheshire, que se esfumó mientras decía:

—Recuerda lo que te he dicho.

Jay se quedó solo en la luna; allí reinaba una tranquilidad absoluta. La idea era dejar que fluyeran sus pensamientos y luego utilizar la técnica de meditación que Saji le había enseñado para controlarlos. Parecía fácil. Lo único que debía hacer era llevar la cuenta de su respiración. Aún más fácil, sólo debía contar sus exhalaciones. Y al llegar a diez, empezar de nuevo. ¿Qué dificultad podía tener eso?

Jay cerró los ojos. Uno... dos... tres...

Se sentía realmente estúpido. ¿No podía Saji haber encontrado un escenario mejor que la jodida luna? Era tan... vaya. Empezaba a divagar. Saji se lo había advertido. Cuando se entremetía un pensamiento, debía hacer una inhalación honda y purificadora, alejarlo suavemente y volver a contar. Bien. Bien. Podía hacerlo. Vamos, amigo.

Uno... dos... tres... cuatro... cinco...

¿Cómo podía ser esto útil? ¿Simplemente ahí sentado, contando? ¿Qué sentido tenía? No servía para nada que... vaya, mierda, otra vez.

Uno... dos... tres...

Jay vio el tigre, sólo fugazmente, y dejó de contar, porque la siguiente exhalación no tuvo lugar. *¡Joder, el tigre!*

Abrió los ojos. Nada que ver, salvo el paisaje lunar muerto y seco, ni nada que oír, salvo los latidos de su propio corazón. Que, por cierto, se percató de que se aceleraban. Maldita sea. Aquello era más difícil de lo que parecía.

¡Tin! Sonó una sola nota con claridad cristalina.

Tenía una llamada y no se la habrían conectado si no fuera de una de tres personas posibles: su madre, su padre o su jefe.

El paisaje lunar desapareció. Jay estaba sentado en el sofá de la habitación del hospital. Cogió el comunicador.

Martes, 5 de abril

Londres, Inglaterra

—¿Cómo estás, Jay? —preguntó Michaels.

—He estado mejor, jefe —masculló de forma casi incomprensible.

Los efectos del derrame.

Michaels tenía conectado el modo visual y el comunicador de la habitación del hotel le facilitaba una imagen razonable de Jay. No parecía muy diferente, tal vez un lado de su cara un poco flácido, pero eso era todo.

—Lamento no haberte llamado antes. A Toni y a mí nos han destinado al MI-6 para ayudar con ese asunto. ¿Te has enterado de los otros informáticos heridos como tú?

—Me lo han contado.

—¿Recuerdas algo de tu búsqueda que pudiera ser útil?

—No, jefe, lo siento. Lo único que recuerdo es un tigre —respondió, meneando la cabeza—. Ni siquiera recuerdo con seguridad si está relacionado con esto.

—Bien, no te preocupes.

—Quiero trabajar en esto, jefe, pero...

—Cuando te recuperes, si todavía no hemos capturado a ese individuo. Disponemos de todos los recursos en el mundo civilizado para perseguirlo. Lo atraparemos.

—No lo creo, jefe. Nunca he... visto... nada... parecido.

Michaels se percató de que la tensión de aquella pequeña conversación lo estaba dejando agotado.

—Descansa, Jay. Te mantendremos informado.

Colgó. *Joder, qué desastre.*

Su *virgil* anunció una llamada entrante. Comprobó la identidad: Cooper.

—Hola.

—Comandante. Bueno, Alex. Sólo una breve llamada para ponerte al día. Nuestro personal técnico ha descubierto un escenario que tal vez explique cómo el casco de la realidad virtual podría dañar el cerebro.

—¿En serio?

—Sí. Al parecer es teóricamente posible. Mis conocimientos de electrónica o de matemáticas no alcanzan para comprenderlo, pero una explicación sencilla es que ciertos componentes del aparato pueden programarse para que actúen como condensadores. Entonces podrían almacenar la microcorriente eléctrica como el *flash* de una cámara y soltarla toda en un momento dado. Si de algún modo esta descarga estuviera enfocada y dirigida, podría provocar efectivamente un cortocircuito en las redes neuronales. En teoría, según ellos, porque no son capaces de hacerlo.

—¿Hay alguien tan avanzado de los demás en el mundo de la informática?

—Eso parece.

—No me gusta nada.

—Ni a nosotros. Y de momento no tenemos la menor idea de cómo localizar a quienquiera que sea. Confiamos en que vuestra pericia sea útil.

Michaels suspiró. *Sí, claro.* A quienquiera que buscaran le había frito el cerebro a su mejor experto. Eso, indudablemente, no facilitaba la situación.

—Voy a colgar —dijo entonces Cooper—. ¿Nos vemos luego en la central?

—Sí, pasaré por ahí.

Después de colgar, el *virgil* de Michaels sonó de nuevo. Cielos, aquello era un desfile. Ahora se trataba de Melissa Allison, justo lo que necesitaba.

—Comandante.

—Directora.

—¿Alguna novedad?

Sí, claro, en lo que a todo esto concierne, somos incapaces de distinguir el culo de un agujero en el suelo. Pero dijo:

—No, señora, todavía nada concreto. El MI-5 y el MI-6 han puesto sus sistemas a nuestra disposición y nos apresuramos tanto como podemos.

—Manténgame informada de su progreso.

—Por supuesto.

Colocó de nuevo el *virgil* en su cargador en el momento en que se abría la puerta del baño y aparecía Toni envuelta en una toalla, rodeada de una nube de vapor procedente de la ducha.

—¿He oído el teléfono?

—Ah, sí —respondió, mirándola con una sonrisa—. Pero dejemos esto para después.

Ella también le sonrió y dejó caer la toalla.

—¿Después de qué?

—Ven aquí.

—¿Cuál es la palabra mágica?

—Rápido.

Toni se rió.

Cuando llegó a su alcance la agarró y todas las ideas que hubiera tenido para los próximos minutos permanecieron muy lejos de su cerebro.

TRECE

Martes, 5 de abril
Quantico, Virginia

No había mucha gente en el circuito de obstáculos y aunque después de cien flexiones de piernas, otras cincuenta de brazos y una docena de levantamientos en la barra fija, a John Howard le quedaba todavía mucha frustración por quemar, no le apetecía realmente correr por el circuito. Estaba demasiado tenso, demasiado harto, demasiado... algo. Quería atacar a alguien, dejarlo sin dentadura, derramar sangre por todas partes y luego verlo caer, preferiblemente sobre algo puntiagudo. No le servía de mucho que la persona con quien más furioso estaba fuera él mismo. Había metido la pata hasta el fondo, y el ascenso con el que se había permitido soñar quedaría probablemente anulado incluso antes de verlo oficialmente.

Lástima, aunque en el fondo, lo que verdaderamente importaba eran los dos soldados muertos. Perder hombres en una batalla, en un tiroteo, era una cosa; perderlos en una zona supuestamente segura, en manos de un solo hombre que lo había dejado en ridículo, era irritante. El mero hecho de perderlos...

Permaneció allí, mirando a algún que otro recluta del FBI o de los marines en el circuito de obstáculos, con sensación de impotencia.

Hasta el momento no se había sabido absolutamente nada de Ruzhyó desde su desaparición. Bueno, sí, habían encontrado el vehículo frente a un supermercado de Las Vegas, con las ventanas abiertas y la llave en el contacto. Maldita sea, a estas alturas podría estar en cualquier lugar del país, o del planeta. Net Force utilizaba sus mejores ordenadores para recoger información de todos los vuelos, trenes, autobuses, alquiler de coches, ventas de coches y motos, e incluso robos de coches en la zona de Las Vegas, pero hasta el momento no habían encontrado nada que correspondiera al perfil del fugitivo.

Quería atrapar a ese individuo como no había deseado ninguna otra cosa desde hacía mucho tiempo. Si averiguaba dónde se encontraba, cogería un avión, oficial o extraoficialmente, y haría lo imposible para capturar a ese desgraciado.

—Coronel.

Ahuyentó la niebla roja en la que había permitido sumirse y volvió la cabeza. Era Julio.

—Tengo algo que puede resultarle interesante —dijo con una sonrisa.

Maldita sea. Buenas noticias, por fin.

Martes, 5 de abril

Las noticias por la tele, como siempre parecían serlo actualmente, eran repugnantes. El presidente norteamericano hablaba de «fibra moral», tema sobre el que sabía poco o nada. Los presidentes estadounidenses eran famosos por su falta de autocontrol, desde Warren G. Harding hasta Clinton, pasando por Kennedy. La idea de que el líder de un país, con unos valores espirituales y morales tan descuidados, pretendiera decirles a los demás cómo debían comportarse era claramente absurda. Especialmente cuando se sabía que el propio líder tenía la ética sexual de un conejo. El presidente norteamericano actual era tan malo como cualquier otro, sólo que todavía no lo habían descubierto.

Goswell asintió en dirección al televisor. Sí, bueno, tendría que hacer algo al respecto, ¿no es cierto? Llamaría a su hombre para ver si había alguna forma de utilizar el nuevo juguete, con el fin de descubrir a qué se había dedicado el presidente. Si existían archivos en algún ordenador, e indudablemente debía de haberlos, el científico podría conseguirlos. Facilitaría a los norteamericanos un nuevo escándalo para su deleite y ese cabrón estaría tan ocupado defendiendo su supuesto honor que no tendría tiempo para inmiscuirse en otros asuntos.

Entretanto, debía hacer otra llamada.

—Applewhite.

—Milord —respondió junto a él el mayordomo.

—Un teléfono, por favor. Y que sea con disco de marcar, si no le importa.

—Sí, milord.

El mayordomo fue en busca del teléfono. Goswell detestaba esa clase de negocios, pero la naturaleza de la realidad a veces exigía a un hombre hacer ciertas cosas que preferiría no hacer, para mantenerse a flote en mares tormentosos.

Applewhite llegó con el teléfono. Tenía el aspecto de los antiguos modelos de baquelita, con disco giratorio, que utilizaba de niño, aunque éste no era más que una réplica. Su interior estaba repleto de componentes electrónicos tan modernos como cualquiera y no tenía ningún grueso cable negro para conectarlo. Era un modelo inalámbrico.

—¿Alguna señal del conejo? —preguntó cuando cogía el teléfono.

—La cocinera lo ha visto cuando ha salido al jardín esta mañana, milord.

—Ah, bueno, en tal caso tráeme la escopeta. Procuraremos darle a ese pequeño sinvergüenza algo en que pensar.

—Sí, milord.

Mientras el mayordomo se dirigía a la caja cerrada donde se guardaban las armas, Goswell marcó el número del hombre con el que quería ponerse en contacto. Sonó una sola vez y contestó una voz malhumorada. El lenguaje era el de una persona de poca educación.

—¿Quién es?

—Soy Goswell. ¿Tiene alguna información para mí?

—Sí, jefe. La tengo.

—En el lugar de siempre. Digamos... ¿a las siete?

—De acuerdo.

Goswell colgó el teléfono, suspiró y meneó la cabeza. Era una lástima que tuviera que tratar con semejante chusma, pero aquél no era un asunto que pudiera confiar a otro.

Regresó Applewhite, con la escopeta abierta en un brazo y un par de cartuchos de latón y cartón verde encerado hechos a medida, en una mano. Dos disparos era todo lo que Goswell se permitía en cada aventura. Si fallaba, el conejo viviría para saquear el jardín un día más. Sencillamente, era justo.

La escopeta, hecha a mano por Rigby Bros para la caza de aves, pero ciertamente adecuada para los conejos, era de dos cañones con estriado Damascus paralelos, del calibre dieciséis. Puesto que su hermoso acero estampado no era apto para la munición moderna, su armero le fabricaba cartuchos que la escopeta pudiera disparar sin desintegrarse. Dichos cartuchos producían un humo bastante oloroso al estallar. El herrero, George Walker, decía que podría sustituir la pólvora negra que utilizaba por Pyrodex y disminuiría el humo, pero a Goswell no le importaba demasiado. Un par de disparos con perdigones del número ocho y el señor conejo estaría fuera de juego, si se le ponía a tiro. Ese era el problema, porque el conejo parecía saber cuándo Goswell estaba armado y cuándo no lo estaba.

Applewhite le ofreció un par de orejeras y Goswell lo miró fijamente.

—El doctor insiste, milord.

Goswell asintió.

—De acuerdo, deme ese maldito artefacto.

Pero, en secreto, era partidario de las orejeras. Eran un protector electrónico del oído, fabricadas por una de las empresas del propio Goswell en Francia (malditos franchutes), y no le quedaba más remedio que reconocer que eran útiles. Un circuito en las orejeras detectaba el ruido que se acercaba y lo excluía inmediatamente, reduciendo la explosión a un pequeño estallido. Sin embargo, cuando no detectaban explosiones, las orejeras amplificaban los sonidos ambientales y por consiguiente mejoraban el oído. A decir verdad, el oído de Goswell ya no era como antes y consideraba seriamente la posibilidad de unos implantes, que le permitirían recuperar la capacidad de oír una conversación normal, considerablemente deteriorada. Al parecer, los implantes, que utilizaban microbaterías recargables mediante las vibraciones del sonido, eran eficaces durante unos cinco o seis años. Conocía a varios individuos y a una anciana que se habían sometido a dicho proceso quirúrgico, y todos estaban muy satisfechos con los resultados. Tal vez se lo haría. Ya se había hecho el tratamiento láser en los ojos y no necesitaba gafas ni siquiera para leer, a no ser que estuviera muy cansado. La tecnología era muy ambivalente, pero de vez en cuando ofrecía algo que valía la pena.

—Después de que haya liquidado a ese conejo, dígame a Stephens que traiga el coche. Voy a ir al club.

—Sí, milord. Buena caza.

Goswell sonrió.

—Gracias, Applewhite. ¡Aniquilaré a ese bribón, no le quepa la menor duda!

Martes, 5 de abril

Londres, Inglaterra

Peel condujo hasta el lugar que Bascomb-Coombs le había indicado, todavía un tanto desconcertado por el nuevo giro en su fortuna. Y la fortuna ciertamente le sonreía. Bascomb-Coombs había abierto esa misma mañana una nueva cuenta en un banco indonesio, una cuenta numerada de la que Peel podía retirar fondos, y en la que había ingresado una cantidad en rupias indonesias equivalente a un millón de euros.

Así, de pronto, Peel se había convertido en millonario, con la promesa de mucho más si desempeñaba debidamente sus nuevas obligaciones.

Las pequeñas oficinas estaban en Old Kent Road, cerca de la fábrica de gas South Eastern. No era el lugar que Peel habría elegido, pero tal vez eso era preferible, porque no había descubierto aquel edificio en ninguna de sus investigaciones.

Entró en el aparcamiento, paró el motor y se dirigió al bloque gris cuadrangular de dos plantas. Había barrotes en las ventanas y un guardia tras un mostrador en la entrada del vestíbulo. El guardia miró la pantalla de un ordenador, comprobó el nombre y la cara de Peel, y pulsó un botón para abrir una puerta que conducía a una escalera.

Peel subió rápidamente, llegó al primer piso y avanzó por el pasillo hacia el despacho del fondo. Al pasar frente a otros despachos, algunos de ellos con ventana en la puerta, comprobó que todos parecían estar bastante vacíos.

La última puerta a la derecha no estaba cerrada con llave, la abrió y entró.

—Ah, comandante, ha llegado a la hora exacta. Aprecio la puntualidad. Entre, entre, permítame que le muestre las instalaciones.

No parecía que hubiera mucho que ver. En un rincón había una mesa de ordenador, con un proyector holográfico, un ordenador y una silla móvil tapizada en piel frente a la misma. A un lado había un pequeño frigorífico, un fogón y un sofá cama. En una puerta junto al mismo, un letrero la identificaba como retrete.

Peel levantó una ceja, como para decir: «¿Qué piensa mostrarme, señor?».

Bascomb-Coombs sonrió.

—No parece muy impresionante, ¿verdad? Pero el equipo esencial está en otro lugar, evidentemente, en el centro informático de lord Goswell en Chelmsford. Estamos conectados al mismo telefónicamente y para responder a su pregunta, sí, de modo totalmente indetectable. Puedo hacer desde aquí lo mismo que en Chelmsford,

sin que nadie sospeche lo más mínimo.

—Disculpe mi ignorancia, señor Bascomb-Coombs, ¿pero qué es exactamente lo que hace? Estoy al corriente del artefacto, lo que Goswell me ha contado y he visto los resultados, que son ciertamente impresionantes, pero no alcanzo a comprender cómo funciona exactamente.

El científico se rió.

—Y yo dudo seriamente de poder explicárselo. Según la máxima de Turner, una cosa sólo se puede explicar si quien la explica la entiende debidamente, pero no estoy seguro de que yo mismo lo comprenda plenamente. Además, y le ruego que no se ofenda, dudo que sus matemáticas y su física estén al nivel suficiente para comprenderlo, aunque pudiera explicárselo. En esta etapa, mi ordenador se parece bastante a un fósforo en una cocina, que puedo utilizar perfectamente para encender el fuego, sin estar plenamente familiarizado con el proceso químico que hace que funcione.

El científico sonrió y Peel le devolvió la sonrisa. ¿Acababa de llamarlo estúpido?

—Le daré una lección básica, si lo desea. ¿Está usted relativamente familiarizado con ordenadores corrientes?

—Relativamente.

—Entonces sabe que la mayoría de los ordenadores son motores que utilizan la lógica booleana basada en operaciones binarias. Hay ceros y unos, unidades cuánticas de información denominadas *qubits*, y éstas son sus únicas posibilidades. Es cero o uno y eso es todo. Sin embargo, en un ordenador cuántico se pueden sobreponer ambos al mismo tiempo. No parece razonable a primera vista, pero en el paralelismo cuántico se pueden utilizar todos los valores posibles de los registros de entrada simultáneamente.

Peel asintió, como si entendiera lo que aquel individuo le estaba contando.

Bascomb-Coombs prosiguió:

—Utilizando el algoritmo de Shor de factorización cuántica, se comprueba que un ordenador cuántico puede factorizar una gran cifra en una pequeña fracción del tiempo que tardaría un ordenador corriente. Mi ordenador cuántico puede resolver en pocos segundos un problema que un SuperCray tardaría varios millones de años en resolver. Por consiguiente, para un asunto práctico como descifrar un código, el ordenador cuántico es enormemente superior.

Peel asintió.

—En tal caso, ¿por qué no utiliza todo el mundo esos ordenadores cuánticos?

Bascomb-Coombs se rió de nuevo.

—¡Les encantaría hacerlo! Pero el problema estriba en que el estado coherente de un ordenador cuántico se destruye habitualmente en el momento en que se ve afectado por el ambiente de su entorno. Esto significa que, en el momento en que lo conecta e intenta acceder al mismo, al mismo tiempo lo destruye. Se precisa cierto ingenio para superarlo. A lo largo de los años se han probado muchas cosas: láseres,

excitación de fotones, trampas de iones, trampas ópticas, resonancia magnética nuclear, polarización, e incluso Bulk Spin-Resonance, ingrediente básico de la cuántica.

»Wineland y Monroe calcularon la puerta cuántica única, atrapando iones de berilio. Kimble y Turch polarizaron fotones y obtuvieron el mismo resultado. La NTC tuvo cierto éxito al principio con la resonancia magnética nuclear y Chuang y Gershenfeld aplicaron el algoritmo de Grover a un segundo modelo cuántico, utilizando átomos de carbono e hidrógeno en una molécula de cloroformo. Pero el problema siempre ha sido la multiplicidad y la estabilidad. Hasta la aparición de mi unidad.

—¿Cómo lo ha logrado, si es tan difícil?

—Porque soy más listo que ellos —respondió.

No parecía que se vanagloriase y, dados los resultados, evidentemente no lo hacía.

—Se perdió cuando mencioné los *qubits*, ¿no es cierto?

—Me temo que mucho antes —reconoció Peel.

Bascomb-Coombs sonrió.

—No se preocupe, comandante. No existe siquiera un puñado de físicos en el mundo capaces de comprender lo que he hecho, incluso con el modelo en funcionamiento delante de ellos. Su talento está en otro lugar. No querría enfrentarme a usted en un callejón oscuro o en un campo de batalla.

Peel agradeció el cumplido con una inclinación de la cabeza.

—Claro.

—En cualquier caso, lo que todo esto significa es que tengo un ordenador que puede hacer cosas maravillosas, y forzar cerraduras encabeza la lista de las prioridades. Salvo desconectándolo de la red e impidiendo toda comunicación entrante, no existe ningún ordenador en el mundo en el que no pueda introducirme. El dinero no significa nada cuando uno puede entrar a su antojo en cualquier caja fuerte. Los secretos militares están a libre disposición. Nadie puede ocultarnos nada.

—¿En serio? ¿Entonces por qué no es usted el dueño del mundo?

Volvió a reírse.

—Me gusta usted, Peel, lo encuentro muy refrescante después de muchos años entre científicos empalagosos. La simple respuesta es que el ordenador todavía no es perfecto. Tiene algunos problemas técnicos y, de vez en cuando, deja de funcionar. En realidad, aproximadamente la mitad del tiempo que lo utilizo. Por consiguiente me resisto a perder el tiempo con frivolidades como dinero y poder, por lo menos hasta que el sistema sea más estable. Puesto que Goswell es el propietario del equipo y está bastante bien protegido, todavía no puedo negarme a sus peticiones. Pero se acerca el momento. Y necesitaré hombres con su talento junto a mí.

Peel pensó en el millón de euros en el banco indonesio. Ya era más rico de lo que jamás había imaginado. Su padre, título aparte, había sido un pobre desgraciado que había perdido incluso la poca tierra que poseía antes de morir. Un millón de euros no

era moco de pavo, pero si permanecía junto a ese extraño personaje, existía claramente la posibilidad de aumentar su fortuna.

—Estoy a su servicio, señor Bascomb-Coombs.

—Vamos, Terrance, llámame Peter. Estoy seguro de que nos llevaremos de maravilla.

CATORCE

Miércoles, 6 de abril
Seattle, Washington

Ruzhyó cruzaba en metro el aeropuerto de SeaTac, en dirección a su puerta de embarque. Tenía una plaza reservada en un 747 de British Airways con destino a Londres. Había cogido un autobús de Mississippi a Nueva Orleans, un Stretch-727 de allí a Portland y un Dash 8 para llegar hasta aquí. Si alguien hubiera logrado seguirlo hasta Mississippi, habría descubierto una pauta semejante a la seguida desde Las Vegas hasta Jackson. Primero se había trasladado en un coche alquilado hasta la ciudad de Oklahoma y luego había cogido el primero de tres cortos vuelos comerciales en dirección sureste. Si alguien lo hubiera seguido, probablemente habría supuesto que seguiría viaje al este o al sur, tal vez a Miami, pero en su lugar cambió de dirección. A partir de Londres se desplazaría a España o a Italia, de allí a India o Rusia y finalmente a su casa.

Cuando te perseguían, no era sensato huir en línea recta, especialmente si los sabuesos eran más rápidos que tú.

El tren estaba lleno y cuando paró para recoger más pasajeros, Ruzhyó se levantó y ofreció su asiento a una joven embarazada, que llevaba dos maletas. Él y Anna querían tener hijos, pero el destino se los negó.

La mujer le dio las gracias y se sentó. Él se sujetó de un agarradero y contempló el muro que se deslizaba frente a las ventanas.

El tren se detuvo, se apearon los pasajeros y Ruzhyó se dirigió a su puerta de embarque. Llegaba con varias horas de antelación, pero no tenía otro lugar adónde ir. Buscaría una cafetería, unos servicios para hacer sus necesidades, un lugar donde sentarse y tal vez se quedaría dormido. En el ejército, uno aprendía a dormir cuando la oportunidad se presentaba y era fácil hacerlo en una silla cómoda.

El vuelo a Heathrow era directo, sólo nueve o diez horas, y el asiento que había reservado estaba en el centro de la cabina, como lo habría hecho alguien que viajara por razones de negocios. Llevaba un traje de calidad media, camisa azul claro con corbata y en la mano un maletín lleno de revistas y papeles en blanco, para completar la imagen. Era un simple engranaje en la máquina comercial, a quien nadie miraría dos veces.

British Airways no era tan mala como otras líneas aéreas, desde luego mucho mejor que las compañías de vuelos nacionales en Rusia o en China. Su último vuelo con la línea británica había sido ciertamente tranquilo, salvo el aterrizaje. El gran reactor había golpeado la pista con fuerza suficiente para que aparecieran las máscaras de oxígeno y provocar una lluvia de equipaje sobre las cabezas de los

pasajeros. No hubo heridos, pero se llevaron un buen susto. Tal vez habían dejado que las azafatas practicasen el aterrizaje. O puede que el piloto se hubiera quedado dormido.

Se encogió de hombros. Había tenido peores experiencias. En una ocasión, durante un monzón, el avión de JAL en el que viajaba había golpeado la pista con tanta fuerza al aterrizar en Tokio, que quebró el tren de aterrizaje delantero y provocó una nube de chispas frente a las ventanas de los pasajeros, a pesar de la humedad de la superficie. En otra ocasión, en un vuelo a Moscú, el antiguo avión de hélices ruso en el que viajaba aterrizó sin problemas, pero chocó contra un camión cisterna cuando se dirigía a la terminal, lo cual provocó la muerte del conductor y arrojó al suelo media docena de pasajeros, que se habían apresurado en desabrochar sus cinturones y levantarse de sus asientos. En esa ocasión hubo algunas fracturas.

Y una vez, después de apearse de un pequeño Cessna en un remoto aeródromo de Chechenia, cuando el modesto aparato se dirigía de nuevo a la pista para despegar, pisó una mina a una distancia de sesenta metros y estalló en mil pedazos.

Hacía mucho tiempo que habían dejado de preocuparle esas cosas. Si le había llegado el momento de abandonar el mundo, que así fuera. Hasta entonces, seguiría vigente el viejo proverbio: todo aterrizaje del que uno puede salir andando es un buen aterrizaje.

En una pequeña cafetería de la terminal servían bocadillos de carne, queso y *choucroute*, pidió uno y una cerveza. El televisor estaba encendido en un canal de deportes. Unas mujeres terriblemente feas, hinchadas como sapos humanos y teñidas de castaño oscuro se exhibían en el escenario tensando sus músculos. Parecían hombres con biquini. Entre bastidores entrevistaron a una de ellas y su voz parecía la de un bajo de ópera.

Era asombroso lo que algunas personas se hacían a sí mismas. En otra época, Ruzhyó se había entrenado brevemente con atletas olímpicos rusos y tenía conocimiento de los productos químicos que utilizaban para mejorar su rendimiento. Los esteroides masculinos que tomaban esas culturistas provocaban cambios permanentes en sus cuerpos: voz grave, acné, vello facial y corporal, y aumento de volumen de sus órganos genitales. Una cosa era levantar pesas para exhibirse en un escenario a los veinticinco años, ¿pero qué aspecto tendrían esas mujeres a los cincuenta o los sesenta? Meneó la cabeza. No pensaban en el futuro.

—Maldita sea, ¿le importa parar esa mierda? —dijo uno de los parroquianos, dirigiéndose al camarero tras la barra.

Otros clientes levantaron sus vasos en señal de aprobación. El camarero se encogió de hombros y cambió de canal.

Ruzhyó se comió su bocadillo y se tomó su cerveza.

Miércoles, 6 de abril

Londres, Inglaterra

El MI-6 había facilitado a Alex y a Toni un despacho de dimensiones considerables, con pleno acceso a sus sistemas informáticos. Bueno, o por lo menos en lo concerniente a este problema en particular. Toni se había encontrado con muchos ficheros a los que no tenía acceso.

Alex se encontraba en el pasillo, hablando con Hamilton. Toni estaba sola en el despacho, contrastando datos informáticos de líneas aéreas, cuando Angela Cooper llamó a la puerta abierta.

—Adelante —dijo Toni.

—Lamento molestarla, señorita Fiorella, pero a Alex le gustaría que se reuniera con él y con el director general.

¿Alex? ¿Lo llamaba Alex?

—Por supuesto —respondió Toni, al tiempo que apagaba el ordenador.

Cooper la esperaba, sonriente, pero al parecer un tanto impaciente.

—Por aquí, por favor.

Toni se sentía baja y regordeta junto a la rubia, que llevaba un traje verde oscuro, con la falda unos cinco centímetros por encima de la rodilla y unos cómodos zapatos, con unos cuatro centímetros y medio de tacón. Pero tenía buenas piernas y tal vez si Toni hubiera sido alta y con piernas esbeltas, también las habría exhibido, en lugar de llevar una sencilla blusa de seda azul, unos vaqueros y unas zapatillas deportivas. Claro, no había traído ropa de trabajo. Después de la conferencia, durante la que había usado ambos trajes que había traído y mandado luego a la tintorería, prácticamente lo único que le quedaba era ropa informal de estilo deportivo. ¿No se suponía que debía estar de vacaciones? No obstante, había llamado a la tintorería para recuperar su ropa formal. No permitiría que esa tal Cooper, aquí presente, la obligara a parecer peor de lo necesario.

—Lamento haber interrumpido sus vacaciones.

Toni dejó de pensar en la ropa para volver a la realidad presente.

—¿Cómo? Bueno, no ha sido culpa suya. En cualquier caso, hemos logrado ver un poco su país.

—Diferente de Estados Unidos, ¿no es cierto?

—¿Ha estado en Norteamérica?

—Sí, por supuesto. Varias veces por razones de trabajo. Y pasé un verano en la Universidad de California cuando era estudiante. Un clima encantador, fue la primera vez que me puse realmente morena.

No me cabe la menor duda. Toni imaginó a Cooper en biquini. Debía de estar muy atractiva. Seguro que se formó inmediatamente un corro de admiradores a su alrededor. Necesitaría un palo para mantenerlos a distancia, a no ser que deseara su atención, y ése era probablemente el caso. Era de esa clase de mujeres.

—Alex dice que usted es del Bronx.

¿Eso dice? ¿Por qué le habrá contado Alex esas cosas?

—Sí, me temo que Nueva York no se parece en nada a California.

—En una ocasión pasé una semana en Manhattan, a finales de agosto. El calor y la humedad eran bastante insoportables.

—Es peor en julio.

Dieron diez pasos sin intercambiar palabra. El silencio empezaba a ser embarazoso cuando Cooper dijo:

—Tengo entendido que Alex está divorciado y tiene una hija. ¿La conoce, me refiero a su hija?

Maldita sea, ¿por qué le contaba Alex esas cosas? ¿Y cuándo había tenido la oportunidad de hacerlo? ¡Ya sólo faltaba que le entregara a esa mujer fotografías de ellos dos en la cama!

—No, no la conozco. He hablado con ella varias veces por el intercomunicador. Y he visto fotografías. Vive con su madre en Idaho.

—Eso está hacia el oeste, ¿no es cierto?

—Sí, muy hacia el oeste.

—Bien, hemos llegado —dijo Cooper mientras gesticulaba en dirección a una puerta.

—¿No va a entrar?

—Me temo que no, tengo otras obligaciones. La veré luego. Cooper dio media vuelta y se alejó, con una insinuación de balanceo en sus caderas al andar.

Zorra.

Dentro de la sala, Alex estaba con Hamilton junto a una mesa con una luz muy brillante, examinando fotografías. Alex la miró, sin sonreírle.

—Toni, acércate para ver esto.

Toni se situó junto a él. Eran fotografías tomadas por satélites de espionaje de alguna clase de instalaciones militares, ampliadas y coloreadas por ordenador. Al fondo del complejo se veía lo que parecían ser un par de misiles balísticos intercontinentales, en lanzadoras sobre vagones de ferrocarril.

—¿Qué estoy mirando? —preguntó Toni.

—Esto es la estación experimental de misiles de Xinghua —respondió Hamilton—, cerca de la costa del mar Oriental de China. Allí los chinos han estado desarrollando un nuevo misil nuclear de largo alcance —agregó, señalando los misiles balísticos intercontinentales de la fotografía—. Anoche, un ordenador puso los dos prototipos que ya funcionan en estado de alerta, e inició una cuenta atrás de noventa minutos para su lanzamiento. Los misiles apuntaban a Tokio.

—¡Cielos! —exclamó Toni.

—Exactamente. El acceso al ordenador estaba bloqueado, no podían cerrarlo. Afortunadamente, ninguna de las ojivas estaba armada, y también por suerte, los técnicos lograron interrumpir manualmente el lanzamiento. Los chinos, generalmente muy reservados en lo concerniente a esas cosas, están aterrorizados. Alguien había

transgredido sus medidas de seguridad, sus códigos y había conectado los interruptores desde el exterior. Los satélites de espionaje norteamericanos, que mantenían la base bajo observación, habían detectado los pasos de prelanzamiento y el ejército estadounidense había movilizado cazabombarderos Stealth, de su base en la isla surcoreana de Chejudo. Si los misiles chinos se hubieran elevado, los reactores habrían intentado derribarlos y, con toda probabilidad, habrían bombardeado también la base para evitar otros lanzamientos.

Toni miró fijamente a Alex. Su aspecto era lúgubre.

—Incluso sin sus ojivas nucleares, dos masas tan enormes que se precipitaran en el centro de Tokio causarían daños considerables —dijo Alex.

—¿Y se trata de nuestro pirata informático? —preguntó Toni.

—O de alguien como él. No creo que pueda haber otro.

Toni meneó la cabeza.

—Debemos localizar a ese individuo cuanto antes. Y nuestro mejor experto, Jay, está de baja.

—Siempre llueve sobre mojado —comentó Hamilton.

Toni lo miró, antes de mirar de nuevo a Alex. Mal asunto, definitivamente malo.

Miércoles, 6 de abril

Washington, D. C.

Tyrone había calculado que si iba al campo de fútbol inmediatamente después de su última clase, dispondría de cuarenta minutos antes de que llegara el próximo grupo de jugadores. Cuarenta minutos bastaban para realizar unos diez o quince buenos lanzamientos.

Se situó cerca del centro del campo y comprobó la dirección del viento con un dedo humedecido. Soplaban una buena brisa del norte y decidió adherir un par de monedas a su bumerán MTA para evitar que el viento lo arrastrara. Al minuto estaba listo.

Se colocó cara al viento, respiró hondo un par de veces y agitó los hombros para relajar los músculos. Había pensado en levantar pesas. Los mejores lanzadores estaban todos en muy buena forma y no le vendría mal un poco más de fuerza en los brazos. El equilibrio era delicado. Si era demasiado suave, el tiempo de vuelo era muy limitado, y si demasiado fuerte, el bumerán podía precipitarse de proa al suelo. Pero había momentos en los que se precisaba un poco más de fuerza, como ahora, con un viento racheado, y debido a su tamaño, a Tyrone no le sobraba musculatura. No necesitaba convertirse en un hércules, ni nada por el estilo, pero no le vendría mal un poco más de masa muscular.

Efectuó su primer lanzamiento para comprobar el ángulo de las hojas y el equilibrio de las monedas. El Indian Ocean se convirtió en un foco rojo brillante al

girar, pero se tambaleó y descendió con excesiva rapidez. Recuperó el bumerán y ajustó el ángulo de las hojas, doblándolas cuidadosamente hacia arriba. Desplazó la moneda del brazo largo unos milímetros hacia el interior, volvió a pegarla, e intentó un nuevo lanzamiento.

Mejor, pero todavía le faltaba un poco. Bueno, podría pasar todo el día ajustándolo, especialmente en condiciones de viento racheado, pero era suficientemente preciso para practicar.

Estaba en su séptimo lanzamiento, después de haber llegado por fin a vuelos de más de un minuto, que era el máximo que esperaba con aquel viento, cuando oyó a Nadine que lo llamaba.

—¡Hola, Ty!

Cruzó el campo, dejó caer su mochila y sacó su propio bumerán, un modelo MTA largo, en forma de ele, de rayas azules y blancas. Era un Quark Synlin. Nunca había visto uno de cerca, pero sí sus hologramas, y de lejos un par de ellos en la competición, por lo que lo reconoció inmediatamente.

—Caramba, ¿cómo lo has conseguido? Creía que Quark ya no fabricaba.

—Así es, pero todavía hay algunos en el mercado. Mi madre me dijo que, si le demostraba que era capaz de sacar provecho a los bumeranes de primera línea, me prestaría el dinero para comprarlo. Cuando gané la competición, decidió que el momento había llegado. Lo he recibido por correo urgente esta mañana —respondió, ofreciéndoselo a Tyrone, que lo sujetó con sumo cuidado, como si tuviera un niño en brazos.

—¿Cómo vuela?

—No lo sé, todavía no he tenido oportunidad de lanzarlo. ¿Por qué no lo pruebas? Tyrone parpadeó.

—Debes hacerlo tú primero, es tuyo.

—No, adelante. Tú ya tienes los músculos a tono.

—¿En serio?

—Claro.

Se humedeció el dedo para comprobar el viento.

—Media fuerza, en un ángulo de hasta cincuenta grados y no te inclines demasiado —indicó Nadine—. Es preferible que te acerques a la vertical. De cinco a diez contra viento.

Tyrone asintió. Se colocó en posición, respiró hondo, retrocedió y lanzó.

El gran Quark se desplazó unos cincuenta metros antes de empezar a girar, ganando altura, mucha altura, entre treinta y treinta y cinco metros, y entonces empezó a abandonar la vertical para situarse en posición horizontal. Se zarandeó un par de veces en las térmicas ascendentes.

—¡Jolín, mira eso!

Era un vuelo hermoso, incluso a pesar del viento. Parecía estar ahí para siempre, hasta que por fin descendió a menos de veinte metros de donde había efectuado el

lanzamiento. Lo recuperó con facilidad.

Tyrone no llevaba cronómetro, pero Nadine tenía el suyo en la mano.

—Dos minutos cincuenta y uno —dijo—. No está mal.

—¡Sí, no está mal! ¡He superado mi marca anterior! Con esa marca, también la habría vencido en la competición. ¡Maldita sea!

Miró el bumerán y luego a Nadine con una sonrisa.

—Gracias —dijo cuando se lo devolvía—. Ahora te toca a ti. Disponemos de unos veinte minutos antes de que los futboleros nos echen del campo.

—¿Tiempo suficiente para un par de lanzamientos?

—¡Qué más quisieras!

Ambos se rieron.

Nadine no estaba mal. Especialmente para ser chica.

QUINCE

Miércoles, 6 de abril

Sierra de Álamo Hueco, Nuevo México

Jay Gridley estaba en un montículo del desierto, escuchando el silencio entre las rocas y los matorrales. El sol era un mazo cegador, que lo martilleaba todo en aquel suelo estéril. Parecía la mitad de la nada, y si uno se dirigía al este, al oeste, o al sur, saldría de Estados Unidos para penetrar en México; desde aquí, la frontera estaba sólo a dos o tres kilómetros.

Junto a él se encontraba Saji, mucho más parecido a un indígena norteamericano que a un tibetano. Llevaba unos vaqueros azules desgastados, botas de montar, una camisa de faena de manga larga y un enorme sombrero blanco con una franja de piel de serpiente.

—¿Hueles el agua? —preguntó Saji.

Jay, con una indumentaria muy parecida a la de Saji, salvo por el sombrero mexicano de ala ancha, negó con la cabeza.

—Lo único que huelo es el desierto. Polvo, arena y roca calcinada, eso es todo.

Efectivamente, con cada paso levantaban un polvo de color castaño rojizo, fino como el talco. Les cubría las botas y la ropa, les irritaba los ojos y la nariz, y dificultaba su respiración. No había viento alguno, de modo que por lo menos el polvo se posaba con rapidez. Un escenario muy realista, que pertenecía a Saji. Algo parecido sobrepasaba todavía la capacidad de Jay.

—Bien, intentemos descubrir alguna pista. Jay meneó la cabeza.

—¿Cómo has aprendido todo esto de las huellas?

Saji sonrió de nuevo como un tonto.

—Jerry Pierce, un amigo mío navajo, es hijo de los Lobos de la Sombra, rastreador de las patrullas fronterizas. Él me lo enseñó y yo le enseñé el Camino Medio.

—¿Un navajo budista?

—¿Por qué no? El budismo no obstaculiza la mayoría de las demás creencias religiosas, por lo menos las que no sean categóricamente monoteístas.

Ambos avanzaban cautelosamente por el suelo arenoso.

—Alto. ¿Lo ves? —preguntó Saji, después de haber recorrido unos metros.

Estaban tal vez a unos tres metros de un barranco, de unos treinta o treinta y cinco metros de profundidad.

—¿Qué debo ver? ¿El fin del mundo?

—Nada tan dramático. Aquí, delante de ti.

Jay forzó la mirada, fija en el suelo. Había tres cosas: tierra prensada, una sola

hoja de césped verde pálido y una piedra rojiza, polvorienta y erosionada. Ahí se perdía el camino.

—No veo nada.

—¿Nada en absoluto?

—Bueno, sí, veo *algo*. Tierra dura, una piedra y un poco de hierba seca. Eso es todo.

—Mira a tu alrededor. ¿Hay más vegetación?

Jay se incorporó y escudriñó el entorno.

—A unos diez metros en esa dirección parece haber un arbusto —respondió al tiempo que se acercaba al borde del barranco, echaba una ojeada y comprobaba que ahí no crecía nada—. Nada cercano. Allí a lo lejos hay un gran cactus. Esto es pura desolación.

—Bien, piensa en ello durante medio minuto.

—No pretendo ofenderte, Saji, pero si pudiera pensar durante más de treinta segundos sin quedarme en blanco como un imbécil, no te necesitaría.

—Cierra los ojos, cuenta tus exhalaciones.

Jay dio un suspiro y obedeció. Uno... dos... tres... ¿qué... he... visto...?

Abrió los ojos.

—El césped.

Saji asintió.

—¿Qué ocurre con el césped?

—No pertenece a este lugar. ¿Cómo ha llegado hasta aquí? No hay nada en este entorno que se le parezca.

—Bien. ¿Puede haber volado hasta aquí?

Jay negó con la cabeza.

—No hace viento. Y si hubiera estado aquí mucho tiempo, estaría tan seco como un hueso calcinado, pero todavía está algo verde.

—¿Y eso qué significa?

—Que algo lo ha puesto aquí. Tal vez se ha soltado de la suela de un zapato, o estaba pegado al pantalón de alguien.

—Muy bien. ¿Y ahora qué?

Jay reflexionó. Saji se lo había dicho, pero no lograba recordarlo. *Bien, piensa con lógica, Jay*. Era difícil, pero no como si tuviera que elaborar un programa complejo, bastaba con dar un pequeño paso. ¿Que consistiría en...?

—¿Ampliar el círculo, buscar huellas en la tierra capaz de soportarlas?

—Bien, veamos. Con cuidado para no borrar ninguna señal.

Jay empezó a mirar lentamente en círculos alrededor de la hierba, en busca de huellas. No vio ninguna en quince metros a la redonda y meneó la cabeza.

—No hay huellas.

—¿Estás seguro?

—¡Sí, claro que estoy seguro!

Saji esperó unos segundos.

—Lo siento. Estoy al borde del barranco.

—No importa. Mira eso —dijo Saji, señalando un pedazo de tierra—. Aquí.

—Esa tierra está perfectamente lisa, sin una sola marca, ¿no me dirás que ahí ves una huella!

—Gente enmoquetada —dijo Saji.

—¿Cómo dices?

—Llevan trozos de moqueta en los pies, peúcos sobre los zapatos, para no dejar huellas. Si ves un pedazo de tierra perfectamente liso en el desierto, no es normal. Mira aquí, al lado. ¿Ves las ondulaciones del viento en la superficie? ¿Las marcas de las gotas de la lluvia? ¿La forma en que aquí y allá la tierra no es completamente lisa? Ahora mira de nuevo este pedazo.

Jay se fijó. Efectivamente, la tierra era perfectamente lisa.

—Agáchate a ras del suelo, con el sol a un lado.

Jay obedeció. Sí, alcanzó a ver un pequeño borde alrededor del pedazo liso, de forma aproximadamente ovalada.

—¡Lo veo!

—A veces lo que tenemos que buscar es la ausencia de algo que *debería* estar ahí. En algunos casos puede ser muy sutil, como esta huella sin marca alguna. Nuestra presa ha pasado por aquí, en dirección norte, cerca del borde del barranco. Un hombre que la siguiera a caballo no se acercaría tanto al límite del precipicio, aunque el caballo se lo permitiera. ¿Recuerdas ese gran cactus que has mencionado, allá en la lejanía?

—Sí.

—Apuesto a que ha parado allí para descansar a la sombra.

—¿Cómo diablos puedes saberlo?

—Está al norte. No hay ninguna sombra a nuestra espalda en muchos kilómetros. Después de soportar el calor del sol un par de horas, con los pies medio cocidos envueltos en unos pencos de moqueta sobre los zapatos, caminando lentamente para no perturbar la superficie, ¿no te apetecería pararte a la sombra para tomar un trago?

Saji empezó a caminar de prisa en dirección al cactus.

—¡Eh, Saji! ¿No deberíamos ir con cuidado para no borrar las huellas?

—No. Si fue al cactus, no necesitamos saber el camino que siguió. No se cayó por el barranco, porque veríamos los buitres volando alrededor del cadáver. Tampoco regresó por aquí. Se dirigió al cactus. Allí encontraremos su pista.

—Bueno —concedió Jay—. Tú eres el jefe.

—No, Jay, el jefe eres tú. Yo sólo soy el guía.

Empezó a caminar. Jay lo siguió.

Miércoles, 6 de abril

Jackson, Mississippi

John Howard examinaba atentamente la habitación del Holiday Inn, donde Mikhayl Ruzhyó se había hospedado la noche anterior. La camarera no la había limpiado todavía; Ruzhyó había pagado por dos noches y colocado el cartel de «no molestar» en la puerta antes de marcharse. No obstante, apenas había indicios de que hubiera estado ocupada. La cama estaba hecha y la única toalla utilizada estaba doblada junto a las demás. El vaso del cuarto de baño había sido enjuagado, secado y puesto de nuevo en su lugar. Y si había utilizado el retrete, había vuelto a doblar el papel higiénico como si fuera nuevo.

—Un campista ejemplar —señaló Fernández—. Ojalá mi novia fuera tan ordenada.

Howard se mordió el labio.

—Supongo que sería demasiado esperar que nos hubiera dejado un mapa con el destino marcado, junto al número y la hora de su vuelo.

—Lo atraparemos, coronel. Lo hemos seguido hasta ahora y a partir de aquí encontraremos también su pista. Parece que se dirige al este.

—Tal vez.

—¿Que tal vez se dirige al este, o que tal vez lo capturaremos?

—Ambas cosas.

Miércoles, 6 de abril

«The Yews», Sussex, Inglaterra

Peel estaba frente a la antigua capilla que ahora era su despacho, contemplando a lord Goswell, que circulaba todavía de un lado para otro con su vieja escopeta, intentando encontrar a uno de los conejos que habían allanado su jardín.

El viejo se consideraba todo un cazador. Peel había oído los relatos de sus antiguas cacerías una docena de veces. A principios de los años sesenta, cuando todavía se hacían habitualmente esas cosas, Goswell había ido de safari a África. Había cazado un elefante, un león y un leopardo, además de diversos animales salvajes, antílopes y otras piezas menores. Evidentemente, tanto la vista como el oído de su señoría eran mucho mejores hacía cincuenta años y disponía además de una legión de porteadores para transportar su equipo, por no mencionar al guía local que encontraba las presas. Con tantas facilidades, bastaba con llegar y apretar el gatillo cuando se lo indicaran, y si fallaba el disparo, ahí estaba el guía para resolver la situación. Muy distinto de seguir solo la pista de un búfalo herido, en un bosque de bambú.

En este momento, el viejo, que estaba medio sordo y medio ciego, probablemente suponía tanto peligro para sus propios pies como para cualquier conejo que pudiera

circular por los alrededores. Hacía varios meses que de vez en cuando le daba por cazar conejos, y si bien había contaminado numerosas veces la atmósfera con la pólvora negra de su antiguo cañón, hasta ahora sólo había disparado contra el suelo o, en una ocasión, contra un costado del cobertizo de las herramientas.

Goswell no era una persona horrible, sólo un ejemplo típico de su clase social. Rico de nacimiento, educado en las mejores escuelas, con todos los contactos adecuados y sin haberse privado nunca de nada. Había hecho un buen matrimonio y tenido los habituales hijos imbéciles propios de la endogamia, que también habían hecho buenos matrimonios. Alguno de ellos lo visitaba de vez en cuando, con mayor frecuencia en los últimos años desde que había fallecido su madre. Incluso un par de nietos, que él evidentemente mimaba, visitaban al viejo. Era cierto lo que se decía: los ricos eran diferentes, especialmente los viejos ricos. Esperaban ciertas cosas por derecho propio, sin considerar nunca lo contrario.

El viejo cerró la escopeta, apuntó, pero no disparó. Bajó el arma y farfulló algo para sí mismo.

Peel sonrió. Bueno, podría averiguar cómo se sentía un rico. Tenía medio millón en el banco, podía abandonar ahora mismo sus ocupaciones, invertir cautelosamente el dinero y vivir con mucha comodidad de los intereses durante el resto de su vida sin tocar nunca el capital. Eso era seguridad, especialmente para un hombre que había pensado siempre en morir con las botas puestas. Pero todavía podía mejorar la situación si se limitaba a seguir trabajando para Goswell. Todo seguiría igual, salvo sus informes sobre Bascomb-Coombs, que cambiarían un poco. Sus hombres seguirían vigilando al experto en informática, salvo en determinados momentos. Un vigilante se retiraría, convencido de que otro iba a reemplazarlo, sólo que eso no ocurriría. Habría un período en blanco, el tiempo que Bascomb-Coombs necesitara, que Peel rellenaría a la hora de redactar los informes. No estaba mal un millón por cambiar algunos horarios.

El viejo desapareció de su campo de visión al doblar la esquina y a Peel se le ocurrió que, con sus grandes orejeras para amortiguar el ruido, Goswell parecía un extraterrestre anciano.

Peel consultó su reloj: casi era la hora de que llamaran sus hombres.

Era evidentemente consciente de que, a la larga, su compromiso con el científico judío no se limitaría a mantener a su señora en la sombra. Había una segunda parte en la que su trabajo no consistiría sólo en modificar un archivo informático. Y si bien Bascomb-Coombs parecía considerarse invencible en lo concerniente a sus *qubits* y todas esas pamplinas cuánticas, si alguien derribaba la puerta y empezaba a disparar, se precisaría a alguien que supiera cómo repeler un tiroteo para salvarle el pellejo a ese genio.

A eso se dedicaba Peel desde hacía mucho tiempo, primero para la reina, luego para el zoquete de su hijo cuando lo nombraron rey, y por mucho menos dinero que ahora...

Estalló una bomba. Al cabo de medio segundo, otra explosión.

Peel se agachó en posición de tiro, atento al peligro, con la mano en su pistola. Se tranquilizó al ver la grasienta humareda blanca que flotaba en el aire y oyó al viejo que blasfemaba:

—¡Cabrón! ¡Repugnante ladrón, hijo de puta!

Peel sonrió. Una vez más había fallado. Se incorporó, se arregló los puños de la camisa y se dirigió hacia el viejo para asegurarse de que no hubiera sufrido ningún percance. El hecho de que traicionara la confianza de Goswell no lo eximía de mantener una conducta civilizada.

DIECISÉIS

Jueves, 7 de abril

Londres, Inglaterra

Michaels había decidido aceptar la invitación de Toni para acompañarla a la clase de *silat*. Le convenía hacer ejercicio, había permanecido inactivo los últimos días y sólo Dios sabía cuándo regresarían a su casa y a su rutina habitual. De momento no tenían absolutamente nada sobre la nueva amenaza. Probablemente se sentiría mucho mejor después de hacer ejercicio, después de sudar un rato.

—Tienes la mirada perdida en la lejanía —dijo Toni, sentada frente a él en el taxi.

—Lo siento —respondió Alex, con una sonrisa meditabunda—. He pasado casi toda la tarde contando sujetapapeles imaginarios y estoy tan lejos de ese individuo como antes. Me siento estúpido.

—¿Por qué te sientes como si fueras personalmente responsable de atrapar al pirata loco? Hay docenas de organizaciones en el mundo entero que lo persiguen y ninguna de ellas ha progresado más que tú.

—Sí, pero yo estoy en la cúspide de la pirámide de los todopoderosos Estados Unidos de América. Nadie presta atención a los portugueses o a los tasmanios, ni espera que ellos localicen a ese individuo. Somos la única superpotencia que queda.

—¡Viva Silver!

Alex la miró, intrigado.

—¿Cómo?

—Así recibió su nombre el Llanero Solitario. Tonto cuidó de él hasta que se recuperó, después de que la pandilla de Butch Cavendish les tendió una emboscada. Cuando recuperó el conocimiento, preguntó por los demás. Tonto respondió: «Él muerto, todos muertos. Tú... solo llanero que queda. Tú... llanero solitario».

—¿En serio?

—Es la verdad. ¿Sabes lo que dice en el cañón del arma de Cisco Kid?

—¿Qué? —preguntó, perplejo.

—No me obligues a hacerte daño.

Alex sonrió.

—¿Cómo sabes esas cosas?

—Juventud desperdiciada. Hermanos mayores que lo coleccionaban todo, desde coches hasta viejos discos de vinilo de setenta y ocho revoluciones. Podría hablarte del *Saltarín* Cassidy, de Roy Rogers y de Gene Autrey, si te apetece. ¿Te gustaría saber algo de la compañera de Red Ryder?

—Puede que no —respondió Alex.

—¿No quieres saber nada de Li'l Beaver? —preguntó Toni, con una sonrisa y un

parpadeo.

—Bueno... sí. Pero... no delante del taxista.

Ambos se rieron.

La escuela de *silat* era un antro, en un barrio depauperado al que Michaels deseó haber llevado su *toser*. Pero dentro estaba todo perfectamente limpio y los alumnos reaccionaron con cortesía cuando Toni se los presentó.

Llegó el instructor Carl Stewart, a quien también le presentó. Parecía una persona agradable, unos años mayor que él y en bastante buena forma. Era un poco más alto, más canoso, un poco más ancho de espaldas y con los brazos un poco más gruesos. Llevaba gafas bifocales de montura metálica y Michaels se preguntó por qué no usaría en su lugar lentes de contacto.

—Toni dice que ha empezado a practicar *silat* —comentó Stewart—. ¿Participará en la clase esta tarde?

—Sí, si le parece bien.

—Por supuesto —respondió, mirando a Toni con una sonrisa.

Ella se la devolvió y Michaels sintió una punzada de... algo. ¿Celos? No, claro que no. Confiaba en Toni.

Empezó la clase y Michaels practicó debidamente los dos *djurus* que había aprendido, de un lado para otro de la sala. Cuando miró fugazmente a Toni, vio que con los pies formaba la *tiga* y luego la *sliwa*, el triángulo y el cuadrado, para sus *djurus*. Estaba muy concentrada.

Stewart se detuvo frente a Michaels.

—Parece un poco distraído, señor Michaels. Sería mejor que se concentrara en su propio ejercicio.

—Lo siento, gurú —se disculpó, ruborizado.

Stewart asintió, sonrió y se fue a observar a otros alumnos.

Menos mal que no se trataba de un ejercicio zen, pensó Michaels, porque habría recibido un garrotazo. Se concentró de nuevo en sus movimientos, pero se sentía torpe. Hacía sólo unos pocos meses que los practicaba y todavía no le parecían naturales ni intuitivos.

Después de unos quince minutos de *djurus*, Stewart les ordenó descansar y se ofreció para responder a sus preguntas. A pesar de que los ejercicios que hacían sus alumnos no eran los mismos que hacía Michaels, oyó un par de cosas sobre pisar con equilibrio y hundir las caderas, que Toni le había recalcado.

—Bien, ahora hagamos combinaciones —dijo Stewart—. ¿Toni?, permíteme que te utilice.

Toni le hizo una pequeña reverencia, con la posición de la mano ligeramente diferente de la de Stewart. Toni tenía la mano derecha frente al pecho, floja, en su mano izquierda ahuecada, mientras que los nudillos de la mano derecha de Stewart

estaban frente a su mano ahuecada.

—Un derechazo, por favor, aquí —indicó, tocándose la punta de la nariz.

Toni avanzó y lanzó un rápido directo de derecha. De haberle dado, indudablemente le habría fracturado la nariz. Stewart golpeó su brazo con ambas manos, lanzó el codo contra las costillas de Toni, se dobló, movió los pies, la golpeó de nuevo en las costillas, barrió su pie adelantado y la derribó. La aguantó con un brazo sobre el pecho para evitar que se cayera.

—¿Todo bien?

—Sí.

—Una vez más, por favor, lentamente.

Toni repitió el ataque, Stewart lo bloqueó, seguido del codazo y del barrido, y una vez más la sujetó por el pecho para evitar que se cayera.

Michaels se percató, con cierta irritación, de que colocaba el brazo encima de sus senos. ¿Era eso realmente necesario? Toni podía caerse sin lastimarse, la había visto desplomarse sobre un suelo duro y rebotar como una pelota de goma. Y el suelo aquí estaba cubierto de colchonetas por todas partes.

Toni miró a Stewart con una sonrisa y su expresión era de puro placer. Michaels había visto aquella cara varias veces, por regla general después de un orgasmo, suyo o de ella.

Y no le gustó verla ahora.

Se fustigó mentalmente: *¡Piensa con la cabeza, muchacho! ¡Esto es una clase de artes marciales! ¡No pretende manosearla, sino demostrar cómo darle una paliza a alguien suficientemente estúpido para atacarlo!*

Sí, bueno, de acuerdo.

—¿Alguna pregunta?

Michaels decidió que tenía una.

—¿Por qué no la ha golpeado en la cara, en lugar de hacerlo en las costillas?

Stewart sonrió, como lo hicieron la mayoría de los alumnos. Michaels lo vio, pero no dijo nada. Pero Stewart también se percató de que no le había pasado inadvertido.

—Lo siento, señor Michaels, pero les he repetido muchas veces a mis alumnos que, en la mayoría de los casos, basta con golpear el cuerpo para infligirle al agresor todo el daño necesario. Los indonesios raramente golpean la cara; los mayores cazadores de cabezas son los... occidentales.

Michaels asintió. Pero esa pausa antes de «occidentales» le indicaba que Stewart se proponía decir otra cosa y Michaels apostaría dólares contra centavos a que iba a decir *norteamericanos*.

—Bien, formen parejas, e intentémoslo. Toni, ¿me ayudas a controlar?

—Sí, gurú —respondió ella.

Michaels se encontró frente a un chico delgaducho, con el pelo al rape y un par de aros en la nariz, que parecía tener unos diecisiete años.

—Giles Patrick —dijo el joven.

—Alex Michaels.

—¿Quiere empezar defendiendo?

—Por supuesto —respondió Michaels.

El chico se le acercó en cámara lenta, con el puño que flotaba en dirección a Michaels a un octavo de su velocidad normal.

Michaels lo bloqueó, introdujo el codo y se quedó parado. ¿Qué venía a continuación?

—Puñetazo de izquierda a las costillas, aquí —indicó el chico.

—Claro, claro. Permíteme que vuelva a intentarlo.

El muchacho lanzó de nuevo su ataque edulcorado y Michaels lo bloqueó, introdujo el codo y dio el puñetazo, pero cuando intentó hacer el barrido estaba desequilibrado y el pie del joven permaneció firme en el suelo.

—Debe nivelar las caderas —dijo el chico—. Gírelas hacia adentro, paralelas a los hombros.

—De acuerdo.

—¿Una vez más?

—Sí, claro.

En esta ocasión, Michaels logró hacer los cuatro movimientos y el chico cayó al suelo. ¡Estupendo! Se sintió satisfecho con el resultado.

Toni se le acercó.

—Ha estado bastante bien, Alex, pero cuando bloquee el puñetazo, hazlo más arriba, así. ¿Giles?

El chico sonrió y atacó a Toni, ahora a más velocidad.

Toni se movió con facilidad y desvió el puñetazo hacia arriba, dejando espacio suficiente para darle un codazo en la axila.

—Gracias, Toni.

Michaels detectó un indicio de ceño en su expresión, pero Toni asintió y dirigió su atención a otros alumnos.

¿Ceño? ¿Porqué? ¿Por llamarla Toni?

—¿Le importa que lo intente yo ahora? —preguntó Giles.

—No, claro.

Michaels se preparó y atacó. El chico respondió, uno, dos, tres, cuatro, y Michaels se desplomó sobre la colchoneta. Se incorporó inmediatamente.

—¿Está usted bien, señor Michaels?

—Sí, perfectamente. Y llámame Alex.

Ya era bastante duro recibir una paliza para que además lo trataran como a un abuelo.

Se preparó para un nuevo ataque. Estaba bien quemar un poco de adrenalina, pero, hasta ahora, no podía decir que ésa fuera la ocasión en que más se había divertido. En absoluto.

Lord Goswell estaba de pie frente al gran paisaje marino que decoraba la pared este de la sala menor de su club, desde que pertenecía al mismo. Era un óleo de grandes dimensiones, dos metros y medio por cuatro metros, en tonos violáceos, azules acuosos y grises, de un buque de vela en el ojo de una tormenta eléctrica, con los marinos que intentaban frenéticamente mantener el barco de madera a flote iluminados por los rayos; muy dramático y de un realismo casi fotográfico. Removió el hielo en su vaso casi vacío de ginebra con tónica y se vio recompensado por la presencia de Paddington con su bandeja.

—¿Otra copa, milord?

—¿Por qué no? Dígame, ¿sabe quién pintó esto?

—Sí, milord. Lo pintó Jeffrey Hawkesworth, creo que en 1872.

—Es bastante bueno. ¿Debería conocer a ese pintor?

—No, milord. Fue uno de los civiles a los que mataron los zulúes en Sudáfrica, en Rorke's Drift, en 1879. Sólo pintó un puñado de cuadros. Este llegó al club unos años después de su muerte, fue un legado de su hermano, *sir* William Hawkesworth, nombrado caballero por su majestad la reina Victoria por sus servicios en India.

—Interesante —asintió Goswell.

—¿Quiere que le traiga una copa ahora, milord?

—¿Supongo que no estaría usted dispuesto a abandonar el club para pasar a mi servicio?

—Me hace usted un gran honor, milord, pero debería declinar su oferta. No sería correcto.

—No, claro que no. Siga.

Observó al sirviente cuando se alejaba. *Maldita sea. Esa clase de lealtad no tiene precio. Lástima. La lealtad comprada suele tener menos valor de lo que se paga por ella.*

Paddington regresó con un vaso perfectamente helado sobre su bandeja.

—Hay una llamada para usted, milord.

Sobre la bandeja, junto al vaso, había un teléfono móvil.

Goswell cogió el vaso y el teléfono.

—Gracias, Paddington —asintió.

Hablando de lealtad comprada... Cuando Paddington se alejó lo suficiente para que no pudiera oírlo, activó el teléfono.

—¿Tiene el resto de lo que necesito?

—Sí, lo tengo.

—En el lugar habitual, entonces. Dentro de media hora. Desconectó el teléfono.

Goswell contempló el cuadro mientras saboreaba su nueva copa. Lástima que unos salvajes hubieran acabado con la vida de ese artista. Tal vez hubiera llegado a crear obras realmente magníficas. Claro que el ejército real había dado un par de lecciones a esos negros inmorales en la batalla de Rorke's Drift. Un puñado de soldados contra millares de indígenas y la tropa, bendito sea Dios, había mantenido

su posición y había dado buena cuenta de sí misma. ¡Maldita sea, les habían enseñado a esos jodidos negros un par de cosas sobre la determinación británica!

Levantó la copa en honor al cuadro.

—Salud, compañero.

DIECISIETE

Jueves, 7 de abril

Londres, Inglaterra

Físicamente, Toni se sentía bastante bien después del ejercicio, pero estaba un poco molesta con Alex por tratarla con excesiva familiaridad durante la clase. Se había percatado de que se sentía inseguro, por lo que la llamaba persistentemente Toni en lugar de gurú y en un par de ocasiones le había sonreído o dado una palmada en la espalda, con el evidente propósito de que todo el mundo supiera que eran algo más que maestra y alumno. Eso carecía de importancia en su propio gimnasio, pero aquí era inapropiado. Parecía llevar implícita la idea de que «¡puede propinaros una paliza, pero es mía!», que a Toni no le gustaba. Ella lo quería, pero a veces Alex se comportaba como... un niño.

Claro que la mayoría de los hombres que conocía eran así, y Alex no lo era tanto como los demás. Además, lo quería y tal vez podía permitirse ser un poco más flexible con él.

Pero había algo más que preocupaba a Alex. Estaba pensativo y Toni no sabía por qué. Podía ser debido a la situación en el trabajo, pero no daba esa impresión.

Toni necesitaba hablar de ambas cosas, pero era delicado sacarlas a relucir sin provocar una discusión.

A veces era complicado tener un amante que era a la vez tu jefe y tu alumno. Toni nunca se lo había planteado antes de empezar a vivir juntos. Tal vez porque en lo más hondo de su corazón nunca creyó que llegara a suceder. Lo quería más que a cualquier cosa que hubiera deseado en su vida, pero no parecía destinado a ocurrir. Pero lo hizo y fue maravilloso, aunque no absolutamente perfecto.

Las cosas eran más fáciles en la imaginación que en la realidad. Todas las parejas tenían problemas; sus padres estaban casados desde poco después del Diluvio Universal y se querían, pero también discutían. No obstante, Toni nunca había tenido ninguna relación duradera y sufría cada vez que ella y Alex se enojaban. Temía que iba a perderlo, que se distanciarían, que sus expectativas eran excesivas y no se ajustarían a la realidad.

Pero la clase había sido agradable. El gurú Stewart era tan buen maestro como ella alumna. De vez en cuando le dedicaba unos momentos, mientras los demás hacían ejercicios por parejas, para mostrarle algún nuevo movimiento. Sus artes se parecían lo suficiente para que Toni apreciara la utilidad de lo que le enseñaba y le estaba muy agradecida.

—Deberíamos practicar juntos, antes o después de la clase, mientras sigas aquí. Podríamos aprender mucho el uno del otro si nos concentramos —había dicho

Stewart al final de la clase.

—Me encantaría —respondió Toni, entusiasmada.

Ahora, cuando ella y Alex se desplazaban en un taxi de la escuela al nuevo hotel que el MI-6 les había encontrado, Toni se percató de lo mucho que había disfrutado con la práctica del *silat*. Era simple, directo, sin programas ocultos. Se ejercitaban simultáneamente el cuerpo y la mente, ambos concentrados en cosas sencillas: golpear aquí, pisar allá, conseguir una buena base, utilizar el ángulo y la palanca. Era mucho menos complicado que tratar con los sentimientos de las personas, incluido uno mismo. O tal vez especialmente uno mismo.

—Alguien nos sigue. ¿Te has dado cuenta? —dijo Michaels cuando se apeaban del taxi al llegar a su hotel.

—¿Quién? —preguntó Toni sin volver la cabeza.

—Un hombre en un Neón gris, aparcado a unos treinta metros al otro lado de la calle. Lo teníamos detrás cuando íbamos a la clase de *silat*. También estoy casi seguro de que me ha seguido a pie cuando he ido a por un bocadillo a la hora del almuerzo. Sería una enorme coincidencia que ese individuo estuviera siempre ahí cuando yo salgo.

—¿Inteligencia británica?

Saludó con la cabeza al portero uniformado que les abrió la puerta. Se sentía sudado y maloliente después del ejercicio, pero le sonrió al portero como si él y Toni estuvieran vestidos para asistir a una boda real.

—Puede ser, supongo. Si uno de ellos estuviera en Quantico investigando nuestros secretos, le pondría una escolta del FBI para asegurarme de que nadie lo secuestrara y le sonsacara información.

—No parece muy convencido —dijo Toni.

—Bueno, si nosotros hubiéramos ordenado que siguieran a uno de ellos, me habría asegurado de que nuestro agente fuera alguien a quien no detectara, a no ser que quisiéramos que lo viera. Los británicos deben de disponer de agentes tan buenos como los nuestros para una vigilancia discreta. En realidad, yo no debería haberlo visto.

Cruzaron el vestíbulo y se dirigieron al ascensor. Toni se le anticipó al pulsar el botón.

—Tal vez querían que lo vieras. Para que sepas que estás protegido.

—¿No sería mejor que me lo hubieran dicho?

—¿Crees que deberíamos contárselo?

—Tal vez. Sobre todo si consideramos que ellos lo averiguarán de todos modos.

Llegó el ascensor y tintinó conforme se abrían elegantemente sus pesadas puertas de bronce forjado. El ascensorista les sonrió. Menos mal que los gastos del nuevo hotel al que habían sido trasladados corrían por cuenta de los británicos, de lo

contrario, a su directora le daría un infarto cuando recibiera la factura.

—¿Podría tratarse de una prueba amigable? Tú también fuiste agente de campo.

—Sí —respondió Alex—, pero desde entonces he perdido algunas de mis facultades. Sigo mirando un par de veces por el retrovisor cuando conduzco y de vez en cuando echo una ojeada a mi alrededor. No estoy completamente dormido desde el asunto de la Sirena, que estuvo a punto de asesinarme, pero tampoco me esfuerzo demasiado. No tanto como debería. No, ese individuo no es muy bueno. No creo que lo haya mandado el MI-5 o el MI-6, pensando que no lo detectaría.

—Tal vez no quieran desperdiciar un buen agente contigo. Puede que te hayan mandado un equipo de segunda porque te consideran como a un feo norteamericano que deambula con la cabeza envuelta en una espesa niebla egocentrista —sonrió Toni.

—Quizá estén en lo cierto. Pero creo que llamaré a Angela Cooper para comprobar de qué se trata.

Entraron en el ascensor.

—¿Piso? —preguntó el ascensorista.

—Cuarto, por favor —respondió Toni en una imitación aceptable de un elegante acento británico, en lugar de su ligero deje del Bronx.

Michaels la miró y parpadeó.

Al llegar a su *suite*, Michaels utilizó su *virgil* para llamar a Cooper. Toni abrió el grifo del agua caliente de la ducha, y Alex veía cómo se desnudaba cuando Cooper contestó al teléfono. Estaba en su casa y tenía la cámara conectada. Por lo que alcanzaba a ver, llevaba algo rojo y sedoso. Su campo de visión alcanzaba sólo por debajo de sus hombros. Activó su propia cámara.

—¡Alex! ¿Qué puedo hacer por ti?

—Responder sinceramente a una pregunta.

—Por supuesto.

—¿Habéis ordenado vosotros o el MI-5 que me sigan?

—Nosotros no lo hemos hecho. Dudo que sea cosa del servicio secreto, pero puedo comprobarlo. Espera un momento.

Se congeló su imagen y aparecieron las palabras «no se retire» en la pequeña pantalla.

Toni se quitó las bragas y su sujetador deportivo por encima de la cabeza. Se volvió para ofrecerle una gloriosa vista frontal, antes de saludarle con la mano, entrar en la ducha y cerrar la puerta.

Alex decidió que su llamada sería breve. Quería meterse en la ducha antes de que Toni terminara. Se había puesto cachondo en la clase de *silat* y la sensación había aumentado durante el regreso en taxi.

—¿Alex? El MI-5 dice que no ha mandado a nadie para que te vigile. ¿Hay algo que deberíamos saber? —Sonrió.

Michaels reflexionó unos instantes.

—No, creo que me vuelvo paranoico con la edad.

—No puede decirse que seas viejo —repuso Cooper.

—Nos veremos mañana. Lamento haberte molestado en casa.

—Llámame cuando quieras. No es ninguna molestia —dijo mientras se inclinaba hacia atrás y la seda roja de su blusa, vestido o lo que fuera, se abría ligeramente mostrando la parte superior de su escote.

Al desconectar el teléfono sonó la alarma de su radar masculino. ¿Significaba eso que estaba... interesado? Sólo había estado con unas pocas mujeres. Desde su divorcio, Toni era la única mujer por la que se había interesado seriamente y no tenía práctica, pero sin duda parecía que Cooper no lo encontraba particularmente repugnante.

Interesante. No estaba mal para su vieja vanidad que una mujer hermosa y brillante se interesara posiblemente por él. En el supuesto de que no interpretara equivocadamente los indicios.

Tampoco importaba. Le esperaba algo mucho mejor. De camino a la ducha, se quitó la ropa sudada.

—¿Qué ha dicho? —preguntó Toni desde la ducha.

—Dice que no son los suyos —respondió Alex.

—Entonces deberíamos averiguar de quién se trata.

Al abrir la puerta de la ducha, se vio recompensado por una nube de vapor que empañó los espejos a su espalda.

—Mañana. ¿Hay espacio para mí?

Toni bajó la mirada.

—Sólo si te colocas delante. No quiero que me ataques por la espalda.

Alex sonrió.

—Vaya, fíjate en eso. Me pregunto de dónde habrá salido.

—¿Tal vez un regalo de la señorita Cooper?

—¿Qué? —exclamó Alex con el entrecejo fruncido.

—Bueno, no estabas así antes de hablar por teléfono, ¿no es cierto?

¿Le estaba tomando el pelo? Toni sonreía, pero Alex no estaba seguro.

Mientras reflexionaba, se aplacó su euforia y Toni se percató de ello.

—Era sólo una broma, Alex.

Él se sintió avergonzado. Cogió el jabón y una esponja.

—Date la vuelta —dijo—. Te frotaré la espalda.

—Alex...

—Estoy realmente cansado —dijo—. He hecho mucho ejercicio y no estoy acostumbrado. Necesito dormir.

Sonaba a pretexto y Alex era consciente de que ella lo sabía. Echó jabón a la esponja. Toni se dio la vuelta y le frotó la espalda, tal vez con una fuerza ligeramente superior a la debida.

Algo sucedía entre ambos, algo que no alcanzaba a comprender. Y fuera lo que

fuese, no le gustaba.

Pero Toni no insistió y se alegró de ello. No le apetecía sumirse ahora en una discusión sentimental. Estaba físicamente agotado.

Se sentía cansado, pero al contrario de Toni, que se quedó dormida pocos minutos después de la ducha, Michaels pasó una hora leyendo. Finalmente se acostó, apagó la luz e intentó conciliar el sueño. Después de casi otra hora en la cama, comprendió que no le sería fácil quedarse dormido. Estaba nervioso, demasiado tenso para relajarse.

Se levantó cautelosamente, se dirigió al baño y se puso unos vaqueros, una camiseta y unas zapatillas deportivas. Sacó la *taser* de su estuche y comprobó la batería. La pequeña arma inalámbrica utilizaba gas comprimido como propulsor, no era mortal y disparaba un par de dardos cargados, capaces de derribar a un hombre si lo alcanzaban, incluso a través de la ropa. Su alcance efectivo era sólo de unos pocos metros, pero dentro de un radio en el que solían tener lugar la mayoría de los enfrentamientos armados. El lema del FBI para dichos enfrentamientos era: «Tres pies, tres disparos, tres segundos». Si el otro individuo se encontraba a cincuenta metros y corría en dirección contraria, no suponía ningún peligro. El armero de Net Force le había dicho que alguien había diseñado un chaleco de malla eléctrica que neutralizaba la carga de una *taser*, pero el chaleco no cubría todo el cuerpo; siempre se podía disparar a las piernas o a la cabeza. Y era un aparato muy sencillo. Llevaba una mira láser incorporada. Bastaba situar el pequeño punto rojo en el objetivo, tener en cuenta el margen de dispersión de los dardos en vuelo y pulsar el botón. El error era mínimo, siempre y cuando a uno no le temblara demasiado la mano. Sólo había tenido que utilizarla en una ocasión y había funcionado bastante bien.

Guardó la *taser* en el bolsillo trasero de su pantalón, se puso una cazadora para ocultarla y abandonó sigilosamente la habitación.

Salió del hotel por una puerta trasera, dio la vuelta a la manzana y se acercó a la entrada por detrás de donde había estado aparcado el Neón gris.

El Neón seguía aparcado en el mismo lugar, con su conductor al volante. Tenía la ventanilla abierta y fumaba un cigarro. Michaels lo olió a quince metros.

El comandante de Net Force aprovechó que un autobús a su paso lanzaba una ráfaga de aire fresco de la noche en dirección al Neón, e impulsaba el humo del cigarro hacia el interior del vehículo, para rodear el coche. El conductor agachó la cabeza para protegerse de la humareda.

Michaels desenfundó su *taser*, se acercó agazapado a la ventanilla del conductor, la de la derecha en Inglaterra, y lo apuntó con el arma.

—Hola. ¿Nos estamos divirtiendo?

El individuo, un hombre delgado y calvo de unos treinta y cinco años, estuvo a punto de tragarse el cigarro.

—¡Maldita sea! ¡No haga eso! ¡Acaba de darme un susto de muerte!

Norteamericano, su acento era inconfundible; del oeste.

En el asiento contiguo había un pequeño ordenador portátil, una cámara digital y unos prismáticos. Había también un termo y un papel grasiento con los restos de una cena de pescado y patatas fritas. Y en el suelo había un recipiente vacío de boca ancha para aliviar sus necesidades biológicas.

Lo que Michaels vio disipó cualquier duda que pudiera haber tenido con anterioridad. El señor del puro estaba de vigilancia.

—Bien, amigo, ¿quién es usted y por qué me sigue?

—¿De qué coño está hablando? No lo conozco de nada...

—Mire usted, podemos hacer esto de forma fácil o difícil. Puede contármelo, o yo puedo llamar a mis amigos del servicio británico de inteligencia para que lo detengan como espía y lo encierren en una celda, a la que tarde un mes en filtrarse la brumosa luz del sol.

—Eh, oiga, soy ciudadano norteamericano, tengo mis derechos...

—Estamos en Inglaterra, amigo. Aquí no juegan con las mismas reglas. Usted decide.

El hombre del cigarro reflexionó unos instantes. Se había quemado y la persuasión no le serviría para salir del atolladero. Se encogió de hombros.

—Soy un investigador privado de Boise.

Michaels parpadeó. *¿Un detective privado?*

—¿Quién lo ha contratado?

—Sé quién es usted. Soy consciente de que puede crearme muchos problemas. Puede encerrarme en una mazmorra si lo desea, pero no puedo revelarle quién me ha contratado. Si se corre la voz, me quedo sin trabajo. Pero usted es inteligente, dedúzcalo.

Boise. ¡Oh, mierda! Megan. Pero... ¿porqué?

Michaels se guardó la taser.

—Más vale que regrese a su casa. Si vuelvo a verlo, me ocuparé de que las autoridades locales lo detengan.

Después de un prolongado momento, el señor del cigarro arrancó el coche. Michaels observó cómo se alejaba.

Sacó su *virgil* del bolsillo. Aquí estaban en plena noche. ¿La diferencia horaria con Idaho era de siete, quizá ocho horas?

No importaba la hora. Peor para ella si estaba en la oficina. Pulsó la tecla de marcado rápido que correspondía a Megan.

—Hola, Alex —contestó en un tono tan frío que su voz parecía un almacén de aire polar a la sombra—. Un momento, déjame coger un teléfono desde donde pueda hablar.

Apareció de nuevo al cabo de un instante y activó su cámara. Iba vestida para la oficina, con el pelo recogido. Tenía buen aspecto, como siempre.

—Megan, ¿cómo está Susie?

—Está bien. ¿Me llamas a la oficina para preguntarme esto?

—No. Acabo de intercambiar unas palabras con tu investigador privado, calvo y fumador de cigarros —respondió, apenas capaz de controlar su voz—. ¿Por qué has ordenado que me sigan?

—¿Has olvidado la paliza que le pegaste a Byron en Navidad y que me amenazaste? —exclamó en un tono desprovisto ahora de frialdad, que parecía un volcán a punto de entrar en erupción—. ¡Dijiste que si pasaba una sola noche bajo mi techo, mi techo, Alex, no nuestro, harías que me declararan incompetente como madre!

—Yo no dije eso. Nunca dije que fueras una madre incompetente...

—¡Y una mierda! Dijiste que restregarías a Byron por mi cara de zorra y solicitarías la patria potestad. Bien, amigo, los dos podemos participar en ese juego. ¡Byron pasará aquí esta noche, como la pasada y la anterior, y también la de mañana! ¡Y tantas malditas noches como se me antoje! ¿Y sabes lo que te digo? ¡Que me follará hasta dejarme sin sentido!

Como siempre había hecho, logró pulsar su botón de alarma. Michaels perdió el control y reaccionó casi por instinto.

—No le será muy difícil dejarte sin sentido. Bastará con que abra la cremallera de su bragueta.

Megan se rió, consciente de que se había puesto furioso. Cuando habló de nuevo, lo hizo en su tono de reina del hielo.

—Muy divertido. Pero ríete de esto, payaso. Sé con quién te acuestas. Esa inocente de Toni Fiorella, que nunca ha roto un plato. Por lo menos Byron es de mi edad, no un niño. ¡Veremos qué opina el tribunal de que te acuestes con una subordinada!

¡Oh, mierda!

—Por lo menos no lo hago delante de Susie —fue lo único que se le ocurrió decir.

—¿Me estás diciendo entonces que está bien si se hace a escondidas, como un cura y una prostituta, pero no que lo haga una pareja comprometida y a punto de casarse? Dudo que al juez aquí en Boise le impresione mucho este argumento. Siempre has sido hábil para tergiversar las cosas con el fin de que se ajusten a tu definición de la honradez, ¿no es cierto?

Michaels debería disculparse y lo sabía. Verter un depósito entero de aceite sobre las aguas turbulentas y tranquilizarla. Decirle que había perdido los estribos cuando golpeó a su nuevo novio, aunque tampoco cabía olvidar que él lo había agarrado primero, y dicho cosas que en realidad no sentía. El problema era que las sentía. Incluso ahora, aunque eso introducía ciertamente otra faceta en el problema. Megan tenía razón. Ningún juez le retiraría la custodia de Susie, a no ser que pudiera demostrar que era una mala madre y, a decir verdad, era una madre excelente. Lo creía cuando estaban juntos y también lo creía ahora, pero no quería perder a su hija. Si sólo se le permitía visitar a Susie una o dos veces al año durante las vacaciones, su relación estaría condenada al fracaso. Crecería pensando en Byron como su padre. Él

sería quien la llevaría a la escuela y de compras y quien la ayudaría con los deberes y quien haría todo lo que él debería haber hecho.

Debería disculparse, intentar resolver aquel asunto. Pero esperó demasiado.

—Adiós, Alex. Puedes llamar a Susie. No quiero que piense que te he borrado de su vida, pero tú y yo no tenemos más que decirnos. Dale recuerdos de mi parte a tu novia adolescente.

Y colgó el teléfono.

Michaels parpadeó. Estaba en la acera de una calle del centro de Londres, en plena noche, con la sensación de haber recibido un rodillazo de un defensa en la entrepierna. Su exesposa estaba al corriente de su relación con Toni, que era una docena de años más joven que él, pero no exactamente una adolescente, y eso saldría a relucir ante el tribunal si decidía luchar por la custodia de su hija. Tanto él como Toni eran adultos, pero él era su jefe. Eso no caería bien. El FBI miraba con ceño ese tipo de relaciones y puesto que no tenía amistad con la nueva directora, no estaría dispuesta a jugársela por él para defenderlo. Hablando en plata, estaba jodido.

DIECIOCHO

Jueves, 7 de abril

Walworth, Londres, Inglaterra

La primera auténtica misión de Peel para su nuevo jefe era una operación de campo que se ajustaba perfectamente a su especialidad. Era mucho mejor que estar sentado en un viejo cobertizo lleno de corrientes de aire, contemplando una serie de estadísticas en la pantalla de un ordenador. Claro que casi cualquier cosa era mejor que eso.

Al parecer, cierto científico jubilado, un exprofesor de Bascomb-Coombs en la universidad, que ahora trabajaba como asesor privado, hurgaba en un terreno en el que era preferible no inmiscuirse. BC estaba a punto de soltar al mundo una nueva diablura electrónica y no quería ninguna intromisión por parte de su exprofesor mientras lo hacía. Y si bien no deseaba que le sucediera nada grave a su viejo mentor, lo quería fuera de circulación durante dos o tres días. ¿Podía Peel ocuparse de ello?

—Nivel dos —dijo Peel a los tres individuos en el coche—. ¿Está claro?

El trío asintió desde el asiento posterior del gran Dodge de cuatro puertas, con volante a la derecha, que Peel conducía.

—Sí, señor —respondieron al unísono.

Eran los más jóvenes de sus hombres, Lewis, Huard y Doolittle, vestidos ahora como gamberros callejeros, con botas Doc Martin de puntera metálica, pantalón holgado de algodón azul y camisas negras recortadas para exhibir unos falsos tatuajes en los brazos y en el pecho. Completaban el disfraz unos falsos aros en la nariz, pendientes y unas pelucas de cabezas rapadas que ocultaban fácilmente su pelo cortado al estilo militar.

Era la imagen de un trío de vándalos, en busca de pelea. Exactamente lo que las autoridades aceptarían de inmediato, sin pensarlo dos veces. La policía era previsible en este sentido. Se les ofrecía algo evidente y casi siempre lo aceptaban, sin buscar facetas ni significados ocultos.

Nivel dos. Había aprendido el código de un comando en Sudáfrica durante un cursillo de entrenamiento en aquel país hacía algunos años. Para la violencia física directa, sin armas de fuego ni armas blancas, había cinco códigos operativos. El nivel uno era el más suave y consistía principalmente en amenazas, empujones o intimidación, sin lastimar físicamente al sujeto. El nivel dos implicaba daños menores o moderados, moretones, tal vez algún hueso fracturado, lo equivalente a una buena pelea callejera. Después de unos puntos en un centro de atención médica, algunos analgésicos y un par de días de descanso, la recuperación sería completa. Los daños del nivel tres eran suficientemente graves para tener que ingresar en un hospital y

necesitar semanas o meses de recuperación: un enfrentamiento grave. El nivel cuatro dejaba secuelas para el resto de la vida: una mano, una rodilla o un tobillo aplastados, quedar quizá sordo o tuerto, o de algún modo lisiado. La recuperación sería lenta y dolorosa, y nunca completa. El nivel cinco era terminal. Había que infligirle mucho dolor al sujeto para que supiera lo que había hecho y tuviera tiempo de arrepentirse, antes de pasar a mejor vida.

Los sudafricanos negarían poseer dichos códigos, evidentemente. No estaban oficialmente en vigor desde la época del *apartheid*, pero todavía se utilizaban. Muchos servicios militares y de inteligencia a lo largo y ancho del mundo, oficialmente o no, todavía usaban códigos operativos parecidos. Uno simplemente no hablaba de esas cosas donde pudiera haber oídos hostiles. Peel recordaba a un oficial israelí, que hace unos años hablaba en público de su política oficial respecto a la tortura, de cómo en circunstancias extremas estaba justificada. Pero cuando llegó a oídos de la prensa, ésta crucificó a los judíos. Por supuesto que utilizaban la tortura cuando era necesario. Si capturaban a un cretino dispuesto a unirse con Alá en el paraíso, antes de que estallara la bomba que acababa de colocar, sólo un imbécil le preguntaría educadamente: «Discúlpeme, Abdul, viejo amigo, ¿tendría la amabilidad de indicarnos dónde ha colocado la bomba para que podamos desactivarla? ¿Le apetece un poco más de té?».

Otras consideraciones aparte, los judíos eran unos supervivientes. Si alguien les manchaba los zapatos de polvo, reaccionaban echándole una montaña encima. Eso no preocupaba a los fanáticos dispuestos a morir en nombre del Corán, pero los gobiernos más razonables lo tenían en cuenta antes de meterse con Israel. El hecho de que alguien contraatacara con el triple de la fuerza del ataque inicial seguía siendo un elemento disuasorio en ciertos sectores, y los judíos nunca se resignaban, jamás. Si alguien les escupía, tarde o temprano, probablemente temprano, recibiría en la cara el impacto de una manguera de bombero para que reflexionara.

Si uno deseaba que su país sobreviviera a sus enemigos, debía hacer lo que fuera necesario. No era preciso que nadie acudiera a la CNN para hablar de la necesidad de introducir agujas bajo las uñas de un terrorista, con el fin de salvar la vida de hombres y mujeres inocentes. Formaba parte del juego: si a uno lo atrapaban, sufría las consecuencias. Lamentablemente, así era como Peel se había visto obligado a dimitir, por su celo excesivo con los terroristas irlandeses, que en su opinión era redundante. Por muchos tratados de paz que se firmaran, los malditos irlandeses nunca se tranquilizarían, ni actuarían de un modo civilizado. Pero algunos habían muerto durante sus interrogatorios, la noticia había llegado a rangos superiores y había sucedido lo inevitable.

No importaba. Era agua pasada. Había sucedido cuando era un respetable comandante al servicio del rey y de la patria. Ahora tenía otro amo, que comprendía la realidad de las cosas y como consecuencia ya era rico. No había sido un mal cambio, después de todo.

El objetivo salió del bar entre un tumulto alimentado por el alcohol y la alegría. BC lo quería herido, pero no roto, sólo lo suficiente para retirarlo unos días del servicio activo, después de lo cual ya no importaría. No debería de ser demasiado difícil ocuparse de un viejo profesor universitario.

—Adelante, muchachos. Actuad con decisión y cautela.

El objetivo, un hombre robusto de sesenta años con un viejo traje de mezclilla y un sombrero impermeable irlandés a juego, tenía una barba casi blanca y llevaba un paraguas plegado.

—De acuerdo, comandante —sonrió Lewis, que era el jefe del equipo de ataque—. Ya veo al temible y viejo narigudo. Tendremos cuidado.

Huard y Doolittle se rieron antes de apearse del coche.

El plan consistía en deambular en dirección al catedrático y agredirlo cuando estuviera a su alcance. Después de arrearle unos buenos puñetazos, le robarían la cartera y huirían. La policía lo interpretaría como un ejemplo más de juventud descarriada y le diría al profesor que había tenido suerte de que la paliza hubiera sido tan leve. Buscarían al trío de cabezas rapadas, pero puesto que dentro de una hora habrían dejado de existir y su atuendo habría sido incinerado, la búsqueda sería infructuosa. Un camión robado, con la matrícula de una furgoneta aparcada en un cine cercano, esperaba a los hombres de Peel a la vuelta de la esquina. Una operación simple e indetectable.

El comandante arrancó el motor del Dodge Ram, dispuesto a marcharse cuando estuviera seguro de que el asalto proseguía como estaba previsto.

Los tres gamberros, hablando y riéndose demasiado alto, avanzaron para interceptar el camino del profesor. Lewis llevaba un cigarrillo sin encender en la mano y fue el primero en llegar junto al objetivo. Le mostró el cigarrillo y le dijo algo al hombre mayor. Estaban demasiado lejos para que Peel pudiera oírlo, pero por su actitud era algo como «eh, abuelo, ¿tiene fuego?».

Huard y Doolittle se situaron a ambos lados para rodear al viejo.

Peel puso el coche en marcha para alejarse. Todo iba a pedir de boca.

Pero entonces, de pronto, cambió la situación. El catedrático lanzó una estocada como el maldito Zorro contra Lewis y lo alcanzó con la punta del paraguas en el plexo solar. El jefe del equipo soltó su cigarrillo, se quedó sin aliento y retrocedió con las manos en la barriga. El profesor se giró a la izquierda, levantó el paraguas como si fuera una hacha y golpeó a Huard en la cara. El susto y la sorpresa lo obligaron también a retroceder.

—¡Socorro! —exclamó el viejo barbudo con una voz capaz de despertar a los muertos—. ¡Asesinos! ¡Socorro!

Doolittle golpeó al catedrático en el hombro, éste se volvió y lo atacó con el paraguas, y lo único que salvó al falso cabeza rapada fue un salto hacia atrás digno de Nijinski en *El lago de los cisnes*.

—¡Socorro! ¡A mí! ¡Socorro!

Salieron varios hombres del bar y vieron lo que sucedía. Estupendo. ¡Maravilloso!

Lewis se recuperó, avanzó, eludió otra estocada del paraguas y logró asestarle un buen puñetazo en la nariz al catedrático. El profesor se tambaleó y cayó de culo en la acera, pero sin soltar su paraguas. Golpeó a Doolittle en las piernas, lo alcanzó en la espinilla con un ruido que Peel oyó a treinta metros, siguió agitando el paraguas y Doolittle sólo evitó golpes peores gracias a una rápida pirueta digna de un bailarín para alejarse.

—¡Menudo desastre!

La fiesta había terminado. Los tres soldados salieron corriendo cuando una multitud del bar se les echaba encima. Los chicos eran jóvenes, estaban en forma, no fumaban, a pesar del cigarrillo que habían utilizado como gancho, y deberían poder huir de un puñado de hombres maduros con un par de copas de más. Si no lo lograban, merecían lo que les ocurriera. Por imbéciles.

Peel arrancó, giró y miró al profesor. No tenía la menor intención de contar exactamente cómo se había desenvuelto el ataque, ni el ridículo que habían hecho. El viejo probablemente tendría la nariz rota y eso debería ser suficiente, aunque sus daños seguramente eran más leves que los de los tres atacantes.

Peel miraba por su retrovisor cuando el primero de los clientes del bar llegó junto al profesor y lo ayudó a levantarse.

Hola a todos. Os presento a mi amigo, el cabo desastre.

¡Maldita sea! Les había advertido a esos chicos que tuvieran cuidado, pero eran demasiado jóvenes y estaban demasiado seguros de sí mismos, incluso para tener en cuenta que un viejo podía suponer cualquier tipo de amenaza. No esperaban enfrentarse al maldito John Steed con su paraguas de samuray.

Bueno, lo sabrían para la próxima vez. Las lecciones vergonzosas y dolorosas eran las que más se grababan en la memoria.

Maldita sea.

Viernes, 8 de abril

En algún lugar del Raj británico, India

Jay Gridley estaba ahí, con el machete en una mano y su revólver en la otra. Todavía no se había movido y ya estaba empapado en sudor. Delante tenía la jungla, un grueso muro de hojas y trepaderas entrelazadas, todo demasiado verde y demasiado vivo. Necesitaba todo su esfuerzo sólo para conservar la imagen de la jungla, e incluso así sus bordes se difuminaban, con la perspectiva de desmoronarse de un momento a otro.

El problema no era sólo la concentración. Los ejercicios de Saji, la respiración, la meditación y todo lo demás, lo habían ayudado. Además, no le había parecido

particularmente extraño, porque su abuelo era budista y también muchas de las personas a las que conocía.

Lo peor era que Jay tenía miedo. No, no sólo miedo, *terror*. Esta era la jungla donde se había encontrado con el tigre, que había salido de su escondite para abalanzarse sobre él y darle un zarpazo en la cabeza, que ahora le impedía pensar. Tal vez hubiera destruido permanentemente su capacidad de navegar por la red, en cuyo caso también lo habría destruido a él.

No tenía por qué estar allí. Nadie lo obligaba a regresar a la jungla. Pero si no podía trabajar con ordenadores, más le valía estar muerto.

Suspiró de nuevo. Sabía que el pequeño revólver no reduciría siquiera la velocidad del tigre, pero no podía utilizar el machete y sujetar al mismo tiempo el gran rifle de doble cañón. Si el animal le atacaba de nuevo, volvería a lastimarlo, puede que más que la vez anterior.

Podía conseguir ayuda; Saji estaba dispuesto a acompañarlo. No iría armado, porque no pensaba disparar contra ningún ser, ni siquiera en la realidad virtual, pero podía ofrecerle apoyo moral. Había además otros operadores, dentro y fuera de Net Force, que podían conectarse con Jay y compartir su escenario, algunos de los cuales estaban perfectamente dispuestos a transportar un obús y aniquilar cualquier cosa que se moviera. Pero ése no era el camino. Si era incapaz de caminar solo por el valle de las Tinieblas, no podía desempeñar su trabajo, y ¿qué sentido tendría, si no podía hacer lo que más amaba en el mundo?

Respiró hondo una vez más y expulsó lentamente el aire. Se disponía a entrar. Si lo atrapaba, alabado sea Dios, pero caería esgrimiendo su gran cuchillo, apretando el gatillo de su Webley y al diablo con todo lo demás.

Levantó el machete. El muro de vegetación de la realidad virtual temblaba y se estremecía. Empezó a difuminarse la imagen. ¡Mierda!

Recuperó el sentido frente a su ordenador, empapado en un sudor de olor agrio, con el pulso muy acelerado.

Quería hacerlo, estaba listo, aunque no lo necesario para mantener la imagen.

Soltó un suspiro. Bien, volvería y lo intentaría de nuevo.

Aunque dentro de un rato. Cuando hubiera tenido oportunidad de recuperar el aliento, de descansar un poco. Realmente volvería. Sin lugar a dudas.

DIECINUEVE

Sábado, 9 de abril
Londres, Inglaterra

Mikhayl Ruzhyó, ahora con el aspecto de cualquier otro turista, se dirigía al Museo Imperial de la Guerra. El edificio, con su bóveda central y su columnata frontal, parecía casi una iglesia italiana, de no ser por los cañones de quince pulgadas que protegían la entrada, procedentes según una placa cercana de los buques de la armada real *Resolution* y *Ramillies*.

Las iglesias habían sido lugares violentos a lo largo de los siglos, pero nunca había oído hablar de ninguna cuya entrada estuviera protegida por cañones de la armada.

A un lado de la acera había un gran bloque de hormigón, un trozo del Muro de Berlín, obtenido cerca de la Puerta de Brandeburgo. Era un adolescente en 1989, cuando empezaron a derribar el Muro, y su significado le había pasado inadvertido. Lo que un presidente norteamericano había denominado «el imperio del mal» era algo mucho más próximo para él. Sabía muy poco del mundo exterior en aquella época. Desde entonces había aprendido demasiado.

El trozo del Muro de Berlín estaba pintado como la cara de un monigote, en tonos azules y negros, con una boca completamente abierta. Sobre un fondo rojo oscuro, en la boca se leían las palabras: «Cambia tu vida».

Es fácil decirlo.

Ruzhyó había estado en Londres varias veces, generalmente de paso, en una ocasión con la misión de eliminar a un colega insubordinado, y había visitado algunos de los monumentos turísticos: el palacio de Buckingham, el monumento a Wellington, Abbey Road... Anna y él habían estado a punto de ir de vacaciones a Inglaterra en una ocasión, antes de que ella enfermara, pero algo se lo impidió. Desde la muerte de Anna no había dedicado mucho tiempo al turismo. A Anna no le habría apetecido ese lugar, pero actualmente los museos de guerra se ajustaban a sus gustos.

La sala principal estaba llena de viejos tanques y piezas de artillería, con varios aviones colgados del techo. Pasó frente a un tanque Mark V, un obús de 9,2 pulgadas y un Jeep. Los verdes grisáceos eran los colores dominantes.

Lo más impresionante de la exposición era un gigantesco cohete V2, con el costado recortado para mostrar su motor. El misil, de color verde oscuro, era enorme. Parecía una nave espacial de tebeo, con su forma de cigarro y aletas en la cola.

Ruzhyó contempló el V2. Debió de ser aterrador para la población ver ese monstruo que caía del cielo durante los bombardeos de la segunda guerra mundial. Según la placa, más de seis mil quinientos misiles V2 y VI de menor tamaño cayeron

sobre Londres y el sureste, y provocaron una enorme oleada de explosiones en las que murieron ocho mil novecientas treinta y ocho personas.

¿Cómo se las habían arreglado para calcular el número exacto de víctimas?, se preguntó. ¿Ocho mil novecientas treinta y ocho?

Si los alemanes hubieran logrado crear un buen sistema de teledirección para esos monstruos, habrían matado a mucha más gente. Pero aunque eran unos artefactos terribles, dispararlos era bastante parecido a lanzar cohetes de fuegos artificiales. El hecho de que alcanzaran Londres se debía más a la suerte que a la pericia. Muchos, si no la mayoría, de los V1 y V2 cayeron inofensivamente al mar o en el campo. Y en una guerra, nueve mil civiles suponen una pequeña parte de la cuenta global de víctimas: unas gotas en un océano de sangre. Lo que mejor hacía el hombre era matar a otros hombres, especialmente cuando se le autorizaba a hacerlo en una guerra.

Ruzhyó pasó frente a un reflector, también de color verde militar, observó un pesquero de madera desguazado, que se había utilizado en la evacuación de Dunkerque, examinó el tanque de Monty, en el que se había desplazado durante la campaña norteafricana contra Rommel, cuando Montgomery era todavía un modesto general, antes de convertirse en el famoso mariscal de campo.

Monumentos al matar.

En salas laterales había también aparatos criptográficos, con los que los visitantes al museo podían jugar, y en el sótano, una recreación de la primera guerra mundial, construida a semejanza de las trincheras. En este piso había también una exposición de los bombardeos y una zona dedicada a la segunda guerra mundial, además de conflictos más recientes como la guerra de Corea, la guerra fría, Vietnam, las Malvinas, Bosnia y Oriente Próximo. Ruzhyó no se entretuvo con las presentaciones más contemporáneas, pues tenían poco interés para él; conocía esa clase de guerras. El recuerdo de Chechenia y la invasión rusa estaba tan fresco en su memoria como si hubiera ocurrido ayer, aunque en realidad ya habían transcurrido casi veinte años.

A pesar del mar de barro de aquella época, las trincheras francesas de 1915 eran algo mucho más limpio que cuando Ruzhyó estaba en el *Spetsnaz*. Limpio en el sentido de que uno sabía quién era el enemigo, sabía dónde estaba y la situación se esbozaba en blanco y negro. Atacar aquí, disparar allá, vivir o morir en la empresa. No eran comunes las incursiones para matar a la gente en su despacho, o en la cama con su esposa o su amante. Esta había sido su moneda de cambio. Conocía esa clase de guerra.

Esos monumentos a la guerra no eran particularmente gratificantes, pero parecían lo apropiado. Reservaría su vuelo y se marcharía hoy, a ser posible. Tal vez vía España, con otra identidad. Ahora haría buen tiempo en Madrid y los olores en España eran más agradables que los de Inglaterra.

Sábado, 9 de abril

Quantico, Virginia

Debería estar en casa con su esposa y su hijo, John Howard lo sabía, pero no lograba relajarse lo suficiente. Estaría inquieto y su familia lo percibiría. No sería agradable para nadie. Era preferible quedarse en su despacho, aunque allí tampoco parecía haber mucho que pudiera hacer.

Pensaba en Ruzhyó, se preguntaba por él. ¿Cómo podía alguien matar a sangre fría? Había empezado como soldado y a veces matar formaba parte de su oficio, pero en algún momento alguien lo había contratado para llevar a cabo trabajos sucios; dejó de ser un soldado para convertirse en un asesino, al amparo de la oscuridad. Howard comprendía que la adrenalina podía impulsarlo a uno a escabullirse por callejones, un par de pasos por delante de quien lo persiguiera, ¿pero asesinar a sangre fría? Eso era harina de otro costal...

—¿Reflexionando, John?

Howard sonrió al ver a Fernández.

—Sólo pensaba en nuestro objetivo.

—¿Con el deseo de saber dónde encontrarlo?

—Eso también. Pero sobre todo pensando en cómo puede hacer lo que hace — explicó, convencido de que Julio estaría de acuerdo con él.

Le sorprendió comprobar que su amigo meneaba la cabeza.

—A mi entender, no hay mucha diferencia.

—¿Matar de un tiro en la nuca? ¿No ve la diferencia?

—¿Estarían más muertos si les hubieran disparado en la frente?

—Explíquese.

—Los dos hombres que perdimos eran soldados que estaban de guardia. El riesgo forma parte del trabajo. Si hubieran estado atentos, probablemente seguirían vivos, o por lo menos habrían respondido al ataque. Pero en el fondo, ¿cuál es realmente la diferencia? Tanto si alguien te dispara en nombre del mal, como si lo hace en nombre del bien y la justicia, estás igualmente muerto. ¿Qué pueden importarte las razones? La muerte es la muerte.

Howard miró fijamente a Fernández, como si acabara de convertirse en una gran oruga fumando en un narguile. Fernández captó su mirada y sonrió.

—Sé que no le gustan los espías ni los asesinos, pero hoy en día forman parte de cualquier ejército como siempre lo han hecho. Uno quiere entrar en combate con la ventaja de su parte, o por lo menos no en desventaja. Entonces manda a un espía al campo enemigo para averiguar hacia dónde piensa dirigirse. El contrincante está haciendo lo mismo contigo, de modo que el bando con el espía más rápido e inteligente gana medio paso al otro. El juego es tan viejo como la propia guerra.

—Los espías no son lo mismo que los asesinos —señaló Howard.

—Sí, es cierto. Pero permítame que le formule una pregunta hipotética, coronel. Supongamos que pudiera retroceder en el tiempo, a la Alemania de finales de los

años treinta...

—¿Y asesinar a Hitler? —concluyó Howard, que ya conocía el ejemplo.

—Efectivamente. ¿Lo haría?

—Sin pensarlo dos veces. Era un monstruo. Se salvarían millones de vidas inocentes.

—Pero eso lo convertiría en un asesino, ¿no es cierto?

—Sí, pero en ese caso, los fines justificarían los medios. A veces ocurre, Julio. Asumiría la responsabilidad moral.

—Indudablemente, y yo también lo haría. ¿Pero cómo sabemos cuál es el objetivo de nuestra presa? ¿Por qué empezó a dedicarse a lo que hace? Y piense en lo que habría hecho usted en su lugar, allí en el desierto. Fuimos a capturarlo y si hubiera salido disparando, lo habríamos aniquilado, ¿no es cierto? Lo habríamos convertido en fiambre.

—Sí.

—Tácticamente lo superábamos en número, en armamento, y lo teníamos rodeado. A nuestro entender, sólo podía rendirse o morir.

—Así lo creíamos, pero estábamos equivocados.

—Sí, señor. Nos venció, sin lugar a dudas, y lo hizo con los medios de los que disponía. Yo no podría haberlo hecho. Ni usted tampoco, ¿no es cierto?

—No.

—Usted habría caído disparando.

—Probablemente.

—Yo también. Y estaríamos muertos. Ruzhyó no lo está. Además, sigue libre.

—¿Admira a ese individuo?

—A alguien que me vence en mi propio juego, por supuesto. Soy bastante bueno en lo que hago, como lo es usted. Ese individuo es un enemigo formidable y cuando llega el momento de la verdad, ¿no es ésa la clase de personas a las que queremos enfrentarnos? ¿Recuerda el tiroteo en Grozni?

Howard asintió. Lo recordaba.

—Esos revolucionarios a los que abatimos no estaban en nuestra categoría. No tenían la menor oportunidad cuando decidimos capturarlos. Coser y cantar. Usted comentó lo decepcionado que se sentía en el vuelo de regreso, lo fácil que había sido.

—Lo recuerdo.

—Ese sicario al que perseguimos no es presa fácil. Está en nuestra categoría; diablos, tal vez sea mejor que nosotros. Será un triunfo capturarlo, ¿no es cierto?

—Sin lugar a dudas.

—Esto no es una guerra, John, pero tampoco un paseo por el parque. Está enojado porque ese individuo nos ha vencido, no porque se dedique a matar. Los samurais mataron a mucha más gente que los *ninjas*. No es el número de muertos lo que cuenta. Lo importante es vencer.

Howard no pudo evitar esbozar una pequeña sonrisa.

—¿Desde cuándo se ha convertido en un filósofo taoísta, Julio?

—Estoy a punto de convertirme en un hombre casado y con un hijo. Esto le hace a uno pensar.

—Pues váyase a su casa y cuide de su futura esposa. Aquí no tiene nada que hacer.

Sonó una campanilla en el ordenador de Howard. Acababa de recibir un *e-mail*.

—Adelante, ordenador —ordenó Howard.

—Sujeto A-1 localizado —respondió el ordenador.

Howard se acercó al teclado. ¡Maldita sea! ¡Lo habían encontrado!

Sólo faltaba llegar allí con suficiente rapidez. Fuera donde fuese.

SEGUNDA PARTE
BASE, ÁNGULO, PALANCA

VEINTE

Sábado, 9 de abril

Old Kent Road, Londres, Inglaterra

Peel observaba a Bascomb-Coombs, una vez más sin la menor idea de lo que estaba haciendo. Pero a BC le gustaba tener público y se lo comentaba sobre la marcha.

—Ahí vamos. Introducimos la clave que hemos sustraído en la portería, así... y ya hemos entrado. Directamente a las puertas interiores, que también abrimos sin esfuerzo alguno...

Sus dedos danzaban sobre el teclado como pequeños elfos. Tarareaba para sus adentros y se reía suavemente.

—Pobres desgraciados. Han reconstruido sus muros, dos veces más gruesos que antes y tan altos como han podido, pero eso no importa. Siguen necesitando un lugar de acceso y por muy estrecha que sea la puerta, si tienes la llave, nadie puede detenerte. ¡Ahí va!

Dejó de mirar la pantalla del ordenador, repleta de líneas, cifras y letras que Peel no comprendía.

—¿Hasta dónde llega su anhelo de poder, Terrance?

—¿A qué se refiere? Bascomb-Coombs señaló el teclado.

—Acérquese, pulse esta tecla y durante un milisegundo será el hombre más poderoso de la tierra. Surtirá un mayor efecto en las vidas de más gente que cualquier otra persona del planeta.

Peel lo miró fijamente, pero permaneció inmóvil.

—Veo que titubea. Debe conocer el lema: «A mayor poder, mayor responsabilidad».

—¿Churchill?

El científico sonrió.

—En realidad es de Spiderman. ¿Seguro que no quiere hacerlo?

Peel negó con la cabeza.

—En tal caso, adelante —dijo al tiempo que pulsaba decididamente una tecla—. Esto debería proporcionarle a la chusma algo en que pensar.

Sábado, 9 de abril

MI-6, Londres, Inglaterra

—¿Comandante Michaels?

Michaels levantó la cabeza. No reconoció al hombre que tenía delante, uno más

de los jóvenes apuestos que circulaban por aquel lugar, con traje y corbata. Podría haberse tratado de un agente del FBI, salvo porque su traje estaba mejor confeccionado.

—Sí.

—DG Hamilton me ha ordenado que le entregue esto, señor —dijo al tiempo que le ofrecía un disco plateado del tamaño de una moneda—. ¿Le importa colocar aquí la huella de su pulgar, señor? —agregó, con un lector de huellas en la mano.

Michaels colocó el pulgar de su mano derecha sobre una pequeña pantalla gris del aparato. El mensajero examinó la información, aparentemente satisfecho.

—Gracias, señor.

Michaels observó el diminuto disco informático. Si a uno le preocupaba la posibilidad de un hurto en su sistema informático y no confiaba en su protección electrónica, había formas de evitarlo. La forma más sencilla consistía en desconectar el ordenador de todas las redes y demás aparatos. Si no estaba conectado por medio alguno a ningún otro ordenador, interno o externo, estaba seguro.

Nadie podía entrar en una casa, si en ella no había puertas ni ventanas. Claro que tampoco podía salir, y eso suponía un problema.

De modo que si uno se aislaba, sólo podía introducir información mediante discos debidamente controlados. Y para transmitir información a otro ordenador era preciso mandar un disco transportado a mano. Era un sistema lento y molesto, pero seguro.

Michaels introdujo el pequeño disco en su ordenador y le pasó el antivirus. Aunque se suponía que era seguro, siempre se comprobaba de todos modos.

El programa, que era el mejor *software* de Betty Crocker para detectar virus y gusanos de que disponía el MI-6, confirmó que el diminuto disco estaba perfectamente limpio, sin indicio alguno de virus, gusanos, ni ninguna otra adición indeseable.

Michaels lo abrió. Había buenas noticias en varios frentes. En general, los ordenadores de las reservas de líneas aéreas y de control de vuelo funcionaban de nuevo con normalidad. Ésas eran las buenas noticias.

La mala noticia era que no habían logrado seguir la pista del intruso que había provocado el problema en primer lugar. Simplemente se perdía, después de una serie de fosos y cortafuegos.

—Buenas tardes, Alex.

Levantó la cabeza y vio a Angela. Llevaba una camiseta verde, unos vaqueros desgastados bastante ceñidos y zapatillas de tenis. La sorpresa de Michaels debió de reflejarse en su rostro.

—Atuendo informal de los sábados —sonrió Angela.

—Ah.

—¿Algo nuevo?

—Me temo que no. Estaba examinando el disco que me ha mandado tu jefe. Las líneas aéreas vuelven a estar conectadas.

Se le acercó y miró por encima de su hombro.

Michaels percibió que el pecho derecho de Angela le rozaba la espalda.

Al parecer, el atuendo informal de los sábados no incluía sujetador. Maldita sea.

Angela se incorporó inmediatamente.

—Por lo menos eso son buenas noticias.

El joven que le había llevado el disco entró en el despacho, no exactamente corriendo, pero casi.

—Comandante, a DG Hamilton le gustaría hablar con usted. Y con usted también, Cooper.

—¿Problemas?

—No sabría decírselo, señor.

Problemas.

Sábado, 9 de abril

«The Yews», Sussex, Inglaterra

Lord Goswell estaba sentado en su estudio, saboreando un *gin-tonic*, frente a las puertas de cristal. Parecía que volvería a llover; tal vez caería agua suficiente para ahogar a esos malditos conejos, ya que sus disparos no habían servido de mucho. Quizá debería operarse cuanto antes de la vista.

Oyó a una de sus sirvientas que hablaba muy excitada con alguien en el vestíbulo. Tomó un trago y sonrió. Se sacó el reloj de bolsillo y lo consultó.

—¿Qué ocurre, Applewhite?

Entró el mayordomo con aspecto contrito.

—Lamento la molestia, milord. La sirvienta y la cocinera están consternadas.

—¿Por qué?

—Parece que se ha estropeado el televisor. Y los teléfonos tampoco funcionan.

—¿En serio?

—Sí, milord. Ni siquiera se pueden sintonizar la mayoría de las emisoras de radio en los aparatos portátiles ni en los automóviles.

—Eso debe de ser realmente angustiante. ¿Cree que los rusos nos bombardean?

—Lo dudo, milord.

—Bueno, estoy seguro de que el gobierno de su majestad resolverá el problema cuanto antes.

—Sí, milord.

Applewhite fue a tranquilizar a la sirvienta y a la cocinera, mientras Goswell removía los cubitos de hielo en su vaso. Debía reconocer que ese científico era muy bueno con eso de la informática. No sólo había paralizado de nuevo las líneas aéreas, sino que había interrumpido las comunicaciones a lo largo y ancho del mundo, con la mayoría de los satélites desconectados. Y se habían perturbado las transmisiones de

radio y televisión que dependían de la red de satélites, así como las comunicaciones telefónicas. Un buen golpe. Además, naturalmente, si los cálculos de Bascomb-Coombs eran correctos, y hasta ahora siempre lo habían sido, en el Reino Unido se recuperaría la normalidad antes que en el resto del mundo. Ese individuo era brillante.

Lástima que tuviera que morir. No era fácil encontrar buena mano de obra.

VEINTIUNO

Sábado, 9 de abril

En el aire sobre la costa de Virginia

El brazo militar de Net Force había dispuesto de un viejo 747 revisado y reacondicionado para el desplazamiento a Inglaterra, y John Howard viajaba en el mismo, aunque habría preferido hacerlo en un avión supersónico. Cuanto antes llegaran al Reino Unido, mejor. Evidentemente, si de él dependiera, se habría desplazado en una máquina de viajar por el tiempo, para haber llegado ayer. Los departamentos gubernamentales alternaban entre ayunos y despilfarros con la misma frecuencia que los asistentes a las clínicas de adelgazamiento, y el Congreso atravesaba un período de austeridad relativa durante la financiación de Net Force. Pero podría haber sido peor. Podrían haberles facilitado uno de los viejos DC-3 de hélices, que la DEA había incautado a los narcotraficantes, en lugar del 747.

Quería atrapar a Ruzhyó ahora mismo, pero por lo menos estaba en camino. Debería coordinar la logística con los británicos a su llegada, pero tenían un acuerdo con el gobierno de su majestad, y el hecho de que Alex Michaels estuviera ya en Inglaterra facilitaría la situación. Howard no creía que los británicos plantearan ninguna objeción sobre la captura de un asesino ex*Spetsnaz*. Claro que en su país no existía la pena de muerte y eso podía suponer un problema para los trámites oficiales de extradición. Muchos países se habían revelado en ese sentido, negándose a devolver criminales fugados de Estados Unidos, a no ser que Norteamérica se comprometiera a no ejecutarlos.

No se daría el caso. No se haría ningún papeleo con la administración de justicia de su majestad por aquel asesino. Si no regresaba con ellos para responder ante los tribunales de justicia norteamericanos, indudablemente sería porque ya no estaría en condiciones de someterse a la justicia terrenal. Uno no mataba a miembros de Net Force y permanecía impune. No, mientras Howard estuviera de guardia.

Iba vestido de viaje, no de campaña, pero tenía una pequeña bolsa con su armamento en el asiento contiguo, que estaba vacío, y ahora lo manoseaba. Solía comprobar sus armas frecuentemente cuando emprendía una misión, aunque no podían haber cambiado mucho desde la última comprobación, hacía cinco minutos. Era un hábito nervioso, del que era consciente desde hacía muchos años y del que había dejado de preocuparse. Hombre precavido valía por dos.

Miró a su alrededor y vio que Julio estaba cerca de la cola, en busca de un lavabo vacío. Bien. Prefería que Julio no viera lo que le había hecho a su talismán de la buena suerte, por lo menos no todavía.

Sacó su amuleto de la bolsa y lo contempló. Era curioso considerar un revólver

como un *talismán*. Pero el suyo era un antiguo Smith Wesson 357, modelo 66, de acero inoxidable, muy distinto de las H K tácticas de polímero, que utilizaba el resto de su unidad como armas reglamentarias. Durante muchos años había llevado consigo esa arma como recién salida del estuche, salvo por una ligera suavización del mecanismo realizada por el armero y unas tapas de culata antideslizantes. Un revólver de seis disparos, con mira clásica de acero, sin ningún ornamento superfluo. Se sentía cómodo con esa arma, la había llevado a la cintura en todos los enfrentamientos armados en los que había intervenido, y al igual que la vieja metralleta Thompson que había heredado, estaba impregnada de cierta energía. No era particularmente supersticioso, no huía de los gatos negros, ni le preocupaban las escaleras o los espejos, pero estaba convencido de que su Smith tenía algo mágico. En parte se debía a que el Smith era un modelo fiable, funcional, que inspiraba confianza y con ninguna complejidad que pudiera fallar. No era enemigo de la tecnología ni de la mecánica, pero Howard siempre había sido partidario de la idea de que «cuanto más sencillo, mejor», en lo concerniente a aparatos. Tanto los cuerpos de élite del ejército regular como de la marina, los Rangers, las fuerzas especiales y los boinas verdes, disponían de toda clase de armamento personal informatizado. Tenían, por ejemplo, carabinas con cámaras de televisión incorporadas, que podían asomar a una esquina y disparar sin ser vistos, armas con mecanismo de seguimiento adjunto, láseres y lanzadoras de granadas, todo ello sumamente caro. Howard también podía haber dispuesto de dicho material para sus equipos de ataque, pero utilizaban simples metralletas de nueve milímetros, aunque las mejores de su categoría. Disparaban cuando se apretaba el gatillo, si se quedaban sin munición podían conseguirla en cualquier lugar del mundo, por tratarse de la más comúnmente utilizada para armas ligeras militares, y según él era función del operador asegurarse de que la bala diera en el blanco. Habían modificado indudablemente su armadura personal, que ahora incorporaba abundante material táctico informatizado, comunicadores LOSIR, pantalla gráfica en el casco, e incluso GPS, pero si todo esto fallaba, por lo menos podían disparar manualmente sus armas.

Por consiguiente, al contemplar su fiable revólver de seis disparos, con una mira Tasco Optima 2000 en lugar de la antigua mira mecánica, le parecía un poco raro. Y después de tantos años de expresar reparos y de referirse a las pistolas de polímero como «juguetes de plástico», quienes lo conocían podían interpretar su adquisición como una expresión de hipocresía.

La mira no era muy compleja. Consistía en una diminuta ventana de plástico transparente, instalada unos tres centímetros y medio delante de un minúsculo diodo, que proyectaba un punto rojo en la pantalla. A no ser que la mira estuviera tapada, permanecía siempre activada y su pila era de larga duración. Para apagarla bastaba con colocar la tapa y su microscópico ordenador la desconectaba.

Su funcionamiento en la práctica también era sencillo: se quitaba la tapa, se levantaba el arma, con ambos ojos abiertos, y el pequeño punto rojo flotaba en el aire

por encima del cañón. Donde se colocara el punto, debidamente calibrado, daba la bala, siempre y cuando no temblara uno demasiado cuando descendía el percutor. Ningún paralaje. Y al contrario del láser, no proyectaba ningún rayo que el enemigo pudiera detectar y utilizar como objetivo; el punto no era visible desde el lado del cañón y, aunque lo hubiera sido, era tan diminuto que medía apenas siete minutos de ángulo.

Tenía el mismo peso aproximado de una bala, abultaba poco y era mucho más fácil de apuntar que con la mira tradicional de acero. Además, según los informes, era prácticamente indestructible. Si bien Howard todavía no necesitaba gafas para leer el periódico, en los últimos meses la mira metálica de su revólver le había parecido un tanto borrosa. Cuando el maestro de tiro le mostró aquel pequeño juguete, en una de las pistas del polígono, decidió probarlo por pura curiosidad.

La primera vez que lo probó, su puntería mejoró un quince por ciento.

Para un luchador, una mejora de un quince por ciento con una arma corta no era algo que debiera descartarse a la ligera. Además, después de disparar otro par de cargadores, mejoró todavía dos puntos.

Al principio intentó no prestarle atención, pero en sus visitas siguientes al polígono lo utilizó de nuevo. El armero le dijo que podía eliminar la parte posterior de la mira metálica, limar el punto de mira, acondicionar el Smith y acoplarle la mira electrónica en unos pocos días. Maldita sea, le había dicho, sin ánimo de ofender al coronel, pero en cualquier caso a corta distancia dispararía esa antigualla sin necesidad de apuntar, y a más de seis u ocho metros, el punto rojo lo convertiría en mejor tirador. ¿Qué inconveniente podía tener?

Howard no respondió, pero el inconveniente sería la vergüenza que tendría que pasar.

Julio nunca permitiría que lo olvidara.

Había tardado aproximadamente un mes en decidirse, pero una vez emprendido el camino fue imposible retroceder; no se podía discutir con las cifras. La misma arma, la misma munición, pero con la mira electrónica había aumentado en precisión y rapidez. De modo que optó por instalar aquella maravilla electrónica a un revólver, cuyo modelo básico se remontaba a los primeros diseños de Samuel Colt en... ¿1830? Ni siquiera el revólver de doble acción era un nuevo invento, utilizado ya en las armas de percutor automático de Robert Adam, sólo unos dieciséis o dieciocho años después de los primeros revólveres de Sam Colt. La mira y el Smith formaban, por consiguiente, una pareja interesante: la tecnología del siglo XIX unida a la del XXI.

Pero se trataba de una unión que Howard no quería que su sargento descubriera todavía. Tal vez cuando lo hiciera, la situación sería suficientemente activa para no precisar ninguna explicación.

Levantó la cabeza y vio que Julio regresaba del lavabo. Guardó de nuevo el revólver en la bolsa. Al mismo tiempo se le acercó desde la otra dirección un tripulante, el oficial de navegación.

- Coronel.
- Diga.
- Señor, tenemos un problema.

Sábado, 9 de abril
Johannesburgo, Sudáfrica

El nuevo tren rápido de Pretoria a Johannesburgo, con seiscientos setenta y cuatro pasajeros a bordo, pasó por la estación de Tembisa, donde debería haber parado, a casi ciento cuarenta kilómetros por hora. El maquinista desconectó el automatismo informático, recuperó el control manual, activó los frenos y el tren empezó a reducir la velocidad. No habría habido ningún percance si no hubiera sido por un segundo tren de pasajeros parado al sur de Tembisa.

El rápido se desplazaba todavía a más de noventa cuando se empotró en la parte trasera del tren detenido, que debería haberle llevado diez minutos de ventaja.

Ambos trenes se retorcieron y más de dos tercios de ambos se salieron de los raíles, amontonándose como los juguetes de un niño mimado.

La mitad de los pasajeros del último vagón del tren parado murieron instantáneamente. Algunos salieron despedidos hacia una muerte segura; otros se electrocutaron con los cables caídos.

El maquinista del tren en movimiento permaneció en su lugar, donde falleció junto a decenas de pasajeros a su espalda. Sus últimas palabras registradas en la grabadora de a bordo fueron: «¡Oh, mierda!».

Las chispas del impacto, o tal vez la electricidad, iniciaron un incendio en uno de los vagones del tren parado. Se formó una gran humareda negra, que envolvió el lugar del accidente.

Era difícil calcular el número de víctimas mortales, pero superaba las doscientas. Otros morirían indudablemente de camino a los hospitales de la zona, o más adelante, como consecuencia de sus heridas.

Nadie pensó siquiera en un tercer tren rápido que llegaría a los diez minutos. Deberían haberlo hecho. El maquinista de este tercer tren frunció el entrecejo al percatarse de que no funcionaba su equipo de comunicaciones y de que su tren corría demasiado al acercarse a la estación.

Cuando retiró el control del ordenador ya era demasiado tarde.

Nunca se sabrían sus últimas palabras, puesto que con la fuerza del impacto quedó destruida la grabadora de a bordo, que se convirtió en un amasijo carbonizado.

Sábado, 9 de abril
Kona, Hawaii

La baliza se apagó en el preciso momento en que el jumbo L10-11C3 procedente de Japón descendía para aterrizar en Kona, durante un chaparrón tropical. Al parecer, el piloto reaccionó exageradamente cuando el aparato se ladeó y golpeó la pista con suficiente fuerza para aplastar el tren de aterrizaje de babor. El gran avión viró bruscamente a estribor, resbaló por la pista y chocó de lleno con un MD-80 de Hawaiian Air, que esperaba para despegar con destino a Maui. Se incendió el carburante aéreo que empezó a derramar el pequeño aparato, y el gran avión se convirtió en una bola de fuego. Hubo una enorme explosión. Turistas que esperaban en el interior del aeropuerto murieron al ser alcanzados por fragmentos de aluminio, que penetraron como metralla en la terminal abierta y lo destruyeron todo a su paso.

Trozos del jumbo y fragmentos humanos fueron despedidos hasta un kilómetro de distancia.

Cuatrocientas ochenta personas fallecieron en el choque, otras catorce murieron instantáneamente en la terminal o en los alrededores, y cincuenta y seis fueron heridas de gravedad.

Sábado, 9 de abril

Perth, Australia

A pesar de las medidas heroicas, dieciocho pacientes de polio conectados a pulmones artificiales en el hospital Dundee Memorial fallecieron cuando fallaron los generadores de emergencia, después de que un corte del suministro eléctrico dejó la ciudad a oscuras. Para empeorar la situación, el edificio estaba tan oscuro, lejos de las luces de emergencia, que nadie pudo encontrar a algunos de los muertos hasta después de transcurrida casi una hora.

Sábado, 9 de abril

MI-6, Londres, Inglaterra

—Dios mío —exclamó Michaels—. Está matando gente.

El vídeo del accidente ferroviario en Sudáfrica procedía de una cámara de seguridad en la estación de Tembisa. El accidente aéreo fue grabado por un turista que esperaba a un pasajero del avión japonés. De las muertes en Australia recibieron sólo un relato; no había imágenes.

Menos mal, pensó Michaels. La idea de ver morir a casi una veintena de personas por no poder respirar podía ser más de lo que era capaz de soportar. Por lo menos la muerte había sido rápida para los que habían perecido en los accidentes de tren y de avión.

—Sí —dijo Cooper—. Ha intervenido docenas de grandes redes. No sé cómo es

posible.

Tampoco lo sabía Michaels, pero al igual que en el caso apócrifo de la avestruz que esconde la cabeza en la arena, por el hecho de no verlo no significaba que desapareciera. Había desbaratado las comunicaciones, el transporte, e incluso las señales de tráfico. ¿Quién era ese individuo? ¿Cómo podía hacerlo simultáneamente en el mundo entero?

Estaban en el despacho que el MI-6 les había facilitado y todo el edificio vibraba con una energía frenética comparable a la suya. Michaels miró a Toni.

—Tenemos que hablar con nuestro personal en Norteamérica.

—Si no dispones de una buena paloma mensajera, te deseo buena suerte —repuso Toni—. Las líneas submarinas están saturadas y todo lo que pasa por los satélites se convierte en un galimatías indescifrable.

—No puedo creerlo. Ha logrado paralizar prácticamente todo lo que está vinculado a grandes redes informáticas. La potencia supera lo nunca visto —dijo Cooper.

No cabía la menor duda. Pero ¿por qué lo hacía? ¿Qué podía ganar? ¿Era un terrorista? Michaels sabía que debía hacer algo. ¿Pero qué? ¿Qué podía uno hacer cuando las herramientas que utilizaba habitualmente estaban todas rotas?

Más te vale encontrar otras nuevas, Alex, ya que de lo contrario ese individuo paralizará todo el planeta. Puede que ya lo haya hecho. ¿Cómo saberlo cuando no se recibe información fiable?

—Hemos recibido estos vídeos y estos informes por nuestras líneas protegidas de alta seguridad —señaló Cooper—. Procuraremos recibir todo lo posible por los mismos medios. Voy a intentar que me cedan tiempo en una de ellas para contactar su oficina en Estados Unidos.

Michaels se quedó con la mirada fija en el escritorio cuando Cooper se retiró.

—Debemos hacer algo —dijo.

—Lo sé.

¿Pero qué?

VEINTIDÓS

*Sábado, 9 de abril
Londres, Inglaterra*

Ruzhyó estaba frente al edificio de correos, al otro lado de la catedral de Westminster, consciente de que la gente circulaba frenéticamente a su alrededor. Al parecer había habido un corte general de electricidad y un paro global de los ordenadores. Él estaba comprando sellos cuando se apagaron las luces y la máquina se tragó sus monedas. Al salir del edificio se percató de que no funcionaban los semáforos y de que había cierta preocupación desconcertante en el ambiente. Llegó la policía y empezó a dirigir el tráfico en los cruces. Escuchó fragmentos de conversación de los transeúntes, se forjó una idea de lo que sabían y lo que no sabían, y reflexionó. Pero eso no lo distrajo lo suficiente como para que le pasara inadvertido el hombre que se le acercaba en diagonal por la izquierda, sorteando el tráfico cuando cruzaba Victoria Street.

Aquel hombre iba hacia él, a por él, estaba seguro. Era joven, atlético, sonriente, pero eso no significaba nada. Ruzhyó había sonreído a algunas de las personas que había aniquilado. Era una gran sonrisa, una sonrisa radiante, parecía sospechosa. ¿Hasta qué punto es peligroso un hombre que te sonríe?

Puede ser mortal, Ruzhyó lo sabía. ¿Pero lo era ése?

Aunque vestía como un haragán, con chaqueta de cuero y vaqueros, aquel joven se movía como un soldado, pensó Ruzhyó. Había algo definitivamente militar en su forma de pisar. Sin lugar a dudas, había pasado tiempo de uniforme. Eso, o llevaba un palo en la espalda.

Ruzhyó consideró sus opciones.

¿Qué debía hacer? ¿Correr? ¿Defenderse?

Miró a su alrededor. No había nadie más pendiente de él, o por lo menos que él pudiera ver. Si era sólo uno, ¿qué se proponía? El individuo sonriente no exhibía ninguna arma y aunque ciertamente podía llevar una pistola escondida bajo su chaqueta de motorista, movía las manos libremente, sin indicación alguna de que fuera a desenfundarla.

Ruzhyó iba desarmado, salvo por un pequeño cortaplumas en el bolsillo, que no era una arma particularmente imponente. No obstante, en caso de necesidad, podía matar a alguien con éste si la víctima estaba a su alcance, pero si llegaba a ese extremo, la situación sería difícil.

Si lo acechaba un grupo o un equipo de aniquilación, suficientemente bueno para que sólo pudiera detectar al que no se esforzaba en esconderse, ya podía darse por capturado o por muerto. Los demás estarían pendientes del individuo sonriente, que

ahora prácticamente ya había cruzado la calle y algún gesto por su parte pondría fin al juego.

Ruzhyó introdujo la mano en el bolsillo derecho de su pantalón y encontró el cortaplumas. Tenía una hoja de siete centímetros, que podía abrir con el pulgar como si se tratara de una navaja automática. Sin embargo, si lo estaban apuntando y sacaba la mano del bolsillo con la navaja, probablemente estaría muerto antes de poder abrirla. Si él hubiera sido el tirador elegido de un equipo de aniquilación, apuntaría a la cabeza, ya que un disparo al sistema nervioso central era la única forma segura de parar a la víctima de inmediato. Una bala de rifle en el cerebro generalmente solía poner fin a la situación.

¿Tenía un punto de mira enfocado en su frente? ¿Un punto de láser en la nuca?

Miró de nuevo a su alrededor, pero no vio al tirador. Tampoco vio a nadie más en la calle que le prestara más atención de la debida. ¿Estaban ahí? ¿Había envejecido tanto como para perder la habilidad de detectar la muerte que lo acechaba? ¿O estaba solo el de la chaqueta de cuero?

Aunque estaba dispuesto a morir si lo vencían otros mejores que él, esa situación le preocupaba. No había previsto que pudiera ser tan fácil para ellos; esperaba ofrecer mejor cuenta de sí mismo al final de la partida. Tal vez estuviera demasiado agotado, excesivamente quemado y que éste fuera quizá el final del juego.

El individuo sonriente alcanzó la acera y se detuvo a tres metros de él, completamente fuera de su alcance con una pequeña navaja.

—Señor Ruzhyó —dijo.

No era una pregunta. Su mano derecha se había desplazado al borde inferior de su chaqueta, junto a la cadera. Ahí llevaba una arma, un cuchillo o una pistola.

—Sí —respondió.

De nada habría servido negarlo. Protestar sobre una confusión de identidad no habría engañado a aquel individuo. Si tuviera el cuchillo abierto en la mano, llevaría todas las de ganar. Ruzhyó podía desplazarse cinco o seis metros y apuñalar a un hombre que intentaba sacar su arma de una pistolera antes de que lograra desfundarla. Eso no suponía ningún reto para él; cualquier buen luchador de arma blanca podía hacerlo, era una simple cuestión de velocidad y reacciones rápidas. Pero con el cuchillo en el bolsillo, era harina de otro costal. Puede que llegara antes, o puede que no. Por lo menos, probablemente lograra llevarse consigo al asesino. ¿Pero y si había algún tirador en un coche, o en algún edificio, listo para disparar? En tal caso, si efectuaba cualquier movimiento brusco acabaría de bruces en la acera, probablemente muerto antes de desplomarse. Sería un final limpio y rápido: la idea era tentadora.

—Buenos días, señor. Soy el cabo Huard. El comandante Tenanee Peel le manda saludos y se pregunta si estaría usted libre para cenar con él esta noche.

¿Peel? ¿Cómo sabía que Ruzhyó estaba en Londres? ¿Y qué quería?

El joven soldado le ofreció a Ruzhyó una tarjeta con una dirección.

—¿Le parece bien a eso de las siete? —preguntó Huard.

Ruzhyó asintió con la cabeza.

—¿Necesita direcciones o transporte?

—No.

—Bien. Hasta luego, entonces.

Huard sonrió, dio media vuelta y se alejó. Ruzhyó lo observó hasta perderlo de vista. Nadie se reunió con él. Se sintió un poco mejor al comprobar que Huard parecía estar solo; aun así, debería haberlo detectado antes.

Ruzhyó miró la tarjeta: Peel, qué interesante; hacía casi dos años que no lo había visto. El comandante había entrenado una de las unidades paramilitares para Plekhanov, después de ser expulsado del ejército británico por... ¿Por qué había sido? ¿Por torturar hasta la muerte a un preso del IRA? ¿A qué se dedicaba ahora? ¿Y cómo sabía que él estaba allí? ¿En ese momento y en ese lugar? Debía de haber ordenado a sus hombres que lo vigilaran, pero ¿por qué? ¿Y por qué no había detectado antes al que lo seguía?

Se guardó la tarjeta en el bolsillo, con la dirección ya registrada en la memoria. Iría y lo averiguaría.

Sábado, 9 de abril

En algún lugar del Raj británico, India

Jay no estaba solo. Lo acompañaba un guía indígena que vigilaba. Bueno, en realidad era un programa de «detección de movimiento», que daría la alarma si algo o alguien irrumpía sin invitación en su escenario y le daría tiempo de preparar su arma. O por lo menos tenía la esperanza de que lo avisara con tiempo suficiente. El hecho de que el programa tuviera el aspecto de un guía indígena con un turbante era tan válido como cualquier otra cosa. Y también había cambiado un poco más el escenario, en cuanto a que ya no llevaba el rifle de doble cañón para matar elefantes, construido cuidadosamente a mano por un armero inglés de la época victoriana. El arma que llevaba ahora, apoyada en la cadera y con la correa alrededor del hombro, era una escopeta, pero no una escopeta cualquiera, sino una Streetsweeper sudafricana, de cañón recortado, semiautomática, con cargador cilíndrico de doce cartuchos del calibre doce, que se alternaban con doce balas enfundadas en la cámara y otra en la recámara. Si algo se movía frente a él, lo único que debía hacer Jay era apuntar y empezar a apretar el gatillo para abrir unas fauces de dientes metálicos mortíferos que lo arrasarían todo a su paso. Ningún ser vivo podría tragar tanto plomo y seguir avanzando. El arma era pesada, pero la correa en el hombro le aportaba una sensación de alivio.

—Mantén los ojos bien abiertos —ordenó Jay.

—Sí, *sahib*.

Jay se agachó para examinar el suelo, con la pericia que le había enseñado Saji en el desierto de Nuevo México y en el escenario montañoso. Buscaba tanto lo que no estaba ahí como lo que estaba. Sabía que el tigre debía de haber pasado por allí porque, según la lógica perversa de la realidad virtual informática, no podía haber pasado por allí. Y puesto que lo sabía, debería ser capaz de localizarlo. Uno no podía cruzar aquella maleza sin dejar algún rastro.

El olor de la jungla lo envolvía como el último suspiro de un moribundo, pegajoso y nauseabundo, pero no le prestó atención. Podía haber construido un escenario más agradable, como una bonita estación de esquí alpina, o una soleada playa oceánica en Malibú, repleta de gaviotas y modelos en biquini, pero éste era el lugar donde el tigre lo había atacado y al que debía regresar con el caballo figurativo. Si no lo hacía, sabía que siempre tendría miedo. Y uno no podía navegar por la red si estaba asustado, había demasiados escenarios preconstruidos, demasiadas junglas para evitarlas todas.

El miedo sabía a hiel en su boca. Sudaba, temblaba, al respirar tenía la sensación de que iba a romper en sollozos. En otra época había sido Súper Jay, más rápido que una bala y más potente que una locomotora, capaz de reírse de todos y cada uno de los peligros en cualquier rincón oscuro de la red. Pero ya no. La descomunal garra del tigre había eliminado esa invulnerabilidad; le había mostrado a Jay la oscuridad al fondo del camino, la oscuridad en la que todo el mundo debía de acabar, como ya sabía intelectualmente, pero en la que realmente no había llegado a creer en lo más hondo de su corazón.

Lo creía ahora. Por ello odiaba al tigre: por hacerle sentir miedo; por obligarlo a reconocer lo que todo el mundo sabía, pero de lo que nadie realmente hablaba. Jay no creía en un dios benévolo que lo recibiría a las puertas de un mítico cielo, ni tampoco en un dirigente malévolo de un infierno eterno. Había depositado su fe en sí mismo, en sus propias habilidades, y el tigre se la había arrebatado. Las charlas sobre budismo de Saji lo habían ayudado y se sentía atraído hacia esa religión por su gran pragmatismo y por basarse en la realidad terrenal, pero no le había quitado el miedo.

Vio una marca en el suelo de la jungla, una pequeña depresión sobre unas viejas hojas y ramitas, convertidas desde hacía tiempo en húmedo mantillo. Miró al guía, que seguía de pie vigilando la jungla, y de nuevo la huella. No era muy honda para un tigre tan enorme, pero formaba parte de una huella, estaba seguro de ello: había pasado por allí. Lo que significaba que Jay debería seguir también ese camino. Se incorporó.

—Vamos, Mowgli. Por aquí.

—Sí, *sahib*.

De momento se mantenía la imagen. Algo era algo. Se preguntó cuánto tiempo lograría mantenerla si aparecía el tigre. Supuso que no mucho. Respiró hondo, se ajustó la correa de la escopeta y empezó a andar.

Sábado, 9 de abril
«The Yews», Sussex, Inglaterra

Peel miró a Huard con una sonrisa. En aquel despacho, la antigua capilla, el joven parecía fuera de lugar. Probablemente no había estado en una iglesia desde que era niño, aunque Peel tampoco podía vanagloriarse de haber hecho demasiadas visitas a los templos, salvo por su asistencia a las bodas y los funerales del regimiento; la religión no había sido santo de su devoción.

—¿Cuál es su impresión sobre ese individuo?

—No parecía muy dinámico, señor. Me refiero a que no me vio hasta que me coloqué delante de él, casi pisándole los dedos de los pies, y se quedó ahí con la mano en el bolsillo, como si jugara con sus genitales. Yo diría que ha perdido casi toda su agilidad desde que estaba con los rusos. Si es que alguna vez la ha tenido, señor.

Peel asintió.

—¿Tiene la grabación?

—Aquí está.

Huard le entregó una esfera de información del tamaño de una canica.

Peel introdujo la esfera en el lector de su ordenador y lo conectó. Sobre el escritorio de Peel apareció una proyección holográfica a escala uno-seis. La imagen de Ruzhyó, obtenida con la minicámara en la hebilla del cinturón de Huard, era de una definición asombrosa y muy estable, como correspondía, por lo que habían pagado por esa maldita cámara. El exmiembro del *Spetsnaz* estaba al otro lado de la calle, con su imagen obstruida por vehículos que pasaban cuando Huard empezó a acercarse.

—Ordenador, ampliación dos.

El proyector holográfico parpadeó y dobló el tamaño de la imagen. Ruzhyó estaba en la esquina de la calle, con la mirada en el cielo. Sí, bueno, parecía distraído... ¿Qué es eso?

—Ordenador, detén la proyección. Rebobina cincuenta cuadros, proyecta, ampliación tres.

Huard, inmóvil en posición de descanso, frunció el entrecejo.

—¿Señor?

—Observe y aprenda, Huard.

La imagen parpadeó y empezó de nuevo, de mayor tamaño, con una vista más próxima de Ruzhyó. Ahí. En el preciso momento en que la imagen se movía ligeramente, que debía de ser cuando Huard bajaba de la acera, Ruzhyó cambiaba la dirección de su mirada.

Peel sonrió.

—Ahí fue cuando lo vio, cabo.

—¿Señor?

—Acaba de verlo al otro lado de la calle. Y sin mover demasiado la cabeza inspecciona su entorno, en busca de otros jugadores.

—Yo no lo veo, señor —respondió el cabo, meneando la cabeza.

—No, claro que no. Ordenador, imagen tamaño normal.

La vista cambió en el preciso momento en que Ruzhyó se ponía la mano en el bolsillo.

—Lleva una arma en el bolsillo —dijo Peel—. Un cuchillo, o tal vez una de las pequeñas pistolas sudamericanas.

—¿Cómo lo sabe, señor?

—Porque eso es lo que yo habría hecho si lo hubiera visto cruzar la calle hacia mí. Si usted hubiera hecho algún movimiento brusco después de alcanzarlo, él lo habría degollado o disparado un par de balas de pequeño calibre.

—Yo iba armado, señor.

—Huard, ese hombre mataba gente cuando usted todavía llevaba pañales. Que usted no fuera consciente de que lo había visto y se había preparado para su llegada es perfectamente comprensible. Si usted hubiera intentado desenfundar su pistola, sospecho que ahora no tendríamos esta conversación.

Huard no lo creyó, pero dijo:

—Si usted lo dice, señor.

Peel sonrió. Menudo desperdicio era la juventud para los jóvenes. Creían que vivirían eternamente; era sorprendente que muchos de ellos llegaran a tener una vida tan prolongada. Si Huard sobrevivía, tal vez algún día lo comprendería.

—Esto es todo. Puede retirarse.

—Señor.

Huard se puso firme, dio media vuelta y salió del edificio.

—Ordenador, repite la secuencia.

La máquina obedeció. Peel observó. Le encantaba ver trabajar a un auténtico profesional. Le apetecía ver de nuevo a Ruzhyó; los buenos profesionales eran difíciles de encontrar.

VEINTITRÉS

Domingo, 10 de abril
Londres, Inglaterra

Toni no disponía de tiempo libre debido al giro dramático que había dado la crisis, pero se había percatado desde hacía mucho tiempo de que, si no hacía ejercicio, le resultaba muy difícil desenvolverse en un ambiente de gran tensión. Necesitaba una válvula de escape para liberar la presión y si pasaba un día o dos sin sus ejercicios de *silat*, o por lo menos unos buenos estiramientos, se ponía histérica o atontada. Por consiguiente, cuando empezaron a estar realmente ocupados, cuando se complicó de tal modo la situación que no quedaba tiempo para hacer ejercicio, robaba unos minutos de donde podía. A veces aprovechaba la hora del almuerzo, en otras ocasiones la de la cena, o dormía menos horas. Podía saltarse una comida o privarse de una hora de sueño y seguir funcionando, pero si no hacía ejercicio, se ponía hosca e intratable. Cometía errores estúpidos, se enojaba con los demás y no lograba concentrarse.

De modo que esta mañana debería hacer el ejercicio a primera hora. No eran todavía las cinco de la madrugada y ya estaba levantada; se lavó la cara, con la puerta del cuarto de baño cerrada para no molestar a Alex, antes de ponerse un chándal para trasladarse al gimnasio del hotel. Una hora tan temprana no era la más indicada para hacer ejercicio, pero eso era mejor que nada. Realmente no le apetecía levantarse antes del alba y empezar a sudar, pero sentía esa necesidad. Tal vez era una adicción, pero era como invertir en una cuenta de ahorros. Tal vez el ingreso de hoy no fuera tan cuantioso como ella desearía, pero le serviría de reserva por si más adelante lo necesitaba. Y a juzgar por cómo evolucionaba la situación, lo necesitaría. Menudas vacaciones.

A decir verdad, estaba un poco emocionada, ya que Carl Stewart iba a reunirse con ella en el gimnasio del hotel. Toni había ido a su academia para explicarle que el trabajo le impediría asistir a las clases nocturnas, y él se ofreció a reunirse con ella en sesiones privadas, y resultó que era madrugador.

Toni se rió.

—Ah, ¿eres uno de esos que se dedican a abrir ventanas, respirar hondo y sonreír cuando sale el sol?

—En absoluto —repuso Stewart—. Sólo un esclavo de mi reloj interno. Soy como un gorrión, lo he sido toda la vida. Me levanto a las cuatro y me acuesto a las nueve o las diez, irremediablemente. Me he acostumbrado a aprovecharlo. Pero por regla general hago mis ejercicios por la mañana. ¿Qué otra cosa puede hacer uno cuando el resto del mundo está todavía dormido?

—En tal caso, me encantaría entrenarme contigo.

—Hay un buen gimnasio en tu hotel —respondió Stewart—. Te ahorrarás el taxi a la academia.

—Entonces el gasto será tuyo —dijo Toni.

—En realidad, no. Tengo coche. Y no está lejos de mi casa. Vivo en un piso de Knightsbridge.

—¿Knightsbridge? Es una zona muy bonita, ¿no es cierto? Hemos pasado por allí en coche. ¿No está junto a Hyde Park?

Stewart se sintió violento.

—Sí, bueno, mis padres recibieron una pequeña herencia de mi abuelo materno y tienen un pequeño negocio familiar que va bastante bien.

Toni sonreía cuando cruzaba el vestíbulo vacío y silencioso en dirección al gimnasio del hotel. Antes de que se estropearan los ordenadores había investigado los precios de las propiedades en la zona llamada Knightsbridge. Los pisos costaban el equivalente a medio millón de dólares norteamericanos; las casas, a partir de los tres millones. Había una semiadogada de cuatro habitaciones por siete millones. Y la mayoría de las propiedades en venta tenían ya compradores potenciales. Al parecer, el negocio familiar de Stewart era realmente muy lucrativo.

Carl esperaba en el gimnasio, lo que era en sí interesante, ya que supuestamente se necesitaba una tarjeta electrónica para poder entrar. Toni introdujo su propia tarjeta y entró por las gruesas puertas de cristal. Eran las dos únicas personas presentes.

—Buenos días —dijo Stewart, que parecía demasiado despierto y alegre para una hora tan temprana.

—Buenos días.

Stewart hacía ejercicios de calentamiento y estiramiento y Toni se incorporó al ejercicio. En el gimnasio había varias máquinas de pesas, una escalera mecánica, un caminador elíptico y un molino, todo ello equipado con la última tecnología de la realidad virtual. Frente a una pared cubierta enteramente por un espejo, había una zona de aeróbic de cuatro por cuatro metros. No había colchonetas, pero la moqueta estaba suficientemente acolchada y quedaba espacio más que suficiente para que dos personas pudieran practicar el *silat*.

Al cabo de diez minutos estaban listos para empezar.

—¿Hacemos unos minutos de *djurus*? —preguntó Stewart.

Toni asintió. Así era como empezaba siempre sus ejercicios. Las pequeñas danzas eran la base de todo lo demás. Todos los movimientos del combate se encontraban en los *djurus*, si uno sabía cómo mirar.

Durante mucho tiempo, Toni había practicado las danzas *Bukti*, los ocho *djurus* básicos y simplificados, antes de iniciar los movimientos del *Serak*, pero ahora solía pasar directamente al arte superior. El *Bukti Negara* se utilizaba todavía en muchos lugares como una especie de prueba para comprobar si el alumno se tomaba en serio el entrenamiento. Si después de un par de años de practicar las formas más simples el

alumno todavía persistía, entonces se le podía introducir a las formas más complejas y difíciles. El *Serak*, según se decía, lo había inventado un hombre del mismo nombre en Indonesia. Serak, o Sera, también conocido como Ba Pak, el sabio, era javanés y un luchador extraordinario, a pesar de ser manco y tener un pie deforme. El hecho de que llevara una vida normal era destacable, pero que hubiera perfeccionado una arte marcial que lo convertía en igual o superior como luchador a otros hombres entrenados, que tenían todas sus extremidades, era realmente asombroso.

Después de diez minutos de *djurus*, Carl se detuvo.

—¿Quieres hacer algunas combinaciones?

—Por supuesto.

Una vez más, Toni se sintió emocionada ante la superioridad de Carl. Ninguno de sus ataques ni contraataques fructificaron.

Él los bloqueó sin esfuerzo alguno y, al parecer de Toni, conservando siempre la línea central. Toni debía esforzarse por protegerse de su segunda y tercera series de puñetazos y patadas, particularmente su solapado puñetazo ascendente, que intentaba introducirse por debajo de la defensa superior y por encima de la inferior. Toni logró evitar los golpes duros, pero en una ocasión le rozó el pecho y en otra le golpeó la barbilla; no con la fuerza suficiente para lastimarla, pero sí para que ella se percatara de que podría haberla derribado si se lo hubiera propuesto.

Era fantástico. Exactamente lo que Toni necesitaba.

Carl le estaba mostrando una llave que le gustaba, con sus cuerpos muy unidos, la entrepierna de Toni apretada contra su muslo, la mano derecha de Carl en el trasero de Toni, haciendo palanca para un barrido de cadera, cuando Toni vislumbró fugazmente a alguien que miraba desde el vestíbulo. No tuvo tiempo de fijarse antes de que Carl completara el lanzamiento, desplazando la pierna de Toni y arrojándola sobre la alfombra, propinándole a continuación una patada y un puñetazo.

Cuando se levantó, el observador del vestíbulo había desaparecido. Probablemente, un botones que le llevaba el desayuno a alguien.

—¿Otra vez? —preguntó Carl.

—Sí —sonrió Toni.

Era estupendo.

Entró con un puñetazo.

Alex sintió un dolor amargo en la barriga, una sensación de que se le revolvía el estómago. Lo había sentido antes y sabía lo que significaba: celos. Los había visto juntos en el gimnasio, a Toni y al instructor inglés de *silat*, con sus cuerpos pegados y la mano del inglés en el trasero de Toni. Sí, claro, eso formaba parte del entrenamiento, conocía suficientemente bien aquella arte para saberlo, pero no dejaba de molestarle cuando cruzaba apresuradamente el vestíbulo en dirección a su habitación. Ella no lo había visto y no quería que supiera que había estado allí.

Normalmente, a aquella hora habría estado durmiendo, pero se despertó cuando Toni cerró la puerta al marcharse y no logró conciliar de nuevo el sueño. De modo que optó por levantarse, vestirse, e ir a ver cómo hacían ejercicio. Pensó que tal vez aprendería algo.

Sí, claro, había aprendido cómo sobarle a alguien el trasero.

Alex sabía que su actitud no era razonable. No eran tanto las manos sobre el cuerpo de Toni lo que le molestaba, como el hecho de que ella evidentemente disfrutara. Tal vez se tratara tan sólo del *silat*, del hecho de practicarlo con alguien tan bueno como Stewart. Probablemente. Pero no lograba librarse de una persistente preocupación: ¿y si había algo más? Él y Toni no se habían llevado particularmente bien durante el último par de semanas, por aquel asunto de no haberla mandado a aquella misión y todo lo demás. ¿Podría su interés por el corpulento inglés ir más allá del de un buen contrincante?

Sí, bueno, decía que lo quería, pero su exesposa también se lo había dicho. Sus razones para el divorcio estaban basadas en su profesión, en el hecho de que nunca estaba en casa para cuidar de ella y de su hija, pero antes lo había querido y ahora ya no lo quería; puede que incluso lo odiara, después de haber pegado a su nuevo novio.

Llegó a su habitación, abrió la puerta con su tarjeta y entró.

No necesitaba esas preocupaciones, en absoluto, sobre todo ahora, con todas las demás complicaciones que le caían del cielo. ¿Por qué la vida no podía ser más sencilla? ¿Por qué cuando las cosas parecían funcionar satisfactoriamente, siempre surgía algo en el camino que le pinchaba las ruedas y trastornaba su feliz viaje?

¿Y por qué tenía que ser siempre tan terriblemente emocional?

Tal como lo habían educado, un hombre no circulaba por la vida con el corazón en la mano, lloriqueando y quejándose de sus problemas. Su padre había sido militar de carrera y Michaels nunca lo había visto llorar, ni siquiera cuando atropellaron a su perro. El viejo nunca tuvo conversaciones profundas con su hijo, pero una de las más serias versó sobre lo que los hombres debían y no debían hacer: recibes un golpe, te lo tragas y sigues adelante. Nunca permitas que nadie sepa que te han lastimado. Si te están matando, sonríe. Eso mantiene a tu enemigo desequilibrado.

Como hombre criado y educado en una sociedad donde ahora era aceptable que los hombres expresaran otras emociones además de la alegría y el enojo, Michaels sabía que no tenía por qué ser tan reprimido, que los *sentimientos* no eran un pecado, pero era difícil superar lo que le habían inculcado durante su infancia. Sin embargo, saberlo no era lo mismo que *hacerlo*.

No era sólo su profesión lo que había acabado con su matrimonio. Sabía que esa costumbre de reprimir las emociones había formado parte del problema con su exesposa, y ahora parecía formar parte del problema con Toni. ¿Qué podía hacer al respecto?

Meneó la cabeza. No podía resolverlo ahora. Tenía un trabajo, un loco con un equipo informático mágico que mataba gente, e introducía más sufrimiento en el

mundo. Para resolver sus problemas, debía seguir el consejo del guerrero samuray Musachi: cuando te enfrentas a diez mil hombres, luchas con ellos uno a uno, empezando por los más peligrosos.

Evidentemente, uno debe ser muy rápido para vencer a diez mil hombres, y lo mejor era empezar inmediatamente; su vida sentimental tendría que esperar.

Dejó una nota para Toni y llamó un taxi para que lo llevara al MI-6.

VEINTICUATRO

Domingo, 10 de abril
Washington, D. C.

Era una mañana hermosa y soleada, sin viento, perfecta para lanzar. Tyrone consultó su reloj: las diez. ¿Dónde estaba Nadine? Se suponía que debía reunirse con él en el campo de fútbol... Un momento, ahí estaba, a la vuelta de la esquina del gimnasio, con una mochila al hombro. Lo vio, sonrió y lo saludó con la mano.

—Hola, Tyrone.

Él le devolvió el saludo.

Puesto que había un par de muchachos que practicaban en la portería sur, se dirigieron a la portería norte y sacaron sus enseres. Tyrone había llevado cuatro de sus bumeranes predilectos, además de polvo mágico y su cronómetro; Nadine llevaba tres bumeranes, un poco de ungüento digital para comprobar el viento y un cronómetro.

El cronómetro tenía un aspecto curioso. Era analógico, redondo, grande y plateado.

—Caray, ¿de dónde has sacado eso?

—Lo compró mi papá en un viaje a Rusia —respondió Nadine—. Se aprieta este botón para que empiece a funcionar, el mismo para pararlo, la aguja grande marca los segundos y en este pequeño círculo se indican los minutos. No necesitan pilas.

Se lo entregó y Tyrone lo examinó.

—¿Funciona con energía solar? —preguntó, aunque no veía ninguna célula fotoeléctrica.

—No, es de cuerda. Dura unas horas y luego hay que volver a darle cuerda.

—Estupendo. Yo tengo una radio de ese estilo: se le da cuerda, funciona una hora y nunca hay que recargarla.

—Mi papá dice que podríamos ahorrarnos mucho espacio usado para pilas y baterías viejas si utilizáramos más muelles y aparatos que aprovechen la fuerza de la gravedad —dijo Nadine.

—Sí, es la nueva tendencia.

Para calentarse, movieron los hombros, agitaron los brazos y sacudieron las manos, como Tyrone había visto hacer a los lanzadores más veteranos. Había también ejercicios de estiramiento especiales para mantener flexibles los músculos de los hombros y de la espalda. Había leído artículos en la red sobre serios lanzadores que se habían producido esguinces y cosas parecidas por lanzar con demasiada fuerza sin haber calentado antes y él no quería lesionarse. Claro que la mayoría de los que se lesionaban eran viejos; pasaban de los veinte e incluso de los treinta.

Nadine se dispuso a efectuar algunos lanzamientos de prueba y él la observó atentamente. Nadine estaba en buena forma, destacaba la vena en su brazo y era una excelente lanzadora, que utilizaba todo el cuerpo y no sólo el brazo, como se suponía que debía hacerse. Se podía aprender mucho observando a alguien que hacía bien su trabajo.

Lanzaban desde hacía aproximadamente media hora y llegaban al punto de entrar seriamente en vuelos de máxima duración cuando Tyrone vio a tres o cuatro personas que los observaban desde el otro lado del campo, a la sombra de un plátano, junto a la verja. Eso ocurría a menudo cuando lanzaba y no solía prestarle mucha atención, porque si dejaba de mirar un solo momento el bumerán, podía desaparecer. Conocía a muchos chicos que habían perdido un bumerán de color naranja brillante en un campo con el césped recién cortado; simplemente habían desaparecido. A veces caían en diagonal y se incrustaban en la hierba lo suficiente para no poder verlos, y en otras ocasiones sencillamente desaparecían. En una ocasión había perdido un bumerán rojo de cuatro hojas en un campo de golf, donde la hierba medía apenas medio centímetro. Parecía imposible, pero sucedió.

Le bastó una breve ojeada para percatarse de que uno de los observadores era Belladonna Wright.

Dirigió de nuevo rápidamente la mirada a su bumerán, lo localizó volando hacia él a unos treinta metros de distancia y no lo perdió de vista hasta que estuvo a su alcance para recuperarlo. Logró cogerlo sin que se le cayera, pero estaba nervioso.

A pesar de sus esfuerzos por no mirar a Bella, no le pasó inadvertido a Nadine.

—Vaya, vaya. Parece que la antigua llama tal vez no se ha extinguido todavía, ¿eh, Ty?

—¿Qué?

—Tú y ese angelito, a la sombra de aquel árbol. El otro día reaccionaste como si no la conocieras demasiado bien, pero por lo que he oído, pasasteis buenos momentos juntos.

—¿Qué tiene eso de malo?

—Nada, nada, no es de mi incumbencia. Sólo que me sabe mal que se aprovechen de ti, eso es todo.

—¿Qué quieres decir?

—Vamos, Tyrone, no me tomes el pelo. Las bellezas como ésta utilizan a los chicos como si fueran papel higiénico. Los usan y los tiran, seguras de que hay muchos más donde encontraron al último. Tiene una retahíla de chicos esperando la oportunidad de correr a su alrededor y besar el suelo que pisa, sólo para disfrutar de la vista desde abajo.

—¿Ah, sí? ¿Y tú cómo lo sabes?

Nadine bajó la mirada al suelo.

—Se oyen cosas.

—¿Has oído algo más?

—No pretendo discutir contigo.

—Pues lo disimulas muy bien.

Nadine miró al cielo y levantó su bumerán.

—Yo he venido a practicar. ¿Te interesa? ¿O prefieres esperar a que *Miss América* mueva el meñique para salir corriendo?

—Yo no corro tras ella. Para que lo sepas, fue idea *mía* que nos separáramos.

Bueno, eso no era exactamente cierto, pero él había iniciado la conversación que condujo a ello. Y cuando ella le brindó la oportunidad de ser uno de la fila, Tyrone le respondió que no le interesaba. Más o menos.

—Te felicito. ¿Vas a lanzar?

Tyrone miró a Bella y luego a Nadine.

—Sí, voy a lanzar. Prepárate para poner en marcha el cronómetro, voy a dejarte para el arrastre.

—En tus sueños.

Nadine le brindó una fugaz sonrisa y él se la devolvió, pero incluso mientras lo hacía pensó en lo que había dicho. ¿Qué ocurriría si Bella movía el meñique? Y si lo llamaba para decirle que pasara por su casa, para sentarse en el sofá y besarse como lo habían hecho antes, ¿correría? De ningún modo, no. Ni a rastras.

Era muy fácil decirlo cuando estaba bastante seguro de que no ocurriría. Pero si en realidad sucediera, ¿lo abandonaría todo y correría tras ella? Era una decisión muy difícil, en la que prefería no pensar.

Se concentró en el lanzamiento. Tres pasos: ¡uno, dos, tres! El bumerán se elevó por los aires como un pájaro artificial en dirección al sol. El vuelo sería prolongado, lo sabía, y eso debería obligar a Nadine a cerrar la boca.

Domingo, 10 de abril

En algún lugar sobre el océano Atlántico

El piloto de Net Force no tenía ningún problema para mantener el gran reactor en vuelo, ni para aterrizar manualmente, siempre y cuando las condiciones meteorológicas en Inglaterra no fueran tan ingratas como para necesitar una baliza con el fin de localizar el aeropuerto. El desastre internacional que había enmarañado los principales sistemas informáticos no afectaba los instrumentos autocontenidos del 747. Pero intentar aterrizar en los concurridos aeropuertos de Heathrow o de Gatwick, sin la ayuda de los controladores aéreos, no era el plato predilecto de ningún piloto. «Sería una verdadera locura, señor», le había dicho el piloto a Howard.

Afortunadamente, en el Reino Unido había bases autocontenidas, por lo menos en lo concerniente a operaciones de vuelo, y podrían aterrizar en una de ellas, aunque la espera sería bastante prolongada. La mayoría de las bases todavía operativas habían abierto sus pistas a aviones civiles afectados por el desastre informático, o aviones no

militares que debían volar imperativamente, como hospitales aéreos y aparatos que transportaban órganos para trasplantes o a diversos jefes de Estado. Tal vez tuvieran que esperar algún tiempo antes de aterrizar. Bueno, no sería la primera vez.

Por suerte, debido a su propia naturaleza, la mayoría de las organizaciones militares no acostumbraban a jugárselo todo a una sola carta. Era terrible que se hubieran paralizado la mitad de los sistemas informáticos del planeta, pero no lo suficiente para inmovilizar los ejércitos y las armadas. Los buenos soldados siempre se preocupaban por esas cosas y generalmente lograban convencer a los malos, para disponer de algún plan de emergencia. Probablemente les resultaría más fácil después de lo sucedido.

Podrían haber dado media vuelta y aterrizar en Estados Unidos, pero Howard no estaba dispuesto a permitir que se le escapara de nuevo la presa, no si podían evitarlo. Lo positivo era que si ellos tenían problemas para viajar, también los tendría Ruzhyó. Y no creía que pudiera ir muy lejos andando. Aunque localizarlo sin ordenadores supondría también un problema, sería más fácil si permanecía algún tiempo en el mismo lugar.

Julio se acercó por el pasillo y se detuvo junto a él.

—Coronel.

—Sargento.

—¿Todavía cree que lo capturaremos?

—Sí, lo encontraremos —respondió Howard, explicando sus razones. Fernández se rió.

—Disculpe, mi coronel, pero eso es una bobada. Si el coeficiente intelectual de ese individuo no descendió cincuenta puntos cuando aterrizó, es suficientemente listo para saber cómo alquilar un coche, una embarcación, o incluso un avión y salir de Inglaterra. Si le muestra un fajo de euros a un estudiante universitario, o a un pobre pescador, o al piloto de una avioneta que esté sin blanca, dispondrá de ruedas, flotadores o alas. Sospecho que los franceses, los españoles y todos los demás allende la Rubia Albión, estarán demasiado ocupados intentando evitar que los contrabandistas pasen trenes o barcos, aprovechando la parálisis informática. Las probabilidades de que lo encuentren en una situación tan caótica son tan escasas que pueden considerarse prácticamente nulas.

—Usted supone que está desesperado por abandonar Inglaterra —dijo Howard—. ¿Por qué debería estarlo? No sabe que le seguimos la pista. Probablemente cree que nos ha despistado por completo.

—¿Lo supondría usted en su lugar?

—Claro que no —sonrió Howard.

—Ni yo tampoco.

—Puede que no quiera arriesgarse —sugirió Howard.

—No parece que a ese individuo le preocupe demasiado el peligro, John, a juzgar por lo que hemos visto de él hasta ahora.

Howard asintió. Tenía razón. Y no se podía hacer nada al respecto.

—Pero, quién sabe, podría sonreímos la suerte —dijo Julio—. Puede que al bajar de la acera lo atropelle un autobús de dos pisos, o algo parecido. Que nos espere en algún hospital y lo único que tenga a mano para enfrentarse a nosotros cuando aparezcamos sea un simple palillo para sujetar la lengua. Claro que, con la suerte que hemos tenido hasta ahora, probablemente mataría a un par de los nuestros, e imagínese la necrológica: «¡Asesino mata personal de Net Force! "Fue deprimente", declaró el sargento Julio Fernández».

—Siempre puedo depender de usted para que me levante el ánimo, sargento.

—Hago lo que puedo, señor.

Domingo, 10 de abril

MI-6, Londres, Inglaterra

Michaels estaba sentado con la espalda doblada sobre un montón de papeles impresos, leyendo en lugar de hacerlo en la pantalla de su ordenador. Era una labor lenta. Apareció Toni, pero se marchó de nuevo para recoger cierto material en un centro de recepción de satélite, cuya conexión todavía funcionaba. No querían arriesgarse a mandarlo por sus líneas de superficie, aunque estaban protegidas. Era más fiable que alguien se desplazara para recogerlo personalmente.

Le dolía el cuello y la parte superior de la espalda. En parte debido probablemente a las muchas horas que llevaba sentado, leyendo, pero también a la tensión de toda la basura que circulaba por su mente. Megan y el detective privado, Toni, y la desagradable situación con ese loco que se dedicaba a trastornar el mundo.

—¿Hay alguien en casa?

Angela Cooper golpeó el marco de la puerta al entrar en el despacho. Llevaba una chaqueta azul marino, una falda corta del mismo color y una blusa azul pálido. Cerró la puerta a su espalda.

—¿Cómo va la guerra, Alex?

—Todavía perdemos.

—Hemos restaurado las líneas en un montón de sistemas —dijo Cooper—. Nos vamos recuperando. Hasta ahora, ningún daño permanente al material sensible.

—Algo es algo.

Se situó a su espalda y miró por encima de su hombro.

—¿Análisis estadísticos de transmisiones telefónicas transcontinentales? Vaya, debe de ser fascinante.

—Sí, desde luego, tanto como un primer curso de filosofía sobre existencialistas alemanes, escrito en chino por bosquimanos bantúes.

Colocó una mano sobre su hombro.

—Dios mío, estás duro como una piedra.

—He estado más relajado —reconoció Michaels.

—Deberías dejar que te diera un masaje.

Colocó la otra mano en sus hombros y empezó a sobar sus músculos. Michaels se sintió momentáneamente alarmado. No debería permitirlo. Pero... era muy agradable. Las manos de Angela eran mucho más fuertes de lo que imaginaba.

—No tienes por qué hacerlo —protestó sin mucho entusiasmo.

—No me importa. Es una de mis pocas habilidades. Durante algún tiempo mi madre fue terapeuta. Ella conocía algunos de los elementos más esotéricos del masaje: *reiki*, *shiatsu*, Aston-Patterning. De paso, yo aprendí un poco.

Era muy agradable. Michaels percibía los nudos en sus músculos. Tenía también la sensación de que su cabeza caería hacia adelante y se separaría del cuello si Angela proseguía. No era una sensación sexual, pero ciertamente sensual.

—Realmente deberías acostarte para aprovecharlo plenamente —sugirió Cooper sin dejar de hurgar con los dedos en su cuello y parte superior de la espalda, describiendo elipses con los pulgares—. Pero el sofá es demasiado blando y la mesa demasiado corta. Sin embargo, la alfombra está limpia. Túmbate en el suelo, boca abajo, ahí, junto al escritorio.

Como si estuviera en trance, Michaels obedeció. No se había percatado de lo tenso que estaba. Angela encontraba puntos en sus músculos tan duros como bolas de acero.

Boca abajo, sintió que se le colocaba encima y abrió suficientemente los ojos para ver cómo subía su corta falda, al tiempo que le presionaba los costados con las rodillas. Apenas se rozaban sus traseros y su peso era escaso.

¡Qué maravilla!

—Sería preferible que te quitaras la camisa, pero para ello deberíamos esperar un momento más privado. No conviene provocar habladurías.

Tal como se sentía ahora, a Michaels no le importaba que todas las bocas del MI-6 empezaran a aullar como una jauría famélica ante unas exquisiteces de hígado. Se le escapó un gemido involuntario cuando con un giro de la mano Angela presionó el músculo sobre su omóplato derecho.

Le dolió, pero fue un dolor agradable. Sentía que se relajaba bajo la presión.

Angela retrocedió, se situó sobre el reverso de sus rodillas y le apoyó las manos en la región lumbar. Presionó sus glúteos con los pulgares, deslizó los dedos por las caderas y volvió a la espalda.

Dios mío. Lo fácil que sería acostumbrarse a esto. ¿Acostumbrarse? Podría convertirse en una adicción.

Al cabo de unos diez minutos se le ocurrió que aquél sería el peor momento en que Toni podría regresar. Sería difícil explicar la situación. Debería decirle que parara. Ahora.

Pero no lo hizo.

Y Toni no regresó. Después de veinte minutos, Angela ascendió de nuevo por la

espalda, le frotó el cráneo y se levantó.

Michaels apenas podía moverse, pero de algún modo logró ponerse en pie.

Estaba colorado, sudado, radiante.

—Gracias. Acabas de salvarme la vida.

—En realidad no ha sido gran cosa. Para hacerlo como es debido se necesita una hora u hora y media, y hay que trabajar ambos lados, delante y detrás. En casa tengo una mesa de masaje. Tal vez en alguna ocasión puedas pasarte y te haré un tratamiento completo.

Una alarma parpadeó en su cerebro: *¡Peligro! ¡Mala idea!*

Luego pensó en Toni y en sus ejercicios de *silat*. ¿No había tocado Stewart a Toni en todas las partes del cuerpo? ¿Cuál era la diferencia? No era sexo, era inofensivo. Era... terapéutico.

—Sí, tal vez sería una buena idea —se oyó decir a sí mismo.

Angela le sonrió y él le devolvió la sonrisa.

—Debo de tener un aspecto atroz, como una vieja vaca sudada —dijo Angela—. Voy a asearme. Hasta luego.

Después de que se hubo retirado, Michaels comprobó que volvía a sentir rápidamente una pequeña tensión, a pesar del experto masaje que acababa de recibir. No tenía nada que ver con el trabajo.

¿En qué te estás metiendo, Alex?, pensó.

VEINTICINCO

Domingo, 10 de abril

«The Yews», Sussex, Inglaterra

Goswell estaba en su estudio, en la excelente butaca de cuero, saboreando una ginebra con hielo. Suspiró y examinó las fotografías, puede que por décima vez. En esta época de milagros informáticos, sabía que era perfectamente posible falsificar esas cosas. Un experto podía colocar fácilmente la cabeza de un hombre en el cuerpo de otro y eliminar o introducir elementos que nunca habían existido. Recordaba haber visto una película en la que *sir* Winston Churchill, un magnífico primer ministro según su padre, estaba sentado charlando con el presidente norteamericano Abraham Lincoln, cuando en realidad este último había sido asesinado ocho o diez años antes de que Churchill naciera.

Barajó las fotografías. Sí, era ciertamente posible, pero en este caso estaba seguro de que no se había hecho. Eran auténticas, porque el hombre que las había tomado no tenía ninguna razón para falsificarlas. Ahí estaba Peel, hablando con Bascomb-Coombs, en un restaurante público. Evidentemente, pensó Goswell, Peel era su jefe de seguridad y Bascomb-Coombs uno de sus empleados, por cierto muy valioso, y por consiguiente cabía suponer que dicha reunión entraba perfectamente en el ámbito de responsabilidades de Peel. Después de todo, formaba parte de su trabajo mantener controlado al personal y no era impensable que hablara personalmente con alguno de ellos.

Goswell tomó otro trago y echó una ojeada al reloj de caja. Eran casi las siete, pronto estaría lista la cena.

Sí, Peel podía justificar perfectamente el hecho de hablar con Bascomb-Coombs. La maldición era que no lo había hecho. En ninguno de sus informes se mencionaba aquella reunión, ni tampoco las reuniones posteriores. Si bien no todos los encuentros se habían eliminado de las memorias de sus observaciones y actuaciones, algunos sí. Había otras fotografías.

Goswell meneó la cabeza; mal asunto. ¿Debía suponer que la memoria de Peel, hasta ahora impecable, había empezado a fallar? ¿Y sólo en situaciones relacionadas con Bascomb-Coombs? Qué terrible había llegado a ser el mundo, cuando uno se veía obligado a ponerle vigilancia a un vigilante de confianza.

La cuestión era, evidentemente, ¿qué se proponían esos dos? El hecho de que estuvieran confabulados ciertamente tenía algún significado.

Bueno, no había llegado a ser un magnate de la industria sin aprender a calcular esas cosas.

Removió sonoramente los cubitos de hielo en su vaso casi vacío.

—¿Milord? ¿Otra copa?

—Sí, por favor. Por cierto, Applewhite, ¿le importaría ver si encuentra al comandante Peel y decirle que pase por aquí después de cenar?

—Desde luego, milord.

Goswell observó el hielo que se fundía en el fondo del vaso, mientras Applewhite iba a por otra copa de ginebra. De un modo u otro, tomaría medidas respecto al colaboracionista Peel. Era realmente una pena. Menos mal que ya no vivía su padre; le rompería el corazón saber que su hijo había defraudado su confianza.

Domingo, 10 de abril

Londres, Inglaterra

Había llovido un poco y Ruzhyó pensó que aquélla sería la excusa perfecta.

Era domingo y en algunas ciudades eso significaba que el comercio estaría cerrado, pero no aquí en Londres. Cogió un taxi cerca del Museo Británico y le dio al taxista la dirección que quería. No estaba lejos de una tienda en una calle lateral cerca de Regent s Park, un comercio largo y estrecho con un pequeño escaparate, especializado en paraguas y bastones labrados a mano. Uno podía gastar fácilmente doscientos pavos en un paraguas o en un bastón artesanal, o bastante más si lo deseaba. Había aquí un gran mercado de accesorios para caballeros, y si bien el negocio podía haber funcionado perfectamente con la venta de dichos utensilios, disponía también de otros artículos para el comprador experto.

El taxi llegó a una manzana de su destino. Ruzhyó pagó la carrera, con una propina meditada para que el taxista no lo recordara como tacaño ni extravagante, y se apeó. La lluvia era ahora un poco más intensa y Ruzhyó se aseguró de actuar como si no hubiera visto al hombre que lo seguía. No es que su vigilante fuera totalmente inepto, pero debería ser mucho mejor para que él no lo detectara cuando estaba sobre aviso.

Al llegar a la tienda en cuestión, gesticuló como si le irritara la lluvia, se sacudió el agua de la cazadora y entró, con la que esperó que pareciera una decisión espontánea.

Todo habría sido en vano si Peel conocía la mercancía adicional que se vendía en aquella tienda, pero a no ser que las cosas hubieran cambiado últimamente, los británicos no tenían la menor idea acerca de la tienda de paraguas.

La reunión con Peel había sido interesante. La idea de que lo había localizado comparando todas las fotografías de los pasaportes de todos y cada uno de los extranjeros que habían entrado en el país con una lista de agentes conocidos, parecía inverosímil, pero de algún modo lo había encontrado, y había logrado ponerlo bajo vigilancia. Tal vez hubiera sido sencillamente una cuestión de suerte, o que realmente fuera cierto lo que decía. En cualquier caso, le había hecho una oferta de trabajo.

Ruzhyó no estaba particularmente interesado en buscar trabajo, aunque, por otra parte, tampoco tenía ninguna prisa y Peel podía facilitarle el viaje, especialmente con todos los problemas informáticos recientes. Un pequeño alto en el camino podía beneficiarlo. La misión, consistente en estar preparado para la posible eliminación de un lord inglés, para quien a la sazón Peel trabajaba, era intrigante, aunque Ruzhyó dudaba de que llegara a ejecutarse.

La endeble explicación de Peel sobre la razón por la que no podía hacerlo personalmente ni encargárselo a ninguno de sus hombres, no engañaba a nadie. Era evidente que necesitaba un chivo expiatorio, un agente extranjero a quien poder culpar del asesinato, ¿y quién mejor que un taimado asesino exmiembro del *Spetsnaz*, a quien podrían llenar de plomo después del atentado, cuando intentara escapar, y atar así todos los cabos sueltos?

Ruzhyó esbozó una pequeña sonrisa cuando el dependiente de la tienda de paraguas se le acercó e inclinó ligeramente la cabeza. Tal vez él lo organizaría del mismo modo si estuviera en el lugar de Peel. Contrataría a un pistolero y luego lo eliminaría cuando hubiera realizado el trabajo; todo muy nítido, pero no extremadamente inteligente. Tarde o temprano, alguien se preguntaría por qué un individuo que huía de las autoridades norteamericanas se molestaría en detenerse en el Reino Unido para cometer un asesinato, ya que el motivo era una parte esencial de esas cuestiones. E incluso las meticulosas autoridades británicas mirarían debajo de todas las piedras al investigar el asesinato de una personalidad tan destacada. En este país, las clases sociales tenían todavía mucho peso. Pero los británicos eran miopes en algunos sentidos, siempre lo habían sido. Si hubieran prestado atención, probablemente todavía mandarían en la mayor parte del mundo. El orgullo desmedido surtía un efecto atroz en un imperio. Con toda probabilidad, el propio Peel compartía ese defecto.

—¿En qué puedo servirle, señor?

—Necesito un paraguas especial. Uno con más... peso de lo común.

El dependiente nunca dejó de sonreír.

—Por supuesto. Llamaré inmediatamente al encargado, el señor O'Donnell.

El dependiente desapareció por una puerta detrás del mostrador. Ruzhyó fingió examinar la mercancía. Algunos de los paraguas y bastones tenían empuñaduras fantásticas de marfil o maderas exóticas, labradas en formas ornamentales. Una en forma de tigre, otra de serpiente y otra de una mujer desnuda, elegantemente doblada hacia atrás en forma de semicírculo.

—Buenas tardes, caballero. Soy el señor O'Donnell. ¿Desea usted un paraguas especial? —dijo un hombre alto de pelo rubio rojizo, con un traje oscuro.

—Efectivamente —asintió Ruzhyó.

—¿Le importaría decirme quién le ha recomendado nuestra tienda?

—El coronel Webley Scott.

—Comprendo. ¿Cómo está el coronel?

La contraseña no había cambiado.

—Sigue muerto, que yo sepa —respondió Ruzhyó.

El encargado asintió con una sonrisa.

—Tenga la bondad de seguirme, caballero.

—Alguien me sigue. Nada que ver con ustedes.

—No se preocupe. No podrá ver a través de las ventanas, a no ser que tenga visión de rayos X. ¿Es posible que entre en la tienda?

—Dudo que sea tan estúpido.

—En caso de que lo hiciera, lo verá salir del lavabo.

Ruzhyó siguió a O'Donnell a través del retrete por una puerta escondida que daba a una pequeña sala privada. En un rincón había una antigua caja fuerte de color verde, alta, con patas en forma de garra.

—¿Desea el caballero algo con hoja o proyectil? —preguntó el encargado cuando abría la caja fuerte.

—¿Tiene un modelo de proyectiles múltiples?

—Sí, señor. Cinco disparos. Pequeño calibre, me temo, sólo veintidós.

—Bastará.

—Aquí lo tiene.

Le ofreció a Ruzhyó algo que parecía un paraguas corriente, con una empuñadura de madera arqueada, tal vez un poco más gruesa y pesada de lo normal.

—La empuñadura se desenrosca por aquí... Dentro verá el reverso del cilindro. Como puede comprobar, se trata de un revólver.

Ruzhyó examinó los cinco pequeños agujeros en el diminuto cilindro del eje del paraguas. El percutor y el resto del mecanismo estaban en la empuñadura que habían retirado. Ingenioso.

—Se introducen las balas y se vuelve a colocar la empuñadura de esta forma, hasta que queda sujeta. El gatillo se abre así, con esta pequeña ranura, parecida a la de la hoja de un cortaplumas.

Utilizó la uña del pulgar para abrir la palanca.

—Evidentemente es sólo de doble acción y no tiene punto de mira, pero alguien familiarizado con las armas de fuego puede apuntar y disparar con bastante facilidad. El cañón es de acero estriado, tan bueno como la mayoría de los rifles comerciales. El tapón del extremo es de un material blando y flexible, que no supone ningún impedimento para la bala si no ha tenido tiempo de retirarlo, y en realidad ayuda a amortiguar un poco el ruido, pero hay que cambiarlo después de varios disparos. Evidentemente se le suministran varios tapones de repuesto.

Ruzhyó cogió la carabina disimulada y la sopesó. Normalmente prefería no ir armado, si no era necesario. Estos no eran tiempos normales.

—¿La ha disparado usted?

—Sí.

—¿Y hay algún lugar donde pueda probarla?

O'Donnell asintió.

—Esa caja de ahí está llena de amortiguadores y tiene un fondo de acero.

No se ofendió. Sólo un imbécil confiaría su vida a una arma que no hubiera probado personalmente para comprobar si funcionaba.

—¿Munición?

—Tengo algunas Stinger, sólidas y de punta hueca.

—Excelente —dijo Ruzhyó—. ¿Cuánto?

—Dos mil.

—Trato hecho.

O'Donnell sonrió.

El vigilante estaba en una cafetería al otro lado de la calle, mirando por unas ventanas un tanto empañadas. Era un joven de pelo corto, que por su aspecto podía ser hermano de Huard. Puesto que seguía lloviendo, Ruzhyó levantó su recién adquirida carabina, debidamente cargada, para utilizarla como paraguas. La seda negra se expandió entre las varillas de titanio y se fijó en su lugar. Había efectuado cinco disparos sin problema alguno. También funcionaba perfectamente como paraguas. Un juguete hermoso y mortal. La mayoría de la gente no se percataba de que una bala de alta velocidad del calibre veintidós, disparada con un cañón largo, podía perforar los chalecos antibalas Kevlar II que usaba la policía. Comprensiblemente, los cuerpos policiales no hablaban de esas cosas.

Ruzhyó sonreía para sus adentros cuando salió de la tienda.

Peel le facilitaría armas, evidentemente, pero era preferible tener un as en la manga, por si acaso. Mejor tenerla y no necesitarla, que necesitarla y no tenerla.

VEINTISÉIS

Domingo, 10 de abril

En algún lugar del Raj británico, India

El calor y el bochorno eran opresivos y el olor al rastro del tigre impregnaba el pesado aire. Estaba cerca; el hedor del tigre y sus excrementos se mezclaba con el del propio miedo de Jay.

Jay y su guía indígena seguían sus huellas a través de un claro, ahora claramente visibles en la tierra mullida. No cabía la menor duda, la pista era inconfundible. Conducía por el claro a una frondosa parte del bosque poblada de gruesos árboles, espesos matorrales y una extensión de grandes bambúes.

Jay movió la mano sudada con que sujetaba su Streetsweeper, se llenó los pulmones de aire con la respiración entrecortada y lo soltó lentamente. El tigre se había ocultado en la maleza y si Jay quería encontrarlo, debería ir a por él. La perspectiva lo llenaba de un pavor tan frío como un balde de nitrógeno líquido, un miedo que estaba al borde del terror más espantoso.

Jay se detuvo. Lo que quería era salir de aquel escenario, quitarse el equipo y apagar el ordenador. Quería encontrar una isla en algún lugar de los mares del sur, en tiempo real, donde tumbarse durante todo un mes en una playa desierta, sin hacer nada más que calentar el cuerpo y tomar refrescos con ron y coco. Lo que menos le apetecía era penetrar en el frondoso muro de la jungla que tenía delante, tras esa cosa que había destrozado su equipo y aterrorizado su mente. Si lo hacía, tal vez sería lo último que haría en su vida.

Pero debía seguir adelante. Si no lo hacía, más le valía abandonar su trabajo; si no encontraba y destruía a esa bestia, su cerebro estaría más muerto que vivo.

Volvió a respirar hondo y soltó lentamente el aire.

—Sigamos —dijo.

Estaban casi en el bosque cuando su guía indígena exclamó:

—¡*Sahib!* ¡A nuestra espalda!

Jay se volvió y vio al tigre que se abalanzaba sobre ellos, a una velocidad imposible.

Disponía tal vez de medio segundo y sabía que no era suficiente.

—¡Salir! —exclamó.

Domingo, 10 de abril

Washington, D. C.

Al salir de la realidad virtual, Jay se encontró en su piso, con fuertes palpitaciones y presa del pánico. ¡El tigre! ¡El tigre! No podía siquiera respirar.

En el fondo sabía que debía regresar antes de que escapara. Tenía que volver. Quería chillar, llorar, correr, cualquier cosa menos lo que debía hacer. Pero dijo:

—¡Reanudar!

Domingo, 10 de abril

En algún lugar del Raj británico, India

Jay llegó en el momento en que el enorme tigre hincaba sus terribles colmillos en su programa de detección, el guía indígena, y lo destrozaba por completo.

Pobre Mowgli.

Jay levantó la escopeta en el momento en que el tigre se percataba de que había regresado. La enorme bestia rugió y se volvió hacia él. Sin el menor titubeo, se lanzó al ataque...

Jay permaneció firme en su lugar, apuntó... veinte metros, quince, diez... apretó el gatillo. La escopeta le golpeó el hombro y los cañones se elevaron con el retroceso. Disparó de nuevo, demasiado rápido, demasiado alto... pero el primer disparo había alcanzado al monstruo, que gimió sorprendido y dolorido, dio media vuelta y corrió hacia el bosque. Jay vio sangre en el lomo del tigre cuando huía.

¡Le había dado! ¡Huía! ¡No era invencible!

Una sensación de triunfo ahuyentó su miedo. ¡Se había enfrentado a la bestia, le había disparado y la había obligado a huir!

Pero poco duró la victoria.

Lo que tenía ahora era un monstruo herido devorador de hombres, oculto en la maleza. Eso no facilitaría las cosas.

No obstante, debía ir a por él y no tenía tiempo de buscar otro programa de aviso. ¡Tenía que ir *ahora!*

Jay corrió hacia la jungla.

Domingo, 10 de abril

«The Yews», Sussex, Inglaterra

Peel estaba junto al invernadero, pensando que ojalá tuviera un cigarrillo. Había dejado de fumar hacía años, más que nada por una cuestión de disciplina, como prueba de su voluntad. Todo el mundo sabía que era perjudicial, pero como soldado, siempre había pensado que moriría en algún campo de batalla, que no viviría lo suficiente para ser víctima del tabaco. Además, su abuelo materno había fumado dos paquetes diarios durante casi setenta años y murió a los noventa y cuatro de las

heridas provocadas en una caída, de modo que en gran parte era una cuestión genética. Tampoco se privó del *whisky* hasta el último momento. No, Peel había dejado de fumar porque quería demostrarse a sí mismo que era capaz de hacerlo. ¿Cómo decía aquel viejo chiste? Dejar de fumar es fácil, yo lo he hecho una docena de veces.

Había dejado de llover y se había abierto un claro en el centro del firmamento, donde con la creciente oscuridad empezaban a aparecer algunas estrellas. Reinaba la calma, el silencio, y no había ningún indicio de problemas con sus hombres alrededor de la finca. Goswell lo había llamado y tomaron una agradable copa juntos. Tenía un montón de dinero en el banco. Bascomb-Coombs proseguía con su propia agenda y si seguía funcionando tan bien como hasta ahora, Peel sería increíblemente rico y poderoso en un futuro no demasiado lejano. Sobre todo porque cuando fructificaran los planes del científico, Peel se proponía eliminarlo y apoderarse personalmente del negocio.

Aparentemente, Peel no veía que las cosas pudieran ir mejor. Sin embargo...

Algo iba mal.

Nada que pudiera señalar con el dedo, en lo que para su tranquilidad pudiera centrarse, pero que a cierto nivel instintivo intuía. Había algún peligro al acecho. Tal vez un cigarrillo no lo ayudaría a descubrirlo, pero fumar siempre había tranquilizado su mente, lo había ayudado a reflexionar sobre los problemas. Quizá como Sherlock Holmes con su pipa.

En cualquier caso, no estaba dispuesto a encender de nuevo un pitillo por una inquietud abstracta. Tal vez un paseo por la finca surtiría el mismo efecto y eso era lo que intentaba ahora, pero hasta el momento no había surgido nada concreto. Aparecería a su debido tiempo, si es que en realidad existía. Siempre lo hacía. La única cuestión que eso planteaba era si dispondría de tiempo para organizar sus defensas.

Fuera lo que fuese. Esa era la cuestión.

Lunes, 11 de abril

Washington, D. C.

Tyrone avanzaba por el pasillo en dirección a su primera clase, sorteando a los demás estudiantes que se dirigían apresuradamente a su propia cita con la enseñanza.

—Hola, Ty.

Reconoció inmediatamente la voz, se detuvo y volvió la cabeza: Belladonna Wright.

—Hola, Bella.

Llevaba un ceñido vestido azul, ajustado a su cuerpo como si estuviera pintado sobre su piel, con la falda unos treinta centímetros por encima de las rodillas, unas

sandalias de plataforma que aumentaban su altura en diez centímetros y su larga cabellera recogida de algún modo sobre la cabeza, con lo que parecía todavía más alta. Estaba a un par de pasos de su alcance.

—¿Cómo estás?

Tyrone se encogió de hombros.

—Bien. ¿Y tú?

—Bien. El otro día te vi con tu bumerán.

—Sí, claro.

¿Por qué le hablaba? Después de haberla visto besar a aquel imbécil en el paseo y mencionárselo, ella lo había plantado de inmediato. No habían hablado desde entonces. Y ahí estaba ahora, portándose como si nada hubiera ocurrido.

—No te he visto por el paseo últimamente —sonrió Bella.

—No he ido mucho por allí.

—Deberías ver la nueva zona de comida. Es fabulosa.

—Sí, puede que lo haga.

Le brindó otra de sus radiantes sonrisas y respiró suficientemente hondo para sacar un poco el pecho. Un pecho maravilloso, hermoso, fabuloso. A Tyrone se le quedó la garganta seca.

—Bien. Ya nos veremos —dijo Bella.

—Sí —fue lo único que alcanzó a responder Tyrone.

Se alejó, caminando como la reina de su entorno. De espaldas, era igualmente preciosa.

A Tyrone le dolía el cerebro. ¿Qué se proponía? ¡Le había sonreído, prácticamente le había *invitado* al paseo, como si se alegrara de verlo! La última vez que habían hablado, hacía ya meses, le había dado verbalmente una patada en los huevos cuando le pidió explicaciones por tener otros novios y le había dicho que la olvidara. ¿Qué diablos sucedía ahora?

Sonó el timbre, Tyrone bajó de las nubes y se apresuró hacia su primera clase. Ojalá su padre estuviera en casa. Tal vez él comprendería lo que eso significaba.

Lunes, 11 de abril

MI-6, Londres, Inglaterra

De pronto Michaels se percató de lo silenciosa que estaba la oficina y consultó el reloj de su ordenador. Dios mío, era casi medianoche.

Estaba aturdido. Después de pasar todo el día frente al ordenador, se sentía de nuevo tenso y confuso. La mayoría de las redes informáticas británicas volvían a estar en funcionamiento, pero otros países europeos tenían todavía grandes problemas. Toni se había ido a París en tren por el túnel del canal para coordinar la información con las autoridades francesas. No regresaría hasta el martes por la noche.

Durante la última hora había cometido estúpidos errores, las palabras se pegaban unas con otras en la pantalla y no tenían sentido. Era hora de cerrar y regresar al hotel.

Se puso la cazadora, ¿cómo la llamaban aquí, pelliza?, y salió del despacho. Probablemente no habría muchos taxis en la parada. Sacó su *virgil* para llamar uno mientras se dirigía a la salida del edificio.

—Trabajas hasta muy tarde —dijo Angela a su espalda.

Michaels volvió la cabeza.

—Sí, bueno, tú también estás aquí.

—Ya me marchó. ¿Puedo llevarte?

—Iba a llamar un taxi —respondió Michaels—. No quiero causarte molestias.

—No es ninguna molestia, en serio —repuso Angela—. Me viene prácticamente de camino a mi piso.

—En tal caso, de acuerdo.

Londres es una gran ciudad, que nunca cierra, e incluso a medianoche las calles están abarrotadas de tráfico. ¿Tiene doce, quince millones de habitantes? Demasiados para tan poco espacio.

—¿Has progresado mucho? —preguntó Angela cuando pasaban frente a un bar con clientes risueños en la acera.

—No mucho.

—Nosotros tampoco. Gran parte de la red británica parece funcionar de nuevo, pero el resto del mundo todavía está encajando piezas sueltas —dijo ella mientras gesticulaba en dirección a los clientes del bar—. ¿Te apetece una cerveza y algo de comer?

Al oírla, Michaels se percató de que tenía hambre; había comido un bocadillo en su despacho al mediodía y nada desde entonces.

—No me importaría comer algo —respondió.

—Hay un lugar tranquilo cerca de mi piso. Sirven un buen pescado con patatas fritas.

Una vez más, se encendió una pequeña luz de alarma en su mente, pero estaba cansado, hambriento y decidió no preocuparse. ¿Qué podía haber de malo en una cerveza y un poco de comida?

—Sí, ¿por qué no?

El local estaba moderadamente lleno, pero como Angela había dicho, era bastante tranquilo. Pidieron pescado con patatas fritas y se fueron a una mesa con dos jarras de cerveza, a la espera de la comida.

Michaels tomó un par de tragos de su cerveza, un líquido oscuro llamado Terminator Stout.

—Originalmente vino de Norteamérica —le informó Angela, moviendo la cabeza en dirección a la cerveza.

Michaels la examinó.

—¿En serio?

—Así es. De una pequeña fábrica en la costa Oeste. Un londinense que pasaba por allí la probó, le gustó y empezó a importarla. Los norteamericanos sólo habéis tardado un par de siglos en producir una buena cerveza. En otros cien años, puede que lleguéis a fabricar un buen coche deportivo.

—Perdona —repuso Michaels—, pero Chevrolet lo hizo con el Corvette en los años cincuenta.

—¿Sabes de coches?

—Un poco.

—Sí, pero no tardaron en estropearlo, me refiero al Corvette. Tal vez empezó bien, pero a los pocos años se convirtió en un monstruo. Carrocería más grande, motor de mayor capacidad y toda clase de componentes electrónicos, hasta convertirlo en algo tan enorme como un coche familiar y más caro que un Cadillac.

—Sí, es cierto —sonrió Michaels.

—Toma, por ejemplo, un clásico de los años cincuenta o los setenta como el MG... —empezó a decir Angela, pero Michaels la interrumpió.

—Por favor, si son pura chatarra. Deberían haber incluido un mecánico con cada coche. La mayoría de los antiguos MG pasaban más tiempo en el taller que en la carretera.

—Vale, vale, algunos modelos eran un poco delicados, pero merecía la pena conducirlos.

—¡Ja! Querrás decir la experiencia de la grúa. Si les dices a los del RAC que tienes un MG, ni siquiera te hablarán por teléfono.

Angela sonrió.

Llegó la comida, envuelta en el exquisito aroma del pescado rebozado y las patatas fritas. Michaels no estaba simplemente hambriento, ¡estaba famélico!

Después de diez minutos y otra ronda de cerveza, se sentía mucho mejor. Era agradable cenar tarde y disfrutar de una conversación que no estuviera relacionada con el trabajo. Hablaron de coches deportivos japoneses y coreanos, del nuevo Trekker sudafricano, y Michaels le habló del Prowler y del Miata que había restaurado.

Cuando se dio cuenta, eran más de las dos.

—Creo que deberíamos marcharnos —dijo Michaels—. El trabajo y todo lo demás...

—¿Cómo va tu tensión muscular? —preguntó Angela.

—No tan mal como antes.

Le colocó la mano en el cuello y la deslizó suavemente por el hombro.

—Todavía estás tan tenso como una cuerda de violín —dijo—. Mi piso está a la vuelta de la esquina —agregó en un tono suave—. ¿Quieres que te dé un masaje?

Tal vez fuera porque estaba tan cansado, o tal vez debido a las dos jarras de cerveza y la buena comida que había tomado, o a que era una mujer realmente

hermosa e inteligente, que disfrutaba evidentemente de su compañía, o por cualquier otra razón, Michaels respondió:

—Sí, me gustaría.

VEINTISIETE

Martes, 12 de abril

En algún lugar del Raj británico, India

Jay avanzó con todo el sigilo del que fue capaz, que no fue mucho debido a lo intranquilo que estaba y a la dificultad del terreno. Seguir la pista de la bestia no era ningún problema, el suelo estaba pisoteado y ensangrentado y las huellas seguían una línea recta que indicaba que el animal estaba aterrorizado. El tigre había huido inmediatamente sin intentar siquiera ocultar sus huellas.

O eso parecía. En una ocasión se había situado subrepticamente a su espalda y Jay no estaba dispuesto a que lo sorprendiera de nuevo. Vigilaba constantemente, sin dejar de volver la cabeza como si contemplara un partido de tenis.

Al pie de un enorme árbol desaparecía el rastro de sangre.

Jay levantó la cabeza.

A diez metros de altura, el tigre soltó un gruñido y descendió velozmente por el tronco, como si corriera por una llanura.

Jay no pensó. Levantó la escopeta, pegó la culata a su mejilla y disparó. Utilizó todas sus fuerzas para recuperarse del retroceso y disparó de nuevo.

El tigre se desplomó del árbol. Jay se escabulló a la derecha, se colocó la escopeta a la altura de la cintura y apretó el gatillo cuando el animal se estrellaba contra el suelo, con suficiente fuerza para que Jay sintiera la sacudida a metro y medio de distancia, sin dejar de disparar.

Perdió la cuenta de los disparos. Parecía un prolongado trueno. El olor cobreño de la sangre del tigre se mezcló con el de pólvora quemada, y cuando dejó de disparar, el suelo estaba cubierto de cartuchos de plástico verde y rojo, por lo menos una docena, puede que más.

Ahora el tigre ni siquiera se estremecía.

Con la respiración entrecortada, Jay se llenó los pulmones de aire por primera vez desde hacía un rato.

El animal que le había dado un zarpazo en el cerebro estaba muerto. Él lo había matado.

Pero incluso cuando se agachó para examinarlo, era consciente de que no era lo que buscaba. Sí, por supuesto, le había atacado y lastimado, pero ahora que estaba muerto sabía que eso no era más que un programa de seguridad y no la bestia que había violado con una fuerza inimaginable las jaulas inquebrantables de los sistemas informáticos más avanzados del mundo. Era lo más peligroso a lo que Jay se había enfrentado jamás en la realidad virtual, pero era sólo un animal de vigilancia, colocado en la jungla por algo mucho más poderoso para ocuparse de los fisgones.

El verdadero monstruo estaba todavía allí. Y Jay sabía que su escopeta no lo detendría si llegaba a detectarlo.

Dios mío.

Martes, 12 de abril

París, Francia

Eran las tres de la madrugada y Toni no lograba conciliar el sueño. Su gran cama en el hotel francés era bastante cómoda y su habitación estaba suficientemente aislada y elevada de la calle para que el ruido del tráfico no fuera más que un zumbido lejano. Había tenido un día bastante tranquilo, reuniendo y clasificando mucho material, seguido de una deliciosa y abundante cena. Incluso había hecho ejercicio en el gimnasio del hotel y pasado media hora en el baño caliente de burbujas, relajándose. Debería haberse quedado dormida como un bebé.

Algo turbaba su mente, y su inquietud podía deberse al trabajo, pero no era eso. No, era Alex. Algo iba mal entre ellos y Toni no sabía lo que era. Alex estaba molesto con ella, lo percibía, aunque él lo negara, y no sabía qué hacer al respecto.

Había intentado averiguarlo: *Alex, ¿todo va bien?*

Sí, todo bien.

¿Estás seguro? ¿He dicho o hecho algo que te moleste?

No, Toni, todo va bien. Estoy cansado, eso es todo.

A continuación le brindaba una ligera sonrisa, que parecía sincera pero vacía.

¿Cómo superar esa barrera? ¿Cuántas veces podía preguntárselo sin ponerse pesada? Después de formular una pregunta y recibir una respuesta, ¿hasta qué punto podía insistir? ¿No era responsabilidad de Alex? Si le decía que todo estaba bien, ¿no debía ella aceptarlo?

No, con los hombres, no. No en su experiencia. Sus circuitos eran diferentes de los de las mujeres. Cuando dicen una cosa, quieren decir algo completamente diferente.

¿Con quién podría hablar de aquel asunto? Tenía amigas en Estados Unidos que la escucharían y le ofrecerían consejo. O tal vez podría llamar a su madre. ¿Cuál era la diferencia horaria entre París y el Bronx? ¿Seis horas? Allí serían las nueve de la noche y ahora su madre probablemente estaría semidormida frente al televisor. Además, ésa no era realmente una de las cosas que una le consulta a su madre. Hacía tanto tiempo que mantenía una relación con su padre, que en su mente había sólo una forma de tratar esos asuntos y, además, dudaba de que su padre hubiera expresado una emoción compleja en toda su vida: «¿Tú qué eres, una especie de mariquita que vas por ahí quejándote de tus sentimientos? ¡Anda, que te zurzan!».

No, de algún modo tendría que resolverlo sola. Cuando regresara a Londres, esperaría la oportunidad, *crearía* la oportunidad de sentarse con Alex y sacar a relucir

el tema. Lo resolverían. Ella lo quería y él la quería a ella. ¿Qué dificultad podía haber teniendo eso?

Martes, 12 de abril
Londres, Inglaterra

El piso de Angela, en un bloque de Denbigh Street, era pequeño, pero pulcro y limpio: una sala de estar, cocina, dormitorio y cuarto de baño. Y tenía una mesa de masaje instalada en su pequeña sala de estar. Michaels se lo comentó: ¿hacía tantos masajes que tenía la mesa siempre lista?

No, respondió Angela. Sólo la había sacado e instalado hoy.

En la cabeza de Michaels se disparó una pequeña alarma.

Angela le entregó una sábana.

—Desnúdate y acuéstate boca abajo —le ordenó—. Cúbrete con esto. Voy a quitarme la ropa de trabajo y a ponerme algo más cómodo.

Ella se retiró al dormitorio y Michaels se quedó de pie en el piso de una mujer atractiva a la que apenas conocía, con una sábana doblada, pensando en desnudarse.

No era una buena idea.

Sin embargo, disponía de una auténtica mesa de masaje y parecía conocer muy bien la anatomía humana. Michaels resopló. *Qué diablos.*

Se desnudó hasta quedarse en calzoncillos, un *slip* de seda negra que Toni le había regalado, se acostó boca abajo sobre la mesa y se cubrió con la sábana.

Cuando Angela entró de nuevo en la sala, llevaba un pantalón de chándal gris y una camiseta sin mangas.

Pantalón de chándal. Bien.

—¿Listo?

—Sí.

Empezó hundiendo el codo en la parte superior de su espalda y al cabo de un par de minutos Alex se relajó. Una diminuta parte de sí mismo se sentía ligeramente decepcionada, se trataba de un masaje, pero en general se sentía aliviado. Era una chica hermosa e inteligente, pero su vida ya era suficientemente complicada. No le impediría dormir tranquilo el hecho de que le frotara la espalda.

Durante unos treinta minutos, Angela manipuló sus músculos dorsales. Luego pasó a las piernas y Michaels se puso un poco tenso, pero Angela actuaba con mucha naturalidad, sin dejar de vapulear su bíceps femoral y su medio tendinoso con suficiente fuerza para que le doliera un poco, descubriendo sus piernas una por una mientras mantenía el resto del cuerpo cubierto con la sábana.

Se centró a continuación en sus pies y sus pantorrillas, antes de ocuparse de los glúteos, con las manos por debajo de la sábana.

—Así no funciona —dijo Angela mientras le quitaba rápidamente los

calzoncillos.

—¿Qué haces, Angela?

—Tranquilo, Alex. No puedo masajear debidamente los músculos si están cubiertos.

Michaels intentó relajarse, pero era difícil con los dedos de Angela hurgando en su trasero.

Y, lamentablemente, pronto no tardó en ser eso lo único que se puso duro.

Pero por lo menos estaba boca abajo y podía disimular, aunque era un poco incómodo.

A los cinco minutos de manipular sus glúteos, Alex empezaba a relajarse, cuando Angela dijo:

—Bien, date la vuelta.

—¿Cómo?

—La espalda es sólo la mitad de tu cuerpo. Debo ocuparme también de la parte delantera.

Mierda. ¿Cómo explicar su... *estado* actual?

—Bueno, el caso es que volverme puede ser...

—¿Te has excitado un poco? No te preocupes, Alex. No es la primera vez que lo hago. Siempre ocurre —dijo mientras levantaba la sábana—. Date la vuelta. Yo sujetaré esto.

No le entusiasmaba la idea de tumbarse de espaldas y revelar la dirección que habían tomado sus pensamientos. Cuando Angela soltara la sábana, parecería una tienda de campaña. Pero, bueno, qué remedio. Cerró los ojos y se dio la vuelta.

—Caramba. ¡Qué maravilla! —exclamó Angela.

Michaels abrió los ojos en el momento en que Angela dejaba caer la sábana al suelo, se subía a la mesa y se sentaba a horcajadas sobre él.

Su pantalón de chándal había desaparecido, ¿cómo lo habría hecho? Y no llevaba nada debajo. En pocos segundos estarían enzarzados y Michaels sabía que entonces su mente dejaría de funcionar por completo. Estaría perdido.

—Oye, Angela.

—Dime.

—Realmente no puedo hacerlo.

—Es evidente que puedes y ciertamente lo deseas —respondió Angela, señalándolo.

—Sí, pero el caso es que *no puedo*. Tengo una relación.

—Nunca lo averiguará por mí. Nadie lo sabrá jamás.

Michaels meneó la cabeza.

—Yo lo sabré.

Angela retrocedió y lo miró.

—¿Estás seguro?

—Sí —suspiró Michaels.

Michaels despertó de un sueño turbado en su habitación, con el sonido de su *virgil* que interpretaba *Bad to the Bone*. Dios mío, ¿sería posible?

¡Toni!

¡Joder! Se había metido en un buen berenjenal.

El *virgil* seguía recordándole el lío en el que estaba metido y se levantó para buscarlo. Sí, bueno, en realidad no había *hecho* nada, pero no debería haber ido al piso de Angela y a pesar de todo lo había hecho. Si pudieran ahorcarlo a uno por pensar, ahora ya tendría la soga al cuello. Lo que menos le apetecía ahora era hablar con alguien, particularmente con Toni.

Dejó la visión desconectada.

—Diga.

—Hola, jefe.

Jay Gridley. Gracias a Dios.

—Jay, ¿cómo estás?

—Mucho mejor. He localizado el programa de seguridad que atacó mi cabeza y lo he destruido.

—Te felicito.

—Esta es la parte fácil, jefe. Todavía debo encontrar al individuo que lo creó. Pero debería ser más fácil con esto eliminado.

—Bien.

—Por cierto, ¿está Toni por ahí?

Michaels sintió una punzada en las entrañas.

—No, está en París. Volverá esta tarde.

—Luego la llamaré. Hay cierto material en su fichero al que necesito tener acceso.

—De acuerdo.

—¿Cómo está Londres? ¿Divertido?

¿Si se divertía? Pues no, no exactamente. Se estaba convirtiendo en la mayor mierda desleal y mentirosa del mundo. Bueno, técnicamente no había sido infiel, pero sin duda se sentía como si lo hubiera sido. Le habían faltado escasos centímetros.

—Sí —respondió—. Muy divertido. Hablaré luego contigo, Jay. Manténme informado.

Apagó su *virgil*. Maldita sea. ¿Cómo podía haber sido tan estúpido? La idea de tomar unas copas, comer un poco y un masaje no parecía tan mala. ¿No era cierto que le dolía el cuello? No tenía nada de malo desnudarse ante el médico, o el masajista terapéutico. Pero debía reconocer que se le había ocurrido la posibilidad de que no acabaran ahí las cosas. Sólo un pequeñísimo margen le permitía pensar que había salido en cierto modo victorioso, aunque la sensación era más bien de derrota.

Evidentemente, debería contárselo a Toni.

Y la cuestión era: ¿Cómo se lo contaría?

Ah, por cierto, ¿sabes que cuando estabas en París fui a casa de Angela, me desnudé, dejé que me frotara la espalda y casi también la parte delantera?

¿Cuándo surgiría eso en la conversación?

Joder.

VEINTIOCHO

Martes, 12 de abril
Londres, Inglaterra

Goswell miró por encima de su *Times* a *sir* Harold Bellworth, que contemplaba con cierta preocupación su cigarro apagado por falta de atención. El caballero le había pedido a Paddington otro fósforo y Goswell pensó que aquél sería un buen momento para preguntarle lo que quería.

—Por cierto, Harry.

—Dime —respondió Bellworth después de dejar de contemplar su cigarro apagado.

—¿Te acuerdas de aquel asunto con ese... armenio, hace unos meses?

—¡Cómo podría haberlo olvidado! —refunfuñó Bellworth—. ¡Ese maldito granuja, husmeando en mis negocios!

—Oí que había tenido un... lamentable accidente ese armenio.

—Sin duda lo tuvo. Se cayó del andén en la estación del metro y lo aplastó un tren. ¡Lo tenía merecido y no supuso ninguna pérdida para la humanidad, maldito extranjero!

Goswell esperó cuando regresó Paddington, que sacó un fósforo de la caja, lo encendió y se agachó para que Bellworth resucitara su habano. Se formó una aromática nube cuando el caballero encendió de nuevo su cigarro.

—Muy amable, Paddington —dijo Bellworth.

Paddington le acercó el cenicero, porque Bellworth era conocido por su mala costumbre de dejar caer la ceniza sobre la alfombra.

—De nada, señor. ¿Desea algo más?

—No, no, eso es todo.

Paddington desapareció como por arte de magia. Bellworth miró de nuevo a Goswell.

—¿Por qué diablos sacas a relucir un asunto tan desagradable, Gossie?

—Bueno, me avergüenza reconocerlo, pero tengo un problema un tanto parecido. Creo que necesito a alguien... discreto para resolverlo.

Bellworth dio otra calada, alejó el cigarro, examinó el extremo encendido y asintió envuelto en una nube gris.

—¿No dispones de tu propio personal para que se ocupe de esas cosas?

—Me temo que uno de ellos es el problema. ¿No pretenderás que se ocupe de él uno de sus propios subordinados?

—Cielos, claro que no, sería malo para la moral y todo lo demás, te comprendo perfectamente. ¿Qué te parece si me pongo en contacto con mi individuo y le digo

que te llame?

—Si no es demasiada molestia, Harry.

—Qué va, en absoluto, dalo por hecho. A propósito, ¿qué opinas de la propuesta de lord Cleese de resucitar los asilos de los pobres? Personalmente me parece una idea bastante inteligente.

Goswell sonrió. Ése era un tema en el que indudablemente estarían de acuerdo: poner a los pobres a trabajar, en lugar de mantenerlos a costa del Estado. Los malditos socialistas arruinarían el país si alguien no se lo impedía, y para Goswell esa clase de sugerencias eran perfectamente acertadas. Nunca llegaría a ocurrir, evidentemente. A pesar de que cundiría la histeria entre los malditos socialistas si alguien lo intentaba, el mero hecho de que se planteara en el Parlamento obligaría a la gente a reflexionar. Sin duda lo haría.

Al parecer se vería obligado a asumir directamente el control de su propia guerra personal contra la idiotez del mundo, dado que sus herramientas principales de algún modo se habían descarriado. Era de esperar que hoy en día sucedieran esas cosas, pero en cierto modo todavía le sorprendían. En la actualidad, sencillamente uno no podía encontrar ayuda fiable, por lo menos no del calibre de antaño. Era una lástima.

Martes, 12 de abril

Londres, Inglaterra

Toni no esperaba ver a Alex cuando logró abrirse paso entre la multitud en la estación de ferrocarril del canal, pero ahí estaba. Estaba cansada del viaje desde París y el aire en el diminuto túnel del canal de la Mancha parecía particularmente pesado, aunque con toda probabilidad era una cuestión puramente psicológica; se sentía la opresión del agua invisible; por lo menos no padecía claustrofobia. Estaba agotada, pero se animó inmediatamente al verlo.

—¡Alex! ¿Qué estás haciendo aquí?

Se dieron un abrazo y él le cogió la bolsa.

—Te he echado de menos. Bienvenida, cariño. ¿Cómo te ha ido?

—Bien. Los franceses son realmente educados en su mayoría. Son sólo unos pocos los responsables de su mala reputación. Bueno, no tan pocos, pero ha ido bastante bien. Siempre y cuando uno no aparente entender su idioma, ni intente hablarlo, ni siquiera los camareros son demasiado desagradables.

—A ti siempre te han gustado los entusiastas de Jerry Lewis —dijo Michaels.

—Era un cómico genial. Ten en cuenta que no es fácil hacer bufonadas.

Michaels se rió. Era una vieja broma entre ellos. Pero Jerry Lewis tenía gracia; había creado aquel personaje parecido a un simio, lo había elaborado y algunos de sus papeles dramáticos recientes eran tan buenos como los de cualquier otro actor. Estaba infravalorado.

—¿Ha ocurrido algo por aquí?

—No... en realidad, nada. Bueno, salvo que he recibido una llamada de John Howard. Ha aterrizado en una base de las fuerzas aéreas al norte de la ciudad.

—¿El coronel? ¿Por qué?

—Ruzhyó, el sicario de Plekhanov. Le han seguido la pista hasta Inglaterra.

—Estupendo. Una pieza más del rompecabezas.

Michaels no hizo ningún comentario.

—Pareces cansado —dijo Toni.

—No he dormido bien.

—Apuesto a que te ayudaré a dormir esta noche.

—Estoy seguro.

Toni le estrujó el brazo y él le sonrió. Últimamente se habían estado cruzando en las tinieblas. Había llegado el momento de volver a seguir juntos el mismo camino.

—¿Has hablado con Jay? —preguntó Toni—. Me llamó. Está mejor.

—Sí, es una buena noticia.

—Y dice que progresa en su búsqueda del *hacker*.

—Ya era hora de que recibiéramos alguna buena noticia en ese campo.

Parecía un poco tenso, pero no había más que verlo para percatarse de que estaba realmente cansado. Una buena ducha caliente y meterse juntos entre las sábanas les vendría de maravilla a ambos. Toni había echado de menos acostarse con él. Y, a decir verdad, todo ese ejercicio que hacía con Carl la excitaba bastante. Lo mejor era quemar esa tensión y asunto resuelto.

Martes, 12 de abril

Cambridge, Inglaterra

Howard viajaba en el asiento posterior del Ford, detrás de Julio y del conductor prestado por la RAF. Se dirigían al sur por la M11, hacia Londres. Vieron indicadores a Bishops Stortford y Sawbridgeworth, y salvo por los colores y formas de las señales, podían haber estado en una autopista norteamericana de las afueras de Nueva York o del norte de California. El verde era parecido y los indicios de civilización no muy diferentes. Bueno, salvo por el hecho de tener que circular por el lado contrario de la carretera.

Julio iba sentado donde en Norteamérica estaría el volante y parecía un poco más relajado en la autopista que cuando circulaban por las calles. Al salir de la base, cada vez que doblaban una esquina y veía coches que se acercaban en dirección contraria, Howard se había percatado de que Julio se ponía tenso y llevaba el pie a un freno imaginario. Comprendía cómo se sentía, puesto que él también había frenado varias veces desde el asiento trasero.

¿Por qué diablos habían decidido los ingleses conducir por el lado equivocado de

la carretera?

Tal vez era un poco más fácil, porque los controles del conductor estaban a la derecha, pero Howard tendría que acostumbrarse bastante antes de querer conducir en ese país.

Estaban todavía a treinta millas del centro de Londres, según les dijo el conductor, pero circulaban aproximadamente a setenta y cinco, y Howard sabía que no eran kilómetros, sino millas por hora. Se dirigían al MI-6 para reunirse con el comandante Michaels, e informarle de la caza del «rifle», que era lo que Ruzhyó significaba en ruso. Aquel individuo tenía un perverso sentido del humor, encima de todo lo demás.

—¿Está usted bien, sargento?

—Muy bien, señor. Disfrutando del hermoso paisaje.

El conductor, un soldado de la aviación británica, sonrió.

—En una ocasión visité a mi tío en la ciudad de Nueva York —dijo—. La primera vez que salí en su coche creí que iba a volverme loco. ¿Por qué han decidido los yanquis conducir por el lado equivocado de la carretera?

—Se equivoca, Limey —repuso Fernández—. ¿Cómo se llama este artefacto? Ford, ¿no es cierto? Nosotros inventamos los coches y, por consiguiente, fuimos los primeros en decidir por qué lado circular.

—Usted perdone, sargento, ¿pero de dónde ha sacado esa idea? Henry Ford no fue más que un advenedizo. Fabricar muchos coches no es lo mismo que ser el primero, ¿no es cierto?

—¿Pretende decirme con toda seriedad que fueron los ingleses quienes inventaron el automóvil?

—Es la pura verdad, sargento.

—Paparruchas.

—Bueno, todo el mundo sabe que fueron los franceses quienes fabricaron los primeros coches de vapor —sonrió el conductor—. Nicolás Joseph Cugnot, en 1769, con su triciclo de vapor. A partir de 1830, todo el mundo utilizaba vehículos de vapor, en Inglaterra y en media Europa. Los usaban incluso en Norteamérica, después de su guerra civil. Pero no hablamos de versiones reducidas de los trenes de vapor para circular por la carretera. Hablamos de automóviles, ¿no es cierto?

»El primer coche de verdad con un motor de combustión interna fue construido en el barrio londinense de Shooter's Hill por Sam Brown, alrededor del 1823 o 1826, según el propio Sam, que era un poco vago respecto a las fechas. Funcionaba con hidrógeno carburado. A mi entender, un poco anterior a John Lambert, que construyó el primero en Estados Unidos en 1891. Se adelantó en casi dos años a los hermanos Duryea, a quienes se atribuye el mérito de haber sido los primeros, pero eso no es más que un grano de arena en la playa comparado a sesenta años, ¿no le parece?

—Estupendo —respondió Fernández—. Me ha tocado en suerte sentarme junto a un jodido historiador que se hace pasar por conductor de las fuerzas aéreas.

El chofer se rió.

—El hombre debe conocer sus herramientas, ¿no cree? Puesto que los conduzco, no está mal que sepa un poco acerca de los mismos.

Fernández rió.

—Uno a cero a favor del equipo local. ¿Por qué lado conducen en Francia?

—¿A quién le importa eso? —repuso el conductor—. Son franceses, ¿no es cierto?

Incluso Howard soltó una carcajada.

Martes, 12 de abril

Londres, Inglaterra

Ruzhyó se reunió con Peel en una esquina, frente a un gigantesco letrero de Coca-Cola con millares de luces parpadeantes. Debían hablar de su misión, pero cuando le preguntó por la misma, Peel negó con la cabeza.

—Necesito que haga otra cosa para mí —respondió.

—Usted dirá —dijo Ruzhyó, con una ceja levantada.

Los turistas circulaban afanosamente por las aceras. Un grupo de escolares uniformados, cogidos de la mano de dos en dos, serpenteaba como una oruga blanca y azul.

Peel parecía estar nervioso. Aunque con discreción, no dejaba de mirar a su alrededor, como si alguien lo vigilara.

—Necesito que alguien me cubra las espaldas —respondió Peel—. Creo que tal vez he ofendido a alguien.

Ruzhyó asintió.

—¿Sabemos a quién?

—No con certeza. Tengo una idea, pero debo investigarla más a fondo.

—¿Por qué yo?

Lo que preguntaba en realidad era más complejo: «¿Por qué confiar en mí? No nos conocemos muy bien. ¿Acaso no dispone de sus propios hombres?».

Peel contestó la parte de la pregunta que no había formulado:

—Porque usted no tiene ninguna razón para quererme ver muerto.

Ruzhyó permaneció perfectamente impassible.

—No, que usted sepa.

Peel le brindó una pequeña sonrisa forzada.

—¿Tiene alguna arma?

—Todavía no —mintió, sin alterar el tono de su voz.

Peel sacó una pequeña bolsa de nailon azul oscuro, con cremallera, del bolsillo interior de su chaqueta y se la entregó.

—Una Beretta italiana, modelo 21 A, del calibre veintidós, aunque este modelo

está fabricado en Norteamérica. Seis balas en la cámara, una en la recámara, doble acción el primer disparo si lo desea y cañón abatible.

—Estoy familiarizado con esa arma.

Peel asintió.

—Hay dos peines de repuesto ya cargados. proyectiles sólidos CCI Minimag. Podría haberle conseguido un calibre mayor, pero tengo entendido que el personal del *Spetsnaz* los prefiere pequeños.

—Servirá. ¿Y cómo dispara?

Peel asintió, como si esperara la pregunta, pero satisfecho de que la formulara.

—No he tenido tiempo de encargarle a un armero que la suavizara, de modo que la doble acción va un poco dura, tal vez unas doce o catorce libras. La acción simple está bastante ajustada, unas cinco libras aproximadamente, pero con un ligero desplazamiento. Da en el blanco a siete metros, cinco centímetros por encima y ligeramente a la derecha a los veinticinco.

—Comprendo.

—Agradecería que la tuviera a mano. Y si ve a alguien que se me acerca sigilosamente por la espalda con una pistola o un cuchillo, dispárele, ¿de acuerdo?

Ruzhyó inclinó ligeramente la cabeza al estilo militar, se guardó la bolsa en el bolsillo y abrió la cremallera. Palpó la pistola y quitó el seguro con el pulgar. Dada la escasa longitud del cañón, la Beretta no dispararía con tanta precisión como la carabina disimulada del paraguas, pero era otra arma de fuego. Además, Peel sabía lo peligrosa que podía llegar a ser aquella pequeña arma.

El ruso se integró en el paisaje, como un turista más con su paraguas, con la misión de evitarle a Peel posibles problemas. Peel se sentía algo mejor, un poco más seguro. Tal vez la sensación de acoso no fuera más que un producto de su imaginación, pero no había mantenido el cuerpo y el alma unidos haciendo caso omiso de esas alarmas internas. De vez en cuando se equivocaba y no se descubría nada inusual, ¿pero para qué arriesgarse?

En una ocasión vivaqueaba con un escuadrón durante unas maniobras en un bosque de Nueva Gales del Sur, en Australia. Habían penetrado más de veinticinco kilómetros por la maleza, al pie de las montañas. Estaban a sólo unos seiscientos metros de altura, en una zona seca enteramente cubierta de un polvo rojo y espeso, que se levantaba en forma de nube cada vez que pisaban fuera de sus tiendas. Estaban acampados en un pequeño claro del bosque, rodeados de una vegetación tan densa que parecía un muro.

Ya casi al anochecer, cuando los hombres se disponían a preparar la cena, Peel sintió miedo. De pronto le invadió un temor incontenible, tan rápido e intenso que quería echar a correr, huir de aquel lugar lo antes posible.

Era completamente irracional. Que ellos supieran, no acechaba ningún peligro en

su entorno, ningún ser humano en muchos kilómetros. Intentó razonar. Maldita sea, era un oficial de carrera, un teniente con experiencia en el campo de batalla, joven, valiente, armado hasta los dientes, acompañado de seis veteranos capaces de masticar clavos y mear alfileres, armados como él, y no había nada en esos bosques que pudiera preocuparles seriamente. No obstante, la sensación de fatalidad era innegable. Sin dar explicaciones y como si formara parte de su entrenamiento, ordenó a los soldados recogerlo todo y disponerse para la marcha en cinco minutos. Tardaron casi siete, pero cuando estuvieron listos marcharon diez kilómetros a paso ligero, hasta que Peel dejó de percibir la sensación de peligro. Acamparon de nuevo, nombraron un centinela y se acostaron.

De madrugada, antes del amanecer, el centinela despertó a Peel y le mostró un resplandor rojo anaranjado en el firmamento. Un incendio forestal.

Luego, cuando lo comprobaron, Peel descubrió que el incendio se había iniciado precisamente debajo de su primer campamento. Había subido por la montaña con tanta rapidez que las llamas habían alcanzado a los venados que huían, y si él y sus hombres hubieran permanecido donde estaban, ninguno de ellos habría sobrevivido.

Sus hombres quedaron impresionados.

¿Cómo lo había sabido? ¿Un ligero indicio de humo en el aire que nadie más había percibido? ¿Algunos animales asustados en el bosque, cuyo miedo era tan intenso que de algún modo él había llegado a captarlo? Se lo había preguntado, sin hallar nunca una respuesta satisfactoria. Aunque no supiera cómo, lo más importante era que lo había hecho. Alguna intuición le había indicado que la muerte estaba cerca y tuvo suficiente sensatez para actuar en consecuencia.

Varias cosas parecidas habían ocurrido en diversos combates y exploraciones desde entonces, aunque nada tan dramático como lo sucedido en Australia, y cuando sentía un toque frío en el hombro, prestaba atención. En la mayoría de los casos, su reacción le había salvado la vida.

Allí no había ningún enemigo a la vista, pero sentía el miedo. La única causa que llegaba a deducir era el científico. Nadie más sabía lo que estaba haciendo y aquel individuo tenía ciertamente algo que esconder. No tenía sentido, no después de que Bascomb-Coombs le entregara un maldito millón y lo convirtiera en una especie de socio de su negocio, ¿pero quién más podía ser? Además, a decir verdad, no había visto el dinero en ningún lugar, amontonado nítidamente sobre una mesa. Se trataba de una garantía electrónica de un banco indonesio y normalmente eso habría bastado, ¿pero acaso no era Bascomb-Coombs propietario y operador del ordenador más perverso del mundo? Sin duda podría engañar a alguien sin los conocimientos informáticos necesarios para distinguir la diferencia, si se lo proponía.

¿Por qué querría hacerlo?

Peel no tenía la menor idea, pero ahí había algo al acecho y no quería convertirse en su víctima. Era preferible tomar medidas para averiguarlo y, además, cuanto antes. Y si se trataba de Bascomb-Coombs, toda su genialidad sería inútil contra un cuchillo

entre las costillas o un tiro en la nuca. Cuando las cosas se ponían feas, la espada era indudablemente mucho más eficaz que la pluma.

Peel se dirigió a la estación del ferrocarril, sintiéndose algo mejor ahora que había empezado a tomar medidas.

VEINTINUEVE

*Martes, 12 de abril
Washington, D. C.*

Jay esperaba la visita de Sojan Rinpoche. Iba a ir allí, a su casa, en carne y hueso, y Jay estaba algo más que un poco nervioso.

La ventaja de la realidad virtual era que uno podía moldear a su antojo su propia imagen. Lo cierto era que Jay solía parecerse a sí mismo en muchos escenarios, porque no valía la pena tomarse la molestia de crear una imagen para impresionar a los demás. Bueno, sí, tal vez se retocaba un poco, parecía ligeramente más alto, más musculoso, con las facciones un poco más angulosas, pero no hasta el punto de ser irreconocible en el mundo real. En cualquier caso, después de varios años, uno solía prestar escasa atención al aspecto de otros en la realidad virtual. Cuando se encontraba con ellos en alguna conferencia u otro acontecimiento del mundo real, a veces no acababa de coincidir la persona auténtica con su imagen en la red. En muchas ocasiones elaboraban una imagen completamente diferente, pero no se molestaban en cambiar la voz y era desconcertante oírlos hablar desde un cuerpo irreconocible. O cambiaban la voz pero no la cara, y eso también resultaba extraño.

La verdad era muy subjetiva en la realidad virtual. El propio término era casi un contrasentido.

Saji le había dicho a Jay por la red que estaría en Washington durante un par de semanas y le había preguntado si quería conocerlo en el mundo real. Jay accedió, aunque tenía ciertas reservas. Saji le había salvado la vida, no cabía la menor duda de eso, y por ello estaba realmente en deuda con él, pero le preocupaba ligeramente que el Saji real no correspondiera a la versión virtual. Los budistas trabajaban con las ilusiones desde mucho antes de que se inventaran los ordenadores y su aspecto podía ser o no ser el mismo que el de Saji. A veces uno detestaba conocer a alguien que le inspiraba un gran respeto por temor a que la realidad no estuviera a la altura de su imaginación. En una ocasión, de niño, se había encontrado por casualidad con un presentador de televisión que le encantaba. En pantalla era sonriente, simpático, la clase de hombre que a los niños les gustaría tener como padre; para Jay era un héroe. El presentador vio a Jay y las primeras palabras que brotaron de sus labios fueron: «Maldita sea, ¿quién ha dejado entrar a ese estúpido renacuajo?».

Para que luego se hable de los héroes de la infancia.

Jay había matado al tigre, pero comparado con lo que le quedaba por hacer, ésa era la parte fácil. Ahora perseguía a un tiranosaurio, acechaba a un dragón y necesitaría una arma más potente. Y más valor. Saji lo obligaría a desahogarse, a expresar sus sentimientos, y eso tampoco sería divertido. En cierto sentido, eso le

daba más miedo que el propio monstruo. ¿Quién había dicho que la vida inexplorada no valía la pena vivirla? ¿Platón? ¿Aristóteles? Sí, puede que fuera cierto, pero si uno pasaba demasiado tiempo indagando en su propia psique, empezaba a dar miedo. Puede que tampoco valiera la pena vivir una vida excesivamente explorada.

—Jay, tienes una visita —dijo el ordenador de la casa, en su tono grave y sensual de Betty Bacall.

Saji había llegado.

Estaba preparado para cualquier sorpresa. Respiró hondo y se dirigió a la puerta. La abrió.

Ahí había una morena bajita de pelo corto, con unos vaqueros azules, una camiseta negra y botas de montar. Parecía tener unos veinticinco años, medía aproximadamente metro cincuenta, incluidas las botas, y tenía unos grandes hoyuelos en las comisuras de una hermosa sonrisa. Supuso que podía ser tibetana, pero sus facciones no parecían orientales.

—Hola, Jay —dijo la chica.

Bueno... *mierda*. Se percató de que, después de todo, había sorpresas para las que no estaba preparado.

—Saji.

No fue una pregunta. Qué putada. No sólo Saji era mujer, sino joven y hermosa. ¡No era justo!

Qué putada.

Martes, 12 de abril

«The Yews», Sussex, Inglaterra

—Una llamada para usted, señor —anunció Applewhite cuando entraba en la sala con el teléfono en la mano—. Un caballero llamado... Pound Sand, milord. Dice que usted espera su llamada.

Goswell hizo una pausa y examinó el interior de los cañones de la escopeta que estaba limpiando. ¿Pound Sand? No conocía a nadie con ese nombre. ¿Había oído alguien semejante apellido? Sopló con fuerza por uno de los cañones, que produjo un sonido hueco, y expulsó al aire pelusa del trapo de algodón con el que los limpiaba, que flotaron en dirección a los rayos del sol del atardecer.

—Dice que un viejo caballero amante de los habanos le ha dicho que llamara.

Ah, era él. Cogió el teléfono y le indicó a Applewhite que se retirara.

—Diga.

—¿Lord Goswell?

—Sí, soy yo.

—Un momento, señor, por favor.

La voz parecía culta, propia de una buena familia y una buena educación. Se oyó

un tono electrónico al otro extremo de la línea.

—Disculpe el retraso —dijo su interlocutor—. Las precauciones nunca son excesivas, ¿no le parece?

—¿Acaba de hacer un análisis de voz?

—Sí, milord. Y la línea es segura, nuestra conversación está perfectamente codificada. Confío en que nadie escuche por un supletorio en su casa.

Goswell asintió en silencio. Estaba impresionado.

—No, estamos solos, señor... Pound Sand —dijo.

Su interlocutor se rió.

—Espero que disculpe mi pequeña broma, milord. *Sir Harold* me ha indicado que tiene usted un problema un tanto delicado.

—Sí, eso me temo.

—¿Desea usted que se resuelva de forma temporal o permanente?

—Permanente, por desgracia.

—Me ocuparé de ello inmediatamente.

—Necesitará los detalles.

—Con el nombre basta, milord. Puedo averiguar el resto. Goswell sonrió. *¡Estupendo!* Facilitó al asesino el nombre de Peel.

—Gracias, milord, me ocuparé de ello. Que usted lo pase bien.

Goswell colgó el teléfono. Ninguna alusión al dinero ni a detalles escabrosos. Maravilloso. Ahora se sentía mejor. Por lo menos quedaban todavía algunos hombres en quienes se podía confiar.

Martes, 12 de abril

Londres, Inglaterra

Alex Michaels caminaba por la orilla del Támesis, cerca de los jardines de Jubilee, contemplando las embarcaciones de turistas que circulaban por el río, con el deseo de poder hacer retroceder el tiempo. Su vida se había convertido en un maldito culebrón. Su investigación estaba paralizada. Su exesposa quería la custodia exclusiva de su hija. Mantenía una relación con su ayudante. Pero lo peor era que casi se había acostado con otra, que habría sido sólo la tercera en doce años. ¿Cómo podía contárselo a Toni? ¿Qué podía decirle? *Por cierto, cuando te ausentaste, estuve a punto de pasar la noche rodando por el suelo y rompiendo muebles con la encantadora agente secreta británica Angela Cooper. Lo siento.*

Se sentía como si tuviera un simio pegado a la espalda, que le agarraba fuertemente el cuello y los hombros con los brazos, y que ejercía tal presión alrededor de su torso con las piernas que resultaba casi asfixiante. Nunca se había sentido tan culpable en toda su vida. Jamás había hecho nada parecido. ¿Cómo podía haber sido tan estúpido? ¿Cómo diablos iba a enmendar su error?

¿Era posible enmendarlo?

No soportaba la idea de que pudiera perder a Toni. Pero si se lo contaba; no, *cuando* se lo contara, eso podría suceder. Puede que le diera un bofetón y lo abandonara, aunque eso no le asustaba tanto como el dolor que vería en su rostro.

¿En qué diablos había estado pensando?

Claro que podía intentar culpar a Angela, que se había esforzado bastante en llevarlo a su casa, preparando incluso la mesa de masaje, pero no se engañaba a sí mismo con ese razonamiento. No lo había obligado a punta de pistola. Esas cosas no se hacen sin cooperación. Podía haber rechazado educadamente la oferta y haberse ido a su casa.

No se puede pinchar sin un pincho.

Claro que en realidad no había pinchado nada, pero al igual que con las herraduras y las granadas de mano, en esta clase de situaciones contaba la proximidad. Maldita sea.

Unos turistas japoneses, desde una barcaza con un toldo coloreado, le sonrieron y lo saludaron con la mano. Probablemente lo tomaron por un londinense; no había mucha diferencia entre el aspecto de un inglés y el de un norteamericano.

Aquellos turistas no sospechaban que la idea de arrojarse al Támesis y permanecer en el fondo de sus aguas tenía en aquel momento cierto atractivo morboso para él.

Les devolvió el saludo.

—Que os zurzan —masculló con una falsa sonrisa.

¿Cómo podían hacer eso los hombres, engañar a sus mujeres o compañeras estables, como había hecho él? O casi... En una ocasión había tomado unas copas con un abogado que había conocido en el trabajo, un individuo alto, apuesto y rico, casado con una mujer hermosa. Tenían tres hijos, una gran casa en Virginia, dinero, perros, gatos, todo lo necesario para ser felices. Empezaron a hablar. Después de un par de copas, el abogado empezó a sincerarse con Michaels. No hacía mucho, contó el abogado, había asistido a un desayuno de beneficencia en Washington. Además de su esposa, había cuatro mujeres muy atractivas en su mesa, unas casadas, otras no, de edades que oscilaban entre los veintidós y los cuarenta. Según él, durante el último año se había acostado con todas ellas y ansiaba volver a hacerlo. Ninguna de ellas sabía lo de las demás. Afirmó que era un momento culminante para él.

Michaels estuvo a punto de atragantarse con la bebida. Aquel individuo debía de estar loco. La idea de estar sentado a una mesa con cinco mujeres, después de haberse acostado con todas ellas, le aterrorizaba. En semejante situación, estaba seguro de que él se habría muerto de miedo. La tensión habría sido insoportable. Imaginaba que le estallarían la cabeza como un cohete en Nochevieja.

Su experiencia era limitada, pero estaba convencido de que de algún modo las mujeres se percataban de esas cosas. Con cierto tipo de mirada o de comentario por parte de Angela, Toni lo sabría. Y eso era lo último que quería que sucediera, que lo

averiguara por otra persona en lugar de contárselo él mismo.

La penúltima cosa que quería era contárselo.

¡Maldita sea! ¿Qué podía hacer? Independientemente de cómo se lo planteara, siempre salía perdiendo.

Deberías haberlo pensado cuando te desnudaste y te acostaste sobre aquella mesa de masajes, amigo. Deberías haber activado el cerebro antes del mecanismo hidráulico...

Ruzhyó se mantenía a un par de vehículos de distancia cuando seguía a Peel en su coche alquilado. No se consideraba a sí mismo un experto en vigilancia, había conocido a algunos individuos capaces de seguir una alma por las puertas del infierno, sin que el propio diablo se percatara de ello, pero era mucho más fácil cuando se hacía con el consentimiento del sujeto y éste *quería* que lo vigilaran. No era la primera vez que seguía a alguien, generalmente lo había hecho poco antes de matar a un sujeto. Además, ciertamente conocía lo esencial de una vigilancia en movimiento: cómo esconderse, cómo integrarse en el entorno, cuándo retirarse y dejar libre al sujeto para no delatarlo. Estas habilidades formaban parte de su oficio, y a pesar de no ser un maestro, las dominaba.

Ruzhyó se fijó en el nombre de la calle por la que circulaban: Old Kent Road. Y allí, a un lado, había algo llamado South East Gas Works. Tomó nota mental de los detalles.

Una de las cosas que solían olvidar los principiantes era prestar atención al lugar donde se encontraban. Tenían tendencia a concentrarse en el sujeto, excluyendo todo lo demás. Les podía pasar perfectamente inadvertida la presencia de un amigo del sujeto, cuya función era precisamente detectar si alguien lo seguía. O podían seguir al sujeto por una serie de vueltas y recodos, incluso cuando éste se pasaba de listo e intentaba averiguar si alguien lo seguía, pero si no prestaban suficiente atención, cuando se detenía comprobaban que no tenían la menor idea de dónde se encontraban. En una ciudad conocida, puede que esto no supusiera ningún problema, pero en un lugar desconocido podía crear dificultades. Si uno no disponía de un buen plano local o de un GPS, regresar a la base podía ser un problema. Y había cosas peores. En todas las ciudades había zonas donde uno no podía aparcar el vehículo y esperar varias horas a que el sujeto regresara a su coche para marcharse. Las calles de los barrios residenciales eran lugares difíciles. Los ricos tenían posesiones que deseaban proteger y también consideraban que tanto la ley como sus representantes debían ofrecerles prioridad. Podía tratarse de una calle pública y tener derecho a aparcar legalmente en la misma, pero si un acaudalado se asomaba a la ventana de su mansión y veía a alguien sentado en un coche frente a su propiedad, llamaría a la policía, que acudiría a comprobarlo, si no llegaba antes una patrulla de seguridad privada.

Aparcar mucho rato frente a un banco tampoco era aconsejable.

Si uno llegaba a una zona desconocida y se encontraba cerca de una escuela primaria, lo suficiente para ver a los niños en el patio, podía apostar cualquier cosa a que no tardaría en aparecer la policía para comprobar si se trataba de algún pervertido a la espera de exhibirse, o algo peor. Si uno no tenía una excelente razón para estar ahí observando a los pequeños y no había razones suficientemente buenas para convencer a la policía de que uno no era lo que ellos suponían, le ordenarían que se marchara.

En dicha situación era útil saber a qué otro lugar dirigirse para ver al sujeto cuando se marchara.

Peel entró en un aparcamiento frente a un pequeño edificio gris de dos plantas.

Ruzhyó siguió adelante y encontró un lugar donde aparcar a pocos metros, bajo un pequeño árbol parecido a un roble. Sonrió. La primera regla de la vigilancia en coche, según las instrucciones de Serge, el viejo agente del *Spetsnaz* ruso de quien había recibido el entrenamiento básico, consistía en aparcar siempre a la sombra. Cuanto más calor hacía, más importante era la misma.

Ruzhyó aparcó, paró el motor y miró para asegurarse de que nadie seguía a Peel al aparcamiento. Nadie lo hizo.

Peel se apeó de su coche y entró en el edificio, sin indicación alguna de que hubiera visto a Ruzhyó. Peel ya le había dicho que el edificio al que se dirigía era seguro y no era preciso que lo siguiera al interior del mismo.

Ruzhyó movió la cabeza en busca de indicios de alguien que ya pudiera estar allí esperando a Peel, o que llegara y tomara posición para cuando se marchara. Si detectaba algo que considerara peligroso, llamaría a Peel por su teléfono móvil y entonces decidirían cómo proseguir.

Sentado en su coche sin nada que hacer salvo vigilar, Ruzhyó, pensó de nuevo en regresar a su casa. Los problemas para viajar estaban casi resueltos y podía encontrar fácilmente la forma de llegar a la parte continental de Europa. Sólo ayer los periódicos habían publicado el caso de un imbécil que había logrado burlar las barreras, las cámaras de seguridad y los guardias, para entrar andando en el túnel del canal. Había caminado todo el día desde Inglaterra hasta Francia, sin que, asombrosamente, el constante flujo de trenes que circulaban a ciento sesenta kilómetros por hora lo succionara del pequeño borde a una muerte segura. En los últimos años habían muerto varias personas en las mismas circunstancias.

Eso demostraba, una vez más, que cuando alguien quiere algo con suficiente ahínco, encuentra la forma de conseguirlo.

No le debía ninguna lealtad a Peel y lo que cobraba no tenía ninguna importancia; tenía mucho dinero. Pero seguiría unos días más con aquel asunto. Era moderadamente interesante y Peel había logrado localizarlo y sorprenderlo. Eso era significativo en su profesión. Unos pocos días no le perjudicarían.

TREINTA

Martes, 12 de abril
Washington, D. C.

Tyrone estaba más o menos escondido en la tienda de artículos deportivos, contemplando el patio de bares y cafeterías. Había dejado de asistir a algunas clases para ir a la zona peatonal. Ahí estaba Bella, sentada en la terraza del Tor-tee-ah Mah-ree-aa, rodeada de media docena de amigas y un par de chicos. Tyrone no reconoció a los muchachos como pertenecientes al círculo de Bella, no eran más que pequeños satélites en órbita alrededor de la brillante estrella. Bella se reía y todos los demás la emulaban; cuando ella hablaba, los demás escuchaban: tenía prestigio.

Los sentimientos de Tyrone para con ella eran ambivalentes. Por una parte, la odiaba profundamente por la forma en que lo había abandonado sin previo aviso, ¡maldita sea! ¡Un tiro entre ceja y ceja, y que te zurzan, Tyrone! No estaba acostumbrada a que los chicos le dijeran que no les gustaba su conducta y él indudablemente lo había hecho. Así de simple, fin del juego, y no te molestes en introducir otra moneda, porque no habrá otra partida.

Por otra parte, no había más que verla. Era realmente hermosa, el centro de atención allí donde se encontrara, y los chicos hacían cola sólo para besar el suelo que pisaba. Y érase una vez en que le había otorgado sus favores. Le había besado, acariciado, permitido que él la acariciara y Tyrone pensaba en la posibilidad de hacerlo de nuevo, de circular sabiendo que gozaba de su atención, que era algo mágico, sin la menor duda. En un momento dado había acariciado aquel pecho perfecto, introducido su lengua en aquella boca perfecta. Era emocionante pensar en ello y afortunado de encontrarse entre dos estantes de prendas de esquí, para que nadie se percatara de lo emocionante que era.

Prácticamente, Bella lo había invitado. Podría salir de la tienda, acercarse tranquilamente a ella y comprobar lo que sucedía. ¿Le sonreiría y lo invitaría a unirse al rebaño, a sentarse junto a ella, porque en el fondo lo respetaba por haberle cantado las cuarenta? ¿O se trataba de algún tipo de perversión enfermiza para dejarlo en ridículo ante sus amigos? Tyrone no creía que lo hiciera. Podría haberlo hecho mucho antes, ¿por qué ahora? Pero no estaba seguro.

En otra época, no hace mucho, habría corrido a toda velocidad sin la menor preocupación. Él la quería. Y creía que ella también lo quería. Pero eso era entonces. La vida da muchas vueltas en pocos meses, qué duda cabe.

Cuando pensaba en Bella se sentía como un trapo mojado, retorcido, escurrido, arrojado a un rincón del fregadero, sin que nadie lo hubiera tendido siquiera a secar. Éste podría ser el momento de comprobar la situación, de saberlo con seguridad.

Pero ¿realmente quería saberlo? Había sido horrible que lo abandonara. Verse humillado en público podría ser infinitamente peor. Ya imaginaba los comentarios de Jimmy Joe y del resto de la pandilla: «¡Eh, tío, he oído que Belladonna te puso verde en medio del paseo! ¡Donna, donna, ah, ah, ah! Restregado por los suelos como un trapo sucio. ¿Cómo te sientes?».

Tyrone meneó la cabeza. No quería intervenir en ese escenario en el mundo real ni en la realidad virtual, muchas gracias.

Quien nada arriesga, nada gana. Pero tampoco pierde, ¿no es cierto?

Por otra parte, si eso servía para recuperar a Bella, volver al sofá de su casa, acariciar su cuerpo perfecto y besar sus labios, ¿no valía la pena arriesgarse?

Desde luego.

Tyrone respiró hondo y soltó lentamente el aire. En el peor de los casos, quedaría como un auténtico imbécil. ¿Y en el mejor...?

Imaginó a Bella desnuda, con el cabello desparramado sobre la almohada. La imagen era tan real, que olvidó respirar. Tenía catorce años y aquella imagen era como para dar la vida por ella, aunque también como para ir a la cárcel, a pesar de que ella fuera mayor que él. Bella. Desnuda...

¡Cielos!

Cuando recordó cómo volver a respirar, Tyrone se dirigió a la puerta. Adelante, actuar o morir. Actuar o morir.

Martes, 12 de abril

Londres, Inglaterra

John Howard estaba frente al edificio del MI-6, observando a su jefe, que se acercaba desde el otro lado de la calle. Lo saludó con la mano y Michaels le devolvió el saludo.

—Coronel. ¿Cómo está usted?

—Bastante bien, señor, dadas las circunstancias.

—¿Alguna novedad en la busca del asesino?

—Sí y no —respondió Howard—. Sabemos que llegó aquí el miércoles, en un vuelo desde Seattle. Lo confirma una grabación de pasajeros en la aduana. Fiorella comprobó las llegadas de Estados Unidos el jueves. Disponemos de una prueba fotográfica.

Le mostró una foto en color de un hombre que paseaba por el aeropuerto. Sobre la fotografía se había sobreimpreso una fina cuadrícula.

—¿Está seguro de que es él?

—Lo parece; la hora y el lugar coinciden. Según el ordenador, las orejas y las manos corresponden a nuestras referencias. A no ser que tenga un hermano gemelo, no cabe duda de que se trata de él.

—¿Entramos? —preguntó Michaels, moviendo la cabeza en dirección al edificio—. De esto hace casi una semana —agregó cuando cruzaban el vestíbulo después de pasar frente a los guardias—. Ahora podría estar en cualquier lugar.

—Sí, señor, es cierto. Pudo haberse marchado antes de que se estropearan los sistemas informáticos. Estamos utilizando el *Baby Huey* y, con la cooperación de los británicos, la teniente Winthrop examina la información de vuelos, trenes, alquiler de coches, e incluso de embarcaciones, desde Londres a cualquier otro lugar. Incluso la fotografía de un pasaporte falso debe guardarle cierto parecido.

—Podría llevar una barba postiza y una peluca —dijo Michaels.

—Examinamos detenidamente a todos los varones que viajen solos, de edad, altura y peso adecuados.

—Podría haber contratado a una acompañante para el viaje.

—Sí, señor, y también podría haber encontrado a un brujo que lo convierta en un gorila. Por alguna parte hay que empezar.

Michaels sonrió.

Llegaron al despacho donde Howard había dejado a Toni Fiorella. En su interior, Toni y una atractiva rubia alta de pelo corto examinaban la ampliación de una imagen holográfica, con docenas de rostros alineados.

—Hemos recibido la primera colección de fotos de Jo Winthrop, coronel —dijo Toni—. Todos con orejas que corresponden al tamaño especificado, o cubiertas por el pelo sin que puedan verse claramente. Hola, Alex. ¿Has dado un buen paseo?

—Sí, gracias —respondió Michaels, pálido e incómodo.

—Lo siento, disculpe mis modales —dijo entonces Toni—. Coronel Howard, le presento a Angela Cooper, nuestro enlace con el MI-6. El coronel Howard es el jefe de los equipos de ataque de Net Force.

La rubia le tendió la mano a Howard y sonrió.

—¿Cómo está usted, coronel? Encantada de conocerlo.

Howard le estrechó la mano y le devolvió la sonrisa. Detectó de reojo una sonrisa forzada en el rostro de Michaels y le dio la impresión de que su jefe estaba a punto de vomitar.

Cuando Cooper soltó la mano de Howard, el coronel se percató de que miraba fugazmente a Michaels y comprobó que éste desviaba la mirada. No era nada, todo había sucedido en apenas medio segundo y podría haberlo imaginado, pero...

Vaya, vaya.

Howard solía ir los domingos a la iglesia, con su esposa e hijo, pero no se consideraba a sí mismo como un profeta, capaz de ver más que cualquier otro. Pero también era verdad que tenía cierta experiencia de la vida y creía comprender bastante bien a la gente.

Ahí había algo. Algo en la mirada que la atractiva rubia le había lanzado a Michaels y en el hecho de que él se hubiera negado a mirarla a los ojos. Algo sucedía.

Howard, al igual que la mayoría de los hombres que pasaban mucho tiempo fuera

de su casa, había sentido de vez en cuando la tentación de una posible relación extramatrimonial. Había habido más de una mujer interesada en conocerlo horizontalmente y un par de ellas suficientemente atractivas como para que llegara a planteárselo. ¿Quién lo sabría? ¿A quién le dolería?

¿Cómo decía la vieja canción? Si uno no puede estar con la persona a la que ama, ¿por qué no amar a la persona con la que está?

Ningún mal, ningún pecado.

Afortunadamente, en todos sus años de matrimonio, dichas ideas se habían desvanecido siempre antes de dar los primeros pasos para convertirlas en realidad. No se consideraba particularmente superior desde un punto de vista moral, también había hecho de las suyas cuando era un joven soldado antes de casarse, pero lo había dejado todo a un lado al decir «sí, quiero». Tal vez tenía más suerte que la mayoría; no había caído en la tentación desde entonces, pero había conocido a muchos hombres que habían optado por seguir pecando. Había visto a muchos de ellos junto a mujeres, a las que fingían no conocer tanto como en realidad conocían.

No podría haberlo jurado sobre la Biblia ante un tribunal de justicia, pero aquel pequeño intercambio de miradas entre Michaels y Cooper le había revelado a Howard algo que prefería no saber: había algo entre ellos. Además, a juzgar por su forma de actuar, Toni Fiorella no lo sabía.

Dios mío. De pronto Howard se alegró mucho, muchísimo, de no encontrarse en el lugar de Alex Michaels.

Martes, 12 de abril
Londres, Inglaterra

Ruzhyó vio al pistolero en el momento de abrir la puerta de su coche.

En realidad fue una cuestión de suerte que se encontrara junto al vehículo y mirara en esa dirección, cuando seguía a Peel a unos doce o trece metros de distancia. De no haber mirado en aquel preciso instante, podría haber sido demasiado tarde, pero vislumbró el reflejo del sol en el acero inoxidable en el momento en que aquel individuo se abrochaba la chaqueta para ocultar la pistola que llevaba a la derecha de su cinturón. En otro medio segundo le habría pasado inadvertida y no habría distinguido al pistolero de cualquier otro peatón que llegara tarde a alguna cita o se apresurara para llegar a las tiendas antes de que cerraran.

El pistolero se apeó aproximadamente a un metro por detrás de Ruzhyó, que siguió caminando, al tiempo que se ladeaba ligeramente a la derecha, como si mirara el escaparate de una tienda de sombreros. El pistolero, que era un individuo alto de escaso cabello claro, con una cazadora sobre una camisa de cuello alto, pantalón caqui y zapatillas deportivas, lo adelantó rápidamente tras su objetivo.

Ruzhyó miró a su alrededor. No vio a ningún hombre de apoyo. Abandonó el

escaparate y aceleró el paso tras el pistolero. Acercó la mano al teléfono móvil que llevaba a la cintura y pulsó la tecla de «enviar».

El número, uno de los dos que Peel le había facilitado, estaba programado de antemano y ahora estaría vibrando el teléfono móvil que Peel llevaba sujeto a su cinturón. Peel le había dicho que nadie más tenía aquel número y si vibraba indicaría que Ruzhyó había detectado un peligro mortal, demasiado cerca para utilizar el otro número y hablar.

Peel giró inmediatamente a la derecha y entró por la puerta de la tienda más cercana. Era una librería.

El pistolero lo siguió.

Ruzhyó aceleró el paso para llegar a la puerta de la librería, medio metro detrás del pistolero. Era fácil disparar y eliminarlo, pero lo querían vivo el tiempo suficiente para averiguar quién lo había mandado. Eso podía ser un poco delicado en la calle, pero dentro de la tienda, con menos testigos, resultaría más fácil.

Peel sabía lo que era necesario y condujo rápidamente al asesino en potencia a un pasillo desierto de grandes estanterías repletas de viejos libros. Antes de que el pistolero lograra desenfundar su pistola, Ruzhyó lo alcanzó.

—Si te mueves, morirás —dijo después de colocar su pequeña Beretta contra la espina dorsal del pistolero.

El pistolero era un profesional y permaneció inmóvil.

—Campo libre —señaló Ruzhyó.

Peel se volvió, con la mano bajo su chaqueta deportiva junto a la cadera derecha y sonrió.

—¡Henry! ¿No te habías jubilado?

—Parece que debería haberlo hecho —respondió el individuo de cabello claro.

—Ahora ya es un poco tarde —dijo Peel—. Vamos a algún lugar donde podamos charlar un poco, ¿te parece?

—Eso no será posible, Terry, ya lo sabes.

—No puedes ganar, Henry. Mi hombre es un exmiembro del *Spetsnaz*. Puede dejarte parapléjico y todavía tendremos oportunidad de charlar. ¿Por qué no lo hacemos de una forma civilizada? Puede que lleguemos incluso a un acuerdo para que nadie tenga que alimentar a los gusanos.

—Vamos, Terry, creí que tenías mejor concepto de mí...

Y con esto Henry saltó de lado, de forma suficientemente inesperada para que Ruzhyó no le disparara en la columna vertebral y perforara en su lugar un pequeño agujero sobre su riñón izquierdo. El disparo hizo mucho ruido, que, canalizado por los libros y los estantes, retumbó sobre sus cabezas. Disponían de escasos segundos para resolver aquel asunto.

—¡Vivo! —exclamó Peel, con su propia pistola en la mano.

Ruzhyó centró la mirada en la mano derecha de Henry, consciente de que era la que más cerca estaba de su pistola escondida. Podía dispararle a la mano y, si fallaba,

un tiro del veintidós al vientre sería inmediatamente fatal.

Tal vez Henry se percató de que no lograría sacar su pistola con suficiente rapidez para disparar antes que ellos. Ni siquiera lo intentó. En su lugar se llevó la muñeca izquierda a la boca y mordió la correa de su reloj. Ruzhyó sabía lo que aquel movimiento significaba y, al parecer, también lo sabía Peel, que exclamó:

—¡Maldita sea!

Ruzhyó se guardó la pistola en el bolsillo, dio media vuelta y se dirigió a la puerta tan rápido como pudo. Peel le pisaba los talones. Poco tardaría la gente, incluidos los ratones de biblioteca, en acudir para comprobar la causa del ruido.

Fuera lo que fuese el veneno que Henry acababa de morder, era indudablemente de efecto rápido, y no había forma de extraerle información mediante la tortura a un hombre que prefería suicidarse antes que revelarla. Un auténtico profesional. Henry estaría probablemente muerto antes de poder recibir atención médica y, en cualquier caso, su estado era irreversible. Ruzhyó respetaba a un hombre que sabía morir. Si uno era consciente de que había llegado su momento, era preferible abandonar este mundo en la forma prevista por uno mismo. Habría perdido la guerra, pero si en aquel momento lograba privarle de algo a su enemigo, se llevaría consigo una pequeña satisfacción a la tumba.

De nuevo en la acera, caminando relativamente de prisa pero sin correr, Peel adelantó a Ruzhyó y se dirigió a su coche.

—Me gustaba bastante el viejo Henry —dijo—. Es una pena.

Mientras lo seguía, Ruzhyó pensaba en cómo librarse de la Beretta. Debía desprenderse de ella cuanto antes. Había fallecido un hombre en una librería, y aunque hubiera muerto por envenenamiento, a veces en el agujero de la bala había suficiente información para relacionarlo con el arma que había efectuado el disparo. Y una pistola que pudiera relacionarse con un muerto era un talismán de mal agüero.

TREINTA Y UNO

Martes, 12 de abril
Washington, D. C.

—Esto realmente te divierte, ¿no es cierto? —preguntó Jay, moviendo la cabeza, después de entregarle a Saji un vaso de agua.

—Sí, más de la cuenta —sonrió la chica, sentada en un sillón acolchado.

Jay se instaló en un ajado sofá de cuero gris que había comprado de segunda mano. Había un suave olor a pachulí en el aire. ¿Su perfume? ¿Residuos de humo de incienso en su cabello? Dios mío, era hermosa.

—Debería ser más precavido después de tantos años en la red, pero no me lo esperaba.

—¿Tanto te preocupa?

Reflexionó un instante.

—No. Realmente, no. Es la mente lo que cuenta, no el cuerpo.

—Eso dice mucho en tu favor, Jay. Realmente lo crees. Si lo hubiera sabido cuando nos conocimos, no me habría molestado en disfrazarme.

—Entonces dime, sólo por curiosidad, ¿por qué lo hiciste?

La chica removi6 los cubitos de hielo en su vaso.

—¿Quieres una respuesta rápida, o una conferencia?

—Una conferencia. Los libros abreviados suelen ser aburridos.

—De acuerdo —sonrió—. El budismo es como muchas religiones tradicionales en las que, durante mucho tiempo, prácticamente todos los oficiantes eran hombres. Claro que siempre ha habido monjas y mujeres entre los feligreses que siguen el camino tan bien como cualquier hombre, pero muchos fieles, incluso ahora, tienen un sesgo machista. Y en la mayoría de los libros sagrados tradicionales, como la Biblia, el Corán, los Upanisad y la mayor parte de la literatura budista, las escasas referencias que hacen a las mujeres tienen un tono paternalista y condescendiente, incluso cuando alaban supuestamente sus virtudes: las mujeres son las conservadoras de la vida, las portadoras de hijos, el sexo débil que debemos proteger de las dificultades de la vida, etcétera, etcétera. La mayoría de las religiones de estilo antiguo ven a las mujeres como una propiedad, más que como personas. El hombre tiene una finca, cabras, vacas y una esposa. En este país, las mujeres votan desde hace menos de cien años. ¿Me sigues?

—Adelante, estoy contigo.

—De modo que las filosofías pretenden que las chicas sigan descalzas y embarazadas, cuidando del hogar, mientras los chicos se ocupan de las cosas serias. Salvo escasas excepciones, como la adoración de las diosas, la brujería y otros cultos

paganos, no se ha considerado a las mujeres como participantes principales en las doctrinas o en las prácticas religiosas, ni siquiera en las religiones más «neutrales». Las mujeres todavía no tienen acceso al sacerdocio católico. En algunos países musulmanes, las mujeres todavía no pueden mostrar su rostro en público. En el budismo no es tan grave como en otras religiones y se han dado grandes pasos en el último siglo, pero todavía existe una especie de creencia tácita entre los estudiosos de que las mujeres no tienen el mismo nivel que los hombres. Diferencias físicas aparte, las mujeres no piensan como los hombres. Las jugadoras de ajedrez de los niveles más altos no vencen a los campeones masculinos. La mayoría de los hombres superan a las mujeres en pruebas espaciales, en los procesos del hemisferio izquierdo del cerebro. Para los hombres y para algunas mujeres, ésta es razón suficiente para estar al mando. La igualdad ha tardado mucho en llegar, y en la mayoría de los lugares todavía no existe.

Jay asintió. Lo sabía, y comprendía adónde se encaminaba, pero dijo:

—Te sigo.

—En muchos círculos, si creen que eres un anciano, recibes mucho más respeto que si suponen que eres una joven. La verdad es la verdad, pero mucha gente se fija en quién la pronuncia antes de aceptarla. ¿Conoces el viejo chiste sobre un productor y un guionista de Hollywood? El escritor le mandó un guión al productor, que lo necesitaba con urgencia. Después de varias semanas, el productor todavía no había llamado. Por fin lo llamó el guionista y le preguntó: «¿Ya ha leído el guión?». «Sí, lo he leído». «¿Y qué le ha parecido?». «Aún no lo sé. Todavía no lo ha leído nadie más».

»Así es como funciona a veces en la religión —prosiguió, meneando la cabeza—. Cuando hay que elegir entre un anciano de setenta años y una joven de veintipocos a la hora de impartir sabiduría, en el momento de la verdad se elige al anciano. Viejo y sabio es mejor que joven y estúpido.

—Eso es absurdo —replicó Jay—. Si sabes caminar y lo haces tan bien como un anciano, no debería importar. Cuenta lo que se dice y no quien lo dice.

La chica le brindó una radiante sonrisa.

—Te quiero. Cásate conmigo —dijo.

—¿Qué? —Parpadeó Jay.

Ella soltó una melodiosa y profunda carcajada.

—Luego volveremos a ocuparnos del *dharma*. ¿Cómo sigue la caza del monstruo?

—A punto de convertirse realmente en aterradora —suspiró Jay.

—Esa es la razón por la que estoy aquí. Creo que debo acompañarte.

Miércoles, 13 de abril

Londres, Inglaterra

Stephens conducía el Bentley a un ritmo correcto, en dirección al centro de informática. Goswell descansaba en el asiento posterior, con el agradable y familiar olor a la esencia fresca de visón impregnada en la tapicería. El tráfico era terrible, como de costumbre, pero Stephens era perfectamente capaz de superar cualquier dificultad que Londres pudiera plantearle. Goswell, reclinado en su asiento, disfrutaba del viaje.

—Milord —dijo Stephens al rato—. Hay una llamada para usted. *Sir Harold*.

—Sí, pásamela.

Stephens le entregó el teléfono móvil.

—Hola, Harry.

—Hola, Gossie. ¿Estamos de paseo?

—Sí, en el coche. A inspeccionar un poco las instalaciones. No debemos permitir que el personal se relaje demasiado, ¿no te parece?

—Claro que no. Por cierto... Gossie... el caso es que...

—¿Algo te preocupa, Harry?

—Bueno, sí. ¿Mantuviste recientemente una conversación con alguien llamado... Pound Sand? ¿Sobre aquel asunto delicado del que hablamos en el club?

—Sí, lo recuerdo.

—Pues parece que el señor Pound Sand ha... pasado a mejor vida.

—Caramba.

—Sí. Bastante inesperadamente.

—¿Una enfermedad repentina?

—Muy repentina, me temo. Tengo entendido que sucedió precisamente cuando se ocupaba de aquel asunto delicado. Es decir, que fue la consecuencia más o menos directa de dicho asunto.

—Qué lamentable.

—Efectivamente.

—Bueno, esas cosas ocurren.

—Desde luego. ¿Quieres que llame a los compañeros del señor Pound Sand para ver si a alguno de ellos le interesa proseguir con el asunto?

Goswell reflexionó unos instantes.

—Es muy amable por tu parte, Harry, pero tal vez debamos esperar un poco.

—Como tú digas, Gossie. No sabes cuánto lo siento.

—Vamos, vamos, no es culpa tuya, Harry. Es evidente que subestimé la dificultad del problema. Olvídalo.

Sin embargo, cuando le devolvió el teléfono móvil a Stephens, él pensó en ello. De modo que el señor Pound Sand se había convertido ahora en criador de malvas. Lo que significaba que Peel era afortunado, o bueno, o quizá ambas cosas. En cierto modo, eso hacía que Goswell se sintiera orgulloso de que su hombre fuera suficientemente hábil para frustrar un intento de asesinato por parte de otro profesional. Pero eso también significaba que Peel estaría en guardia más que nunca

y si antes había sido difícil eliminarlo, ahora lo sería doblemente.

Eso obligaba sin duda a reflexionar.

—Ya prácticamente hemos llegado, milord.

—¿Cómo? Ah, sí, claro.

Bueno. Cada cosa a su debido tiempo. En primer lugar se aseguraría de que Bascomb-Coombs no estuviera involucrado. Luego pensaría en la forma de ocuparse del renegado de Peel.

Miércoles, 13 de abril

MI-6, Londres, Inglaterra

—Ha surgido una buena noticia, coronel —anunció Fernández.

Howard levantó la mirada del montón de informes que estaba leyendo. Se encontraban en el despacho provisional de Michaels, mientras el comandante y su ayudante hablaban con altos cargos del MI-6 a lo largo del pasillo.

—¿De qué se trata?

—La señorita Cooper acaba de conseguir esto —respondió, al tiempo que le entregaba una fotografía impresa por láser.

Howard examinó la imagen.

—¡Ruzhyó!

—Sí, señor.

Se hizo un prolongado silencio.

—Bien, sargento, suéltelo. ¿Dónde y cuándo?

—Señor —sonrió Fernández—, ayer la policía londinense recibió una llamada para acudir a un incidente en una pequeña librería, cerca de Piccadilly Circus. Encontraron un cadáver en el suelo, que había recibido un disparo. El muerto era un tal Henry Wyndham, exagente del MI-5, que dirigía un «servicio de seguridad». Cooper dice que las autoridades locales sospechan que Wyndham era un sicario muy caro y discreto para clientes ricos, pero nadie ha logrado nunca demostrar nada. Resulta que no fue la bala lo que provocó su muerte, sino al parecer un veneno de acción rápida. Esta fotografía es de la cámara oculta de la tienda, de uno de los dos hombres que salieron aproximadamente cuando los clientes oyeron el disparo. Aquí está el otro.

Fernández le mostró la segunda fotografía.

—¿Alguien conocido?

—No por nosotros. Cooper trabaja en su identificación. Howard asintió.

—De modo que sigue en Londres. Y acaba de matar a alguien. Me pregunto por qué.

—¿Por qué sigue aquí o por qué ha matado a alguien?

—Ambas cosas.

—Bueno, podría tratarse de una coincidencia. Tal vez estaba buscando una buena novela de Agatha Christie para pasar el rato cuando le dispararon a alguien en el pasillo contiguo.

—Claro. ¿Podemos averiguar los últimos pasos del muerto?

—Cooper se ocupa también de ello, señor.

Howard asintió de nuevo.

—Bien. ¿Serviría de algo que habláramos con los empleados de la librería?

—Cooper nos mandará los informes de la policía, dice que estarán en el ordenador en un par de minutos. Pero también ha dicho que nadie vio entrar ni salir a los dos individuos.

—Apuesto a que el difunto señor Wyndham los vio entrar.

—Pero no salir. La policía no había visto nada parecido. El muerto iba armado. Sospechan que alguien le colocó una pistola en la espalda, e intentó apartarse. Recibió un impacto de pequeño calibre a quemarropa, probablemente del veintidós, que según el forense no lo habría matado. Pero debió de decidir que estaba perdido y se suicidó. El veneno eran neurotoxinas, en una de las nuevas pildoras explosivas. Falleció noventa segundos después de morderla.

—Interesante.

—Sí, ¿no le parece?

—Bien, no se quede ahí parado, vaya a ver si la señorita Cooper tiene algún trabajo para usted. Está cerca, Julio. Lo pillaremos. Lo presiento.

—Sí.

Miércoles, 13 de abril

Washington, D. C.

Era un día soleado, sin viento, perfecto para los bumeranes, y Tyrone se dirigía al campo de fútbol, muy contento consigo mismo. Bella había vuelto a sonreírle, deseaba verlo, tenerlo cerca, ¡lo había invitado a su casa aquella misma tarde! La vida era mejor que nunca, insuperable.

Al llegar al campo, Tyrone vio a Nadine. Estupendo.

Pero cuando llegó junto a ella, ya estaba recogiendo sus cosas para marcharse.

—Hola, Nadine.

—Hola, Tyrone.

—¿Adónde vas?

—Me duele un poco el brazo y no quiero forzarlo.

—Aquí tengo un poco de linimento.

—No te molestes. Tengo en casa. Hasta luego.

Algo andaba mal, lo presentía, pero no veía de qué se trataba.

—¿Estás bien?

Nadine lo miró fijamente a los ojos.

—Te he dicho que me duele el brazo. ¿Has olvidado activar el oído?

Ciertamente había aspereza en el tono de su voz.

—Tranquila, no te acusaba de nada, sólo preguntaba, eso es todo.

Nadine siguió metiendo sus cosas en la bolsa.

—¿Por qué debería importarte? No tienes por qué relacionarte con personas como yo. Tienes a Belladonna.

—¿Qué tiene eso que ver?

Cerró la cremallera de la bolsa, la levantó y se la echó al hombro.

—Vamos, Tyrone, ya sabes lo que eso significa. Sudas con los atletas, pero no te sientas con ellos en el sofá. Puede que uno desayune con los mendigos, pero no se sienta a su mesa.

—¿De qué me hablas?

—¿Me obligarás a deletrearlo? Atrae la belleza, no la fealdad.

—¿Quién es fea?

Nadine lo miró, con una pequeña y triste sonrisa.

—¿Vas a decirme que pertenezco a la misma categoría que Bella, Ty? ¿Preferirías que te vieran conmigo que con ella?

Tyrone quedó aturdido. No lograba coordinar las ideas. ¿Por qué le hablaba Nadine de ese modo? Claro que Bella era más atractiva. ¡Era la chica más atractiva de la escuela! ¿Pero qué tenía eso que ver?

Intentaba comprender lo que Nadine le decía y lo que debía responderle, cuando ella meneó la cabeza.

—Sí, ya te comprendo. Hasta luego, Ty.

Acabó de cargar su bolsa a la espalda y se alejó.

Tyrone vio cómo se marchaba y, a pesar de no haber hecho nada malo, se sentía culpable. De algún modo había suspendido algún tipo de prueba y ni siquiera sabía de qué se trataba.

Maldita sea. Ojalá estuviera su padre en casa. Él comprendía esa clase de cosas. Necesitaba hablar con él.

TREINTA Y DOS

Miércoles, 13 de abril

MI-6, Londres, Inglaterra

Algo iba mal, Toni lo sabía. Alex había rellenado y pulido las pequeñas grietas en su fachada para crear un sólido muro en torno a sus emociones. No era tanto lo que decía o hacía como un cambio invisible pero detectable en su actitud. Después de muchos años de entrenamiento en las artes marciales, Toni tenía tendencia a ver las cosas en términos de relaciones físicas. De pronto daba la sensación de que Alex había adoptado una postura defensiva. Cuando se conocieron, estaba a la defensiva, pero desde que vivían juntos se había relajado y había empezado a permitirle que se acercara a él. Ahora se había acurrucado, con la cara cubierta, en actitud de retroceso.

En un despacho extraño a medio mundo de sus raíces, a Toni le preocupaba. ¿Qué había ocurrido? Sin duda tenía muchas cosas en la cabeza: la inminente batalla por la custodia de su hija, el demente *hacker* y algunos tropiezos en su relación, pero nada de ello parecía justificar su inesperado distanciamiento.

—Señorita Fiorella.

Levantó la cabeza y vio a Cooper.

—Diga.

—Su coronel Howard tiene información sobre el asesino; desea su opinión al respecto. Está en la pequeña sala de reuniones.

—Bien. Ahora voy.

Cooper se retiró y Toni ahuyentó de su mente sus preocupaciones acerca de Alex. Tenía un trabajo que hacer y si bien Alex era ciertamente un factor que complicaba la situación, no podía estar permanentemente preocupada por su vida amorosa. Cogió su ordenador portátil y se dirigió a la pequeña sala de reuniones para encontrarse con John Howard.

Howard dejó de mirar la imagen holográfica cuando Toni Fiorella entró en la sala. Julio estaba presente, pero Angela Cooper y Alex Michaels estaban reunidos con uno de los jefes del MI-6 y tardarían unos minutos.

—¿Qué ocurre, John?

—Hola, Toni. El comandante volverá pronto, la señorita Cooper se lo ha llevado, pero quería ponerte al corriente del asunto Ruzhyó.

—Claro, adelante.

Le explicó la situación, con la ayuda de las imágenes holográficas para ilustrar el informe. Empezó por una breve presentación de lo que ella ya sabía, antes de ofrecer

la nueva información.

Le mostró las imágenes de la cámara oculta de la tienda.

—Este hombre salió de la tienda después del incidente, casi al mismo tiempo que Ruzhyó. Por lo que han averiguado la señorita Cooper y su personal, se trata de Terrance Arthur Peel, comandante retirado del ejército británico. Julio, ¿le importa proseguir?

—Sí, señor. Señora, Peel tenía un historial militar bastante correcto, hasta que lo mandaron a Irlanda hace un par de años, a una de las bases británicas permanentes. La paz allí es bastante frágil, con pequeños grupos dedicados todavía a la agitación, y por lo que hemos podido averiguar, Peel protagonizó un incidente que pudo tener consecuencias graves. Capturó a unos habitantes locales que violaban la ley y les sacó confesiones a palos. Al parecer, él y sus hombres se excedieron en su... entusiasmo. El resultado fueron heridas graves, e incluso algunas muertes.

—Comprendo —asintió Toni.

—El ejército británico es relativamente reservado respecto a todo este asunto —prosiguió Fernández—, pero al parecer le ofrecieron a Peel la alternativa de dimitir o de enfrentarse a las consecuencias, de modo que decidió retirarse y el incidente se barrió bajo la alfombra. Cuando apareció de nuevo, lo hizo como encargado de seguridad de un pez gordo local: lord Geoffrey Goswell. El nuevo jefe de Peel no es sólo un aristócrata, sino un multimillonario más rico que el rey Midas, propietario de media docena de empresas que fabrican de todo, desde ordenadores hasta tomate frito.

Toni consideró momentáneamente la información recibida. Creía saber hacia dónde se encaminaba, pero quería oír la versión de Howard. Miró primero a Fernández y luego al coronel.

—Comprendo. ¿Y eso induce a pensar...?

Howard se encogió de hombros.

—En realidad no disponemos todavía de suficiente información para sacar conclusiones. Pero parece una coincidencia extraordinaria que, pocos segundos después de que un exagente secreto reciba un disparo y muera envenenado en una librería, salgan de la tienda un conocido asesino y un comandante expulsado del ejército por matar prisioneros. Si fuera jugador, apostararía a que esos dos tuvieron algo que ver con esa muerte, y que existe algún vínculo entre ellos.

—¿Crees que Ruzhyó trabaja para Peel? ¿Contratado para capturar o matar al individuo de la librería?

—Como ya he dicho, es demasiado pronto para asegurarlo, pero ciertamente parece que deberíamos mantener una charla con ese tal Peel. Aunque sea completamente inocente, por lo menos estaba presente cuando tuvo lugar el incidente y debió de ver a Ruzhyó al salir de la tienda. Si Ruzhyó hubiera andado un poco más despacio, Peel le habría pisado los talones.

Toni asintió de nuevo.

—Bien. ¿Cómo lo hacemos?

—Cooper se ocupará de organizarlo. Nosotros podemos asistir como observadores. No habrá necesidad de utilizar armas. Al parecer ese lord, comoquiera que se llame, tiene mucha influencia y una reputación impecable.

—Eso es —dijo Fernández—, llamamos a la puerta, tomamos un poco de té y luego le preguntamos al comandante: «Por cierto, amigo, ¿ha matado usted a alguien recientemente en una librería?». A fin de cuentas, ¿no son todos unas personas muy civilizadas?

Toni se rió.

Por su forma de reírse, Howard dedujo que todavía no había hablado de Angela Cooper con el comandante. Bueno, sin duda no era un asunto de su incumbencia y no iba a...

Sonó su *virgil* y su tono indicaba que se trataba de una llamada personal. Frunció el entrecejo. Puesto que realmente no había entrado en combate, todavía no lo había desconectado todo salvo el acceso táctico, pero era inusual que su esposa lo llamara.

—Discúlpenme un momento —dijo.

Se alejó de la mesa y desabrochó el aparato de su cinturón. Consciente de donde estaba, dejó desconectada la transmisión visual.

—Diga.

—Hola, papá.

—Tyrone, ¿todo va bien? ¿Tu madre...?

—Mamá está bien, nos desenvolvemos de maravilla, papá.

Howard se relajó. Nadie había tenido un accidente de tráfico ni nada por el estilo.

—¿Qué me cuentas, hijo?

—No quiero molestarte si estás ocupado.

—No estoy muy ocupado. Adelante.

Se hizo un silencio prolongado.

—Pagamos tarifas transcontinentales, Tyrone.

—Lo siento. El caso es que hay una chica en la escuela...

Howard escuchó a su hijo que se desahogaba y sonrió para sus adentros. Cuando alguien le preguntaba si le gustaría volver atrás y repetir de nuevo su vida, siempre respondía que no, de ninguna manera. No había cometido tantos errores como para desear enmendarlos, pasando de nuevo por la pubertad. No, señor.

Fiorella y Fernández se concentraron en las imágenes del ordenador sin prestarle atención y, al poco rato, llegaron Cooper y Michaels.

—¿Tú qué opinas, papá? —preguntó finalmente el hijo de Howard.

—Bueno, podría equivocarme, pero creo que le gustas a la chica del bumerán. Y podría estar un poco celosa de Bella.

—¿En serio?

—Sí. E incluso puede que tenga razón. ¿Por qué te gusta estar con Nadine?

—Es muy buena lanzadora, papá. Es lista, divertida y tiene un brazo por el que

cambiaría mi colección de tebeos.

—¿Pero no es muy atractiva?

—No mucho.

—¿Y Bella?

—¡Caray, papá, es hermosa!

—Y si mal no recuerdo, también puede ser bastante mezquina. ¿Recuerdas que me hablaste de ella cuando te dejó plantado?

—Sí.

—Te trató bastante mal en aquella ocasión. ¿Tienes alguna razón para suponer que no lo hará de nuevo si le conviene?

—Pues... no. Pero tal vez se ha percatado de que cometió un error.

—Y tal vez tú eres ahora más apetecible porque hay otra persona que te desea.

—¿Nadine? Sin ánimo de ofenderte, papá, no creo que a Bella le preocupe lo más mínimo Nadine. Es una chica muy amena, pero uno no cruzaría la calle para verla de cerca.

—Si Nadine es atlética, lista y divertida, puede que algunas personas se sientan intimidadas por ella, especialmente si ellas no lo son.

—¿Quieres decir que Bella está celosa de Nadine?

Howard soltó una carcajada. Tyrone parecía tan sorprendido como si su padre acabara de decirle que volaría a su casa saltando al aire y agitando los brazos con gran rapidez.

—¿Qué otra cosa ha cambiado, hijo, desde que te abandonó?

—Nada —respondió, antes de hacer otra pausa—. Caray.

—Es agradable que lo quieran a uno —dijo Howard—. Pero debes preguntarte quién te quiere y por qué. Nadie tiene la culpa de la cara y el cuerpo que Dios le ha dado, pero el atractivo físico tampoco es mérito propio, a no ser que hayas gastado mucho dinero en cirugía plástica.

—¿Qué me estás diciendo, papá?

—Si Bella no fuera hermosa, si fuera común o incluso fea, ¿querrías pasar tiempo con ella? ¿Tiene alguna virtud, salvo su atractivo físico? ¿Cruzarías la calle para hablar con ella si no pudieras mirarla mientras lo haces?

La llamada empezaba a ser realmente cara.

—Pues...

—Piénsalo. Medítalo un poco y a ver qué se te ocurre.

—Caray. Será mejor que cuelgue. Gracias, papá.

—Saluda a mamá de mi parte.

—Lo haré. Adiós.

—Adiós, hijo.

Howard se sujetó el *virgil* de nuevo al cinturón. Era un soldado y estaría ausente con mucha frecuencia, ésa era la esencia de su profesión, pero le preocupaba no estar en casa a disposición de su hijo. Un hombre debía hacer su trabajo, pero también

tenía responsabilidades para con su familia. Independientemente de todo lo demás que sucediera, tenía un hijo que necesitaba la ayuda de su padre. Había valores que era preciso transmitir, lecciones que impartir. Debía recordarlo. Era importante.

TREINTA Y TRES

Miércoles, 13 de abril

Período cretácico superior

Lo que sería Europa occidental

Los helechos altos como pinos se erguían imponentes en el calor asfixiante de la selva y las libélulas del tamaño de halcones revoloteaban entre la frondosa vegetación, persiguiendo mosquitos que podían pasar por enjutos gorriones. Era un lugar mucho más primigenio, cálido y húmedo que las selvas tropicales.

El Humvee de base ancha tropezó con un bache en un montículo de humus, que dentro de veinte o treinta millones de años podría formar parte de un yacimiento petrolífero. La rueda delantera de la derecha quedó flotando en el aire, pero la tracción en los otros tres neumáticos tachonados bastó para que el vehículo superara el montículo y posara de nuevo las cuatro ruedas en el suelo.

A Jay le rechinaron fuertemente los dientes.

—¡Maldita sea, Jay! —exclamó Saji, con el cinturón abrochado en el asiento contiguo—. ¿Quieres que conduzca?

Jay aceleró el potente motor y el Humvee siguió avanzando.

—¿Crees que lo harías mejor?

—No veo cómo podría hacerlo peor, salvo si me despeñara por un barranco.

El terreno húmedo se niveló un poco, facilitando la adherencia de los neumáticos tachonados, y aumentó un poco la velocidad del vehículo.

—No es tan fácil como parece.

—Como tú lo haces, *fácil* no es precisamente la primera palabra que acude a la mente.

Jay intentaba encontrar una respuesta adecuada cuando vislumbró unos helechos aplastados. Redujo la velocidad, se acercó a pocos metros de las plantas derribadas, paró el vehículo, lo puso en punto muerto y miró a Saji.

—Puedes quedarte aquí mientras yo voy a inspeccionar. Colócate junto a la ametralladora, si quieres.

Montada sobre la parte posterior abierta del Humvee, había una Browning con canana del calibre cincuenta, refrigerada por agua. Sujeto a la superficie del vehículo había también un lanzacohetes antitanque portátil con mira láser y media docena de proyectiles. Jay había pensado en llevar rifles y escopetas, pero decidió no molestarse. Nada tan pequeño cumpliría su cometido. Habría preferido un tanque que disparara munición de uranio empobrecido con gran capacidad de perforación, pero relativamente hablando, el lanzacohetes era la mayor arma que podía utilizar en aquel escenario. Por desgracia, algo más potente no funcionaría.

—Prefiero no hacerlo —respondió Saji, que llevaba un conjunto de blusa y pantalón corto de color caqui, unas botas Nike todo terreno y unos largos calcetines enrollados por los tobillos.

Estaba hermosa con su atuendo de safari. Jay se preguntó cómo estaría desnuda.

—De acuerdo. Entonces ponte al volante. Deja el motor arrancado; puede que tengamos que salir a toda prisa.

Jay se apeó para dirigirse a los helechos aplastados por un terreno mullido, cubierto de lo que parecía musgo verde.

Difícilmente podría no haber visto la huella: tres dedos y una palma, sin talón. Se había depositado un poco de agua en el fondo de la huella, suficientemente grande para bañarse en la misma si se llenaba.

A Jay se le secó la garganta. Cielos, qué barbaridad. Siguió con la mirada la dirección de los dedos. A ocho metros había otra huella y un claro camino abierto delante de la misma entre la vegetación, como si alguien hubiera conducido una apisonadora por la selva, aplastándolo todo a su paso.

Jay contempló la senda de destrucción. Desde luego no había sido un camión, sino un Rex Magnum, el rey de los reyes, el Carnosaurio Supremo, el depredador máximo. A su lado, un tiranosaurio medio parecería una pequeña iguana. En una docena de zancadas, ese animal podía cruzar la longitud de un campo de fútbol. Probablemente medía unos dieciséis metros de altura, sin contar siquiera la cola.

Seguir sus huellas no supondría ningún problema. Pero al igual que cuando un perro persigue un coche, la pregunta era: ¿qué haría si lo alcanzaba? Puede que la ametralladora no bastara para llevar a cabo el trabajo, y si se acercaba lo suficiente para utilizar el lanzacohetes y fallaba, no dispondría de una segunda oportunidad.

Dio media vuelta, regresó al coche y le dijo a Saji:

—Quítate del volante.

—No parece que vaya a ser un problema seguirle la pista —comentó ella.

—No, creo que no.

Arrancó y empezó a seguir las huellas del monstruo.

Desde que su cerebro había empezado a funcionar de nuevo, aunque con cierta lentitud, Jay había examinado una y otra vez el problema en busca de una explicación, cualquier explicación, sobre la existencia de esa bestia. ¿Qué podía haberla creado? Con la tecnología que él conocía, no había respuesta posible. Pero cuando avanzaban por la senda de la realidad virtual en busca de la bestia, pensó una vez más en el lema de Sherlock Holmes sobre eliminar lo imposible y ocuparse del resto improbable. Nada de lo que conocía tenía tanta potencia, y sabía mucho acerca de ordenadores. Pero dado que eso existía, ¿a qué podía deberse? No había demasiadas posibilidades, sólo una que tuviera algún sentido y era puramente teórica; no existían los aparatos para hacerla funcionar.

¿Pero y si milagrosamente *existían*?

—Será mejor que aquí gires a la izquierda —dijo Saji.

—¿En serio? Pensaba ir directamente contra ese árbol.
—Sólo intento ayudar.
—Lo siento, estaba distraído —respondió, moviendo la cabeza.
—¿Algo te preocupa?
—Una teoría.
—¿Quieres explorarla conmigo?

Jay contempló la enorme destrucción en la jungla de la realidad virtual. Debía alcanzar al hermano perverso de Godzilla, pero cuanto más supiera sobre él, mayor sería su ventaja. Cualquier cosa que le aclarara las ideas sería positiva.

—Desde luego —respondió.

Miércoles, 13 de abril

«The Yews», Sussex, Inglaterra

Su señoría se había ido a su club, precedido y seguido por coches de escolta, mientras Peel permanecía en la pequeña capilla, al teléfono, ahora a la espera. Fuera, además de su personal habitual, estaba el hombre de Chechenia en un coche alquilado, atento por si aparecía algún enemigo potencial. Peel suponía que aquí debería de estar a salvo, pero no estaba tan seguro como para jugarse la vida.

¿Qué haría respecto a ese maldito científico? ¿Debería matarlo ya?

Evidentemente, lo primero que había hecho Peel cuando empezó a sospechar que tal vez Bascomb-Coombs no jugara limpio con él fue intentar retirar el millón del banco indonesio. Si hubiera logrado transferir el dinero a Inglaterra, se habría sentido mucho mejor y también habría contribuido enormemente a ahuyentar sus temores. Lamentablemente, gracias al ordenador infernal de Bascomb-Coombs, se habían desbaratado toda clase de transacciones electrónicas. Lo único que había logrado Peel a través del ordenador era una respuesta de «transferencia pendiente», a la espera de una última aprobación que nunca tuvo lugar.

Dados los problemas informáticos en el mundo entero, podía tratarse de una respuesta legítima. Era posible.

Pero también era posible que se tratara de un ingenioso engaño por parte de Bascomb-Coombs, fácilmente disimulado por el caos que él mismo había provocado. Para cuando se resolviera la situación, Peel podría estar muerto.

—Habla el vicepresidente Imandihardjo —dijo una voz—. ¿En qué puedo servirlo?

Peel dirigió su atención al teléfono. Por fin, el maldito banquero indonesio.

—Necesito comprobar el balance de mi cuenta.

Casi pudo verlo fruncir el entrecejo. ¿Comprobar una cuenta? ¿Para eso necesitaba a un vicepresidente?

—Su nombre y su contraseña, por favor.

Peel se los facilitó.

—Ah, señor Bellsong, sí, ya lo veo —dijo después de una prolongada pausa.

Peel meneó la cabeza. Bellsong. El son de la campana, una pequeña broma por parte de Bascomb-Coombs.

—¿Tiene la información de mi cuenta?

—Sí, aquí la tengo —respondió el vicepresidente, en ese tono ahora obsequioso que las grandes cantidades de dinero provocan a veces en quienes no las poseen.

Bien.

—Deseo transferir parte de mi cuenta a otro banco.

—Claro, por supuesto. ¿Le importaría darme los detalles?

Peel le facilitó el número de su cuenta en Inglaterra y su clave. Haría la transferencia, y cuando estuviera seguro de que se había realizado, respiraría mucho más a gusto.

—Señor Bellsong —dijo el banquero al cabo de un momento—, parece haber un problema con nuestro sistema informático.

—¿En serio?

—Sí, señor. Estoy seguro de que no es nada importante, pero me temo que sólo puedo acceder al saldo. El ordenador no me permite hacer la transferencia.

Peel asintió en silencio. *Vaya, vaya.*

—Parece que el fallo afecta a varias docenas de cuentas. Estoy seguro de que es sólo temporal.

—¿Quiere decir que no puedo disponer de mi dinero hasta que esté reparado?

—Pues sí, eso me temo.

—Comprendo.

Eso era todo lo que Peel necesitaba oír. Se le revolvieron las tripas y sintió un escalofrío. De pronto tuvo la fuerte sospecha de que, cuando lo examinara detenidamente, el banco indonesio encontraría dinero electrónico: dólares endiablados de un brillo deslumbrante a nivel superficial, pero que se convertían en humo y se desvanecían cuando uno intentaba tocarlos. Bascomb-Coombs lo estaba engañando.

—Estoy seguro de que esto se solucionará muy pronto. Si me da un número donde pueda localizarlo, se lo comunicaré en cuanto se resuelva el problema.

Bien.

Peel le dio su número de teléfono, pero no contendría la respiración a la espera de ese dinero. Había sido víctima de una estafa y además sabía quién era el responsable.

Había llegado el momento de charlar con el señor Bascomb-Coombs. Sin lugar a dudas.

Pero casi en aquel mismo instante sonó su teléfono. La línea privada.

—Diga.

—Hola, Terrance.

Vaya, vaya. Hablando del rey de Roma...

—Hola.

—Me temo que tenemos un pequeño problema. Parece que su señoría ha dado órdenes, prohibiendo mi acceso a... mi juguete. Ha cerrado todas las líneas externas aparentes y ha puesto un guarda para impedir mi acceso físico al edificio.

—¿En serio? ¿Por qué?

—Sospecho que el viejo no confía en mí.

Y tiene muy buenas razones para hacerlo, pensó Peel.

—¿Has dicho líneas externas aparentes? —preguntó de pronto.

Bascomb-Coombs tenía el modo visual desconectado, pero Peel casi alcanzó a ver su sonrisa.

—Muy bien, Terrance. Naturalmente dispongo de varios vínculos digitales y de microondas cuidadosamente escondidos en el sistema. Incluso una línea fija conectada a la fuente de alimentación, por si a alguien se le ocurre generar interferencias. Tendrían que levantar el suelo para cortar esa línea y no lo harán porque desconocen su existencia. Y si lo desconectan, puede que nunca logren volver a hacerlo funcionar.

—Comprendo. ¿Y eso qué significa?

—Creo que tendremos que ocuparnos del viejo. Sirviéndonos de tu campo de experiencia.

—¿Tú crees?

—Eso me temo. Ahora debo colgar, pero pronto volveré a llamarte. Piénsalo, ¿de acuerdo?

El científico colgó y Peel se quedó con la mirada fija en la pared de su despacho.

Maldita sea, aquel individuo tenía muchas agallas. Al tiempo que intentaba eliminar al propio Peel, fingía que nada ocurría y le ordenaba matar al hombre para el que ambos trabajaban. Era realmente muy intrépido.

Peel se percató de que para él sería ventajoso que ambos desaparecieran. Bascomb-Coombs debía abandonar el mundo terrenal; no podía permitir que siguiera vivo alguien que había intentado que lo asesinaran. Y puede que Goswell chocheara, pero no estaba completamente senil. Tarde o temprano podría percatarse de que su jefe de seguridad le había vendido al científico loco y eso sería sumamente grave. Dudaba de que el viejo echara mano de su escopeta de pólvora negra para eliminarlo, pero indudablemente podría asegurarse de que Peel no volviera a trabajar nunca en el Reino Unido. Con un millón en el banco, eso no le preocupaba, pero si el dinero no había sido más que una estratagema por parte de Bascomb-Coombs, Peel estaba, en una palabra, jodido.

Si Bascomb-Coombs desaparecía y su señoría fallecía de un infarto o un paro cardíaco, Peel estaría a salvo, sin que nadie tuviera nada que contar. Puede que no fuera rico, pero su experiencia todavía tendría un valor en el mercado. Con su impecable historial al servicio de su señoría, algún otro imbécil adinerado desearía utilizar sus habilidades.

Una victoria era mejor que una derrota, pero había momentos en los que uno debía aceptar sus pérdidas y retirarse, con el fin de sobrevivir lo suficiente para lanzar otro ataque. Había involucrado a Ruzhyó porque necesitaba a alguien para eliminar al viejo, pero ahora, dado el cambio de situación, era preferible que Goswell muriera por causas naturales para que no quedara mal su jefe de seguridad.

Bascomb-Coombs simplemente desaparecería, de tal modo que nunca nadie pudiera encontrarlo.

Peel sonrió. Sí, todo aquello era una pena, pero no irreparable. Había llegado el momento de actuar y remendar la situación. Matarlos a todos y dejar que Dios elija a los suyos. ¿No había sido uno de los antiguos papas quien lo había dicho? «Mejor ellos que yo».

TREINTA Y CUATRO

Miércoles, 13 de abril
Londres, Inglaterra

Durante un período de calma de la actividad crecientemente frenética en el MI-6, Toni llamó a Carl Stewart.

—Diga.

—¿Carl?

—Hola, Toni. ¿Cómo estás?

—Bien. Lo que ocurre es que estoy desbordada de trabajo y no podré asistir a tu clase esta tarde. Lo siento.

—No te preocupes. Te echaremos de menos, pero lo comprendo.

—Gracias.

—Bueno, el caso es que tendrás que comer, ¿no es cierto? —agregó Carl después de una breve pausa—. ¿Podríamos almorzar o cenar juntos algún día de esta semana?

A Toni le dio un vuelco el corazón. No fueron sus palabras, sino su tono lo que disparó la alarma. ¿Era una cita lo que le proponía? Preguntárselo abiertamente habría sido la forma más directa de averiguarlo, pero Toni no se sentía exactamente en condiciones de hacerlo. ¿Debería seguirle la corriente o excusarse? Podría alegar que estaba demasiado ocupada. Pero, no. Últimamente había divagado más de la cuenta para su gusto. Había llegado el momento de enfrentarse cara a cara a la situación.

—¿Hablamos de dos estudiantes de *silat* que se reúnen para comer un bocado, Carl? ¿O hablamos de otra cosa?

—Bueno, yo pensaba en términos de dos personas que se encuentran mutuamente interesantes y que comparten una gran afición por el *pentjak silat*.

Una cita.

Instintivamente, Toni pensó en responderle que ya mantenía una relación y rechazar educadamente su oferta. Ella tenía la palabra... y la respuesta estaba en sus manos. Carl era un hombre vital, atractivo y poseía un talento que ella admiraba. Si se enfrentara a él en el *gelanggang*, el cuadrilátero, para un combate en serio, a Toni no le cabía la menor duda de que Stewart la vencería. No podía decir lo mismo de mucha gente a la que conocía. Estaba segura de que su propia gurú, que pasaba ahora de los ochenta, ya no estaba a su nivel, y aunque pareciera egocéntrico, también creía poder enfrentarse con éxito a la mayoría de los practicantes de artes marciales, hombres o mujeres. Pero sabía que no vencería a Carl. Y eso, a su manera, constituía gran parte de su atractivo. Imaginó momentáneamente cómo sería estar en la cama desnuda con aquel hombre tan fuerte y habilidoso, y el sueño no le resultó

desagradable, en absoluto.

Sintió una punzada de culpabilidad.

—Agradezco tu invitación, Carl, pero mantengo una relación bastante estable con Alex y creo que la nuestra debería ser estrictamente profesional.

—Lástima, pero lo entiendo. Agradezco tu sinceridad. Avísame cuando puedas volver a la clase.

—Lo haré. Gracias.

Después de colgar, Toni sintió náuseas, un extraño frío en las entrañas. Había sido momentáneamente tentador. Más de lo que estaba dispuesta a reconocer. Podría haberle seguido la corriente y le preocupaba el mero hecho de habérselo planteado. Admiraba a Carl, tal vez se sintiera incluso atraída sexualmente hacia él, pero amaba a Alex y había una enorme diferencia entre ambas cosas. Pero aunque sólo brevemente, había dudado, titubeado, se lo había planteado.

«No pueden ahorcarlo a uno por pensar», rezaba un antiguo proverbio, que era cierto porque nadie podía saber en lo que uno pensaba, pero tampoco podía engañarse mucho tiempo a sí mismo. ¿Cómo podía habérselo planteado siquiera? Estaba mal. Muy mal.

Miércoles, 13 de abril

«The Yews», Sussex, Inglaterra

Ruzhyó ajustó su Firestar de nueve milímetros en la pistolera sobre su cadera derecha, oculta bajo su cazadora, inclinando la culata hacia adelante para mayor comodidad. El arma anterior que Peel le había suministrado, la pistola italiana del calibre veintidós de fabricación norteamericana, estaba ahora en el fondo del Támesis, limpia de toda huella y desarmada, con más de tres kilómetros de separación entre el bastidor y el cañón. Aunque alguien lograra recuperar las piezas antes de que las destruyera la oxidación, recomponer el arma, realizar pruebas balísticas con la misma y determinar que se había utilizado para disparar la bala encontrada en el cadáver de la librería no tendría ninguna importancia, porque no había forma alguna de relacionarla con Ruzhyó. Pero si uno no dejaba nada al azar, era menos probable que éste lo sorprendiera a uno por la espalda.

No le entusiasmaba la nueva arma, pero sabía cómo utilizarla. Era una semiautomática sólida de acero cromado, bien fabricada, de acción simple, parecida a las antiguas Colt 45 del ejército, fiable y de pequeño tamaño, aunque un poco pesada. Llevaba siete balas de punta hueca en el cargador y una en la recámara, todas ellas de cabeza surcada que se expandía dentro del cuerpo y provocaba grandes desperfectos. No estaba diseñada para disparar contra una diana en un polígono de tiro, ni para perforar latas en el bosque, sino para tirar contra objetivos blandos y causarles daños graves o matarlos.

Ruzhyó sonrió. En los últimos años, especialmente en Estados Unidos, los fabricantes de armas habían sido objeto de ataques jurídicos por parte de las fuerzas antiarmamentistas. La táctica más reciente consistía en denunciar a los fabricantes por no proporcionar medidas de seguridad adecuadas o advertencias del peligro. Semejante estupidez le parecía increíble. Llevado a un extremo, advertencias parecidas serían necesarias para los automóviles, los cuchillos, e incluso los fósforos: «¡Atención! ¡Chocar contra un camión si usted conduce un pequeño coche puede provocarle la muerte!». «¡Advertencia! Este cuchillo tiene una hoja afilada. ¡No la presione contra su garganta!». «¡Peligro!

¡Los fósforos pueden provocar un incendio en el que usted podría abrasarse!».

A cualquiera con medio cerebro, ese programa de etiquetado le parecería una estupidez monumental. Una cosa era exigir un seguro que los menores no pudieran abrir con facilidad, y otra muy distinta que en el cañón del arma se grabara: «¡Atención! ¡No apunte a nadie y apriete el gatillo!». Cualquiera que no comprendiera lo que era una pistola y para qué servía tampoco sería capaz de leer dicha advertencia. Le recordaba unos viejos carteles en los trolebuses de Chechenia cuando era niño, en los que se leía: «¿Es usted analfabeto? Si lo es, le rogamos que se ponga en contacto con...».

La nueve milímetros cumpliría su cometido y Ruzhyó disponía también del paraguas de apoyo. Además, había comprado una Benchmade plegable, una navaja automática con una hoja de nueve centímetros que se abría con el pulgar. Dada la legislación local, con dos armas de fuego y una navaja, probablemente iba mejor armado que casi cualquiera que circulara por aquel país, incluidos la mayoría de los agentes de policía. Al igual que cuando estaba en el desierto de Nevada, Ruzhyó sentía la necesidad de tener armas. Las cosas aquí iban a ponerse feas, lo presentía.

Pensó en marcharse. Podría limitarse a coger un barco, un tren o un avión para el pequeño salto fuera del país y dirigirse luego a su casa dando un rodeo, con el fin de evitar que lo localizaran. Podría hacerlo sin que Peel se percatara de su ausencia hasta que fuera demasiado tarde para impedirselo, aunque se lo propusiera.

Pero Ruzhyó estaba cansado. Y tener que mirar por encima del hombro era aún más agotador. Ahí, en algún lugar, estaban los norteamericanos, que tal vez acabarían por descubrir cómo seguirle la pista. No necesitaba otro enemigo que lo rastreara. No, primero acabaría lo que tenía entre manos con Peel y cuando se marchara lo haría en sus propios términos. Un día u otro resolvería la situación. Cuando llegara a su casa, el destino decidiría y se ocuparía de lo que se presentara.

Peel salió de la capilla y lo saludó con la cabeza, antes de dirigirse a su propio coche. Ruzhyó le devolvió el saludo y arrancó el motor de su vehículo. Iban a ver de nuevo al informático, donde Ruzhyó había detectado al pistolero que acabó muerto en la librería. Al parecer, el comandante Peel tenía planes para el hombre de aquel edificio, que al señor Bascomb-Coombs no le gustarían en absoluto.

A Ruzhyó no le importaba el científico. Permanecería con Peel hasta que se

presentara la oportunidad adecuada y luego se marcharía. Y sería pronto, pensó cuando salían de la finca. Muy pronto.

Miércoles, 13 de abril
Washington, D. C.

En la escuela había tenido lugar una asamblea interminable y, cuando por fin concluyó, Tyrone saludó con la mano a Jimmy Joe al cruzarse con él por el pasillo. Habían expulsado realmente al monstruoso Ensayo, por lo menos durante dos semanas, y aunque había otros gamberros a los que evitar en los pasillos, no pertenecían a la categoría de los grandes idiotas.

Cuando se dirigía a la cola del autobús, vio a Bella con un libro en la mano, que se reía acompañada de tres amigas. Ella lo vio y sonrió.

—Hola, Ty, acércate.

Tyrone sintió una erupción de energía fría en las entrañas, que estremeció de emoción todo su cuerpo hasta la entrepierna. Empezó a dirigirse hacia ella con paso lento para no dar la impresión de que tenía prisa. Procuró parecer tranquilo, relajado, casi tan frío como si estuviera congelado. ¿Bella quería verlo? Bueno, eso era estupendo, pero no para ponerse a dar saltos de alegría. Se acercaría despacio. Eso era lo que se proponía, acercarse dando un paseo. Pero tal vez se apresuró en exceso. Se acercó a doce imágenes por segundo, cuando habría sido mejor hacerlo a veinticuatro.

—Hola, Bella.

—Vamos al paseo. ¿Quieres acompañarnos?

Tyrone sonrió. Y en aquel preciso instante, cuando se disponía a responder con la mayor frialdad «claro, ¿por qué no?», miró más allá de Bella y vio a Nadine que se acercaba por el pasillo.

Nadine también lo vio y desvió la mirada.

Bella captó el movimiento y siguió la mirada de Tyrone. Fue una ojeada rápida, fugaz, que procuró disimular, pero Tyrone la detectó. Nadine había sido inspeccionada, suspendida y olvidada, todo ello en medio segundo y asunto concluido.

De pronto, Tyrone Howard, con sus casi catorce años, se encontró ante la encrucijada del resto de su vida. Tenía delante dos caminos que se cruzaban en ángulo recto y difícilmente podría cambiar de uno a otro cuando hubiera efectuado su elección.

Tienes el móvil en la mano, Tyrone. ¿A quién vas a llamar?

Quizá todavía pudiera hacer ambas cosas.

—¿Por qué no nos vemos en el autobús? Hay algo de lo que todavía debo ocuparme.

Tal vez Bella no fuera una lumbrera, pero tampoco era tan estúpida como para no comprender inmediatamente lo que se proponía Tyrone, y no dudó en hacérselo saber:

—Vamos al paseo *ahora*, Ty.

No se molestó en agregar el resto del mensaje implícito: «Ahora o nunca, Tyrone. Tú decides».

Mierda. Habría sido estupendo resolver ambas situaciones a su favor, pero eso no iba a suceder en modo alguno; era una estupidez.

El momento se prolongó un par de milenios. Tyrone tenía la sensación de que iba a explotar. *¡Maldita sea!*

Podía elegir a una o a la otra, pero no a las dos.

Se lió la manta a la cabeza y tomó una decisión.

—¡Nadine! ¡Eh, Nadine! ¡Espera un momento!

Se percató de que Nadine volvía la cabeza, sorprendida. No se atrevió a mirar a Bella, aunque le hubiera gustado ver su cara. Se le había brindado una segunda oportunidad de entrar en el paraíso y la había arrojado al cubo de la basura. Quería echar a correr y esconderse.

Nadine sonrió y su rostro no parecía tan común.

—Tu novia acaba de irse sin ti —dijo Nadine cuando Tyrone llegó junto a ella—. Tampoco parecía estar muy contenta.

Tyrone se encogió de hombros.

—¿Y eso qué importa? —respondió él, que se sentía bien y mal al mismo tiempo—. ¿Cómo está tu brazo? ¿Te apetece ir a lanzar un rato?

—¿Estás seguro?

—Completamente seguro.

Creció la sonrisa de Nadine.

—Mi brazo está mucho mejor. Sí, vamos a lanzar.

Caminando junto a Nadine, Tyrone se percató de que en su propio rostro se dibujaba una sonrisa. Era algo que su padre le había dicho: cuando haces lo correcto, casi siempre te sientes mejor que cuando no lo haces.

Otro punto para el viejo.

TREINTA Y CINCO

Jueves, 14 de abril

Cretácico superior

Lo que sería Francia occidental

—Parece que sabe nadar —dijo Saji.

Jay detuvo el Humvee y paró el motor. Las huellas del monstruo llegaban hasta la orilla de un mar y desaparecían en el agua. Unas pequeñas olas sedosas, con suaves borreguitos, acariciaban la playa como tubos mecánicos.

—Eso parece.

—¿Y ahora qué?

—Cambiamos de vehículo. Un barco o un helicóptero. Personalmente prefiero el helicóptero.

—Me parece comprensible. Más vale estar a unos centenares de metros de altitud que navegando y que aparezca bajo el barco como *Moby Dick*.

Jay asintió.

—La desventaja es que el barco podría ir mejor armado que el helicóptero. Estamos limitados a las armas que podamos transportar físicamente en brazos, de modo que si lo vemos desde el aire, uno de nosotros tendrá que asomarse y dispararle. No podemos disparar un lanzacohetes dentro del helicóptero. Los gases de la explosión nos asarían vivos, como si hubiéramos recibido el impacto del cohete.

—He ahí una imagen agradable. ¿A qué se debe la limitación del armamento?

—Incluso en una simulación, hay que tener presente cómo es la situación real. Esa cosa es mayor, más fuerte y más rápida que nosotros, y no podemos arrojarle una bomba nuclear porque no disponemos de esa clase de armamento respecto al *hardware* y al *software* al que nos enfrentamos —respondió antes de apearse del vehículo, contemplar la costa, sacar un GPS del bolsillo de su chaqueta y consultarlo—. Esto es una trampa en este escenario —agregó—. Debería consultar un plano de papel, puesto que todavía no existen los satélites de posición global en esta época. Pero nos lo podemos permitir. Sin embargo, no podemos hacer lo mismo con un submarino clase *Seawolf*. Es una pena. Tampoco estoy demasiado seguro de que estuviera aquí esta masa de agua. Mis conocimientos de la historia de la geología no son muy extensos.

Saji se apeó y se despezó.

—¿Dónde estamos?

—En la costa francesa. Lo que será Gran Bretaña está en esa dirección.

—¿De modo que ahí conduce la pista en el mundo real?

—Sí, eso parece.

—¿Sirve eso de ayuda a tu teoría?

—Sí, tal vez —asintió Jay.

—¿Vamos a perseguirlo?

—Por supuesto. Pero antes quiero salir un rato de la realidad virtual para hacer algunas comprobaciones y llamar a mi jefe. Creo que sería una buena idea exponerle mi teoría, por si acaso.

Jueves, 14 de abril

MI-6, Londres, Inglaterra

En la sala de reuniones del MI-6, Michaels esperaba a que apareciera la imagen de Jay en la proyección holográfica azulada que flotaba sobre la mesa. Estaban también presentes Toni, Howard, Fernández y Angela Cooper.

—A fin de que todos la oigan, he ordenado que conecten aquí la llamada de Jay —anunció Michaels—. La recibiremos dentro de un minuto. ¿Algún otro asunto entretanto?

—Tenemos una cita para entrevistarnos con el comandante jubilado en la finca de su patrón en... —respondió Howard antes de hacer una pausa para consultar su agenda electrónica—, en Sussex esta tarde.

—Es un bonito viaje —dijo Angela—. Hermosos paisajes, aunque las carreteras son un poco estrechas.

—Ningún otro ataque importante que quepa destacar en las redes principales, ni en los sistemas militares —agregó Toni—. Parece que nuestro *hacker* se ha retirado, por lo menos de momento.

La proyección holográfica parpadeó y apareció el rostro de Jay flotando en el aire.

—Hola, jefe —dijo en un tono de voz casi normal, sólo con una ligera dificultad para pronunciar.

Se recuperaba con mucha rapidez.

—Jay, te presento a Angela Cooper, del MI-6, y ya conoces a todos los demás.

Jay saludó a los presentes.

—Bien, cuéntanos qué tienes.

—No es gran cosa —suspiró Jay—. Hemos seguido las huellas del programa y parece que se dirige hacia ustedes. Puede que esté de paso o que resida ahí, no lo sé. Volveré a la persecución cuando acabemos de comunicarnos.

»He estado pensando en el problema. Ningún ordenador conocido podría descifrar los códigos numéricos primarios como lo ha hecho esa cosa, aunque utilizara series múltiples en paralelo, de modo que debe de ser algo diferente. Lo primero que se le ocurre a uno cuando se pregunta qué clase de ordenador podría hacerlo, es evidentemente un ordenador cuántico. Ya hemos hablado de ello. El caso

es que ninguno de ellos ha superado las primeras etapas experimentales y carecen, por consiguiente, de la potencia necesaria para lo sucedido.

—No lo entiendo —repuso Fernández—. ¿Qué es un ordenador cuántico?

Jay le dio una breve conferencia para explicarle lo que eran los *qubits* y los múltiples estados cuánticos. Michaels estaba familiarizado con la idea, pero como Jay había señalado, nadie había logrado construir enteramente un ordenador cuántico que funcionara y por tanto no habían pensado seriamente en dicha posibilidad.

—¿Pero y si alguien lo ha conseguido? —prosiguió Jay—. ¿Un modelo plenamente operativo? ¿Alguien con cien o doscientos *qubits*? Arrasaría los códigos numéricos como chozas de paja frente a un huracán.

—Bastante dudoso —intervino Toni.

—Sí, pero he investigado un poco. Ninguno de los cuerpos militares y de seguridad que han adoptado el nuevo sistema de codificación de punto de distancia multidimensional abstracta se ha visto afectado por los ataques. Por muy rápido que fuera el procesador, dicho sistema permanecería inmune. Evidentemente, sólo un puñado de personas utilizan el nuevo método.

—Bien —dijo Michaels—. Pero si alguien hubiera creado semejante artefacto, ¿lo sabríamos nosotros?

—Acabaríamos por saberlo. No se podría mantener oculto eternamente, pero tal vez sí durante algún tiempo. La tecnología y los equipos necesarios no permitirían llevarlo a cabo en la sala de informática de un instituto, ni en un taller de aficionados. Hablamos de una operación de muchos millones de dólares, aparatos hechos por encargo, muchos detalles adicionales, personal de apoyo y programadores, entre otras cosas. Tarde o temprano, alguien se toparía con ello desde el exterior, no es algo que se pueda ocultar fácilmente en la red. Pero aunque uno supiera dónde se encuentra, mientras fuera el único existente, seguiría siendo un temible lobo entre las ovejas.

—Un ordenador cuántico parece bastante improbable —señaló Toni—. ¿Alguna información que lo corrobore?

—Nada tangible que lo demuestre —respondió Jay—. Sin embargo, si esa cosa existiera, se ajustaría perfectamente a los parámetros conocidos.

—Y en su experta opinión, ¿es eso de lo que cree que se trata? —preguntó ahora Howard.

—Sí, señor. Nada más se le parece en absoluto. He investigado la red y he localizado a todos los que han publicado algo serio en dicho campo. En la lista aparecen un par de individuos en el Reino Unido. Uno de ellos, un personaje llamado Peter Bascomb-Coombs, hizo un trabajo teórico realmente brillante hace un par de años. Destaca considerablemente por encima de la mayoría y mis conocimientos no están, ni de lejos, a la altura de los suyos. Solía residir en Londres, pero ha desaparecido.

—¿Pensamos en él como alguien que puede ayudarnos? —preguntó Howard—. ¿O como sospechoso?

—En ambos casos, yo hablaría con él si estuviera ahí. No he encontrado ninguna dirección electrónica a su nombre. Parece extraño que un individuo tan inteligente se limite a desaparecer. Es demasiado joven para jubilarse, y si hubiera pasado a mejor vida, se habría mencionado en las noticias.

—Facilítanos lo que sepas sobre él y lo comprobaremos desde aquí —dijo Michaels.

—Ya está en camino —respondió Jay antes de hacer una breve pausa—. Debo volver a la caza. Creo que lograré acorralar a esa fiera. Estoy cerca.

—Ten cuidado, Jay —advirtió innecesariamente Toni, ya que Jay conocía el peligro mejor que nadie.

—Sí, gracias. Los mantendré informados.

Angela había estado introduciendo órdenes en su ordenador portátil y levantó la cabeza cuando Jay desconectó.

—Tengo la información sobre el señor Bascomb-Coombs. Lo estoy buscando... ahí está.

—¿Cómo? —preguntó Michaels.

—He encontrado a nuestro hombre —respondió Angela—. Trabaja para ComCo, del Reino Unido. Es una empresa privada de informática que fabrica, entre otras cosas, placas madre de alta calidad.

—Es un as de la informática que trabaja para una empresa de ordenadores —dijo Fernández—. ¿Tiene eso algo de sorprendente?

—No de por sí —respondió Angela—. Pero ComCo es propiedad de lord Geoffrey Goswell.

Michaels se preguntó dónde había oído antes ese nombre y de pronto lo recordó. Pero Howard se le anticipó.

—¿Es ése el mismo individuo cuyo jefe de seguridad estaba en la tienda con nuestro asesino y con el cadáver?

—Sí —respondió Angela.

—Vaya, vaya. El mundo es un pañuelo —comentó Howard.

—Probablemente no signifique nada —agregó Angela—. Goswell es propietario de varias empresas y tiene millares de empleados repartidos por todo el país. En cualquier lugar de Inglaterra, Escocia, Gales o Irlanda, es probable encontrar a alguien que trabaje para él, o que conozca a alguien que lo haga.

Michaels meneó la cabeza. No le gustaban las coincidencias. Cosas más extrañas habían ocurrido, pero de pronto esto olía a chamusquina.

—Le diré lo que vamos a hacer, postergue de momento esa entrevista con Peel. Finja que no tenía importancia, que ya ha resuelto sus dudas y dígame que lo llamará más adelante si precisa verlo. Creo que necesitamos saber un poco más acerca de su jefe antes de irrumpir en su madriguera.

Howard asintió, al igual que Fernández y Toni. Angela le brindó una pequeña sonrisa y Michaels sintió que le daba un vuelco el corazón. No miró a Toni. No quiso

arriesgarse.

*Jueves, 14 de abril
Londres, Inglaterra*

Peel estaba hasta las narices, mientras conducía por Old Kent Road, frente a la fábrica de gas. El día anterior, Bascomb-Coombs se había tomado el día libre y no había logrado encontrarlo. Según su personal, no había ningún indicio de que se encontrara en su piso, ni de que hubiera utilizado su coche, que había permanecido aparcado en su garaje durante todo el día. Tampoco contestaba al teléfono.

Pasar otra vez por sus oficinas también había sido una pérdida de tiempo.

¿Dónde diablos se había metido?

Era culpa suya, Peel lo sabía. Había retirado a sus hombres porque quería ocuparse personalmente de Bascomb-Coombs. No quería testigos cuando lo hiciera, y ahora que ese cabrón había desaparecido, sólo podía culparse a sí mismo. ¿Adonde había ido ese cretino? ¿Y por qué?

Sonó su teléfono.

—Diga, Peel al habla.

—¿Comandante Peel? Habla Angela Cooper.

La mujer del servicio de inteligencia, otro ladrillo en su camión ya sobrecargado. Lo llamaban de vez en cuando sobre aquel asunto en Irlanda. Cada vez que alguno de aquellos desgraciados comedores de patatas cometía un atentado, siempre lo llamaban, como si Peel fuera de algún modo responsable de los actos de esos lunáticos.

—Señora Cooper, no he olvidado nuestra cita para esta tarde.

—El caso, señor, es que después de todo no será necesario que hablemos con usted. El asunto que tenemos entre manos se ha resuelto por sí solo. Lamento haberlo molestado.

Gracias a Dios por sus pequeños dones. Por lo menos no tendría que tratar una vez más con esos imbéciles.

—No tiene importancia.

—Voy a colgar. Gracias por su cooperación.

Después de la llamada, Peel miró por el retrovisor para asegurarse de que no había perdido a Ruzhyó. Seguía ahí.

¿Y ahora qué, Peel? Nuestro pícaro científico parece haber volado del nido. No está en su casa ni en ninguno de sus lugares habituales, e indudablemente eso lo confirma. Te ha mentado, ha intentado eliminarte y además te ha estafado un millón de dólares. Más te vale encontrarlo y resolver el problema antes de que empeore.

Pero del dicho al hecho hay un buen trecho.

Hacía un día soleado y caluroso y Howard, vestido de paisano, daba un paseo a pocas manzanas del cuartel general del MI-6, disfrutando del clima y de la ciudad. Londres era un lugar bastante cosmopolita; por ella circulaba gente con extraños atuendos, que hablaba idiomas extranjeros, que parecía sentirse como en casa.

Junto a él, también de paisano, Julio sonrió a un par de chicas adolescentes con diminutas faldas y zapatos de plataforma, con suelas tan gruesas como la guía telefónica de Washington. Las chicas le devolvieron la sonrisa a Julio y admiraron detenidamente a Howard. Maldita sea, ambos eran suficientemente mayores para ser sus padres. Y si se caían de esos monstruosos zapatos, por lo menos se fracturarían un tobillo. Howard miró a su sargento con una ceja levantada.

—Bueno, ya sabe lo que se dice, las cosas bellas proporcionan alegría para siempre.

—Y un delito es un delito en todas partes. ¿No está a punto de convertirse en padre y esposo?

—Necesita relajarse, John. Mirar no es lo mismo que tocar.

—Ha sido soltero durante mucho tiempo, Julio. ¿Está seguro de poder hacer la transición?

—Para serle completamente sincero, no lo sé. Creo que sí; lo intentaré por todos los medios. Pero usted sabe tan bien como yo que ningún plan de batalla sobrevive más allá del primer contacto con el enemigo.

—¿Compara el matrimonio con una guerra, sargento?

—No exactamente una guerra, pero ciertamente terreno desconocido. Amo a Jo, quiero despertar junto a ella todas las mañanas y va a ser la madre de mi hijo, pero no soy un recluta de dieciocho años que acaba de llegar del pueblo y no ha estado nunca en la ciudad.

—De eso no cabe la menor duda —dijo Howard antes de hacer una prolongada pausa—. ¿Qué opina de este asunto?

Julio se encogió de hombros.

—El hecho de que ese tal Goswell pertenezca a un círculo selecto, de conducta irreprochable y todo lo demás, no parece muy diferente de lo que ocurre en nuestro país. Puede que no tenga nada que ver con este asunto, pero todos los hombres de negocios o políticos ricos y famosos de los que he oído hablar escondían algún trapo sucio en el fondo de sus armarios. Y me parece más que curioso que nuestro asesino Ruzhyó se relacione con ese comandante que trabaja para su señoría.

—A mí también me lo parece.

Por la acera se les acercaba una hermosa mujer mulata, con un vestido de seda roja y negra. Con los tacones que llevaba, medía fácilmente más de metro ochenta y cinco. Tal vez se trataba de una modelo. Se cruzó con ellos envuelta en una sutil nube de perfume selecto. Julio volvió la cabeza para admirarla y Howard miró por encima del hombro, procurando parecer discreto.

—Una buena espalda —observó Julio, a quien no había pasado inadvertida la

mirada de Howard—. ¿No le parece, coronel?

—Así es, lo reconozco —sonrió Howard.

—¿A pesar de estar casado?

El coronel se limitó a sonreír.

—¿Qué vamos a hacer ahora, John?

—Dejar que el servicio de inteligencia británico reúna todo lo que crea que debemos saber y veremos lo que hay. Luego nos ocuparemos de ello y regresaremos a casa. Todas esas mujeres hacen que eche de menos a mi esposa.

—Le comprendo perfectamente —rió Fernández.

TREINTA Y SEIS

Jueves, 14 de abril

MI-6, Londres, Inglaterra

Cuando Toni regresó del lavabo a la sala de reuniones, Alex y Cooper estaban hablando de pie en un extremo de la mesa. Casi se tocaban literalmente sus cabezas, hasta el punto de poder compartir el aire que respiraban.

Toni sintió un conato de celos. Ambos levantaron la cabeza y la vieron, pero no se movieron. Buena señal. Si se hubieran separado inmediatamente al verla, habría tenido algo de que preocuparse. De todos modos, no tenía ninguna razón para sentirse incómoda. Conocía a Alex.

—¿Alguna novedad? —preguntó.

—Hemos recibido información sobre Goswell y Peel —respondió Alex—. Y algunos acontecimientos interesantes. El coronel Howard y el sargento Fernández están en camino.

No había terminado de hablar cuando los dos hombres aparecieron.

—Angela, cuando quieras.

Cooper permaneció de pie, mientras los demás ocuparon sus asientos. Tocó el teclado de su ordenador portátil y apareció una proyección sobre la mesa.

—La finca de lord Geoffrey Goswell en Sussex —explicó—. Se llama «The Yews». Pasa allí la mayor parte del tiempo. La hacienda consta de varios centenares de hectáreas, y en ella se encuentra la mansión, algunas casas de menor tamaño y varios cobertizos.

Aparecieron otras imágenes.

—Aparte del personal, su señoría, que es viudo, vive solo. Tiene residencias en Londres, Brighton, Manchester, un chalet en el sur de Francia y diversas casas o propiedades en Gales, Escocia, Irlanda, España, Portugal, India y Estados Unidos. He aquí una lista de empresas de las que es propietario, en parte o en su totalidad. Se le calcula una fortuna personal de casi dos mil millones.

—Debe de ser duro —reconoció Fernández.

—Peel, de quien ya hemos hablado extensamente con anterioridad —prosiguió Cooper—, es el jefe de la seguridad personal de Goswell. Dispone de entre media docena y una decena de hombres, todos exmilitares y armados hasta los dientes, que patrullan en todo momento por la finca.

—Creía que aquí las armas eran más o menos ilegales —intervino Howard.

—Sí, lo son para los ciudadanos corrientes —respondió Cooper—. Nada de pistolas, y los rifles y las escopetas deben guardarse bajo llave, salvo cuando se utilizan para hacer puntería o para cazar. En ningún caso se permiten las armas de

asalto estilo militar.

—Deje que lo adivine —dijo Fernández—. Cuando uno tiene dos mil millones en la hucha, las normas son diferentes, ¿me equivoco?

—Exactamente —respondió Cooper con una pequeña sonrisa.

—Prosigue, por favor —dijo Alex—. Dejemos los comentarios para otro momento, ¿de acuerdo?

—Hemos colocado un par de equipos en las carreteras que conducen a la finca y hace menos de una hora ha llegado un coche de alquiler. Una comprobación con la agencia indica que el vehículo fue alquilado ayer en Southampton por Peter Bascomb-Coombs. Nuestros agentes han obtenido una foto borrosa del conductor; parece que se trata de un informático.

Los presentes reaccionaron con satisfacción.

—El comandante Peel, también bajo vigilancia, se desplaza en este momento a Sussex desde Londres. Tardará todavía una hora en llegar.

—¿No hay rastro de Ruzhyó? —preguntó Howard.

—No.

—¿Podría estar en la finca?

—Es posible —reconoció Cooper—. Hasta dentro de noventa minutos no dispondremos de ningún satélite espía en posición para escudriñar la zona. No obstante, e incluso aunque estuviera paseando por la finca, eso probablemente no bastaría para identificarlo. Bajo los auspicios de la seguridad nacional, hemos intervenido las líneas telefónicas de la finca, e instalado sensores para registrar la actividad radiofónica.

—Debe de ser agradable poder intervenir teléfonos con tanta facilidad —dijo Alex.

—No ha sido exactamente fácil —respondió Cooper—. Pero hasta ahora no ha surgido nada importante. Y, esencialmente, ésta es la situación como la conocemos hasta este momento.

—Parece que la mayoría de los polluelos están en el nido. Debemos ir allí y charlar un poco con esos individuos —dijo Fernández.

Cooper examinó atentamente la imagen holográfica y luego bajó la mirada a la mesa. Parecía sentirse incómoda, cosa que no preocupaba en absoluto a Toni.

—Sí, claro, eso sería lo lógico —concedió Cooper.

—¿Pero...? —preguntó Howard.

—Hay ciertas dificultades —respondió Cooper—. No podemos hacerlo sin más, por las buenas.

—¿Por qué no? —intervino Toni—. Tenemos a un sospechoso de los delitos informáticos que han trastornado a medio planeta y sabemos dónde está. No puedo creer que no quieran charlar un poco con él. Y también con el individuo para quien trabaja.

Toni vio que Julio y John Howard asentían y que Alex también esperaba la

respuesta.

—Es cierto —dijo Cooper—. Pero no es así como se hacen aquí las cosas. ¿Qué ocurriría si de pronto en Estados Unidos quisieran interrogar a un multimillonario que además fuera un político poderoso? ¿Un senador, o incluso el presidente? No podrían limitarse a llamar a la puerta y exigir que la abriera.

—No —repuso Alex—, pero si tuviéramos suficientes razones para sospechar que estuviera involucrado en un delito importante, en el que centenares de personas hubieran muerto como consecuencia de algo que hiciera o que hubiera hecho, lograríamos que un juez dictara una orden de registro o de detención. Logramos que nuestro presidente declarara cuando no quería hacerlo. Incluso bajo acusación judicial.

—Después de varias semanas de consultas con sus abogados —dijo Cooper—. Y la acusación no fue más que una leve amonestación, que no llegó a juicio ni a declararlo culpable.

—Se intentó —replicó Alex—. Nadie está por encima de la ley.

—Aquí tampoco, Alex, pero éste es un pequeño país, y a pesar de nuestros esfuerzos por conducirlo al siglo XXI, es todavía muy consciente de las distinciones sociales. Aquí, lord Goswell está en la cima del poder. Fue a la escuela con los miembros decanos de la Cámara de los Lores. Tiene amistad con los ricos de sangre azul, conoce a la mayoría de los abogados poderosos, así como a los jueces y a los altos funcionarios de la policía. Cada dos semanas toma el té con el jefe del gobierno conservador. Puede conseguir más con un simple gesto de la mano que el Parlamento en una semana. Juega al *bridge* con el rey. Poder intervenir sus teléfonos fijos y móviles ha sido un pequeño milagro, que sólo se ha realizado porque Goswell no lo sabía. No se trata de un hombre a cuya puerta se pueda llamar con exigencias. Si quieren arrancarle a ese león los pelos de la barba en su madriguera, deben entablar unas delicadas negociaciones, sombrero en mano. Una cosa es llamar y decirle a su jefe de seguridad que quieren mantener una charla con él, y otra muy distinta exigir lo mismo de uno de los hombres más ricos y más poderosos del país.

Todos se quedaron en silencio momentáneamente.

—Y un carajo —exclamó Julio de repente. Toni disimuló una sonrisa; no tenía más remedio que estar de acuerdo.

—Puede que tenga razón, sargento, pero mi obligación es comunicarle que el gobierno de su majestad no molestará a lord Goswell, salvo a través de sus abogados, e incluso entonces lo hará con suma cautela.

—¿Aunque sospechemos que está involucrado en los ataques informáticos? —preguntó Toni.

Cooper volvió la cabeza para mirar directamente a Toni.

—Aunque lo supiéramos con seguridad y pudiéramos demostrarlo, señorita Fiorella, que no es el caso, no disponemos de pruebas concretas, salvo indicios circunstanciales: Bascomb-Coombs, que puede o no estar personalmente involucrado,

trabaja para lord Goswell y está de visita en su finca. Eso no demuestra gran cosa, ¿no le parece?

Toni sabía que Cooper llevaba razón. Pero tenía el fuerte presentimiento de que Bascomb-Coombs estaba involucrado en aquel asunto, y de que Peel y Ruzhyó también estaban implicados de algún modo. ¿Pero qué podían hacer, si las autoridades locales no les permitían siquiera hablar con los sospechosos?

—De acuerdo —concedió Alex—. No podemos irrumpir en la casa de su señoría sin una invitación oficial. ¿Pero podemos aislar a Peel?

—¿Cómo?

—¿Podéis ordenar a vuestros agentes de campo que lo detengan y le impidan regresar a la seguridad de la finca de Goswell? Cooper lo miró fijamente.

—¿Con qué propósito?

—Bien, ésta sería mi lógica —respondió Alex—: supongamos que Bascomb-Coombs es responsable de los problemas informáticos.

—De acuerdo. Supongámoslo momentáneamente.

—Si lo es, para ello necesita ayuda. Según Jay Gridley, esto no es algo que se pueda hacer de forma barata, de modo que debe de contar con el apoyo de algún potentado.

—¿Y bien?

—La regla de tres. Trabaja para Goswell. Está en casa de Goswell. ¿Cuánta gente puede financiar un proyecto multimillonario en dólares y mantenerlo en secreto? ¿No tendría que ser alguien con mucha influencia? ¿Como por ejemplo alguien que es propietario absoluto de una empresa informática? Eso nos conduce a Goswell. ¿Y no debería saber el jefe de seguridad de Goswell quién es Bascomb-Coombs? Cualquier agente digno de su nombre comprobaría el historial y los antecedentes de los que intiman con su jefe. Si yo fuera el responsable de proteger a un rico, querría saberlo todo acerca de todas las personas que entraran en su casa. Me enteraría de lo que toman sus visitas para desayunar, dónde comen y la cuantía de sus propinas.

—¿Estás diciendo que Bascomb-Coombs es el *hacker* chiflado, que Goswell lo sabe y que Peel también lo sabe? Tu cadena lógica es endeble, aunque el primer eslabón sea sólido como el acero.

—¿No te parece lógico, si están todos reunidos tomando una taza de té?

Cooper le brindó una leve sonrisa.

—Por Dios, Alex, las personas que se reúnen para tomar un té no comparten necesariamente todos sus secretos.

Alex se ruborizó. John Howard volvió la cabeza y de pronto descubrió un lugar vacío en la pared donde concentrar su mirada. La sonrisa de Cooper aumentó de tamaño y calidez. Estas cosas por separado no demostraban nada, pero de pronto, en su conjunto, a un profundo nivel intuitivo, constituyeron un carámbano de nitrógeno congelado que se hincó en el corazón de Toni.

Dios mío, ¿Alex se había acostado con esa zorra? ¿Cómo? ¿Cuándo? Maldita sea,

¿por qué? Alex se aclaró la garganta.

—Mira, sabemos que Peel está relacionado con Ruzhyó y con la muerte del supuesto sicario.

—Según el forense, el individuo de la librería se suicidó.

—¡Después de que Ruzhyó o Peel le dispararon! Peel sabe algo al respecto. Sé que estoy en lo cierto. Detenedlo e interroguémoslo antes de que muera más gente y trastorne la vida de millones de personas.

Se hizo una prolongada pausa. Toni miró fijamente a Cooper, con el alma todavía torturada por su nueva sospecha. Poco le importaba todo lo demás. No le interesaba Peel, ni Goswell, ni Ruzhyó. Todo ello carecía de importancia.

¿La había traicionado Alex? Claro que no. No podía haberlo hecho. ¿O sí?
Sintió náuseas.

—Bien —concluyó Cooper—. Necesitaré la autorización del director general Hamilton, pero supongo que podemos hacerlo en interés de la seguridad nacional.

TREINTA Y SIETE

Jueves, 14 de abril

M23, al sur de Gatwick

Ruzhyó respiró hondo un par de veces e intentó relajarse. Había ido poniéndose tenso mientras conducía, agarrando con mayor fuerza el volante e inclinándose hacia adelante, pero no podía permitirse estar tenso cuando lo que precisaba era sentirse relajado. Una persona tensa no podía reaccionar debidamente. Pero a pesar de saberlo, siempre ocurría. Debía esforzarse por superarlo, a pesar de tantos años y tantos cadáveres.

Delante de él y en otro carril, el Neón gris con sus dos ocupantes que seguía a Peel desde Londres circulaba cincuenta metros detrás del vehículo del comandante, disimulado entre el tráfico. Estaban tan preocupados por seguir a Peel que no se habían percatado de la presencia de Ruzhyó.

En cuanto los vio, Ruzhyó hizo una llamada para pronunciar una sola palabra: «Compañía». Esto había bastado para poner a Peel sobre aviso.

—Entendido. Llamaré luego —había respondido el comandante.

Hacía varios kilómetros que habían pasado junto al aeropuerto de Gatwick y ahora avanzaban hacia el sur por la gran autopista, como si se dirigieran a la finca de Sussex. Sonó el móvil en el asiento contiguo y Ruzhyó lo levantó.

—Adelante.

—¿Lo han detectado?

—No.

—Bien. Abandonaremos la autopista en la próxima salida, dentro de unos tres kilómetros, y nos dirigiremos al este. A cinco kilómetros hay un gran roble en un cruce, con una pequeña carretera a la derecha. A tres kilómetros por esa carretera, a la izquierda, hay un gran cobertizo para esquilas de ovejas. Ahí charlaremos con nuestros acompañantes. ¿Por qué no se adelanta y se prepara?

—De acuerdo.

Ruzhyó desconectó con el pulgar. Aceleró, se situó delante del coche de vigilancia, adelantó a Peel, y les llevaba un kilómetro de distancia cuando abandonó la autopista en la siguiente salida. Los vigilantes no le prestaron la menor atención.

El roble estaba donde se suponía que debía estar, Ruzhyó había medido la distancia con su cuentakilómetros, y el cobertizo, frente a un prado de ovejas que pastaban, se encontraba en mitad de la nada. Un lugar perfecto para mantener una charla, sin que nadie la oyera.

Ruzhyó introdujo su coche en el cobertizo y cerró la puerta. El lugar era polvoriento y olía a heno seco, lana y algo parecido a cera caliente. Los olores del

campo evocaban en su memoria su época con Anna. Comprobó las salidas. Había otras dos en la planta baja, además de la que había utilizado para entrar con el coche, y dos aberturas en la planta superior, con poleas y cuerdas que colgaban de las mismas. Peel era un profesional; introduciría su coche y se apearía de tal modo que quienes lo seguían estuvieran perfectamente a tiro de alguien oculto en el cobertizo cuando bajaran de su vehículo; probablemente frente a la puerta de menor tamaño, al sureste del edificio.

Ruzhyó comprobó el cargador de su Firestar para asegurarse de que tenía una bala en la recámara. Pulsó el percutor y puso de nuevo el seguro. Tal vez no tuviera que efectuar ningún disparo, pero si era necesario, disponía de ocho balas y otras siete en un segundo cargador. Cualquier semiautomática podía encasquillarse, pero había ajustado los peines, limpiado el cerrojo y no debería tener ningún problema. Después de obtener el arma, había disparado unas cuantas veces y había pasado manualmente por el cerrojo un centenar de balas, sin la menor dificultad. A esa distancia, si se veía obligado a utilizarla, efectuaría sólo unos pocos disparos, y la primera bala estaba ya en la recámara.

Oyó el ruido de un motor que se acercaba, fácilmente discernible en el silencio de los prados. Respiró hondo, estiró el cuello y movió los hombros. Estaba listo. Seguiría la iniciativa de Peel.

Peel acercó el coche a un montículo junto al cobertizo y giró a la izquierda para obligar al coche que lo seguía a colocarse entre el suyo y el edificio. Paró, desabrochó su pistolera y se apeó. Dejó la puerta del coche abierta y permaneció parcialmente cubierto tras la misma. No vio a Ruzhyó, pero se percató de las huellas frescas de neumáticos en dirección al cobertizo y supo que estaba allí. Peel, en su lugar, se habría colocado tras la puerta, al otro extremo de su coche, y habría apostado cualquier cosa a que allí se encontraba el exmiembro del *Spetsnaz*. Estaba mucho más tranquilo con un viejo profesional cubriéndole las espaldas.

El Neón salió de la carretera y se dirigió al lugar previsto. Levantó una nube de polvo rojo grisáceo al detenerse, y cuando empezó a posarse el polvo, dos hombres se apearon. Vestían cazadoras y se movían como si fueran armados, con las pistolas ocultas bajo sus chaquetas; pero no parecían policías, por lo menos no de la policía civil. Uno era moreno, de altura media, y el otro más bajo y robusto, de cabello corto, castaño claro. ¿Eran militares? ¿Del servicio de inteligencia? ¿Quién coño eran?

—Buenas tardes, caballeros. ¿Puedo hacer algo por ustedes?

—Comandante Peel —dijo el del cabello castaño—. Tenga la bondad de acompañarnos.

—Si me dicen quiénes son y qué desean, tal vez podamos resolverlo de una forma civilizada.

—No hemos venido a responder preguntas. Mandaremos a alguien a por su

coche. Usted vendrá con nosotros.

—Me parece que no —repuso Peel.

—Entonces deberemos insistir —replicó el otro—. Por favor, colóquese ahí, señor. Y ponga las manos donde pueda verlas.

—Insistan cuanto quieran. Yo no he hecho nada malo ni me he metido con nadie.

Intercambiaron una mirada y, sin decir palabra, empezaron a separarse. Ese era el procedimiento habitual al enfrentarse a un hombre considerado armado y peligroso. Aunque fuera capaz de desenfundar con mucha rapidez, debería desplazar el arma de uno a otro de sus rivales, y cuanto más separados estuvieran, más difícil le resultaría hacerlo, especialmente si ambos estaban dispuestos a devolver los disparos. Todavía no habían sacado las armas y eso le favorecía.

—No pongamos las cosas difíciles, comandante —dijo el del pelo castaño.

—Caballeros, les sugiero que no se muevan y mantengan las manos alejadas de sus armas. El de altura media sonrió.

—Usted perdone, comandante, pero ambos somos diez años más jóvenes y diez años más rápidos que usted. ¿No creerá realmente que es capaz de eliminarnos a los dos?

—Puede que sí, o puede que no. Sería más arriesgado si estuviera solo.

—No hay nadie más en el coche, Peel —replicó el del pelo castaño—. ¿Cree que somos estúpidos?

—Yo diría que bastante. ¿Por qué cree que he parado aquí, joven? ¿En este campo tan tranquilo?

El del pelo castaño dejó de desplazarse lateralmente y miró fugazmente a su compañero.

—Nos toma el pelo —dijo el de mediana estatura—. Es un farol.

—¿Eso creen? —Sonrió Peel—. Me siguen desde que hemos salido de Londres. ¿Creen que no lo sabía? He tenido tiempo más que suficiente para hacer llegar aquí a uno de mis colegas. Parecen buenos chicos. Díganme quién los ha mandado, qué saben, y tal vez logren salir ilesos. De lo contrario...

Peel se encogió exageradamente de hombros.

—Olvídelo —repuso el de mediana estatura—. ¡No acabamos de salir del maldito parvulario!

—¡Señor Ruzhyó! —exclamó Peel, levantando el tono de voz—. ¿Está usted ahí?

Se abrió la puerta del granero con un crujido de las bisagras oxidadas y Ruzhyó asomó la cabeza, sin salir de su escondrijo.

—Aquí estoy —respondió, apuntando al de estatura mediana con su pistola plateada, que sujetaba con ambas manos.

Los jóvenes se sobresaltaron, sorprendidos.

Alguien que tuviera experiencia de combate sabría que no tenía ninguna oportunidad. Aunque fuera más rápido que Billy *el Niño*, nunca lograría desenfundar con suficiente rapidez para vencer a alguien que ya lo estaba apuntando con su arma.

Ambos se asustaron e intentaron sacar el arma.

Ruzhyó cubría al de estatura media, de modo que Peel se ocuparía del hombre del cabello castaño. Pero antes de que lograra desenfundar su pistola, Ruzhyó efectuó tres disparos, titubeó un breve instante y efectuó otros tres. Seis disparos a unos cinco metros, con tanta rapidez que parecieron dos ráfagas de metralleta. ¡Maldita sea, era rápido!

Los jóvenes se desplomaron como tallos de trigo segado.

—¡Mierda! —exclamó Peel.

Acabó de desenfundar su arma y se dirigió hacia los jóvenes en el suelo. Al acercarse comprobó que llevaban protección antibalas. Los chalecos habían detenido dos balas cada uno, como se suponía que debían hacerlo, pero no el resto de los disparos de Ruzhyó: dos al pecho y uno a la cabeza. Ambos habían recibido un impacto entre ceja y ceja, y murieron antes de caer al suelo. Peel nunca había visto a nadie que disparara mejor, ni en las prácticas de tiro, ni mucho menos en una situación real. Ruzhyó era un tirador magistral.

—Maldita sea, ¿cómo se supone que puedo averiguar algo si no deja a uno vivo para que lo interrogue?

Ruzhyó se limitó a encogerse de hombros. Expulsó el cargador de su pistola, dejó que cayera al suelo, cargó de nuevo el arma con el segundo peine que llevaba en el bolsillo y se agachó para recoger el primer cargador. Cuando se incorporó, se llevó la mano a una oreja para retirar un tapón de silicona, luego retiró otro de la segunda oreja y se los guardó en el bolsillo, junto con el cargador casi vacío.

Dios mío. Ruzhyó actuaba con suficiente serenidad como para pensar en protegerse los oídos antes de aniquilar tranquilamente a dos hombres armados, con toda la nitidez y rapidez imaginables. Debía de tener agua congelada en las venas.

Ahora la situación ya no tenía remedio; lo mejor sería averiguar quiénes eran. Peel hurgó en el bolsillo del hombre de mediana estatura hasta encontrar una cartera. La abrió y, tras un plástico transparente, vio un documento de identidad.

—¡Dios mío! ¡Eran del MI-6! ¡Acabamos de matar a dos agentes del servicio secreto de su majestad!

Ruzhyó volvió a encogerse de hombros, mientras escudriñaba el campo en busca de testigos.

Salvo las ovejas, a las que no parecían haber afectado los disparos, no había nadie a la vista.

Peel meneó la cabeza.

—Vamos, ayúdeme a mover los cadáveres —ordenó el comandante—. Sólo disponemos de unos minutos antes de que los echen de menos.

Se habían metido en un buen lío.

Jueves, 14 de abril

MI-6, Londres, Inglaterra

—Tenemos un problema —anunció Cooper, dirigiéndose a Michaels—. Hemos perdido contacto con el equipo que seguía a Peel.

Howard, Fernández y Toni se habían ido a la cafetería para comer un bocado, y Michaels se había quedado nuevamente solo con Cooper en la sala de reuniones.

—¿Habéis perdido contacto con ellos?

—Hace más de media hora. Según su última comunicación habían salido de la M23 cerca de Balcombe y estaban a punto de detener a Peel. No hemos logrado ponernos en contacto con ellos desde entonces.

—¿Tenéis alguna forma de encontrarlos?

—No con precisión. El *transpondedor* de localización de su coche ha dejado de emitir señales pocos minutos después de su última transmisión. Sabemos dónde estaban. Hemos mandado un equipo de intervención militar por helicóptero para que lo compruebe.

—O bien han sido capturados o bien están muertos —afirmó Michaels.

—Eso no lo sabemos.

—No hubierais mandado un equipo aéreo si no lo considerarais probable.

Cooper soltó un suspiro y colocó una mano sobre el antebrazo de Michaels. Su tacto era cálido.

—Tememos que algo haya fallado.

Michaels la miró fijamente. Al cabo de un instante, Cooper retiró la mano.

—Ninguna oportunidad para nosotros, ¿verdad?

—No sería una buena idea. Lo siento.

—Pero te lo pasaste bien hasta donde llegó, ¿no es cierto?

—Ah, sí, por supuesto.

Ella le brindó una sonrisa desprovista de sentimiento.

—Los buenos siempre se escapan. Lástima. Tu señorita Fiorella es afortunada.

—Creo que el afortunado soy yo. Cooper retrocedió y consultó su reloj.

—Pronto deberíamos recibir noticias del equipo de intervención.

—¿Todavía podemos detener a Peel si se dirige a la finca de Goswell?

—Dada la situación, dudo que el director general Hamilton quiera poner a otro equipo en peligro. Sería menos arriesgado acorralarlo en «The Yews», si es que se dirige allí, y ocuparnos de él más adelante.

En la cafetería del MI-6, Fernández tragó un bocado de lo que parecía una empanada de carne con puré de patatas, bañada en medio litro de salsa de color castaño.

—¿Qué le ocurre a la subdirectora? —preguntó.

Fiorella había acompañado a Howard y a Fernández a la cafetería, pero estaba pálida y no había tardado en disculparse.

Howard miró fugazmente su ensalada tailandesa de pollo. No era un chismoso, pero conocía a Julio desde hacía mucho tiempo y no había muchos secretos entre ambos. Y a juzgar por su expresión, Toni se había dado cuenta: había deducido las actividades extracurriculares de Michaels. Pero Howard no tenía por qué entrar en detalles.

—Creo que ella y el comandante tienen problemas personales —respondió.

Julio mordió otro bocado, tomó un trago de agua y asintió.

—Cooper —dijo—. ¿El jefe ha establecido contacto carnal?

Howard levantó una ceja.

—Es hermosa, lista y no deja de lanzarle miradas —prosiguió Julio—. Y el jefe se mira los zapatos cuando ella se acerca demasiado. Cooper parece posesiva y él culpable. Eso para mí es significativo. Claro que no le descubro nada que usted no sepa; ya se ha dado cuenta.

—Sí —asintió Howard.

Julio tomó otro bocado de la porquería castaña y caliente que tenía en el plato.

—No sé a qué viene la mala reputación de la comida inglesa. Esto no tiene nada de malo —comentó.

—Ha hablado como un auténtico aficionado a la carne y las patatas.

—Sí, bueno, ¿por qué no come un poco más de hierba y ramitas como los conejos?

Un joven se acercó a su mesa.

—¿Coronel Howard? El comandante Michaels desea verlo cuanto antes, señor.

Julio mordió apresuradamente otro bocado, mientras Howard asentía y se ponía en pie. ¿Y ahora qué?

TREINTA Y OCHO

Jueves, 14 de abril

Cerca de Balcombe, Inglaterra

El MI-6 había movilizado un segundo helicóptero, que aterrizó con Alex, Howard, Fernández, Cooper y Toni a bordo. El helicóptero de la fuerza de intervención rápida estaba todavía en tierra y una docena de soldados con boina y uniforme británico de camuflaje inspeccionaban el gran cobertizo, armas en mano, cuando el equipo de Net Force se apeó del segundo helicóptero entre la gran polvareda que levantaban los rotores.

Toni había guardado bajo llave su sufrimiento personal, por respeto a su sentido del deber. Pero, a pesar de ello, durante el breve vuelo no había logrado mirar a Alex a la cara.

Se acercó un capitán británico y habló con Cooper. Toni examinó el entorno, se agachó un par de veces para observar el suelo y luego se dirigió al cobertizo. En su interior había un coche nuevo aparcado, que no había estado allí el tiempo suficiente para cubrirse de polvo. El suelo era de tierra, cubierta de una fina capa de paja. Salió y volvió a pasear por la zona. La tierra era suficientemente mullida para registrar huellas en algunos lugares, pero los soldados, con sus botas de campaña, habían eliminado muchas de ellas. Pensó en lo que debió de haber ocurrido allí, teniendo en cuenta lo que sabía y lo que había visto.

—Toni —dijo Alex, que estaba junto a Cooper y al capitán británico.

Toni podía hacerlo, era capaz de dominar sus sentimientos y hacer su trabajo.

—Éste es el capitán Ward —agregó Alex.

—¿Por qué no pone a la subdirectora Fiorella al corriente de lo que puede haber sucedido aquí, capitán? —dijo Cooper.

Una nube de ira envolvió a Toni. ¿Ponerla al jodido corriente? Sí, claro. Lo que quería era romperle a Cooper su cara de suficiencia. Pero se controló.

—Es bastante evidente, ¿no le parece?

Cooper parpadeó. ¿Había detectado una actitud desafiante en el tono de voz de Toni?

—¿En serio? ¿Entonces por qué no nos lo cuenta? Sí, lo había detectado.

—Por supuesto. Peel disponía de alguien que lo apoyaba. Ése es su coche en el cobertizo. Resultará ser de alquiler y no nos proporcionará ninguna pista. Probablemente, un apartado de correos imaginario y un documento de identidad falso.

»A sus agentes debió de pasarles inadvertido el hombre de apoyo. Con toda probabilidad, Mikhayl Ruzhyó, que debe de tener alguna clase de vínculo con Peel.

Puede que fueran compañeros de estudios, o que coincidieran en alguna operación en África o en algún lugar de Sudamérica. Tienen algo en común, de lo contrario la coincidencia sería excesiva.

»Peel condujo a sus hombres hasta aquí, a una emboscada. Ruzhyó se les acercó sigilosamente... no, no fue así, uno realmente no puede acercarse con sigilo a este cobertizo desde la carretera en coche y está demasiado lejos de cualquier lugar para llegar andando, de modo que probablemente ya estaba aquí cuando llegó Peel. ¿Cómo voy por ahora?

Miró a Alex, que tenía el rostro paralizado con una media sonrisa. Toni sabía que había percibido su enojo y asintió. *Lo sé, cabrón. Y sé que sabes que lo sé.*

Cooper no habló. Tampoco lo hicieron Alex ni el capitán.

—Hay dos pequeñas manchas de sangre en el suelo —prosiguió Toni—, todavía visibles, aunque alguien las ha pisado, aquí y allí —dijo mientras señalaba—. ¿Iban sus hombres armados? ¿Llevaban chalecos antibalas?

Cooper se limitó a mirarla fijamente y fue el capitán quien respondió:

—Llevaban pistolas y es de suponer que también chalecos antibalas. Es lo reglamentario en esta clase de operaciones.

—Entonces Peel o Ruzhyó les disparó, con toda probabilidad a la cabeza. Ahí es donde cayeron. Luego metieron los cadáveres en su propio coche y se marcharon con el mismo y el de Peel. Supongo que, si sus hombres no lo han pisoteado todo, encontrarán las huellas de los neumáticos de su coche y del de sus hombres cuando se marcharon. A estas alturas, sospecho que habrán llevado el coche con los cadáveres a algún lugar donde tardarán bastante tiempo en encontrarlo. Es preocupante que dos agentes desaparezcan, pero no tanto como encontrar sus cadáveres. Si yo estuviera al mando, ordenaría a la policía local que dragara todos los grandes estanques y lagos en varios kilómetros a la redonda. Las aguas profundas son un buen lugar donde ocultar un coche.

El capitán meneó la cabeza.

—En general, su teoría está un poco traída por los pelos, ¿no le parece? Salvo la sangre, no hemos encontrado ninguna otra prueba. No hay ningún casquillo de bala.

—Ruzhyó debió de recogerlos, y supongo que Peel es suficientemente listo para hacer lo mismo. En cualquier caso, cuando logremos atraparlos hará tiempo que las armas utilizadas habrán desaparecido. No sé mucho acerca de su comandante Peel, pero Ruzhyó es muy profesional; no deja mucho con que trabajar.

Ward asintió, como para indicar que no era tanto su explicación lo que le interesaba como su razonamiento.

—La situación que postula no es imposible. Al percatarse Peel de con quién trataba, habría sabido que llevaban un *transpondedor* en el coche y lo habría desactivado. Hemos colocado controles de carretera, pero puede que hayamos llegado tarde.

Sin duda hemos llegado tarde. Toni hizo un esfuerzo y brindó a Cooper la sonrisa

más radiante de la que fue capaz.

—¿Necesita saber algo más, señorita Cooper?

—No de momento, señorita Fiorella —respondió Cooper con una fugaz mirada a Alex, en la que Toni detectó lo que podía ser preocupación. O puede que incluso compasión.

De modo que Cooper también había deducido que Toni lo sabía. Y eso inducía a esa zorra británica a apiadarse de Alex. Estupendo. Ahora formaban todos una jodida familia infeliz.

Michaels sacó su *virgil*, e hizo una llamada prioritaria a Jay Gridley.

—Hola, jefe, ¿qué hay?

—Si te doy una dirección, una dirección física donde el ordenador cuántico podría encontrarse, ¿facilitaría eso tu búsqueda?

—No la perjudicaría. Tal vez lograría detectar sus huellas si estoy suficientemente cerca, pero no hay ninguna garantía.

—Bien, te la mando ahora mismo. Hemos localizado a Bascomb-Coombs y el lugar donde trabaja. De momento no podemos echarle el guante, pero tal vez se te ocurra algo desde donde tú estás.

—Gracias, jefe.

—Ten cuidado, Jay.

—Recibido con toda claridad. Voy a desconectar. Michaels se acercó a Cooper.

—¿Cambia esto la situación? ¿Podemos ir a la casa de Goswell y detener a Peel?

—Puedo plantárselo al director general, pero me temo que seguimos en las mismas. Han desaparecido unos agentes, pero no hay muchos indicios que los relacionen con su señoría o con Peel. Por lo que nosotros sabemos, Peel pudo haberse marchado antes de que hablaran con él y nuestros hombres pudieron haber sido atacados casualmente por ladrones de ganado.

—Sí, claro.

—Lo siento, Alex, pero ésta es la situación. Tenemos las manos atadas.

De regreso al helicóptero, Michaels se rezagó.

—Un momento, coronel. Howard redujo la marcha.

—Cooper dice que el MI-6 tiene las manos atadas. No pueden acercarse a la finca de lord Goswell sin una invitación formal.

—Estupendo —repuso Howard con sarcasmo.

—Coronel, no sé lo que habrá oído por radio macuto, pero lo he propuesto para un ascenso.

Howard titubeó un instante antes de responder.

—He oído rumores, comandante. Gracias, le estoy agradecido.

—Sólo se lo menciono porque un incidente diplomático internacional podría estropear sus oportunidades. Probablemente lo haría.

Howard sonrió.

—Si eso sirviera para atrapar a Ruzhyó y a ese *hacker* demente, podría soportarlo. Michaels le devolvió la sonrisa.

—De algún modo sabía que ésa sería su reacción. Cuando regresemos al MI-6, creo que nuestros hombres necesitarán tomarse un descanso. Podrían dar una vuelta por el campo, o algo parecido.

—Sí, señor.

Michaels dirigió la mirada al helicóptero, con los párpados entornados para protegerse los ojos del polvo que levantaban los rotores. En la mayoría de los casos se ajustaba al reglamento, pero de vez en cuando se veía obligado a traspasar los límites. Existía una diferencia entre la ley y la justicia, y a veces los fines realmente justificaban los medios. Por regla general, en su clase de trabajo, si se aventuraba en territorio arriesgado y se salía con la suya, retrospectivamente lograba racionalizarlo. Si fracasaba, lo crucificarían. Perseguían terroristas, asesinos, tanto con medios remotos como con sus propias manos. Lo peor que podía ocurrirle a Michaels si fracasaba sería que lo expulsaran deshonorosamente y lo condenaran a veinte o treinta años de cárcel.

Al ver a Toni subir al helicóptero, deliberadamente sin dirigirle la mirada, se percató de que había un precio peor por meter la pata, o en este caso, por casi haberla *metido*.

Tal vez, con un poco de suerte, moriría en esta operación clandestina.

Jueves, 14 de abril

Cretácico superior

En lo que sería Londres

A pie, con el lanzacohetes al hombro, Jay olió el aire. Percibió los olores habituales de la jungla y otro aroma que predominaba insistentemente sobre los demás. En realidad, imposible de ignorar.

—Cielos, ¿qué es esa peste? —dijo Saji junto a él, con la nariz fruncida.

—Sin entrar en detalles, es mierda de monstruo —respondió Jay mientras señalaba.

Tenían delante otro tupido bosque prehistórico, que en la realidad virtual representaba grupos de paquetes codificados, un centro electrónico, un nexo correspondiente a una empresa informática en Londres. En el camino que conducía a dicho bosque, formando aproximadamente un triángulo con dos enormes huellas de pezuñas, había una gigantesca defecación, un montón de apestosos excrementos de color castaño, del tamaño de un contenedor, asediado por un enjambre de moscas.

A los lados del camino había aproximadamente una docena de montículos parecidos, secos y duros, que empezaban a convertirse en descomunales heces

fosilizadas. Bien venidos a la Ciudad Fantástica.

Pasaron junto a la deposición reciente. A tan corta distancia, pudieron ver entre las heces trozos de hueso no digerido y percibir el calor del montículo. El hedor era tan denso que uno casi podía apoyarse en el mismo.

—No pretendo ser mejor que nadie interpretando pistas, ni nada por el estilo —dijo Jay—, pero estoy casi seguro de que ha pasado por aquí. Además, apuesto a que ha salido a hacer sus necesidades porque vive ahí.

Saji contempló el montículo y meneó la cabeza.

—No me apetece la idea de entrar ahí para cazarlo —dijo.

—Ni a mí tampoco —repuso Jay al tiempo que preparaba el lanzacohetes—. Échate a un lado.

Colocó el arma sobre el hombro, apuntó a la jungla y apretó el gatillo. Salió el proyectil seguido de una cola llameante, penetró en el bosque y estalló arrojando por doquier hojas, ramas y trozos de tronco.

—Otro par de disparos como éste deberían de llamar su atención —señaló Jay.

Jueves, 14 de abril

«The Yews», Sussex, Inglaterra

Peel se apeó de su coche y cerró la puerta un poco más fuerte de lo necesario. Controló su irritación, saludó con la cabeza a Huard, que estaba de vigilancia en la parte trasera de la casa principal, y luego se volvió para ver cómo Ruzhyó se apeaba del vehículo. El coche con los dos agentes muertos, así como la pistola utilizada para su asesinato, estaban en el fondo de una fosa de diez metros de profundidad que formaba parte de una cisterna en una de las fincas de su señoría en East Sussex, no muy lejos de donde les habían disparado. Bueno, donde Ruzhyó les había disparado. Casi con toda seguridad, el servicio de inteligencia o la policía local acabarían por encontrar el coche y su cargamento, pero probablemente no de inmediato. Dispondría de tiempo sobrado para atar los cabos sueltos y abandonar el país. Lástima, pero indudablemente el ambiente se caldearía demasiado para quedarse. Y aunque no recibiría aquella fortuna fantasmagórica del banco indonesio, Goswell tenía una caja fuerte en la casa que sin duda contendría suficientes fondos para financiar su huida. Su plan consistía en eliminar a Goswell, a ese cabrón de Bascomb-Coombs y a Ruzhyó, a este último con mucho cuidado, por la espalda, cuando no se lo esperara. Después de amañar ingeniosamente los cadáveres, parecería que el exmiembro del *Spetsnaz* habría matado a los otros dos antes de ser abatido por uno de sus hombres, por ejemplo Huard, que también debería ser eliminado, y entonces él se marcharía. Su situación era mala, pero no fatal, y aunque hubiera preferido que las cosas evolucionaran de otro modo, la superaría. Era un soldado profesional, un oficial con experiencia de mando en el campo. Siempre habría mercado para sus servicios en

algún lugar del Tercer Mundo; podría entrenar un ejército en algún país de la CEI, o dirigir un batallón en África central, u ocuparse de la seguridad de un príncipe árabe. Los guerreros no pasaban nunca completamente de moda, por muy pacífica que fuera la situación. Nunca sabías cuándo tu vecino se disponía a apoderarse de tu territorio y debías estar dispuesto a protegerlo, por muy radiante que fuera su sonrisa, o muy abierta que pareciera estar su mano.

No era su alternativa predilecta, pero sí preferible a las demás.

—Quédese ahí y mantenga los ojos abiertos —ordenó Peel, dirigiéndose a Ruzhyó.

Ruzhyó lo saludó con su paraguas plegado, que probablemente pronto lo necesitaría. Procedentes del Atlántico norte llegaban los oscuros nubarrones de una borrasca y parecía que iba a llover; perfecto, una tormenta haría incluso más lúgubre la situación.

Peel se acercó a Huard.

—Dígales a los muchachos que tomen posiciones en el perímetro —dijo Peel—. Puede que tengamos compañía. Usted vigile la puerta trasera.

—Sí, señor.

Peel entró en la casa. Se ocuparía de todo, y esperaría hasta bastante después de que hubiera oscurecido, para salir andando a campo traviesa por si alguien vigilaba la finca. Debía suponer que si le conocían, por lo menos lo suficiente para mandar tras él un equipo de los servicios secretos, sabrían también para quién trabajaba. Evidentemente no tomarían «The Yews» por asalto, claro que no, pero podrían esperarlo a la salida. Si caminaba suficientemente lejos por el campo, podría apropiarse de uno de los coches de algún vecino, conducir hasta la costa del sur y coger uno de los barcos de Goswell para cruzar el canal. No era vergonzoso retirarse ante una fuerza superior. Siempre cabía la posibilidad de reagruparse y volver más adelante. Perder una batalla no significaba necesariamente perder la guerra.

Goswell estaba tomando una copa en el salón.

—Hola, comandante.

—Señoría. ¿Dónde está Bascomb-Coombs?

—Creo que está en el estudio, en el pasillo, jugando con su ordenador portátil. He prohibido su acceso a la unidad especial, pero estoy seguro de que sabe cómo burlar ese impedimento. Su ordenador portátil soltó un pitido, él se puso bastante nervioso y se disculpó para ocuparse de lo que fuera. ¿Una copa?

—Estupendo —respondió Peel.

Apareció Applewhite, lástima que también tuviera que morir, porque a Peel le gustaba, y el comandante levantó dos dedos para indicar la cantidad de *whisky*. Qué diablos, agregó un tercer dedo. ¿No debía resistir hasta que anoheciera? Y había sido un día largo y duro; nadie podría reprocharle que necesitara una buena copa.

De pronto, una brisa sacudió el marco de la ventana y las primeras gotas de lluvia salpicaron el cristal. No cabía la menor duda de que sería una noche tormentosa en

todos los sentidos.

TREINTA Y NUEVE

Jueves, 14 de abril

De camino a «The Yews».

El equipo de Net Force se desplazaba en lo que Howard denominaba Centro de Mando Móvil *In Situ*, que consistía esencialmente en un gran coche alquilado en el último momento, con Julio Fernández enojado al volante.

—¿Por qué no podrán esos estúpidos cabrones conducir por el lado correcto de la carretera? —exclamó el sargento.

El resto del equipo de intervención se trasladaba ya en coches y en camiones de la base militar al lugar de encuentro, en este caso un cuartel de bomberos en Sussex.

Howard había colocado un ordenador sobre una pequeña mesa, que Michaels y Toni observaban sentados junto a él. Howard sacó una imagen en pantalla, una vista aérea ampliada de un caserío y varias estructuras de menor tamaño.

—Esto es la finca de Goswell —señaló.

—¿Obtiene esto del MI-6? —preguntó Michaels.

—No, señor. Lo he obtenido esta mañana del «gran mirador», el satélite norteamericano.

—¿Antes de saber que se llevaría a cabo esta operación? —preguntó Toni.

—Sí, señora. Nunca está de más seguir la norma de las siete pes.

Michaels asintió. Todo el mundo sabía lo que eso significaba: «Es preferible planificar previamente para prevenir percances posteriores». Howard se limitaba a hacer su trabajo.

—Actuaríamos con mucha mayor seguridad si dispusiéramos de un par de días para estudiar esta información, explorar ejercicios tácticos y jugar con planes alternativos —prosiguió Howard—. Pero puesto que éste no es el caso, abreviamos y confiamos en el destino.

»Así es como yo lo veo. Esperamos a que anochezca antes de iniciar el asalto. Mis hombres neutralizan a los vigilantes de la finca, mientras el sargento Fernández y yo, acompañados de un par de hombres, saltamos la verja y nos dirigimos a la casa. Provocamos algunas explosiones y destellos luminosos, neutralizamos a los guardas que encontremos, entramos, reunimos a todos los ocupantes, detenemos a los que queremos y nos damos a la fuga. Ruzhyó, Peel y Bascomb-Coombs serán suficientes. Luego podemos facilitarles a nuestros anfitriones cualquier información incriminatoria sobre Goswell y dejamos que lo resuelvan ellos, si está involucrado. Con un poco de suerte, cuando las autoridades locales deduzcan lo sucedido, estaremos en nuestro avión sobre el océano, a medio camino de casa.

—Por cierto —dijo Michaels—, yo iré con ustedes. No es lo más sensato, lo sé,

ya hemos hablado antes de ello, pero puesto que yo pago las consecuencias, me permito tomar esa decisión.

Miró fugazmente a Toni, dispuesto a decirle que ella permanecería en el centro de mando. Los ojos de Toni parecían los de un reptil. Sabía lo que iba a decirle, y de pronto Alex se percató de que, si lo hacía, en aquel mismo momento desaparecería cualquier oportunidad que todavía pudiera tener de hacer las paces con ella.

—Y Toni también nos acompañará —dijo en lugar de lo que tenía previsto.

—Gracias —respondió ella, inclinando ligeramente la cabeza. Su tono era frío y seco, habría servido para congelar jarras de cerveza, pero por lo menos todavía le hablaba. Algo era algo.

Cuando llegaron al cuartel de bomberos, cerca de una pequeña ciudad llamada Cuckfield, el equipo de intervención de Net Force ya había llegado. Pero cuando Toni se apeó bajo la lluvia, al amparo de la marquesina del edificio principal, se encontró con una sorpresa: allí estaba también Angela Cooper. Llevaba botas, pantalón y camisa de camuflaje.

—Mierda —exclamó Fernández entre dientes—. Parece que el juego está a punto de ser cancelado.

Se refugiaron de la lluvia bajo la marquesina. Alex se adelantó, pero antes de que abriera la boca, Cooper levantó una mano para impedirle que protestara.

—Si quisiera impedir que prosiguieras, Alex, no estaría aquí sola.

—¿Qué pretendes? —preguntó Alex.

—Oficialmente, el gobierno de su majestad no puede autorizar ninguna operación contra lord Goswell sin pruebas mucho más sólidas que las que tenemos ahora. Sin embargo, el director general y nuestro primer ministro saben lo que hemos averiguado y, extraoficialmente, comparten lo que todos creemos, que Bascomb-Coombs es con toda probabilidad el responsable del terrorismo informático y que tanto el comandante Peel como Goswell también están implicados.

—¿De modo que habéis decidido hacer la vista gorda? —dijo Alex.

—Efectivamente. Con la condición de disponer de un observador extraoficial, para asegurarnos de que nuestra posición extraoficial sigue siendo eso, extraoficial.

—De modo que nosotros hacemos el trabajo sucio, resolvemos su problema y, si algo falla, ustedes no se habrán ensuciado las manos.

—Parece que a usted no le pasa nada inadvertido, señorita Fiorella. Bueno, probablemente eso no sea exactamente cierto, ¿verdad, Alex?

Años de práctica de las artes marciales proporcionan cierto nivel de autocontrol físico. Si uno sabe que puede herir gravemente o matar a alguien con sus manos, codos, pies o rodillas, tiende a reflexionar antes de actuar. Debe ser capaz de moverse casi como si sus actos fueran reflejos cuando la acción ha empezado, pero también debe saber cuándo es apropiado hacerlo. En una ocasión, en la universidad, un

compañero de la residencia se le había acercado por la espalda a Toni con la intención de hacerle cosquillas. Pagó su imprudencia con una visita a la clínica y una conmoción cerebral. Había tardado varios años en superar aquella etapa de reacción instintiva para poder evaluar generalmente la situación antes de derribar a alguien que realmente no pretendía hacerle daño.

Ese autocontrol que con tanto esfuerzo había adquirido fue lo que le impidió a Toni abalanzarse sobre Angela Cooper y aniquilarla. Realmente deseaba hacerlo, pero en su lugar logró brindarle una sonrisa.

—Sí, a veces soy un poco lenta, pero acabo por enterarme —dijo.

—Bien —declaró Alex—. El coronel Howard repasará de nuevo el plan. Todavía disponemos de un par de horas.

Miró a Toni, meneó ligeramente la cabeza y se encogió de hombros, como para indicar lo mucho que lo lamentaba. Estaba pálido, casi gris, y Toni deseaba que se sintiera mal. Se lo merecía.

Jueves, 14 de abril

«The Yews», Sussex, Inglaterra

Ruzhyó estaba apoyado contra el muro de piedra de la mansión, bajo un gran voladizo. El viento había amainado con la llegada de la lluvia y los canalones conducían el agua a las alcantarillas, gracias a lo cual permanecía bastante seco a pesar del tiempo. Además, tenía su paraguas y la sensación de que debería servirse de su función secundaria antes de que terminara la noche. Los servicios de inteligencia de todos los países que conocía veían con malos ojos que alguien matara a dos de sus agentes. Era malo para el negocio. El *Spetsnaz* siempre se había distinguido por su venganza. En una ocasión, en uno de los siempre agitados países de Oriente Próximo, un grupo de fanáticos capturó y asesinó a uno de sus agentes. Al cabo de una semana encontraron los cadáveres de dieciséis de aquellos fanáticos nítidamente alineados en una cuneta, con los penes amputados en la boca y los ojos arrancados de sus órbitas.

«Si matáis a uno de los nuestros, destruiremos uno de vuestros pueblos». Incluso los fanáticos se veían obligados a reflexionar.

Los británicos eran más educados y menos salvajes, pero a estas alturas supondrían que sus hombres estaban muertos y sabrían quién era el responsable. Conocerían por lo menos a Peel, y si sabían lo suficiente para encontrarlo y seguirlo, indudablemente también sabrían para quién trabajaba y dónde vivía su jefe. Peel sería consciente de ello y habría puesto ya algún plan en funcionamiento para escapar sin ser capturado.

Huard, que recorría un circuito por la parte posterior de la casa, con ropa impermeable para protegerse de la lluvia, miró a Ruzhyó cuando desaparecía de su campo visual, pero no le dirigió la palabra. Ruzhyó no le gustaba, pero Huard no era

más que un crío.

¿Qué haría Ruzhyó si estuviera en el lugar de Peel? Huir era realmente su única alternativa; ni siquiera Goswell podría protegerlo si se quedaba. Y la sincronización era fundamental. Peel debería desaparecer antes de que el ambiente se caldeara demasiado. En su lugar, Ruzhyó ya se habría marchado. Ciertamente antes del amanecer, cuando sus perseguidores podrían detectarlo con mayor facilidad. Y querría marcharse sin dejar ninguna pista a sus espaldas. Peel había mandado a sus hombres al perímetro de la finca, dejando sólo a Huard y a Ruzhyó junto a la casa. Tanto ellos como los que se encontraban en el interior del edificio eran prescindibles; así lo interpretaría Ruzhyó en el lugar de Peel.

De modo que, en algún momento de la noche, Peel lo llamaría para que entrara en la casa. ¿O tal vez le ordenaría a Huard por el comunicador que lo eliminara? No, no confiaría en Huard. Si el chico fallaba, Peel sabía que Ruzhyó tendría que ir a por él.

En pocos minutos, Ruzhyó sencillamente podía desaparecer en la oscuridad de la noche lluviosa. Ninguno de los hombres de Peel lo encontraría, ni lo detendría en caso de encontrarlo. Podía echar a andar, conseguir que alguien lo llevara, robar un coche y llegar a Francia al día siguiente. Aquel juego ya casi había terminado, ¿qué sentido tenía esperar su previsible fin?

Se encogió de hombros. En realidad, no tendría ningún sentido. Y puede que ésa fuera la razón. No había ningún otro lugar donde debiera estar. Un lugar era tan bueno como cualquier otro. ¿Importaba dónde le llegara a uno la hora? A fin de cuentas, ¿había algo que importara?

Junto al camión aparcado, Howard se colocó el casco y comprobó su comunicador LOSIR.

—Equipo del perímetro, identifíquense por número.

Los miembros del equipo de intervención respondieron obedientemente. Todos listos para entrar en acción.

—Equipo de penetración, identifíquense.

—Aquí E1, Cooper.

—E2, Michaels.

—E3, Fiorella.

—E4, Fernández.

Y él era E5. Cinco personas deberían ser suficientes si todos cumplían con su deber. Él y Fernández se ocuparían de lo más duro, y aunque Michaels y Fiorella no estuvieran entrenados como comandos, los había visto en acción lo suficiente para saber que tenían agallas. La única incógnita era Cooper y, como agente de campo del MI-6, debería conocer por lo menos ciertos movimientos básicos. Era todo precipitado, improvisado, atado con cordeles y chicle, pero estaban a punto de entrar en acción. Todos llevaban un equipo ligero SIPE, que consistía esencialmente en

armadura corporal, comunicador y un ordenador táctico para el casco. Iban armados con metralletas H K de nueve milímetros, sencillas pero fiables, además de sus pistolas reglamentarias, salvo Howard, con su revólver del calibre 357. Y en el momento que lo sacó de su bolsa, Julio soltó un alarido.

—¡Dios mío! ¿Qué es lo que veo? Se me ha nublado completamente la vista. ¿Qué es ese feo bulto sobre el antiguo talismán del coronel? ¿Una mira electrónica? ¡No puede ser!

—Julio...

—No, debo de haber mezclado medicamentos, o puede que sencillamente me haya vuelto loco. El coronel John Howard al que yo conozco ni en un millón de años perfeccionaría el armamento, sólo para mejorarlo y aumentar su utilidad.

Empezó a escudriñar el cielo lluvioso.

—¿Qué busca, sargento?

—No lo sé, señor. Algún augurio del más allá. Un gran meteoro que esté a punto de caer sobre nosotros, un coro de ángeles, una lluvia de fuego, algún indicio de que el fin se acerca.

—Que no se diga que su comandante es un enemigo acérrimo de la modernización —sonrió Howard.

Ahora estaban todos listos. A unos tres kilómetros de allí se dividirían en dos grupos, el equipo del perímetro asaltaría la puerta y ellos saltarían la verja. Howard respiró hondo y soltó lentamente el aire de sus pulmones.

—Adelante —exclamó.

Peel echó una ojeada a su reloj. Eran casi las nueve. Seguía lloviendo, pero con menos intensidad que antes, a juzgar por el ruido sobre el tejado de pizarra. Bascomb-Coombs no había salido del estudio; permanecía agachado sobre su ordenador, con casco y aros en los dedos, plenamente inmerso en algún escenario de la realidad virtual. Por lo que concernía a Peel, podía morir sin siquiera haberlo imaginado. ¡Adiós y buen viaje!

Goswell se había trasladado al comedor para una cena tardía y Peel estaba solo en la sala de estar, con su tercer *whisky* en la mano, ahora menor que los anteriores. No quería beber demasiado. Debía pensar en Ruzhyó.

Pronto tendría que empezar, pero no dejaba de darle largas. Evidentemente debía hacerlo, pero sentía cierta reticencia. Una nueva página, e importante, en el libro de su vida. Bueno, así eran las cosas. Unas veces se gana, otras se pierde, pero lo importante es vivir para seguir luchando otro día.

Jueves, 14 de abril
Cretácico superior

El monstruo, que parecía una mezcla de Godzilla y una gigantesca ave de rapiña concebida por Spielberg, salió al claro que le servía de retrete y soltó un rugido que sacudió los helechos. Estaba bastante lejos, a unos doscientos metros. Probablemente era capaz de cubrir dicha distancia en cuatro o cinco segundos, cuando acelerara. Un disparo, tal vez dos.

—Ahí está —dijo innecesariamente Jay.

—No me digas —repuso Saji.

Jay tragó saliva y colocó la cruz de la mira láser en el pecho del monstruo. La cruz bailó un poco, pero por fin la imagen holográfica parpadeó en rojo para indicar que estaba fija en el objetivo. Apretó el gatillo y sintió un pánico momentáneo, por temor a que le hubiera temblado el pulso. El cohete salió disparado, alcanzó el pecho del monstruo y estalló.

Cuando el fuego cesó y se despejó el humo, el monstruo yacía en el suelo.

—¡Bien, Jay! —exclamó Saji.

Poco duró la alegría: ante sus propios ojos, el monstruo rodó, utilizó la cola para hacer palanca, se levantó y miró a su alrededor en busca de la procedencia del ataque.

¡Oh, mierda!

Saji introducía ya un nuevo proyectil en el lanzacohetes estilo bazuca antes de que Jay lograra hablar.

—¡Cargado! —exclamó, al tiempo que le daba una palmada en el hombro.

El cohete alcanzó de nuevo a la bestia. Estalló. Volvió a desplomarse.

Luego se incorporó de nuevo y rugió con la fuerza suficiente para despertar a todos los seres muertos desde el principio de los tiempos. Se inclinó hacia adelante, levantó la cola y avistó a Jay y a Saji. Parecía un gigantesco sabueso contemplando una nidada de perdices.

Por lo menos surtía efecto. El caso era que sólo les quedaba un proyectil y la fiesta habría terminado. Podían abandonar la realidad virtual si se acercaba demasiado, e indudablemente tendrían que hacerlo. Dado el daño que el pequeño tigre había causado en el cerebro de Jay, tenía la sensación de que si esa bestia los atrapaba entre sus garras, realidad virtual o no, correrían un grave peligro físico. Si se veían obligados a salir, el monstruo habría vencido, y Jay quería evitarlo. Más que cualquier otra cosa que hubiera deseado en su vida, quería derrotar a esa bestia; no sólo derrotarla, sino propinarle una soberana paliza, dejarla para el arrastre. Pero las perspectivas no eran halagüeñas para el equipo local; no, señor.

—¡Cargado!

Jay respiró hondo y se preparó para el último disparo.

Bascomb-Coombs estaba efectivamente en el estudio, agitando los brazos, meneando

los dedos y dirigiendo algún tipo de magia informática invisible. Peel miró de un lado a otro del pasillo: nadie a la vista. Entró sigilosamente en la sala. Sacó una pequeña navaja Cold Steel Culloden de la vaina de su cinturón; la hoja era corta y puntiaguda, con una fuerte empuñadura antideslizante. Se acercó al científico por la espalda, agarró su frente con la mano izquierda y le introdujo la daga en la nuca con la derecha. Bascomb-Coombs se puso rígido.

El monstruo abrió sus aterradoras fauces, con colmillos de la longitud de un antebrazo humano, y soltó otro escalofriante aullido. Entonces quedó paralizado, con las mandíbulas abiertas de par en par.

—¿Qué estás haciendo?

—Yo qué sé —repuso Jay—. Pero ahí está mi objetivo.

Alineó la cruz de la mira en la boca del monstruo, contuvo la respiración y apretó el gatillo.

Bascomb-Coombs se estremeció varias veces antes de desplomarse, con un peso de pronto excesivo para que Peel pudiera sostenerlo. Se agachó, retiró la daga del cerebro del cadáver, limpió la hoja con la camisa del muerto y guardó de nuevo el cuchillo en la vaina.

—Lo siento, viejo, pero si juegas con un toro, a veces recibes una cornada.

El cuchillo era sin duda lo más indicado. No deseaba llamar la atención. Cuando terminara en la casa, utilizaría la pistola para eliminar a Ruzhyó. No quería acercarse demasiado a él.

En la casa quedaban Goswell, la sirvienta, la cocinera y el viejo Applewhite, y luego estaba Ruzhyó. Podía dejar a Huard para el final; el joven no tendría la menor idea. A continuación podría abrir la caja fuerte, cuya combinación conocía desde hacía varios meses, coger el dinero y demás chucherías, dar un buen paseo por el campo bajo la lluvia y desaparecer. Había sido un largo día de duro trabajo, que aún no había terminado, pero uno hacía lo que debía y Dios salve al rey.

Avanzó por el pasillo hacia el comedor para hablar con su señorita.

En esta ocasión, cuando el proyectil estalló, también lo hizo la cabeza del monstruo. Sucedáneos del cerebro, de los huesos y de la sangre se esparcieron por doquier, salpicando a Jay y a Saji, aunque a ninguno de los dos les importó demasiado.

—¡Lo has logrado! ¡Lo has logrado!

—Pareces muy contenta para ser una budista, dadas las circunstancias.

Saji le dio un abrazo.

—¿Por destruir un programa informático? ¿No es eso realmente lo único que has

hecho?

—¿Lo *único* que he hecho? ¡Válgame Dios, mujer, eso no era un programa corriente!

Pero él también la abrazó. Lo había logrado; se había redimido. Y se sentía más que bien, se sentía de maravilla.

¡Jay Gridley había regresado!

CUARENTA

Jueves, 14 de abril

«The Yews», Sussex, Inglaterra

El equipo de penetración llegó a unos centenares de metros de la casa sin problema alguno. Michaels esperaba haber oído disparos del equipo del perímetro al llegar a la puerta, pero debían de estar demasiado lejos o las cosas habían ido mejor de lo que suponía.

—¿Ve algo, E4? —preguntó Howard por el comunicador del casco.

—Negativo —respondió inmediatamente Fernández—. Un momento... Acaba de pasar uno bajo la luz, junto a la puerta trasera. Parece un centinela que patrulla.

—Recibido. Avancemos.

Michaels esperó a que Howard lo adelantara antes de levantarse de la tierra mojada sobre la que estaba tumbado y empezó a avanzar agachado. Howard había insistido en que permanecieran agachados y avanzaran lentamente.

Toni y Cooper lo seguían, y la tensión en sus entrañas no se debía exclusivamente al temor de que les dispararan.

Ruzhyó captó el movimiento en el campo cuando amainó momentáneamente la lluvia. No fue mucho, sólo una silueta oscura frente a la luz lejana de una finca vecina, pero bastó para llamar su atención.

A los pocos segundos vislumbró otra sombra. Podría tratarse de una oveja perdida, o de un becerro que había extraviado a su madre, pero no creía que fuera eso. ¿Siluetas oscuras en el campo bajo la lluvia? Un equipo de asalto británico era lo más probable. Y antes de lo que él, o Peel, creían. Puesto que no había oído ningún disparo, Ruzhyó debía de suponer que habían burlado la vigilancia. No le sorprendía. Los hombres de Peel eran buenos soldados, pero la finca era demasiado grande para cubrirla debidamente.

Ruzhyó se ocultó bajo las sombras del voladizo y se alejó de la casa en dirección al edificio que Peel utilizaba como despacho. Podría protegerse allí hasta descubrir cuántos habían llegado. Podía tratarse de una docena o un centenar, y sin saber dónde estaban las brechas, sería arriesgado intentar huir.

Goswell se limpiaba los labios con la servilleta cuando Peel entró en la sala, con una sonrisa bastante petulante. *Bueno, ahí va.*

Había mandado a Applewhite al primer piso, junto con la sirvienta y la cocinera,

y les había ordenado encerrarse con llave en el despacho hasta que él los avisara personalmente. La puerta del despacho era de acero, con un sólido cerrojo y una tranca en el interior, instalada como medida de seguridad a instancias de Peel. Menuda paradoja.

Ahora podía concluir este asunto tan desagradable. Colocó la servilleta sobre su regazo y dejó ahí las manos.

—Tome asiento, comandante.

—Creo que prefiero quedarme de pie, si no le importa, Geoffrey.

¿Geoffrey? Dios mío, Peel se ha vuelto loco. Ligeramente turbado por la familiaridad del trato, Goswell procuró mantener la compostura.

—¿Ha visto a Bascomb-Coombs?

—Sí, lo he visto. Acabo de dejarlo en el estudio... completamente muerto.

—¿Dice que está muerto?

—Sí, de un ataque repentino de fiebre cerebral, provocado por esto —respondió Peel al tiempo que sacaba su pequeña daga de debajo de la chaqueta y la levantaba.

El acero brilló bajo las luces de la araña eléctrica.

Goswell reflexionó.

—¿Lo ha matado?

—Eso me temo.

—Lástima. Era brillante.

—Y también un psicópata dispuesto a traicionarlo y que además había intentado que me mataran.

Peel movía la hoja de su navaja de un lado para otro, sin dejar de contemplar el acero casi como si estuviera hipnotizado.

—¿En serio? Bueno, al parecer sus asesinos tuvieron tan poco éxito como los míos.

Peel frunció el entrecejo.

—¿Los suyos?

—Sí, claro, me temo que tal vez se haya equivocado y el pobre Bascomb-Coombs haya pagado las consecuencias. Fui yo, caballero, quien ordenó que lo mataran.

—Pero... ¿por qué? —preguntó, al parecer realmente perplejo.

—Vamos, Peel. Por conspirar con ese mismo Bascomb-Coombs, al que usted acaba de aniquilar en mi estudio. ¿Acaso cree que soy tan imbécil como para no recordar que hay que vigilar a los vigilantes?

—Entonces era usted quien había ordenado que me siguieran. Y ese individuo de la librería...

—Lamento que fuera necesario. Su padre estaría muy disgustado con usted. Le suponía más íntegro, comandante.

Peel se rió.

—Confieso, milord, que nunca se me había ocurrido que pudiera ser cosa suya; reconozco mi error. Pero tampoco Bascomb-Coombs era una persona inocente que no

mereciera lo que le ha sucedido. Sin embargo, creo que está usted muy tranquilo para ser alguien que está a punto de ser degollado. Caballero hasta el fin, ¿no es cierto?

—Por supuesto. Aunque confieso que no espero que eso suceda esta noche.

Y con esas palabras, Goswell levantó de su regazo la escopeta Rigby de dos cañones y apuntó al corazón de Peel.

El viejo era lento, estaba medio ciego y hubo un momento en el que, si Peel se hubiera movido con suficiente rapidez, podría haberse salido de la línea de tiro y apuñalar a Goswell. Pero tal fue su asombro al ver aparecer el arma, que quedó paralizado. Cuando se recuperó, Goswell lo tenía cubierto. Tal vez no lograra alcanzar un conejo saltando por su jardín a veinte metros de distancia, pero a tres metros no fallaría sobre un objetivo de tamaño humano.

—¿Va a dispararme?

—Prefiero no manchar el comedor de sangre, pero si mueve una sola pestaña, tenga por seguro que lo haré. A Applewhite no le gustaría tener que limpiarlo, pero es una persona muy discreta.

—¿Qué se propone, entonces?

—Confiaba en que podríamos salir de la casa y usted podría fumarse un último cigarro, acompañado de un *brandy* o lo que le apetezca, antes de despedirnos.

Hablaba en serio: Goswell iba a matarlo después de fumar y tomar una copa.

Mientras tuviera una navaja en una mano y una pistola a escasos centímetros de la otra, ese viejo imbécil nunca lo lograría. Lo distraería y aprovecharía sus mejores reflejos. Era la única salida.

—Bien, de acuerdo. Si así debe ser, creo que fumaré un habano y tal vez tomaré un trago de Napoleón...

—Sólo veo uno —dijo Fernández—. ¿Quiere que le haga un par de agujeros? Elija el lugar y dígame cuándo.

Howard consideró sus opciones. El vigilante llevaba una metralleta a punto de disparar y podría apretar el gatillo si oía el ruido de una ramita. Las balas del subfusil no perforarían la armadura personal SIPE, pero indudablemente harían el ruido suficiente para advertir a los ocupantes de la casa que tenían compañía. Lo mismo ocurriría con granadas o bengalas. Howard suponía que habría un tiroteo y entonces haría lo necesario para controlar la situación, pero hasta el momento no se había producido ningún disparo y parecía posible concluir la operación sin matar a nadie; eso sería preferible, dada la delicada situación política. Michaels se había arriesgado en varias ocasiones por él, lo mínimo que Howard podía hacer era devolverle el favor.

—Voy a avanzar —anunció Howard—. Llamaré su atención. Cuando esté

pendiente de mí, usted se ocupará de él. A ser posible de forma no letal.

—Comprendido, E5, no letal.

Howard se arrastró hasta encontrarse a veinte metros de la casa, luego quince. El vigilante se daba la vuelta para dirigirse hacia él y debía llamar y mantener su atención el tiempo suficiente para que Julio lo alcanzara y lo dejara fuera de combate.

Necesitaba hacer algún tipo de ruido que llamara la atención del vigilante, pero sin asustarlo; tal vez el maullido de un gato; sabía imitar bastante bien a un gatito que llamaba a su madre. Aunque el vigilante fuera uno de esos pervertidos que matan a los gatos, antes tendría que encontrarlo; eso debería brindarle a Julio el tiempo necesario.

—Miau, miau, miau.

El vigilante empezó a dirigirse hacia él.

—¡Miau, miau!

El individuo sonrió.

—Ven aquí, gatito. ¿Te has perdido en la lluvia? Ven, te secaré. Bien, era amante de los gatos.

Funcionaría. Y lo habría hecho de no haber sido porque en aquel preciso momento alguien disparó una escopeta en el interior de la casa.

El vigilante se volvió en dirección a la puerta, vio a Julio que se le acercaba corriendo y levantó su arma.

Mierda, pensó Howard antes de efectuar tres disparos con su propia metralleta contra la espalda del vigilante. Éste no llevaba armadura y se desplomó.

—¡Adelante! —exclamó Howard por su comunicador—. ¡Volvemos al plan A!

Peel vio el agujero sangriento en su barriga, sintió el escozor del plomo y comprendió que no se recuperaría de aquel disparo. Una densa humareda ofuscaba las luces, el olor a pólvora quemada era terrible, y lo único que ansiaba, desde el suelo donde yacía, era llevarse consigo al maldito Goswell. Agarró su pistola, la desenfundó...

Goswell se acercó y le apuntó a la cara.

—Lo siento —dijo.

La siguiente explosión apagó las luces de Peel para siempre.

Howard entró rodando por la puerta y penetró en la cocina. Se incorporó listo para disparar, pero salvo por Julio, también en guardia, estaban solos. Señaló el vestíbulo y Julio asintió.

Inspeccionaron varias habitaciones hasta llegar al estudio, donde encontraron un cadáver en el suelo junto a un ordenador portátil. El muerto llevaba puesto un equipo de realidad virtual. Le dieron la vuelta para verle la cara.

—Bascomb-Coombs —dijo Julio—. Requetemuerto.

—Efectivamente.

Por encima de los cascos, Howard oyó un fuerte suspiro en otra habitación.

Al llegar al comedor encontraron el segundo cadáver, hecho un asco, con media cara destrozada, y a un anciano sentado a la mesa, con una escopeta de dos cañones abierta delante de él. La sala estaba llena de una densa humareda blanca que parecía niebla.

—¿Utiliza usted pólvora negra en ese artefacto? —preguntó Julio.

El anciano era lord Goswell, Howard lo reconoció por sus fotografías.

—Ustedes no se parecen a ninguno de los chicos de seguridad que yo conozco. ¿Son norteamericanos?

—Sí, somos nuevos —respondió Julio—. ¿Qué ha ocurrido aquí?

—Creo que el comandante Peel se volvió loco. Mató a Bascomb-Coombs y luego quiso acabar conmigo. Me temo que tuve que dispararle. Ha sido terrible.

Peel y Bascomb-Coombs estaban muertos. Howard meneó la cabeza.

—Cielos —exclamó Cooper por el comunicador, o puede que fuera Fiorella.

—¿Dónde está Ruzhyó? —preguntó Julio.

—¿Quién? —preguntó a su vez el anciano, con el entrecejo fruncido—. Ah, ¿se refiere a ese nuevo ruso que Peel ha contratado? No creo que ande muy lejos. Antes estaba aquí.

—No se mueva —dijo Howard—. Volveremos. Atentos todos, Ruzhyó todavía está libre.

Se dirigieron al exterior. Michaels, Fiorella y Cooper cubrían la parte trasera y Julio habló por el comunicador:

—E4 y E5, vamos a salir por la puerta trasera; que nadie dispare.

Cuando llegaron al patio, había cesado la lluvia. En la pantalla del casco de Howard se iluminó el piloto del canal dos y activó el segundo comunicador.

—E5, aquí P1. Hemos asegurado el perímetro.

—Recibido, P1. Que se quede ahí la mitad de su unidad y mande un escuadrón hacia nosotros. Circula un enemigo suelto y armado que es el peor de todos; estén atentos.

—Entendido, E5.

—Separémonos —ordenó Howard—. Comandante, venga conmigo. Cooper y Fiorella, con Fernández; hagan lo que les diga. Lo encontraremos.

Desde donde estaba, oculto tras la esquina de la capilla, tal vez a unos cinco metros de distancia, Ruzhyó oyó la voz del norteamericano, pero sin llegar a comprender sus palabras. Eran cinco, además de los que hubiera en el campo, e indudablemente en el camino. Llevaban armadura corporal, inmune a su arma, y era improbable que se levantaran la visera o se quitaran el casco, después de lo que les había ocurrido a sus hombres la última vez que habían intentado capturarlo. Lo superaban en número, en

armamento y en posición. En otra época lo habría considerado como un reto personal, pero esta noche, no.

Tal vez lograra introducir balas forradas por debajo del visor, pero las del calibre veintidós eran de plomo blando y no rebotarían debidamente, sino que se aplastarían al golpear una superficie dura. Quizá lograra cegar a alguien, pero eso no le sería de gran ayuda.

Su único otro punto débil eran los guantes, fabricados con Kevlar fino para permitir un uso relativamente libre de las manos. Pero un hueso fracturado en la mano no sería exactamente fatal.

Si pretendía sobrevivir, su mejor opción era el campo; echar a correr, con suerte cruzar la línea y desaparecer.

Soltó un suspiro. Podía haber huido hacía mucho tiempo; ahora podría estar de regreso en Chechenia. Pero no sería lo mismo sin Anna. Su casa estaba dondequiera que ella se encontrara. Desde su muerte estaba perdido, a la deriva, como una hoja marchita a merced de los vientos del destino.

Suspiró de nuevo. Estaba cansado.

Desplegó el gatillo de la empuñadura de su paraguas, abandonó la protección del edificio y salió a la luz. Los cinco estaban a pocos metros, de espaldas a él.

—Ahórrense las molestias —dijo.

Se volvieron casi simultáneamente, apuntándolo con todas sus armas.

—¡Suéltelo! —ordenó uno de ellos—. Suelte... ¿el paraguas? Vio que se relajaban un poco. Se había rendido. Lo habían capturado.

Levantó el paraguas y empezó a disparar.

Howard sintió el impacto de la bala en su arma, y cuando intentó devolver el fuego, su metralleta efectuó un solo disparo, demasiado bajo, y se encasquilló. La soltó y cogió su revólver.

Oyó que los demás chillaban, aunque no lograba separar las voces por su comunicador de las personas que estaban cerca de él.

—¡Mierda!

—¡Joder!

—¡Ay!

Al desenfundar su S W saltó la tapa de la mira, sujeta a la pistolera. Levantó el revólver, demasiado alto, localizó el punto rojo y lo bajó.

¿Por qué diablos nadie le disparaba?

Situó el punto rojo en el pecho del objetivo, efectuó dos disparos y vio cómo se desplomaba. ¡El cabrón sonreía al caer!

Howard se le acercó corriendo, hasta situarse junto a él. Las dos balas del 357 le habían alcanzado en pleno pecho, ambas directas al corazón, y aunque hubiera habido un médico presente, no podría haber hecho nada por él.

El moribundo miró a Howard.
—Anna —fue lo único que dijo.

Ya estaba todo prácticamente resuelto. Fernández se acercó con el paraguas que Ruzhyó había utilizado y lo levantó para que Michaels pudiera ver el mecanismo del arma que contenía.

—Mire, un pequeño revólver de cinco disparos. Ingenioso artefacto.

Michaels asintió. También vio el vendaje en la mano derecha de Fernández, donde había recibido el impacto de una bala de pequeño calibre. No había perforado el guante, pero le había golpeado la mano con la fuerza suficiente para impedirle disparar. El arma del propio Michaels había quedado inutilizada por el impacto de una bala en el cargador. Toni tenía una pequeña herida en la mano derecha, al igual que Fernández, y el guante de Angela no había logrado detener la bala, que le había fracturado el pulgar. La metralleta de Howard había recibido un impacto en el cerrojo.

Aquel hombre llamado Ruzhyó los había alcanzado a todos con suficiente precisión para impedirles devolver el fuego, y sólo el revólver de Howard había logrado por fin zanjar la situación. Era asombroso, ninguno de los presentes había visto nunca a nadie que disparara con tanta precisión. Si hubiera dispuesto de una arma capaz de perforar los chalecos antibalas, los habría matado a todos.

—Lástima que no fuera uno de los nuestros —comentó Fernández—. Habría sido un instructor extraordinario.

—¿Lamenta que haya muerto?

—No... y, bueno, sí. En cierto modo.

Michaels lo comprendió.

—Bien. Salgamos de aquí —ordenó Howard—. La fiesta ha terminado.

EPÍLOGO

*Viernes, 15 de abril
Londres, Inglaterra*

Toni había pedido otra habitación, sin comentar la situación con Michaels. Cuando iba a reunirse con ella en el vestíbulo del hotel, se preguntó qué le diría. Ese mismo día tenían previsto regresar a su país; el vuelo estaba reservado. Sería un largo viaje si ella no estaba dispuesta a hablarle.

Bajó por la escalera porque prefería estar solo.

El caso había terminado. Los británicos habían limpiado la porquería en la casa de Goswell. No había nada que relacionara directamente al viejo con lo sucedido. Los testigos que podrían haberlo involucrado estaban todos muertos.

El ordenador milagroso de Bascomb-Coombs también había fallecido; alguna clase de código de destrucción sincronizado, que no se había desconectado cuando él no estaba allí para desactivarlo. Los británicos tenían posesión del aparato, pero no sabían lo que era. Tal vez algún día lo averiguaran.

Por consiguiente, no se había producido ningún incidente internacional. La mayoría de los malos estaban muertos. Podría haber sido peor.

Pero ahí estaba Toni, junto a una gran maceta, en el vestíbulo. No le había hablado de Cooper y se había negado a escuchar cualquier explicación que él pudiera darle.

Lo miró con tanta tristeza que Michaels temió que rompiera a llorar. Incluso sus propios ojos querían llenarse de lágrimas. Debía resolver aquello de algún modo.

—Toni, lo siento, yo...

—No —lo interrumpió ella—. Hoy no. Tu vuelo sale dentro de un par de horas.

—¿*Mi* vuelo?

—Sí. Yo me quedaré aquí algún tiempo.

—Pero...

—No. Tengo mucho en que pensar, Alex, y tú también.

Lo miró y Michaels vio que se le empezaban a llenar los ojos de lágrimas.

—Toni, no lo comprendes...

—No. Ahora, no. No digas otra palabra.

Ahora las lágrimas rodaban libremente por sus mejillas.

Toni no sabía que, en realidad, él no se había acostado con Cooper; debía de suponer que lo había hecho. Y, en el fondo, ¿había realmente alguna diferencia? Él lo había deseado, había estado a punto de hacerlo. Después de estar acostado desnudo, junto a una mujer también desnuda, ¿importaba realmente que no se hubiera consumado el acto? Debía contárselo, pero la mirada de Toni congeló las palabras en

su garganta. ¿Mejoraría la situación o la empeoraría?

¿Llegaría incluso a creerlo?

—Sí, claro, tómate algún tiempo, todo el que necesites. Nos... ocuparemos de esto cuando regreses.

—No, no lo haremos. No voy a volver al trabajo. Nunca deberíamos haber mezclado nuestra vida privada con nuestra vida profesional. Dimíto, Alex. A partir de hoy, de ahora, de este momento, ya no trabajo en Net Force.

—¿Cómo? ¡No puedes hacer eso!

—No me digas lo que puedo o no puedo hacer. Adiós, Alex. Te echaré de menos.

Y dicho esto, se alejó.

Michaels observó cómo se marchaba, incapaz de hablar, de moverse, e incluso de respirar.

¡Dios mío, Toni! ¿Qué había hecho?

Permaneció allí durante mucho rato, como en trance, y cuando recobró el sentido, Toni había desaparecido. Desaparecido.